El grito de los adolescentes

Pedro Ortega Campos

Editorial CCS

EL GRITO DE LOS ADOLESCENTES

Colección EDUCAR

1. ***Psicología evolutiva***. Antonio Arto.
2. ***Escuela y valores***. Anselmo P. Bosello.
3. ***Educar(nos) en tiempos de crisis.*** José L. Corzo.
4. ***Educar en la diversidad.*** Eugenio González.
5. ***El grupo de preadolescentes.*** Vincenzo Lucarini.
6. ***Aproximaciones al hombre.*** Ronaldo Camozzi.
7. ***Estrategias para educar en valores.*** Mª Ángeles Hernando.
8. ***Experiencias de innovación pedagógica.*** Isabel López.
9. ***La evaluación en Educación Primaria.*** José L. Gómez.
10. ***Cómo librarse de la tele y sus semejantes.*** J. A. López Herrerías.
11. ***Proyecto Educativo de Centro.*** J. L. Estefanía / Avelino Sarasúa.
12. ***La evaluación en Educación Secundaria.*** José L. Gómez.
13. ***Manual legislativo de educación.*** Mª Jesús Ortega.
14. ***El tutor.*** Francisco Menchén.
15. ***La evaluación en Bachillerato.*** José L. Gómez.
16. ***Cómo gestionar un Centro de Secundaria.*** Felipe Díaz Pardo.
17. ***Cómo ser eficaces en la escuela.*** Mª José Meilán.
18. ***Evaluación interna del Centro y calidad educativa.*** J. L. Estefanía / J. López.
19. ***El despertar de la violencia en las aulas.*** José L. Carbonell / Ana I. Peña.
20. ***Escuela, familia y medios de comunicación.*** Javier Ballesta / Plácido Guardiola.
21. ***Comprensividad: desarrollo productivo y justicia social.*** B. Zufiaurre (ed.).
22. ***Superdotados y talentos.*** Esteban Sánchez (dir.).
23. ***Introducción a la psicología comunitaria.*** Fátima Cruz / Mª José Aguilar.
24. ***Aprovechar la crisis con creatividad.*** Carlos Díaz.
25. ***Educar para la participación en la escuela.*** Víctor J. Ventosa.
26. ***El consumo de medios en los jóvenes de Secundaria.*** AA.VV.
27. ***La mediación escolar.*** José Antonio San Martín.
28. ***Evaluación externa del Centro y calidad educativa.*** J. L. Estefanía / J. López.
29. ***Educar en la no-violencia.*** J. González / Mª J. Criado.
30. ***Evaluación sin exámenes.*** Jesús Mª Nieto.
31. ***La animación lectora en el aula.*** José Quintanal.
32. ***Padres, hijos y amigos.*** Eugenio González.
33. ***Claves de la orientación profesional.*** Mª Ángeles Caballero.
34. ***Una antropología educativa fundada en el amor.*** Javier Barraca.
35. ***El placer de educar.*** Flora Bresciani.
36. ***Adolescentes en riesgo.*** Manuel Tarín / José Javier Navarro.
37. ***Cómo evitar o superar el estrés docente.*** Jesús Mª Nieto.
38. ***Vivir interculturalmente: aprender un nuevo estilo de vida.*** Rafael Sáez.
39. ***El lenguaje musical en las enseñanzas artísticas.*** Luis Francisco Ponce de León.
40. ***Adolescentes en conflicto.*** Juan Bautista de las Heras.
41. ***Aprendizajes y diversidad educativa.*** Eugenio González.
42. ***El grito de los adolescentes.*** Pedro Ortega.

Colección EDUCAR

PEDRO ORTEGA CAMPOS

EL GRITO DE LOS ADOLESCENTES

EDITORIAL CCS

Página web de EDITORIAL CCS: www.editorialccs.com

Diagramación editorial: Concepción Hernanz
Portada: Olga R. Gambarte
ISBN: 978-84-9842-475-1

Dedicatoria

Para Leyre, Javier, Marcos, Marina, y los que vendrán…: adolescentes mañana

Merecido homenaje a padres y adolescentes,
a profesores y alumnos, a tutores y tutorandos
cuyos asuntos, felizmente, no necesitaren de espacio
en este libro: ¡tal sería su grandeza!
Acaso ellos no degustaron las hieles de una adolescencia,
juventud y familia sin rumbo. O, si las degustaron,
supieron disolverlas con la experiencia
de una comunicación fecunda.

Homenaje a tantos adolescentes, jóvenes, familias:
en los que brilla la excelencia de la normalidad.
¡Tan a diario olvidamos que la virtud más eminente es la
de hacer sencillamente lo que tenemos que hacer!
Ellos son el venero de nuestra esperanza.

Homenaje a tantos padres encomiables, pero que se
sintieron mal recompensados por hijos extraviados;
y a hijos maravillosos, pese a no contar con
los padres deseados. Pero ya se sabe:
los hombres, como las olas del mar, son
siempre diferentes ¡e hinchadas de sorpresas…!

Índice

Introducción

Un modelo de ayuda para adolescentes y jóvenes

La adolescencia, preguntamos, ¿por dónde empezar? La edad y el alma, lo que enlaza cuanto de humano y divino hay, representan el grito silencioso de la adolescencia. ¿Que cómo surgieron las reflexiones que seguirán en este libro? Pues fue a partir de una escucha atenta —*activa*, como se dice en términos psicoterapéuticos—, cuyo contenido recogemos al principio (capítulo 1). Ellas y ellos, adolescentes de segundo ciclo de Secundaria y de Bachillerato, todavía están a tiempo. Para muchos es su última oportunidad de sentarse en grupo a reflexionar sobre posibilidades, alternativas, opciones: ¿no consiste en eso vivir la vida, «mi vida», la de cada uno? ¿No es en la adolescencia cuando dicha tarea está en juego? Mientras los adultos encomendamos el futuro a los adolescentes, éstos se resisten a esperarlo; prefieren la inmediatez del presente: ¡aquí!, ¡ya!, ¡ahora! El futuro les resulta incierto y, por otra parte, el pasado se les desmorona. Y mientras viven retazos de melancolía, como un exceso de equipaje del alma, les acompaña una porción de nostalgia, como una demasía de días vividos sin problemas. Puede ser en la familia, en el aula, en el Departamento de Orientación, en la Tutoría personalizada: ¿a cuál mejor? El objetivo es la edad y el alma de adolescentes y de jóvenes: cómo ayudarles desde sus vivencias, desde la instrucción y la educación que reciben a esas edades. Pienso aquí más en reconducir los enfoques torcidos que en ensalzar la excelencia de su normalidad y buen progreso: lo que no significa pesimismo, sino compromiso.

En efecto, les vemos merodeando biológicamente por la última oportunidad cronológica de modelarse para convivir como ciudadanos conscientes de derechos y deberes. Y aunque «*hay una cierta pedagogía que huye de las dificultades, huye del verdadero trabajo, huye de la austeridad*», sostengo con razonables motivos que no hay

aprendizaje sin enseñanza ni esfuerzo: «*Parece que nos asusta enseñar a los niños todo lo duro, todo lo recio que es el trabajo*»[1].

Decía Aristóteles que el temperamento intelectual oscila entre el entusiasmo y la melancolía. Camino ya por esa edad en la que ha de dar fruto lo que uno ya posee, y sólo complementariamente remediarse lo que falta. Al fin y al cabo las creencias se viven, no se piensan en demasía. Mi experiencia de más de 20 años de voluntariado en un teléfono de ayuda para emergencias psicológicas (en adelante TES), y de más años aún como docente, me brindaron la satisfacción de poder ayudar a no pocos adolescentes a partir de las materias curriculares y del mismo voluntariado.

Verás en estas páginas, queridos lector o lectora, cómo asoman inesperados requiebros o pesares de luces y sombras, de gritos y silencios, de deleites y penas, de esperas y esperanzas. Observarás cómo la descripción se acompaña de definiciones y éstas se encelan en vivencias. Nada perdido para siempre, todo abierto a la ventana infinita de una promesa: la adolescencia. A nosotros, adultos, el aviso interminable: «*Es visión del pasado lo que nos empuja a la conquista del porvenir; con madera de recuerdos armamos las esperanzas. Sólo lo pasado es hermoso*»[2]; y a nuestros adolescentes, se lo diremos de otra manera: «*Miremos más que somos padres de nuestro porvenir que no hijos de nuestro pasado*»[3], «*El porvenir, único reino del ideal. La acción* (es) *la que hace la verdad*»[4]. Ortega y Gasset analizaba el «proyecto» vital como voluntad de superar las circunstancias adversas, pero avizorando y apoyándose en el pensamiento; Unamuno, en la voluntad: no el «nada se quiere si antes no se conoce», sino a la inversa.

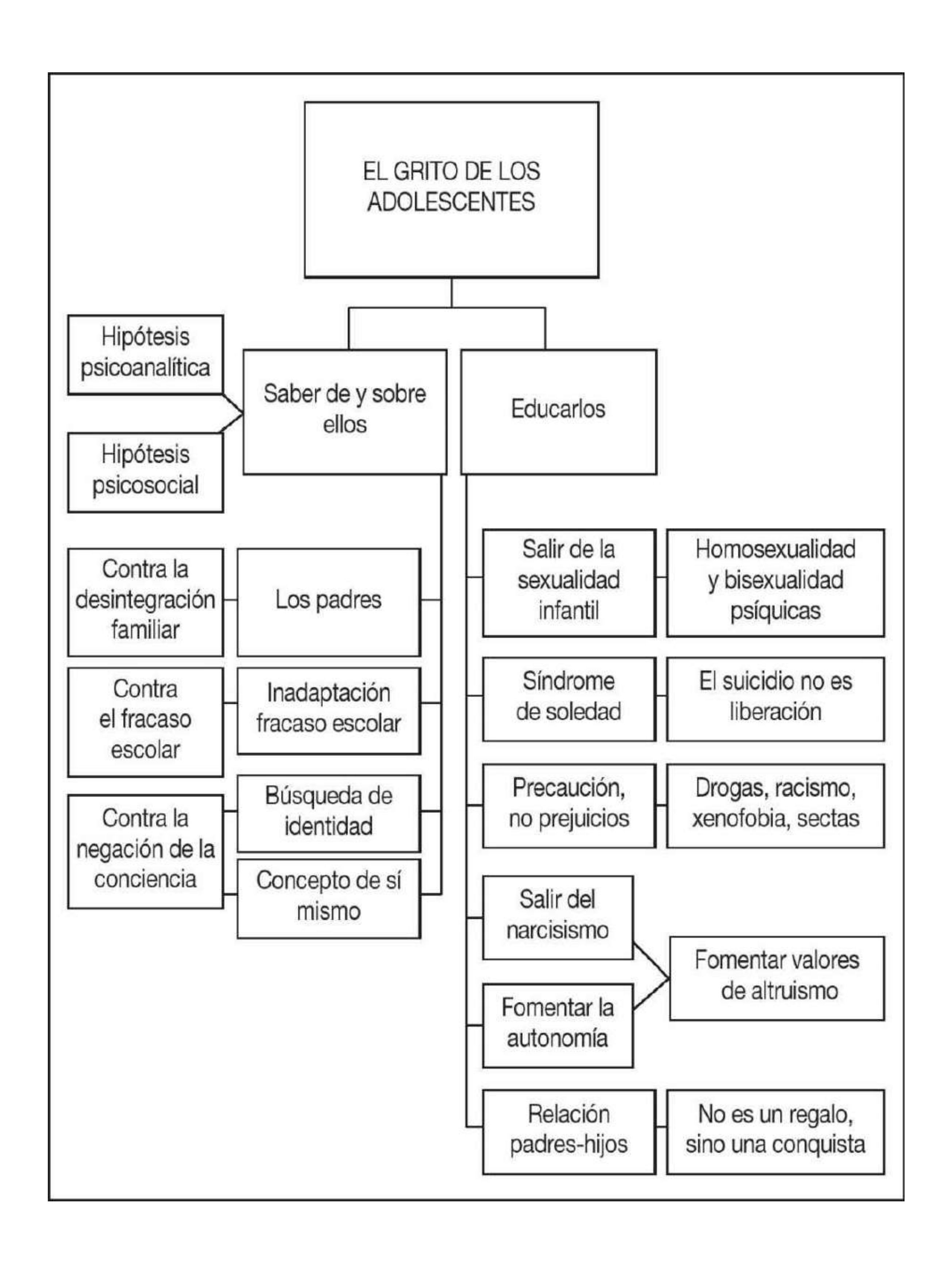
Así que, a partir de un caso real, cuyo nombre hipotético es el de «Sergio» (capítulo 1), **describiré** a modo de mapa de ruta el problematismo de adolescentes y jóvenes, así como sus **manifestaciones** psicológicas y sociales; trataré posteriormente de dar una **explicación** a partir de una hipótesis psicosociológica y de otra psicoanalítica. (Al iniciar un problema se pone en recuadro el fragmento correspondiente de la entrevista inicial a «Sergio»). **Se enriquece** mi trabajo con **otros casos** problemáticos (Nicolai, Iciar: capítulo 1; Jaime, Daniel: capítulo 2; Alejandro, Elsa, Alberto y Manuel, Víctor y Sandra: capítulo 3; Palmira: capítulo 4). Insertaré **textos de apoyo,** en algunos casos con cuestionario, que invitan a la reflexión.

Sugiero algunas **soluciones** para cada uno de los problemas presentados por los adolescentes (capítulo 3), así como actitudes y estrategias de ayuda (capítulo 4). Aporto al final un **vocabulario mínimo** sobre palabras que en el interior del texto van marcadas con un asterisco (*) y una **bibliografía** de complemento. Para un seguimiento ágil del libro, verás al final de cada capítulo **un itinerario conceptual** del mismo, y una **propuestas de ruta** (en recuadro) que favorezca la capacidad de dialogar y discernir en grupo: entre padres e hijos, alumnos y profesores, o entre los mismos adolescentes.

¡Ojalá que «mi pluma sea la lengua del alma: cuales fueran los conceptos que en ella se engendraren, tales serían sus escritos» (Don Quijote, II).

A veces me asaltaba la tentación de abandonar. Pero contra todos los amagos no podía guarecerme bajo impotencias no comprobadas, pues como decía Molière:

«*Aborrezco esos espíritu pusilánimes que, empeñándose en prever las últimas consecuencias de las cosas, no se atreven nunca a emprender nada»*. Más bien, siguiendo el consejo de Unamuno, me apunté a un segundo escalafón de hombres: *«Rigen el mundo del espíritu no sólo los forjadores sino los repartidores de ideas»*. La diaria experiencia educativa y del voluntariado, sopesadas con las lecturas que voy citando a pie de página o en la bibliografía del final, me han ayudado a ayudar a otros. Es lo que puedo dar de mí, sintetizándolo en el **mapa conceptual** que viene a continuación.



EL GRITO DE LOS ADOLESCENTES
Hipótesis psicoanalítica
Hipótesis psicosocial
Saber de y sobre ellos
Educarlos
Contra la desintegración familiar
Los padres
Contra el fracaso escolar
Inadaptación fracaso escolar
Contra la negación de la conciencia
Búsqueda de identidad
Concepto de sí mismo
Salir de la sexualidad infantil
Homosexualidad y bisexualidad psíquicas
Síndrome de soledad
El suicidio no es liberación
Precaución, no prejuicios
Drogas, racismo, xenofobia, sectas
Salir del narcisismo
Fomentar la autonomía
Fomentar valores de altruismo
Relación padres-hijos
No es un regalo, sino una conquista

1
LOS GRITOS SILENCIOSOS DE LOS ADOLESCENTES

La adolescencia: esa alegría que estalla como caja de cristal, ¿esa pena que jamás se disuelve…?

1. UN ADOLESCENTE LLAMA A UN TELÉFONO DE EMERGENCIA PSICOLÓGICA (TES)

Digo, pues, que el caso de «Sergio» es real: responde a una llamada recibida, si bien con mayor extensión que la transcrita aquí. Apenas he cambiado como no sean algunas frases malsonantes que «Sergio» deslizó en la conversación. Esta llamada es una de tantas que a menudo llegan a cualquier TES: por eso sirve de orientación a nuestro propósito y se repite troceada en recuadros recordatorios como se irá viendo.

Orientador[5]: Un domingo me encontraba de servicio en el voluntariado. Suena el tercer rinrín de la tarde. Descuelgo el auricular y… ¡se oye el silencio! Un leve resuello contenido, juvenil. Una solicitud de desahogo, de impaciencia, de búsqueda… Apuesto por esperar a que se abra la palabra oculta, anónimo, que más tarde prefirió que le llamara «Sergio». Veo que te cuesta hablar… A lo mejor estás pensando que ni siquiera sabes por qué has llamado… Si te interesa algo… Puede ser que entre los dos pongamos en claro algo de lo que te gustaría decir…

Sergio: ¿Aclararme? Sí, bueno, ojalá, pero no sé cómo decirte… ¿te puedo tutear? Tengo un mogollón de cosas en la cabeza, estoy hecho un lío. Es que… (de nuevo, silencio).

Orientador: ¿Qué quieres decirme con lo de «estoy hecho un lío»? ¿Mogollón quiere decir que tienes muchas cosas desordenadas en la cabeza? Entre tanto mogollón, como dices, seguro que habrá alguna más importante para ti…

Sergio: ¡Va! ¡Los exámenes! Tengo seis asignaturas suspensas y, encima, repito 2º de Bachillerato. Lo siento por el verano de mis padres. Bueno, ¡y el mío! El verano pasado fue un desastre en todos los sentidos…

Orientador: ¿En todos los sentidos? (Fracaso escolar: Ver en caps. 2, pp. 89-96, y 3, pp. 154-155.)

Sergio: Sí, porque era la primera vez que suspendía… Yo ya lo veía venir durante el curso, pero es que hice amistad con dos compañeros nuevos en mi clase, que procedían de un centro privado, y también con una compañera —se llama Mónica— de otra clase que iba mal en los estudios, lo mismo que yo y, además, coincidimos en que los dos teníamos casi los mismos problemas.

Orientador: Sí, pero tu Tutor o algún profesor estaría al quite para echarte una mano.

Sergio: ¡Va, ellos van a lo suyo, entran en clase con cara de poco amigos; siempre tienen razón y, según les oigo en la cafetería, también tienen sus problemas! A veces, a ellos les oigo discutir y ponerse verdes. A nosotros nos entienden poco y, dado el caso, algunos nos animan a ir a la huelga que ni sabemos de qué va… Pero, a quien no le va un día de «juerga», con lo que gusta «la marcha»…

Orientador: Me hablabas hace un momento de los mismos problemas: ¿es que son varios y los mismos que tiene Mónica?

Sergio: Sí, porque los padres de ella, igual que los míos, se llevaban tan mal que hablaban de divorciarse. Todo era nuevo para mí: yo no podía pensar que mis padres que se habían querido, de pronto les veía tirándose los tejos a cada momento… Y en medio de todo eso, mis hermanos de 10 y 13 años. Parece como si ahora no contábamos nada para mis padres. Sólo que cada uno trataba de hacerse la guerra por su cuenta y de llevar a cada hijo a su bando… (Desintegración familiar: Ver cap. 3, pp. 157-161.)

Orientador: ¿Eso que te pasa a ti y a tu amiga, es así como dices o piensas que es así?

Sergio: Bueno, no. Mónica es hija única. Ella tiene un año menos que yo, tiene 17 años. Claro, a lo mejor mi problema es cómo pienso, no lo que pienso.

Orientador: Sí, empiezo a ver tu mogollón… Pero, fuera de eso, ¿hay algún problema que consideres más importante?

Sergio: Es que me veo perdido. Mi amiga, también. Incluso, al principio, nos quejábamos juntos. Yo empecé a notar que me rozaba, se me pegaba, acabó… Bueno…, ¿te imaginas? Ella parecía muy lanzada… Para mí fue algo nuevo; sentí… Me puse tan nervioso… Pero no lo podía evitar… Era una sensación **nueva**…, un cosquilleo… (!Va!: no sé para qué te cuento esto, con los problemones que os traerá la gente ahí.) Ella me decía que no había peligro de embarazo… Luego me dijo que si era…, que si no era virgen, que con otros…; incluso había… con otras chicas: me explicaba luego que era algo diferente… Ella me hacía más preguntas y hasta en un

momento me dolió el que me llamara «naíf» porque, según ella, «no se puede ir por la vida a los 18 años sin comerse una rosca…; o sin "chutarse"…!». Y me añadía: «¿No ves que nuestros viejos hacen su vida? ¡Pues cada uno a lo suyo!, ¡no seas su adobe!». (Heterosexualidad. Primera experiencia…: Ver cap. 3, pp. 123-125 y 142-149.)

Orientador: Voy comprendiendo tus problemas. Te explicas bien. Así que son: padres, estudios, Mónica, ¿no es verdad?

Sergio: Puede que sí. ¿Tú crees? Pero ella me preguntaba si de verdad vivo yo «haciendo el canelo», y con eso me entraba rabia. Yo con 18 años y los ojos cerrados, y ella…: ¡cómo estaba de vuelta de todo! Ahora no sé qué pretendía cuando me consolaba los primeros días que salimos juntos, casi haciendo yo de paquete. Yo pienso a veces que esta tía iba a por mí. Pero el caso es que me veo colgado de ella. Y necesito masturbarme a menudo. Oye, ¿sabes?, a veces pienso que, como decía mi madre cuando yo era pequeño, tenía que haber nacido niña. Ahora resulta que Mónica tiene también otros amigos y yo me siento aislado, además como yo no hablo mucho… Van a la discoteca «Lorito» y dice que se lo pasan «guay». Claro, necesito la «pasta gansa» y «mis viejos» no abren el grifo…

Orientador: Ahora que hablas sin rodeos comprendo que lo necesitabas. Los problemas empiezan a resolverse cuando se destapan…

Sergio: Sí, a mí me gusta «ser legal», hablar claro. Pero cuando hablo algo en casa, mi padre me dice: «¿Qué sabrás tú de la vida?»; «¡Estás en las nubes!». Y mi madre, lo único que me dice es: «¿Pero qué haces? Eres el mayor. Y con tantos suspensos… Vas a salir a tu padre… Lo que no hagas por ti, ya ves…». Ella trata de llevarme a su molino contra mi padre. A veces me harta y hasta me dan ganas de arrearle un soplamocos… El caso, ¡tío!, es que tengo una empanada mental… (Incomunicación padres-hijos. Desintegración familiar: Ver cap. 3, pp. 127-136 y 157-161.)

Orientador: Puede ser tu mogollón, tu empanada, como tú dices, pero nada me dices de la relación que hay entre tus estudios, tus padres y Mónica. Y nada has comentado de los dos compañeros nuevos que llegaron a tu clase, procedentes de un centro privado.

Sergio: ¡Jope! ¿Para qué hablar?

Orientador: Siempre que se encuentra una nueva amistad, se suele estar de enhorabuena.

Sergio: Esa es otra. Los «pibes» no podían tragar a los negros, ni a los gitanos… Decían que nos estaban infectando y quitando el trabajo a los españoles. Qué sé yo. Empezaron a decirme que me fuera con ellos a…, no sé dónde, para dar una corrida a esa gentuza. Me dijeron entre risotadas: «Este fin de semana vamos de caza, ¿vienes?». ¿Yo? ¡Nunca he cazado!, les dije. Y ellos se reían de mí a grito pelado. Me enseñaron unas cadenas que llevaban en el bolsillo y se las colocaban en unas botazas de punta y hebillas que calzaban.

Dos o tres tardes me invitaron a sus casas y allí empezaron a lavarme el coco con panfletos, con cintas de música rara. Pero ¡bastante lío tenía yo para columpiarme en más! (Ver Racismo y Xenofobia: cap. 3, pp. 173-175.)

Orientador: Veo, Sergio, que resientes todo eso como un lío. Pero, ¿puedes dar un nombre, definir, diría yo, esas conductas de los «colegas»?

Sergio: No sé si sabré, pero a veces pienso que lo mejor sería quitarme de en medio. (Suicidio y malos tratos: Ver cap. 3, pp. 163-171.) ¡He pasado ya tantos malos tragos! Total, o jugarme todo a una carta y meterme en un grupo de por aquí cerca de mi Instituto, que dicen que si esto lo tenemos que cambiar nosotros, que si «la revolución es la palanca de la historia…» ¡Va, pudrirte en la cárcel y morir de otra manera, matando a otros, ya ves! (Delincuencia: Ver cap. 3, pp. 171-173) ¡Total, veo que todo es un asco, tío! O si no, tirarme al porro como mi… O, también, a la bartola y enchufar mi cadena de música, los cascos, como hago de noche porque, ¿sabes?, me cuesta dormirme, estoy nervioso, me acuerdo de la chica… Encima, oigo a mi padre que llega a las tantas dando portazos y tirando de la cadena del váter, y que luego le grita en el dormitorio a mi madre: «¡Vamos, coño!…» (Inseguridad, desorientación, inestabilidad: Ver cap. 2, pp. 96-100).

Orientador: Me doy cuenta de lo mal que lo estarás pasando: ¿qué quieres decir con todo eso?, ¿no habrá otra salida en tu caso?

Sergio: A veces, también se me viene a la cabeza que como soy más bien bajito y regordete —bueno, no mucho— a lo mejor es que no le intereso mucho a la amiga de que te hablaba, que me dice que «hay que estar al loro, dejarte un poco de melena, colgarte algunos pendientes, tío, adelgazar porque estás fofo, y vivir de tus viejos que no te han pedido permiso para traerte aquí». No sé cómo me atrae esa chica, a pesar de que no veo claro su… Claro, ella tiene buen tipo, aunque blancucha y un poco rubia de bote; a veces me recuerda a las de la «rue»: ¿me entiendes? (Búsqueda del «sentir» y de integración en pandilla: Ver cap. 2, pp. 80, 96-100 y 107-114.)

Orientador: Por supuesto. Pero, ¿eso que dices es una idea que te viene de pronto o una creencia que te sostiene desde hace tiempo?

Sergio: La verdad es que son ideas que me vienen de pronto, sin orden ni concierto. Ella, Mónica, tampoco da golpe en el «Insti». Ahora llevo un mes y pico que como poco y tengo menos apetito, pero he adelgazado cuatro kilos. La verdad es que siento mareos, como si tuviera pocas fuerzas… Me miro al espejo y me veo algo raro en los ojos. (Imagen del cuerpo, depresión, neurosis ¿compulsiva? con rasgos incipientes de conducta anoréxica: Ver caps. 1, pp. 42-48 y 2, pp. 100-101.)

Orientador: ¿Te sientes como perdido?

Sergio: Si no fuera porque… (silencio).

Orientador: Parece como si quisieras decirme algo más que te inquieta.

Sergio: Sí, pero eso es que me da vómito…

Orientador: ¿Más que todo lo anterior?
Sergio: ¡Si supieras!
Orientador: Imposible saberlo si no lo comentas.
Sergio: Mira, ¡tío!, es que hasta la otra noche…, con la pandilla de amigos de esa tía… salimos: me ofrecieron una «pastilla», me encontraba rarísimo, como nunca, oye; hasta uno me metió mano… y quería que yo… Yo le dije: no me vaciles. Cuando llegué a mi casa no podía dormir. Ya no sabía qué me había gustado más…, a pesar de todo lo que ella me había enseñado. Y me puse a llorar, mordiendo la almohada para que nadie en casa me oyera. Algún compañero del «Insti» me notó al día siguiente algo raro, también la profesora de inglés me lo ha dicho… Otro día, una «piba» me invitó a ir a unas reuniones «cojonudas» —no como las de los curas, ¿sabes?— en las afueras de Madrid. Dice que son unos tíos que se ocupan mucho de uno y te ofrecen lo mejor para ti. Pero a mí, eso me mosqueaba… ¡Va, para qué seguir! (Droga. Homosexualidad confusa. Insomnio. Sectas: Ver cap. 3, pp. 123-125 y 142-149.) Pero, ¿sabes lo que me pesa más…?
Orientador: ¿Más que todo lo que has contado?
Sergio: En cierta manera, sí. Hace un mes perdí a mi mejor amigo, se llamaba Alejandro, murió de leucemia, tras un año de tratamiento. Creo que he perdido lo mejor que tenía. Era fenomenal. Siempre podía contar con él. Era saber que tenías a alguien siempre dispuesto a acompañarte, a divertirse conmigo. ¡Y lo que ha sufrido con el tratamiento! A veces pienso que desde que cayó enfermo, yo estoy más perdido que nunca. ¿Por qué una enfermedad así en un chico como él? Es que todo es un asco, esto no tiene sentido: que te lo digo, tío…
Orientador: Verdaderamente has puesto sobre la mesa muchos asuntos: ¿hay alguno que te urja resolver ante todo?
Sergio: No sé, ¡con esta empanada que tengo! ¿Te parece poco? ¡No te quedes conmigo, tío! Me acordé —y lo guardé, por si acaso— de que en la agenda de mi madre había visto una vez este número muy marcado en rojo y con el que ahora te estoy llamando: ¿qué le pasará a ella? A lo mejor yo estoy más necesitado de tu ayuda que ella. ¡Oye, dime algo! ¡Hablas poco! ¿Qué podría hacer?
Orientador: ¿Qué conclusión debo sacar de cuanto me has contado?
Sergio: Que no soy nada feliz, que tengo demasiados problemas que resolver, que así no puedo continuar. No, no me basta con pensar, comiéndome el coco; tengo que actuar en muchos sentidos, empezando por mí, poniendo mis ideas en claro. Quiero hacer algo… Pero me siento como atado…
Orientador: ¿Piensas, Sergio, que es lo mismo querer y desear? ¿Todo lo que deseas lo quieres? ¿Se puede desear cualquier cosa?
Sergio: ¡Manda huevos, me preguntas muchas cosas a la vez! Bueno, pero te diré que tal vez, no. Al menos en mi caso. En cuanto a si pensaría lo mismo

mañana, seguramente que sí, porque llevo ya tiempo con todo este peso… La verdad es que no me siento a gusto conmigo mismo, nada feliz, ya te digo…

Orientador: ¿Me dices que te sientes atado? Para ser libre: ¿basta poder hacer lo que uno quiere, o también es preciso ser libre para querer?

Sergio: Sí, siento como un peso, una atadura… No, no creo que ser libre sea hacer lo que me venga en gana, porque así llevo haciendo hace tiempo y no soy libre para nada, tío…

Orientador: ¿Qué quieres decir con lo de «nada feliz»?, ¿qué es un chico feliz?

Sergio: El profesor nos hablaba en Filosofía I y II del significado de la felicidad. Me llamó la atención que cada autor había entendido la felicidad de una manera, dando su propia definición de felicidad…

Orientador: Sí, pero todos ellos coinciden en algo, ¿no es verdad?

Sergio: Tal vez, sí, quiero recordar: a lo mejor eso que a mí me falta en el fondo…

Orientador: ¿Se puede saber?

Sergio: Sí, claro, tranquilidad, paz: diría yo…

Orientador: Sí, y que la felicidad está en el reconocimiento de los propios límites e intentar superarlos; no, no consiste la felicidad en una mera retahíla de momentos felices. Nos lo ha recordado Hagrid, el de Harry Potter: «¿Podemos comprar todo esto…? Sí, si sabes dónde ir». ¿Podemos dejar aquí, por hoy, nuestra conversación?

Sergio: ¿Qué es eso del «reconocimiento de los propios límites»? Bueno, si lo prefieres… Pero me gustaría poder seguir hablando contigo de esto: me puede venir a pelo…

Orientador: Sí, claro, seguiremos mañana. Si prefieres, puedes venir. De momento, llévate en la memoria en lo que coinciden los filósofos sobre el asunto «felicidad»…

Sergio: Si se puede ir a verte, lo prefiero… ¿Me has dicho tranquilidad?

Orientador: Efectivamente… Y te espero mañana, si quieres, a las 6 de la tarde.

2. ¿POR QUE TAMBIEN LOS ADOLESCENTES PUEDEN NECESITAR DE AYUDA PSICOLÓGICA? ESTADÍSTICAS[6]

Repasando las estadísticas de llamadas de adolescentes comprendemos su configuración psicosocial. Acogiendo dichas llamadas intervenimos por medio de una *escucha activa*: respetuosa, orientadora, desveladora de posibles alternativas de conducta y animadora del cambio deseado.

Las edades de los llamantes es la comprendida entre 12 y 23 años. El número de

llamadas totales contabilizadas en el período, por ejemplo de 1995-1999, fue de 39.910. Adviértase que dicho número no coincide necesariamente con el número de llamantes, pues un mismo llamante puede telefonear más de una vez. Asimismo, las llamadas tabuladas corresponden a las recibidas en provincias en las que presta servicio dicho teléfono, si bien a veces los llamantes proceden de provincias donde aún no está ese servicio.

Queremos destacar ahora —para no hacernos prolijos y a título orientativo—, los problemas más frecuentemente presentados por adolescentes: los A: «Problemas psicológicos y psiquiátricos» y los B: «Problemas relacionales y/o familiares»: con un total de 28.462 llamadas.

Por medio de un informatizado servicio se dispone de una amplia gama de problemas presentados en las miles de llamadas recogidas diaria, mensual y anualmente. Su clasificación es como sigue.

A. Para «problemas psicológicos y psiquiátricos» se recibieron en total 21.363 llamadas

Por orden de cantidad se encuentran los siguientes resultados:

A01: «Crisis en el proyecto vital, de valores y de sentido». Se entiende toda situación que implica un interrogante filosófico, existencial, profesional, impregnados de angustia y que llevan al individuo a un replanteamiento de su existencia, profesión y/o estado civil. Se han producido por este concepto 1.496 llamadas (7%). En la mayoría de estos casos asoma una falsa salida hacia ideas suicidas, acto suicida en curso o hacia crisis suicidas (se verá después en A14, A15, A16). El «no saber qué hacer», la impresión de «haberse equivocado de camino», así como la ausencia de valores para emprender el esfuerzo inevitable para vivir, resultan insoportables para muchos adolescentes que, faltos de referencias y con un historial familiar negativo en su haber, hacen crisis.

A02: «Estado de soledad e incomunicación». Se entiende como tal el sentimiento de dificultad que experimenta el sujeto en establecer relaciones armónicas y creativas, en un medio apto para ello. Han ocurrido por este concepto 2.722 llamadas (13%). Se nos habla de la imposibilidad de realizarse en soledad.

A03: «Situación de estrés». Vivencia de un gran malestar psíquico, inespecífico, como consecuencia de factores psicosociales, y que generalmente está relacionado con una gran tensión externa de índole económica, laboral o familiar. Pese a todo ello, no se toma ninguna alternativa y la situación se prolonga indefinidamente en el tiempo. Han ocurrido por este concepto 2.364 llamadas (11%). En adolescentes, los factores que inducen al estrés son básicamente la sensación de minusvaloración y abandono por parte de la familia o compañeros de colegio y/o trabajo, la escasez de relaciones mínimamente satisfactorias y la indefinición sexual (especialmente en adolescentes).

A04: «Trastorno psíquico grave». Incluye los trastornos mentales de psicosis

(esquizofrenia, cuadros maníacos, etc.) y toda situación que supone una ruptura con la realidad. Cuando el mismo problematismo se expone únicamente como una crisis social o asistencial, corresponde al código C05. Han ocurrido por este concepto 1.858 llamadas (9%).

A05: «Trastorno psíquico leve». Incluye los trastornos neuróticos y alteraciones de la personalidad que no suponen una ruptura con la realidad, cuando el planteamiento es estrictamente psiquiátrico o psicológico. Han ocurrido 2.540 llamadas sobre el particular (12%).

A06: «Estado deprimido». Situación caracterizada fundamentalmente por la presencia de tristeza, reducción de la actividad, abatimiento y aflicción. Puede existir causa aparente de la producción del estado depresivo (pérdida de un ser querido, fracaso escolar, etc.) pero también ausencia de factores desencadenantes concretos. Se produjeron 3.730 llamadas (18%, el mayor porcentaje de llamadas entre los problemas del tipo A).

De A07 a A12 suman un total de 2.730 (8%) llamadas que se distribuyen entre adolescentes que han padecido una «vivencia de duelo», «abuso o dependencia de sustancias psicoactivas», «abuso o dependencia alcohólica», «conducta o tendencia homosexual o bisexual», «trastornos del comportamiento sexual« y «disfunciones sexuales». Como se ve, la droga y el sexo representan un elevado porcentaje en una edad en que la personalidad de los llamantes no está configurada y la identidad sexual no está definida. En la mayoría de estos casos, sobre todo en adolescentes, la homosexualidad, que no parece mayoritariamente congénita, obedece a timidez y minusvaloración de la personalidad incipiente.

A14-A15 y A16: respectivamente, «ideas suicidas», «crisis suicidas« y «acto suicida en curso», es decir, estos comunicantes transmiten el deseo de muerte de forma camuflada o indirecta; no se centran en el tema de su autodestrucción, pero lo sugieren de forma implícita (por ejemplo, «me vienen malas ideas», etc.): 960 casos. Otros expresan el deseo de muerte de forma directa; no importa el problema que comunican; llaman para decir que desean morir (por ejemplo, «soy un desgraciado y estoy decidido a quitarme la vida»): 350 casos. Finalmente, unos pocos llaman, justo en el momento en que está en marcha la conducta suicida (por ejemplo, adolescentes que llaman diciendo que acaban de tomarse un bote de pastillas): 74 casos. Cabe recordar ahora que los teléfonos de ayuda psicológica en los países donde funcionan, se iniciaron con el propósito de ayudar a personas en estos trances. Este TES cuenta en su historia con una llamada de «acto suicida en curso», cuya duración récord fue de seis horas, y felizmente fue evitada por el buen hacer del Orientador de turno. El total de llamadas por estos tres conceptos fue de 1.384 (6,7%).

A17, A18, A24 y A25: respectivamente, «persona con problemas escolares», «adolescentes con problemas psicológicos», «crisis por haber sufrido violación o intento de violación», «crisis por deseo de abortar o por aborto consumado o intentado», es decir, se incluye toda la amplia gama de situaciones producidas en el medio escolar y como consecuencia del mismo: bajo rendimiento en los estudios, problemas disléxicos,

etc.; o las crisis típicas del adolescente, es decir, enuresis, celotipia, hiperactividad, cleptomanía, mentiras patológicas, aislamiento, etc.; o crisis por una violación consumada o intento de violación; o, en fin, situación de crisis provocada por ideas permanentes de abortar o por aborto consumado o frustrado. En el período que comentamos se dieron por estos cuatro conceptos un total de 1.824 llamadas (11,71%).

B. Para «problemas relacionales y/o familiares» se recibieron en total 7.900 llamadas

Seleccionando los problemas de este apartado, más específicos de adolescentes, por orden cuantitativo, encontramos los siguientes resultados:

B01, B02, B03: respectivamente, «crisis de noviazgo por el llamante», «crisis de noviazgo por un tercero« y «crisis de noviazgo simétrica» es decir, crisis producida en una relación amorosa normalizada, cuando el que llama aparece como único o principal causante del problema, o desde lo consciente se define al tercero como principal causante del problema, o ambos sufren y originan el problema. Han ocurrido 1.770 llamadas (10%).

B07, B10, B15, B16, B17, B18, B19, B20: respectivamente, «problema familiar por el llamante», «problema generacional», «inflige malos tratos físicos a propios o extraños», «sufre malos tratos físicos de propios o extraños», «problemas sentimentales« y «crisis por ruptura amorosa». De manera que la situación conflictiva se refiere al sistema familiar como tal, y el llamante aparece como único o principal causante del problema, o cuando la crisis familiar como tal y desde lo consciente del que llama tiene un origen conocido y se define al tercero o terceros como causantes del problema; o cuando la crisis está producida entre padres u otros responsables de la educación y los hijos, por los diferentes criterios ideológicos, políticos, religiosos, existenciales y de convivencia; o cuando el llamante origina malos tratos físicos; o cuando origina malos tratos psíquicos; o cuando padece malos tratos físicos de terceras personas; o cuando padece malos tratos psíquicos de propios o extraños; o toda situación que implica un conflicto amoroso con el otro (o con el mismo) sexo aunque la otra parte no sea consciente del problema («amores imposibles», «amores no correspondidos», etc.); o, en fin, cuando la ruptura de noviazgo, abandono o separación y situaciones similares desembocan en un conflicto al que, por sí solos, los llamantes respectivos no ven salida y crean una desorganización vital. Han ocurrido, por estos problemas, 4.426 llamadas (55%).

Como se desprende de este repaso significativo, no exhaustivo, los problemas que más llamadas motivaron fueron los grandes apartados A y B. Ello significa que este servicio telefónico es solicitado específicamente, y cada vez más, por llamantes con problemas psiquiátricos y psicológicos, así como relacionales y familiares. Para casos jurídicos, asistenciales, religiosos y otros son cada vez menos, teniendo presente que, desde que hace casi 35 años el TES inició su andadura, se han inaugurado otros servicio

telefónicos en todo el Estado español («Teléfono dorado», «Teléfono de información sexual», «Teléfono de niños maltratados», «Teléfono de mujeres maltratadas», «Teléfono del Sida», etc.). Tenemos motivos sobrados de satisfacción por ese motivo, pero también porque su servicio gratuito y anónimo se ha ido especializando en la resolución de problemas que tienen que ver con asuntos vitales y con la configuración de la personalidad: la afectividad, la construcción o reconstrucción de las identidades perdidas, las relaciones humanas y, sobre todo, por la conservación de la vida frente a los conatos de suicidio. Añádase a ello que su disponibilidad, tras la atención por teléfono, llega hasta la eventual acogida en la sede a cuantos manifiestan expresamente el deseo de un encuentro personal. Incluso con la posibilidad de solicitar, si así lo prefieren, terapias específicas: familiar, habilidades sociales, dinámica de grupo, técnicas de relajación, prescripción facultativa psiquiátrica, consultas jurídica, religiosa y moral.

3. DESCRIPCIÓN DEL PROBLEMATISMO DE LOS ADOLESCENTES

Se inicia la fase de la adolescencia a partir de la autoconciencia y necesidad de autonomía. Así que empezamos con el problema de la palabra misma, su etimología: el participio pasivo del verbo latino *adolesco* (crecer, desarrollarse) es *adultum*, y adolescente significaría lo mismo que adulto. Por otra parte, adolescencia es, según el Diccionario de la Real Academia Española, «*la edad que sucede a la niñez y que transcurre desde que aparecen los primeros indicios de la pubertad* hasta la edad adulta*»[7]. Con lo que la definición llega hasta la etapa que suele denominarse «juventud». A ésta la define como el inicio de la edad viril, cosa que, por otro lado, sucede ya en la adolescencia, cuando no en la pubertad. Por otra parte, «adolecer», que produce el sustantivo «adolescente», puede significar, tanto caer enfermo o padecer, como crecer.

Aquí, y cronológicamente, correspondería a la edad entre los 12-13 y los 18-20 años. La adolescencia es la etapa más prometedora de la vida. Pero también la más cargada de obstáculos, la más zigzagueante del ser humano, la única de la que podemos hablar con conocimiento de causa y con diáfano recuerdo. Todo lo que nos ocurrió en la adolescencia está henchido de un significado que nos puede animar o hacer sucumbir para el resto de la vida. Sin embargo, «*quien pasa indemne la adolescencia nunca se convertirá de verdad en una persona mayor*»[8].

La adolescencia es el abandono de la infancia, dando lugar a mutación del niño en púber y, posteriormente, adolescente. Mutación de la que él poco puede decir, pero en la que se verá cargado de angustia o de indulgencia, según sea el comportamiento de los padres. Ese estadio del ciclo vital —entre los 13 y los 20 años— representa un desarrollo complejo —fase critica del desarrollo humano— y contradictorio. La adolescencia es por

su propia naturaleza la interrupción de un tranquilo y plácido desarrollo. Se trata de una época de tempestad y tensión. Su propio comportamiento es a veces paradójico. Por ejemplo, el conformismo puede coincidir con la rebelión, y la espontaneidad con una hosca reserva; los proyectos considerados como esenciales son rechazados en unos instantes a favor de exigencias del presente. De hecho es como un «*segundo proceso de individuación*»[9], ya que el primero se completa hacia el final del tercer año de vida.

Eso es la primera frontera de la adolescencia. ¿Cuál es su último paso? Hay que dirigir la mirada al desarrollo pleno: hacia los 20 años. La precocidad de las relaciones sexuales, las fuentes de información extrafamiliares, la televisión, la calle, los viajes al extranjero, los intercambios con motivo del aprendizaje de idiomas, de la informática, los medios de locomoción individuales, etc., constituyen un arsenal que pone en un brete la edad fatídica. Antes del año 1939, la adolescencia era contada por los escritores como una crisis subjetiva; después de 1950, la adolescencia no es tanto una crisis o episodio cuanto un estado, como una experiencia filosófica, un paso obligado de la conciencia.

En Víctor Hugo aparece por primera vez el término «adolescente«: «*La adolescencia, los dos crepúsculos mezclados, el comienzo de una mujer en el final de una niña*». Rousseau, en su obra *Emilio*, habla de «segundo nacimiento» del hombre: «*Esta tempestuosa revolución se anuncia por medio del murmullo de las pasiones nacientes…* (El niño) *se vuelve sordo a la voz que le mantenga dócil. Es un león enfebrecido: ya no conoce a su guía, no quiere ser gobernado… No es ni niño ni hombre, y no es capaz de adquirir el tono de ninguno de los dos...*». Luego, añade: «*Nacemos, por decirlo así, en dos veces: una para existir, y la otra, para vivir. Una para la especie, y la otra, para el sexo… Un cambio en el humor, arrebatos frecuentes, una continua agitación del ánimo hacen al niño casi indisciplinable. Se vuelve sordo a la voz que le mantenía dócil… No conoce a su guía y no quiere seguir siendo gobernado. A los signos morales de un humor que se altera se suman cambios perceptibles en el rostro. El rostro es nuestra primera identidad. Su fisonomía se desarrolla… Su voz enmudece, o más bien la pierde: ya no es niño pero tampoco hombre, y no es capaz de adoptar el tono de ninguno de los dos. Sus ojos, esos órganos del alma, que nada han dicho hasta el momento, encuentran un lenguaje y una expresión. Comienza a saber bajar los ojos y enrojecer; se vuelve sensible antes de saber lo que siente. Está inquieto sin motivo. Este es el segundo nacimiento de que hablaba; aquí es donde el hombre nace verdaderamente a la vida, y nada humano le es extraño. Esta época en que termina corrientemente la educación es propiamente aquella en que la nuestra debe comenzar*»[10].

Erikson (1968) equipara la vida con una serie de estadios, cada uno de los cuales va asociado a una determinada tarea de naturaleza psicosocial dentro del desarrollo. En la infancia, por ejemplo, dicha tarea consiste en establecer un sentimiento* de confianza básica y en combatir la desconfianza. La relación con la madre es considerada aquí como esencial para constituir un fundamento sobre el cual el niño puede establecer más adelante relaciones basadas también en la confianza. En cuanto a la adolescencia, la tarea implica el establecimiento de una identidad coherente. La búsqueda de identidad* es

ahora especialmente urgente de resultas de numerosos factores, entre los cuales, el cambio biológico-social y la necesidad de adoptar decisiones: lo que hace de la adolescencia una fase normal de incremento de conflicto*, caracterizada por fluctuación de energías y elevado potencial de crecimiento. Aquello que ante unos prejuicios podría parecer neurosis no es con frecuencia sino una crisis que puede mostrarse como aniquiladora, que de hecho contribuye al proceso de formación de la identidad[11]. Reconozcámoslo: cuanto llevamos a la edad adulta no es sino una deuda externa que comenzó en la infancia, que se agranda sin cesar y a menudo sin remedio. Los poetas preguntan:

> *«¿Por qué protestas, hijo de la luz,*
> *humano que transitorio en la tierra,*
> *redimes por un instante tu materia sin vida?»*
> (V. Aleixandre. *Sombra del Paraíso*, 1944).
> ...
> *«... ¿Quién sois? No sois ojos hermosos fulgurando un deseo,*
> *una pasión hondísima desde el fondo insondable;*
> *no sois sed de mi vida, llama, lengua que alcanza,*
> *no sois cúspide cierta de mi desnudo anhelante...»*
> (V. Aleixandre. *Nacimiento último*. 1953).
> ...
> *«... ¿Y somos esa imagen que soñamos,*
> *sueños al tiempo hurtados,*
> *sueños del tiempo por burlar al tiempo?...»*
> (Octavio Paz. *Libertad bajo palabra*, 1935-1957).

Merece, pues, la pena apuntar las manifestaciones detectadas en la escucha telefónica con Sergio, y que se dejan entrever en el diálogo contenido (en familia, en el aula, en las variadas ocasiones de entrevistas individuales o reuniones de grupo) con adolescentes.

3.1. Manifestaciones psicológicas detectables en la escucha

Desde una perspectiva psicobiológica, adolescencia y juventud se caracterizan con diferente intensidad por las siguientes manifestaciones psicológicas que califican por sí mismas la situación de quienes se deciden por hacer uso de un TES (o, tal vez, del mismo Departamento de Orientación del Centro Escolar y, cuánto mejor, de los padres):

— En el **ámbito de sexualidad** hemos constatado una cierta ambigüedad que hace frente a la polarización (heterosexualidad* y homosexualidad*). El brote de las pulsiones* tiene lugar como resultado de la pubertad de la que se va desprendiendo. Chicos y chicas se doblan ante el sexo tan instintiva o caprichosamente como el juncal a la dirección del viento.

— Para el adolescente, **el amor se polariza en el sentimiento amoroso** adornado de metáforas (mar, bosque, cielo estrellado, noche, luna, crepúsculo, etc.) prendido de versos reiterativos hasta el agotamiento; pero olvida que el amor suscita reconocimiento de las diferencias (estatus, sexo, edad, estado civil) del otro. A veces encontramos a adolescentes —más ellos que ellas—, que viven sus años de Instituto casi sometidos a una esclavitud de su tiempo, alargado como pilas alcalinas, o de sus enseres en favor de ellas: piénsese en los que hacen de transportistas de su «novieta» en la moto, o dedican al estudio el tiempo que la chica decide finalmente. Los vemos a menudo por los pasillos, en el descanso entre clase y clase, que se buscan ansiosamente: acaso, para «decirse algo» y, de paso, descargarse con un «roce» o unos «mordiscos» rápidos. Son contactos corporales que tienen algo de forzados. Hay adolescentes que se enamoran locamente de sus profesores o profesoras. Esto les hace sufrir, sobre todo porque su enamoramiento lo viven en soledad. Sin embargo, es más fácil amar a todos los hombres que a uno solo, que es como amarse a sí mismo. ¿No consiste el enamoramiento en dos soledades que se aproximan y se protegen? Ni los padres más comunicativos se percatarían de ello. Gustan de sentirse enamorados y a eso llaman amar, pero en el fondo su enamoramiento consiste en amarse a sí mismos por medio de otro. No hay peligro si el profesor y la profesora del Instituto o de la Facultad han superado su propia etapa de adolescente, cosa cada vez y desgraciadamente menos frecuente. ¿Quién ignora los casos de literatos y de artistas de renombre, y más entre políticos y directivos —ellos y ellas—, que buscan su segunda o tercera pareja entre chicas o chicos jóvenes? Que quieran hacérnoslo ver como normal, ya es otro asunto que sin duda entra en el terreno de la «inmaduropatía»…

  Pero es evidente que un enamoramiento así, si perdura hasta la mayoría de edad y si intentara el emparejamiento, no llegará a buen puerto. La experiencia y la razón ayudan a demostrar que tales hechos tienen efectos destructivos de la personalidad. Pensar de otra manera sólo es posible desde las novelas, incluidas las de Corín Tellado. ¡Pero al epistolario y al consultorio de la supuesta «señora Francis» nada se les resiste! Se podría pensar de otra manera, tratándose de ancianos que se emparejan con señoras de 35 o 40 años, pero nunca en el caso de adolescentes.

— **En el amor adolescente** se da fácilmente la función del placer, aunque no están ausentes la función relacional que pide considerar al otro no sólo como objeto de placer, y también la función de fecundidad. Están casi decididos a excitar en sí la zona que les dará fuerza y valor, es decir, la zona genital que se anuncia y, de ese modo, la masturbación*, que para muchos adolescentes no es liberadora sino causa de depresión. Los chicos están más preocupados por la potencia genital que por el goce, al contrario que las chicas. Las prácticas sexuales son interpretadas como marca de liberación sexual. Escamotean las diferencias entre heterosexualidad y homosexualidad (interpretadas más como determinación

natural que como predisposición de circunstancias sociales) e incluso, aunque en menor cuantía, apuestan por la bisexualidad*.

— Las actitudes frente a la sexualidad de los jóvenes de hoy en relación con los de hace 30 años son diferentes en tres aspectos que se anotarán más adelante. Con la primera experiencia sexual adoptan una actitud de novedad en el riesgo y de riesgo en la novedad. El mundo inexplorado hasta ahora les resulta lleno de incógnitas que desean resolver con aventura. El resultado suele ser el placer sin compromiso. El contacto indiferenciado con el otro(a) queda presa de inseguridad e inestabilidad afectivas que dan paso a los celos.

— Así que, aparecen celotipias, complejos, aislamiento, bloqueo afectivo y contradicciones. Por ejemplo, una chica se deja el pelo largo como cortina que le oculta el rostro. Pero cuando sale con las amigas a la discoteca, se vestirá y acicalará de manera provocativamente seductora. Vive su primer amor de manera compulsiva: es ella o él quienes prevelacen sobre la familia, los deberes escolares y cualquier otra amistad. Raramente el enamoramiento les lleva a una superación de sus propias capacidades.

— La **libertad** es adorada, pero también temida, en la medida en que implica responsabilidad; rechazo de los ritos tradicionales de pasaje (mili: que ya no hay; matrimonio: sustituido por la convivencia de hecho; derecho al voto: reemplazado por la ausencia de ideología); hay también un retraso en la edad de emancipación; además, adolescentes y jóvenes reivindican su derecho a todo tipo de experiencias (violencia, sexo, culturas esotéricas…). En ellos cuadra la definición de libertad como un querer ser otro del que ahora son, pero sin saber bien quién. Ser libre, para ellos, es poder «hacer lo que me da la gana» y «tener mi propia pasta gansa: dinero para no tener que pedir a mis viejos». Sin embargo aceptan como fundamentales lo que otros adolescentes de ideología «ultra» consideran valores «blandos»: tolerancia activa y solidaridad. Y, por otra parte, hay tres espejos sociales en los que se miran: en primer lugar, el valor del reconocimiento de la persona, respeto y diálogo; segundo, una total flexibilidad ante los deberes y las normas; y tercero, una exaltación del derecho a la diferencia como reclamo: «¿tú, de qué vas, tío?».

— **Necesidad de hacer cosas** por el simple hecho de hacerlas: para evitar el vacío emocional. No tener nada que hacer es muy temido por ellos. Lo interpretan como señal de poca valía o poco aprecio de parte de los demás. El hacer «lo que sea» les desvencija su existencia. En la esfera de las emociones imperan la sensación y el contagio afectivo, pero no suelen estar presentes un entendimiento que facilite la comunicación.

— La **identidad personal** (sexual, psicológica, social), la imagen del propio cuerpo y el concepto de sí* constituyen el principal rasgo psicológico, pero también el más problematizado: procede de los cambios fisiológicos y de la falta de valores o de modelos de apoyo a los que acudir. Están más desorientados que raros. Un período de transición comporta confusión, escasa autonomía, baja autoestima,

crisis de interioridad*, agresividad, negación del otro (en general) al que se pone siempre en cuestión.

— **Anorexia* y bulimia*, depresión* y neurosis*, fobias* e insomnio, drogas y sectas, delincuencia y aislamiento** son otras tantas consecuencias de la carencia de referentes en la familia y en la sociedad.

— Las **ideaciones suicidas** asoman, más como llamada de atención y escapatoria que como solución al hastío o al vacío existencial. Lo que al principio de un idilio pareciera un castillo encantado, más propio de los cuentos de los hermanos Grimm, acaba en desazón. ¿Quién no recuerda que las aventuras de la protegida y llorada Blancanieves provienen de su fascinación por las lindas baratijas, el peine o la manzana dorados?

— La **enfermedad inesperada** los hace más inermes por falta de recursos vivenciales y ausencia de una esperanza formulable en proyectos. Y es que la enfermedad es concentración del ser humano sobre sí mismo, disminución de alteridad e independencia, caída en la conciencia de transitoriedad, bache que trocea el camino. Nada expulsa del mundo más radicalmente que una concentración exclusiva sobre la vida corporal como noria aburrida, a causa de ese dolor incómodo o intolerable que procede del cuerpo y se hace in - comunicable[12].

3.2. Manifestaciones sociales detectables en la escucha

Apuntamos una somera relación de manifestaciones sociales que orienta sobre el estado de los adolescentes que se deciden a consultar sobre una situación vivida como emergencia psicológica (posiblemente al mismo Departamento de Orientación del Centro Escolar y, cuánto mejor, a los padres):

— **Llamada de atención** —por imitación y pobreza de juicio crítico— a través de la indumentaria, el lenguaje, el ocio, la violencia, la droga, la adhesión a sectas. El conocido modelo del «jaSp», es decir, joven aunque sobradamente preparado, es minoritario y sin peso para liderar la nueva generación. La gran mayoría tiene enormes dificultades para afrontar su vida, sus propias responsabilidades.

— Por otra parte, **los padres de adolescentes** pasan su propia —y tal vez, primera — crisis que repercute en los hijos, quienes se sienten a menudo controlados, pero no escuchados a causa del lento desmoronamiento afectivo de la pareja. ¿No parece sino que unos y otros aspiran a una eterna adolescencia y, como Peter Pan, renuncian a crecer, ¡incluso con la anuencia y hasta la complicidad de la propia familia!? Al no tener imágenes que imitar —porque la paternidad está en crisis y los padres se niegan a engendrar y, sobre todo, a formar a los hijos—, los adolescentes se vuelven ellos mismos iconos, imponiendo un

modelo de vida ante el que los adultos se inclinan[13]. Ya no se piensa en potenciar o reconstruir la familia rota (asunto considerado «retro»), sino en sustituirla por otro modelo (asunto considerado «progre») hacia el que se camina a tientas, y a sabiendas de que no alberga sólido futuro.

— Lo que interesa, primaria y minoritariamente a la mayoría de los padres, es **el éxito en los estudios.** Lo urgente, tanto para los padres como para los alumnos, es acabar el Bachillerato «como sea« para hacer un módulo y lograr su ansiada independencia. Así lo constatamos cuando algunos pocos vienen a visitar al tutor o al profesor, casi siempre cuando su hijo(a) ha suspendido. Pero es un hecho que cuando los adolescentes y jóvenes más avanzan en los estudios, más despotrican contra sus padres —sobre todo contra la madre—, que acaso no tuvieron en su tiempo las mismas oportunidades académicas. Por tanto, el fracaso escolar asomará cuando no se oriente a una educación integral de la personalidad.

— Las **dificultades en el aprendizaje,** sobre todo la de concentración, proceden de la inexperiencia y de la condición psicobiológica de la propia adolescencia, pero también del ambiente familiar, del rechazo de la competitividad como enemigo pedagógico y de la indiscriminada educación mixta. El éxito académico no coincide necesariamente con una adecuada formación en valores humanos, sobre todo los de comprensión y cooperación. El fracaso escolar afecta no sólo al ámbito de lo estrictamente académico o de los contenidos, que se centran en el aprendizaje de un ver y, con dificultad, de un juzgar, con el abandono de escolaridad de 1 de cada 4 adolescentes, sino también al ámbito de lo formativo. Apenas se da relevancia al factor emocional y motivacional que impulsan a actuar. Si la capacidad para formar juicios fundamentados racionalmente evitan la inmadurez y la manipulación, la motivación los compromete para tomar decisiones responsables. Pero cuando omito escribir sobre el encerado el resumen del tema explicado en forma de un dicho de un autor o de un eslogan, me lo solicitan apasionadamente, como si les quedaran como única reserva académica y hasta espiritual.

— El **trabajo femenino.** Si por nacimientos hay más chicas que chicos, en el porcentaje de éxito académico se incrementa notablemente: son más los chicos que abandonan, son más las chicas que consiguen acabar los estudios. Naturalmente, van escalando puestos laborales de responsabilidad, superiores a la de los varones. Esto producirá pronto la mayoritaria y ejecutiva presencia laboral femenina, lo cual no es malo ni bueno: lo que sucede es que los chicos lo presienten como una dominación mal entendida y, por lo tanto, mal aceptada. El modelo familiar que ellos han vivido con la presencia materna en casa va desapareciendo. La creciente repartición de tareas domésticas que pergeñan resulta extraña a unos chicos que encontraban todo hecho en casa: la cama, la compra, la ropa planchada, la comida, la visita al médico acompañado de la madre. (¿Se ha sopesado en el gran favor social y psicológico que se haría a una

legión de mujeres-madres de familia-amas de casa si se estableciera la posibilidad de elegir un trabajo de mitad de jornada?) Si la primera revolución de la mujer empezó en 1959 con la píldora de Pinkus, la segunda revolución ha empezado con la incorporación creciente de la mujer al mundo laboral. Así que los hijos se lo pensarán dos veces antes de abandonar el hogar en busca de la incertidumbre de formar otro propio. La igualdad hombre-mujer, que teóricamente defienden, en la práctica no la viven. Queda pendiente una tercera revolución, la de asignar roles a varones y mujeres. Pero eso no se hará pronto, porque las referencias valorativas quedan lejos en cuanto a clarificación, ponderación y compromiso: ¡tan ausentes del ánimo social!

— **Falta de interés por la vida política,** por otra parte tan herida en su credibilidad: por su enervación, incoherencia moral y monotonía[14]. El 79% y 84% de los adolescentes de un instituto de enseñanza Secundaria no sabía distinguir los mensajes de las campañas electorales, ni cómo se llamaban los partidos que concurrían, respectivamente, a los comicios del 12 de marzo de 2000 y 25 de mayo de 2003; el 82 y 85%, respectivamente, ignoraba los nombres de los principales líderes; el 87 y 88% no leía ningún periódico ni veía informativos radiados o televisados. Casi la mitad de los universitarios declaraba desconfiar de la clase política[15].

— La **información mediática** la reciben sin selección crítica y se convierte en espectáculo de ocio. Captan la información como un «masaje», no como un «mensaje». Los vídeos, films, juegos y demás productos del «entertainment» generan aislamiento, pues ellos se van «internetando» y «videoconsolando» con excitantes y llamativos reclamos de atención: más ingeniosos, pero más horteras. Así se sienten vencedores, pero eso es como la coz del asno al león moribundo. De manera que, adolescente o joven se convierten en objeto y no en sujeto de la acción social: difícilmente podrían comprometerse socialmente si no tienen unos objetivos que alcanzar, un modelo de sociedad por el que luchar, unos referentes donde sustentar y determinar ciertos valores con profundidad[16]. La satisfacción que produce a todos el incremento del voluntariado social y de diferentes ONG puede quedar en un brete si fueran vías de escape de la frustración inconfesada de los jóvenes ante su incapacidad de implicarse de lleno en la sociedad, y, sobre todo, ante la incapacidad de arriesgarse a formar una familia propia.

— El **desembarco en las drogas** y en la delincuencia obedece a la preponderante influencia de la pandilla y de la calle sobre la familia o la escuela. Con la pandilla presumen de fuerza asociativa, cuando en realidad viven ese individualismo feroz que es el código genético de la democracia moderna. Al grito de «hacer lo que me da la gana» se une el ansia de «probarlo todo». ¡Pero si la democracia es el número, también el colectivo de profesores y de padres es un buen número! Los adolescentes estiman como valores la autonomía fundante de lo bueno y de lo malo, el pluralismo y la tolerancia activa. Pero una cosa es

estimar un valor y otra es ponerlo en práctica: a veces saben dónde está un valor, pero les cuesta llevarlo a hombros. Lo decía el rey al Principito de St. Exupéry: «*Es mucho más difícil juzgarse a sí mismo que juzgar a los demás. Si logras juzgarte bien a ti mismo, eres un verdadero sabio*».

— La **búsqueda de la religiosidad,** principalmente a través de las sectas, se debe a su oferta de sensaciones y éxtasis, al vacío de afecto y de diálogo en el entorno familiar y su desintegración, a la carestía de un seguimiento de la primera catequesis que la mayoría recibió con oferta de valores religiosos y humanos auténticos. La secta y sus promesas son cebo de experimentación y sensación, no de comunicación y encuentro personalizadores.

— El **racismo* y la xenofobia*** es la respuesta a mensajes culturales negativos recibidos de algunos padres pero, sobre todo, de una pandilla encerrada en sí misma. La inflexibilidad, el dogmatismo, la competitividad, la conducta agresiva, el distanciamiento de cualquier cualidad femenina, la fobia contra los semejantes, la crueldad y la violencia, son las tradicionales máscaras de sexo que encubren una baja autoestima entre los chicos. La sumisión, la dependencia, la necesidad de aprobación masculina, el temor a los conflictos, la autoacusación y la incapacidad para expresar el enfado y la ira son respuestas en forma de máscaras de sexo que encubren una baja autoestima entre las chicas[17].

Pocas veces me he encontrado en mi vida de enseñante-educador con un caso como el de Nicolai. Cuando trabajaba ahora en detectar las manifestaciones psicosociales de los adolescentes, pensé que él era un paradigma en negativo de todas ellas. En efecto:

Nicolai, adolescente búlgaro de 16 años, fue adoptado a los 8 años por unos padres españoles de holgada posición económica. Había sido abandonado, nada más nacer, en un orfelinato del que recuerda y relata con parsimonia las más denigrantes atrocidades: desde el hambre, el frío y la violencia física al abuso y violación sexuales… Al venir a España se le presta las más cuidadas atenciones sociales, escolares, etc. Pero lo malo es que los padres adoptivos no formaban una pareja adecuada para Nicolai. En efecto, a los cinco años de convivencia con el adolescente, el padre, celoso, alcohólico y mujeriego los abandona, tras una imposible convivencia a tres. Alterado, aún más, Nicolai —durante esos cinco años por la conducta desigual del padre adoptivo, los malos tratos físicos y psicológicos a su esposa— desarrolla una pésima conducta en el Instituto (en el grupo de integración social se le ayudó de todas las formas inimaginables) y en casa, que culminan en escándalos, mal comportamiento, nulidad académica, amenazas físicas (incluso con navaja) a algunos compañeros de clase y a los padres adoptivos —y después del divorcio, a la madre adoptiva—, etc. Finalmente, la madre opta por entregar en custodia a

Nicolai a una institución social, donde hoy reside…

¿Qué explicaciones pueden darse, qué remedios ofrecer a chicos como Sergio, Nicolai y otros que apuntaremos más adelante? ¡Evidentemente, no hace falta ser adoptados ni extranjeros! Intentaré recopilar algunos que irán viniendo a partir del caso paradigma de Sergio expuesto anteriormente, cuya narración vamos recordando según problemas, en los recuadros que seguirán:

3.3. Hipótesis explicativas de los rasgos psicológicos y sociales

Orientador: Un domingo me encontraba de servicio en este teléfono de ayuda psicológica. Suena el tercer rinrín de la tarde. Descuelgo el auricular y… ¡se oye el silencio! Un leve resuello contenido, juvenil. Una solicitud de desahogo, de impaciencia, de búsqueda de claridad… Apuesto por esperar a que se abra la palabra oculta, el rostro invisible y anónimo —que más tarde prefirió que le llamara «Sergio»— tras el auricular. Veo que te cuesta hablar… A lo mejor estás pensando que ni siquiera sabes por qué has llamado… Si te interesa algo… Puede ser que entre los dos pongamos en claro algo de lo que te gustaría decir…

Sergio: ¿Aclararme? Sí, bueno, ojalá, pero no sé cómo decirte… ¿te puedo tutear? Tengo un mogollón de cosas en la cabeza, estoy hecho un lío. Es que… (de nuevo, silencio).

Orientador: ¿Qué quieres decirme con lo de «estoy hecho un lío»? ¿Mogollón quiere decir que tienes muchas cosas desordenadas en la cabeza? Entre tanto mogollón, como dices, seguro que habrá alguna más importante para ti…

Sergio: ¡Va! ¡Los exámenes! Tengo seis asignaturas suspensas y, encima, repito 2º de Bachillerato. Lo siento por el verano de mis padres. Bueno, ¡y el mío! El verano pasado fue un desastre en todos los sentidos…

Orientador: ¿En todos los sentidos? (Fracaso escolar: Ver caps. 2, pp. 89-96, y 3, pp. 154-155.)

Sergio: Sí, porque era la primera vez que suspendía… Yo ya lo veía venir durante el curso, pero es que hice amistad con dos compañeros nuevos en mi clase, que procedían de un centro privado, y también con una compañera —se llama Mónica— de otra clase que iba mal en los estudios lo mismo que yo y, además, coincidimos en que los dos teníamos casi los mismos problemas.

Orientador: Sí, pero tu Tutor o algún profesor estaría al quite para echarte una mano.

Sergio: ¡Va, ellos van a lo suyo, entran en clase con cara de poco amigos; siempre tienen razón y, según les oigo en la cafetería, también tienen sus problemas! A veces, a ellos les oigo discutir y ponerse verdes. A nosotros nos entienden poco y, dado el caso, algunos nos animan a ir a la huelga que ni sabemos de qué va… Pero, a quien no le va un día de «juerga», con lo que gusta «la marcha»…

Orientador: Me hablabas hace un momento de los mismos problemas: ¿es que son varios y los mismos que tiene Mónica?

Sergio: Sí, porque los padres de ella, igual que los míos, se llevaban tan mal que hablaban de divorciarse. Todo era nuevo para mí: yo no podía pensar que mis padres que se habían querido, de pronto les veía tirándose los tejos a cada momento… Y en medio de todo eso, mis hermanos de 10 y 13 años. Parece como si ahora no contábamos nada para mis padres. Sólo que cada uno trataba de hacerse la guerra por su cuenta y de llevar a cada hijo a su bando… (Desintegración familiar: Ver cap. 3, pp. 157-161.)

Se han dado dos tipos de explicación del proceso de transición del niño y del púber al adolescente[18]:

Hipótesis psicoanalítica

La hipótesis psicoanalítica se ha centrado en el desarrollo psicosexual del adolescente, de los factores psicológicos que subyacen a su dinámica y que le aparta del comportamiento y los modos emocionales infantiles. Este enfoque adopta como punto de partida el brote de las pulsiones desde la pubertad. Ello va asociado, por un lado, al despertar de la sexualidad, que lleva a buscar objetos amorosos fuera del medio familiar, rompiendo —ruptura de vínculos— los lazos emocionales que unían a adolescentes y padres desde la infancia.

Sucede a veces que los adolescentes se acurrucan en la figura del profesor, de la profesora o de personas que hasta les cuatriplican la edad, y con quienes mantienen una situación idílica —normalmente turbulenta y pasajera— que sustituye la nostalgia de un padre o de una madre, lejanos o ausentes, o el sueño de una fortaleza de la que carecen: no sólo los adolescentes sino también sus mismos profesores u otras personas mayores.

En la adolescencia, sin embargo, el individuo tiene que renunciar a la figura interiorizada de los padres, a fin de desvincularse de ellos —parecido al duelo en los adultos que pierden a un ser querido—, logrando nuevos objetos amorosos en el mundo exterior. De su «hambre de objeto y de afecto» proviene la necesidad de hacer cosas por el simple hecho de hacerlas a fin de combatir el vacío emocional, para aliviarse a su manera dentro de la banda juvenil o del grupo de compañeros que sustituyen a la familia. Cuando el adolescente no lo consigue, está en un estado de regresión (idolatría de

personajes famosos), o también puede sobrevenir la fusión (la sensación de estar fundido, embebido por ideas abstractas con otra persona), o la ambivalencia (inestabilidad emocional, contradicciones en cuanto a pensamientos y sentimientos; la libertad es adorada, pero también temida, pues exige responsabilidad; el inconformismo y la rebelión; rechazo de los padres y dependencia de ellos). En el caso de Nicolai, contado anteriormente, repárese que no tiene referencias paternales, pues fue abandonado nada más nacer, y cuando viene a España es acogido por una pareja desestructurada. Como se ve, en todos los casos, los adolescentes se hallan casi siempre turbados a la manera que el cisne turba la calma del agua[19].

Dicho proceso de filiación y de identidad ha sido contrariado en los adolescentes de los años 1960-1970, que han evitado sus imágenes parentales, como si no debieran existir. Negando a padres y a adultos, se han construido sin ellos y en la suficiencia del Edi-po-Rey*. Lo imaginario ha sido reivindicado frente a lo real: fenómeno ya clásico en el niño que queda pegado a la madre, sin llegar a integrar la norma paterna que da acceso a la realidad. La diferencia sexual queda mermada, se cantan los bellos días de la moda unisexo que ha favorecido el desarrollo y la tolerancia de la homosexualidad, cuyas representaciones impregnan, pues no se sabe a ciencia cierta qué llegar a ser.

Cuenta Platón en el discurso de Aristófanes en el diálogo *El Banquete*, que los amantes desconocen lo que verdaderamente quieren el uno del otro. Por el contrario, resulta evidente que las almas de ambos están sedientas de algo distinto, que no es el placer amoroso. Sin embargo, el alma no consigue expresar este algo distinto, «*tiene sólo una vaga percepción de lo que realmente anhela, y habla de ello como de un enigma*». Origen del amor es el conocimiento, que puede servir de filtro de amor. Ahora bien, en un primer nivel de conocimiento, éste puede instruir y también dirigirnos en cualquier dirección, lo que los pensadores medievales calificaban de una razón que «tiene la nariz de cera» y se queda en los sentidos corporales, entonces se impone un «ayuno de la mirada»; pero en un segundo nivel, el de la experiencia o de relación directa, puede tanto elevar como rebajar la persona.

Con nariz de cera y sin ayuno de la mirada, nuestro tiempo defiende tanto la homosexualidad y la bisexualidad que no sabemos si quedará algo de heterosexualidad, o será considerada algún día como excepción[20]. La moda viene a veces a paralizar el juicio moral. En el terreno sexual y afectivo —¡se llega a oír!— no hay normas morales estables.

Da la sensación de que el «asunto gay» consiste en una guerra entre homosexuales y homófobos. No creo que sea tal. Nadie tiene derecho a preguntar a otro si es «gay» para guardarle un respeto. Pero, independientemente de la corrección de la orientación sexual de cada uno, a nadie le basta con que le dejen hacer cuanto le venga en gana. El problema de identidad no es ser como me pide el cuerpo, sino permanecer en la esperanza de encontrarlo y desarrollarlo. Y ello, reconociendo que «*la homosexualidad es el camino más estrecho, el camino más duro, el más difícil, el más monstruoso de subir; ¿y os gustaría que esos corazones alegres de adolescentes como los que ahora me escriben y que piden ayuda desde todos los rincones de Francia, porque están solos y*

porque tienen miedo de no conocer la felicidad, os gustaría que esos muchachos escogiesen ese camino, si no son homosexuales?»[21]. Sin duda, los homosexuales —sean genéticos o sociales— necesitan un apoyo psicológico, lo mismo que en su situación y a otro nivel lo precisan los heterosexuales. Decía Kant que es un deber el garantizarse la felicidad personal, porque la insatisfacción o descontento provocan ansiedades que se convierten en fácil trasgresión del deber. Así que: a Sergio y Nicolai, por ejemplo, le vendría como anillo al dedo conocer, entre otras, la referencia de Rousseau sobre la felicidad (atención al subrayado):

> *«El objeto de la vida humana es la felicidad del hombre, pero ¿quién de nosotros sabe cómo se consigue? Sin principio, sin fin cierto, vagamos de deseo en deseo y aquellos que acabamos de satisfacer nos dejan tan lejos de la felicidad como antes de haber conseguido nada…; todo lo que poseemos únicamente nos sirve para mostrarnos lo que nos falta, y a falta de saber cómo hay que vivir, todos morimos sin haber vivido… ¿Pero qué vamos a hacer, Sofía, sino lo que ya hemos hecho mil veces? Todos los libros nos hablan del Soberano Bien, todos los filósofos nos lo muestran; cada uno enseña a los demás el arte de ser feliz, pero ninguno lo ha encontrado por sí mismo. En ese inmenso laberinto de los razonamiento humanos, aprendéis a hablar de la felicidad sin conocerla, aprendéis a discurrir y no a vivir, os perdéis en las sutilezas metafísicas. Las perplejidades de la filosofía os asedian por todas partes. Veréis por todas partes objeciones y dudas…»* (**Cartas morales,** 2ª carta).

Inevitable un breve comentario. Es una constante en Rousseau la primacía de los problemas morales y prácticos sobre los teóricos. Descartes es el autor más citado por Rousseau en estas cartas morales, pero también toma su distancia respecto de él[22]. Lo que preocupa a Rousseau es cómo alcanzar el Bien Supremo que nos proporcione la felicidad. Más próximo, por tanto, al *Tratado sobre la reforma del entendimiento* de Spinoza, que insiste en que las observaciones de los «filósofos» no hacían sino multiplicar sus dudas y agravar su perplejidad. En efecto, «vagar de deseo en deseo», «enseñar el arte de ser feliz» no otorgan la felicidad.

Finalmente hay que poner de manifiesto que la diferencia de generaciones se reduce: los adultos no atinan a actuar como padres y educadores de sus hijos, cuando debieran intervenir en relación con sus comportamientos. Esos adolescentes de ayer, hoy padres, se extrañan de que sus hijos les pongan en duda, y por otro lado no deseen abandonar el domicilio familiar. Aman a su manera a los padres y les reclaman ante todo de qué alimentar su idealidad. La inteligencia colectiva de la sociedad creó los ideales que el adolescente pretende seguir, pero éstos tienen su contrapartida reprimida en el inconsciente colectivo de la sociedad o en el individual del adolescente, que habrán de recluir en los sueños. Él siente que tiene derecho a muchas cosas, pero olvida que los

demás tienen también derechos: piénsese en la historia del «botellón» en plena calle y a plena noche. ¿Cómo olvidar que la afirmación de la persona, la construcción de la identidad personal se hacen a costa de la represión del inconsciente?

Según Erikson (1968), la difusión de la identidad tiene cuatro componentes principales:

1. El problema de la intimidad: el adolescente puede temer las relaciones interpersonales debido a la posible pérdida de su identidad; ello puede conducir a relaciones estereotipadas o buscar las parejas más insólitas. Su entretenimiento con el móvil está rodeado de una parafernalia sin estrépito: cierran la puerta de la habitación para guardar intimidad sobre cualquier tema de conversación.

2. Difusión de la perspectiva temporal: al adolescente le resulta difícil planificar el futuro o mantener el sentido del tiempo.

3. Difusión de la laboriosidad: el adolescente tiene dificultades para aplicar sus recursos al trabajo o al estudio y, como defensa, puede encontrar dos salidas extremas: imposible concentrarse o emprender una actividad frenética.

4. Elección de una identidad negativa: la opuesta a la preferida por los padres o adultos, que reviste importancia para el adolescente. La pérdida de un sentimiento de identidad es expresada con frecuencia mediante una desdeñosa hostilidad hacia el papel ofrecido por la propia familia. La identidad del papel sexual —prescripciones o estándares que describen el comportamiento de uno u otro sexo en una determinada cultura— es un aspecto relevante del concepto de sí mismo.

Hipótesis psicosociológica

La hipótesis sociopsicológica se diferencia de la anterior por una búsqueda de causas precipitantes. Tiene en cuenta que todo el bagaje que el adulto aporta proviene siempre de la infancia y de la adolescencia. Es decir, consideran que las causas de los problemas de la transición de la infancia a la adolescencia residen en el entorno social del individuo; centran su atención en la naturaleza de los papeles y el conflicto entre los mismos —por ejemplo, de hijo y de novio, asociados con expectativas que resultan incompatibles: la madre pide que su hijo que sea obediente en tanto que la novia le pide que sea independiente—, así como en los diferentes agentes de socialización (familia, escuela, pandilla). La carencia de roles sociales bien definidos y de criterio sobre el «género» constituyen dos obstáculos con los que se enfrentan los adolescentes.

He aquí dos textos de penúltima hora sobre el «género», cuya confrontación puede ayudarnos a clarificar la «condición femenina» y a proyectar la educación futura (el subrayado de los mismos facilitará su comprensión):

Texto 1. *«No se nace mujer; se llega a serlo. Ningún destino biológico, psíquico ni económico define la figura que en el seno de la sociedad representa*

a la hembra humana; es el conjunto de la civilización lo que elabora ese producto intermedio entre el macho y el castrado que se califica de femenino. Sólo la mediación de un prójimo puede constituir a un individuo como Otro. En tanto que existente para sí, el niño no se capta como sexualmente diferenciado. En niñas y niños el cuerpo es, en primer término, el centelleo de una subjetividad, el instrumento que hace la comprensión del mundo; unos y otras captan el universo mediante los ojos y las manos, no a través de la sexualidad. El drama del nacimiento, la edad del destete se producen de la misma manera en los bebés de ambos sexos. (...) Hasta los doce años, la muchacha es tan robusta como sus hermanos y muestra la misma capacidad intelectual que ellos. (...) Si, mucho antes de la pubertad, e incluso, a veces, desde su más tierna infancia, la niña se nos muestra en su especificidad sexual, no es porque misteriosos instintos la aboquen a la pasividad, a la coquetería y a la maternidad sino porque la intervención de los otros en la vida de los niños se produce casi originariamente y porque desde sus primeros años su vocación les es insuflada de un modo imperioso» (SIMONE DE BEAU-VOIR. *Le Deuxième Sexe*, vol II. Gallimard, París, 1949, pp. 13-14. Trad. de Teresa López Pardinas).

Texto 2. *«Porque el hombre no tiene naturaleza. El hombre no es su cuerpo, que es una cosa; ni es su alma, psique, conciencia o espíritu, que es también una cosa. El hombre no es cosa ninguna, sino un drama. (...) Esto muestra que el modo de ser de la vida ni siquiera como simple existencia es* ***ser ya****, puesto que lo único que nos es dado y que* ***hay*** *cuando hay vida humana es tener que hacérsela, cada uno la suya. (...)*

Para hablar, pues, del ser-hombre tenemos que elaborar un concepto no-eleático del ser (...) El hombre es una entidad infinitamente plástica de la que se puede hacer lo que se quiera. (...) La vida humana no es, por tanto, una entidad que cambia accidentalmente, sino, al revés, en ella la «sustancia» es precisamente cambio, lo cual quiere decir que no puede pensarse eleáticamente como sustancia.

Pero, ¿qué es la mujer cuando no es sino mujer? (...)

El oficio de la mujer, cuando no es sino mujer, es ser el concreto ideal («encanto», «ilusión») del varón. Nada más. Pero nada menos. (...) De suerte que la mujer es mujer en la medida en que es encanto o ideal. (...) La mujer, antes que poder ser cualquier otra cosa, ha de parecer al hombre, como Veleda, un hada, una mágica esencia. (...)

Es increíble que haya mentes lo bastante ciegas para admitir que pueda la mujer influir en la Historia mediante el voto electoral y el grado de doctor universitario tanto como influye por esta su mágica potencia de ilusión. (...)

La excelencia varonil radica, pues, en un ***hacer****; la de la mujer, en un* ***ser*** *y en un* ***estar****, o con otras palabras: el hombre vale por lo que* ***hace****, la mujer por lo*

que ***es***. *(...) Como al presentarse la luz, sin que ella se lo proponga y realice ningún esfuerzo, simplemente porque es luz, quedan iluminados los objetos (...), todo lo que hace la mujer lo hace sin hacerlo, simplemente estando, siendo, irradiando. (...) El hombre golpea con su brazo en la batalla, (...) coloca piedra sobre piedra en el monumento, escribe libros (...). La mujer, en tanto, no hace nada, y si sus manos se mueven es más bien en gesto que en acción» (J. ORTEGA Y GASSET. «Sobre el influjo de la mujer en la Historia», en:* Para la cultura del amor. *Madrid, 1988, pp. 156, 160, 161, 163-65. Las palabras destacadas en negrita son del autor).*

Para la reflexión y el diálogo

— ¿El argumento de los dos textos es el mismo? ¿Cuál?
— ¿Podrías poner un título a cada texto? Inténtalo.
— ¿Se parece lo que dicen ambos textos sobre el término «naturaleza», aplicado al ser humano? Explícate…
— La frase de Ortega, «¿qué es la mujer sino mujer?», ¿qué sentido puede tener?
— ¿Cómo entiendes la frase de S. de Beauvoir, *«el cuerpo es, en primer término, el centelleo de una subjetividad»?*
— ¿Podrías poner en forma de díptico la descripción sobre la mujer de S. de Beauvoir y de Ortega?
— ¿Es una expresión literaria o un descubrimiento real?
— ¿Conoces textos clásicos de la filosofía que hablen de la «condición femenina«?

4. PARA COMPRENDER LOS PROBLEMAS

4.1. ¿Sociedad enferma o individuos enfermos?

No son pues factores internos y endógenos, como en la teoría psicoanalítica, sino externos o exógenos los que configuran la socialización. Como ejemplo de circunstancias que provocan tensión pero también oportunidad de socialización, está el de la prolongada dependencia* de los adolescentes como consecuencia del incremento de posibilidades para seguir una educación secundaria o superior y la decadencia del papel desempeñado por la familia, máxime con la ausencia del hogar por parte de la madre, y las más frecuentes y prolongadas del padre. Se ha producido una segregación de edades junto con una disminución de contacto entre adultos y adolescentes. Pero aunque el grupo de compañeros asume un papel importante, el contexto familiar sigue siendo esencial, no sólo para proporcionar modelos de papeles sexuales y laborales, sino

para todo el curso de la transición de la adolescencia: desde la infancia a la juventud y a la edad adulta.

Aunque también debemos saber que la adolescencia es una época de tensión, pero no por eso existe en la población adolescente un nivel de trastornos psicológicos mayor que en otros grupos de edad, sino un nivel diferente. Y si bien parece que los problemas son difíciles de tratar, la depresión, la ansiedad y otros desarreglos emocionales están presentes en la adolescencia, donde a menudo irrumpen como llamada de atención por medio del grito silencioso «vivo pero quiero morir», y la ansiedad como un «muero, pero quiero vivir». Y mientras en la infancia es mayor el número de casos de trastornos en los niños que en las niñas, en la adolescencia, se iguala. Pero la esquizofrenia, los **estados obsesivos-compulsivos*** y los conatos de suicidio son mayores en la adolescencia que en la infancia. Sin embargo, en los adolescentes se presenta menos grave la discordia familiar, como trastorno psiquiátrico, que en la infancia[23]. Los trastornos psiquiátricos de los adolescentes difieren notablemente en los niños y no tanto en los adultos. Muchos de sus problemas tienen relación con el comportamiento social, es decir, delincuencia, drogas, trastornos de nutrición, falta de interés por la escuela o por el puesto de trabajo. Rutter (1977) y otros colaboradores han destacado el puesto central que ocupa la depresión dentro de la constelación de los trastornos del adolescente.

La ***depresión exógena*** se explica por alguna situación no aceptada o un vacío súbito por diversas circunstancia: es temporal o circunstancial, produce un estado anormal de estrés, desorientación y frustración momentánea, situación no aceptada. La ***depresión endógena,*** que es fija, se manifiesta como apatía total, tiene una base genética, tiende a la enfermedad maníaco-depresiva, pero no tiene una explicación válida, ni siquiera desde la neurología. Suele presentar ideaciones suicidas o intentos de suicidio. El depresivo, especialmente el adolescente, es incapaz de anticipar el porvenir, está en duelo con el sentido del ideal. ¿Es el amor un ideal de los adolescentes? ¡Pero si ya no oyen hablar de amar, les resulta cursi! Romper, destruir, drogarse son actitudes que definen a quien no quiere existir por más tiempo. Se abusa del pensamiento y de la realidad —palabras nodrizas de la psicoterapia— en vez de ponerlas en uso. El clima depresivo defiende que la culpabilidad se anula por decreto. La vía más rápida, pero no más beneficiosa a largo plazo, es la recurrencia a la medicación[24].

El ***sentimiento de culpabilidad*** es no solamente inevitable sino también organizador del individuo y de la sociedad. La formación del súper-yo, con sus reproches interiores, forman el sentimiento de culpabilidad. Tal sentimiento goza de mala prensa, como si hubiera que eliminar la culpabilidad, dando vía libre a todos los impulsos: ¿no sería eso deshumanizador?

4.2. La depresión

La depresión es un concepto compuesto por un cuadro de síntomas. Por ejemplo:

a) abatimiento,
b) inhibición motórica,
c) inhibición mental o ausencia de compromiso,
d) aislamiento,
e) tristeza,
f) melancolía,
g) mirada baja,
h) ansiedad,
i) duelo con el sentido del ideal.
j) excitación inespecífica,
k) pérdida de apetito o peso,
l) desórdenes vegetativos:
   — trastornos corporales,
   — cansancio,
   — trastornos del sueño,
   — inapetencia, estreñimiento,
   — dolor de cabeza,
   — taquicardia,
   — dolor de espalda,
   — trastornos menstruales en la mujer,
   — baja del tono corporal o pérdida de impulso.

Conocemos algunas **causas** que producen la depresión:

— **Agresividad.** La agresividad forma especial de energía y actividad, cuando no es conducida hacia el exterior, se convierte en dolor corporal; cuando la agresividad está bloqueada y no exteriorizada, entonces se dirige hacia dentro y se convierte en sentimiento de culpabilidad. Pero el depresivo trata de disimular sus impulsos agresivos y destructivos con una vida irreprochable.

— **Responsabilidad.** La depresión es la forma extrema de rehuir la responsabilidad, la cual no se encara y entra por la puerta trasera del sentimiento de culpabilidad. Aceptar responsabilidades significa a menudo quedarse solo, y de ello tiene miedo el depresivo. Por tanto, busca personas a las que aferrarse: la separación, alejamiento, ruptura o muerte de una de esas personas desencadena depresión.

— **Sentimiento de culpabilidad.** La culpa es la cara aparentemente negativa de un proceso eminentemente positivo: el que permite al sujeto orientarse en medio de las exigencias contradictorias de sus impulsos y otorga paulatinamente el gozo de vivir en común. Digámoslo con claridad: sin sentimiento de culpabilidad no es posible la convivencia social. Muchos opinan que la represión de los impulsos realizada hasta ahora por la sociedad ha sido fuente de malestar psicológico y hasta de neurosis caracterizadas. ¡Hasta el mismo Freud defendía que el devenir de los impulsos no debe dejarse en manos de la espontaneidad! Es ingenuo creer que la expresión espontánea de los impulsos sexuales desemboca necesariamente en el respeto al otro. Por tanto, no hay una sana regulación de la vida impulsiva sin cierto enfrentamiento con la frustración. El

súper-yo y la culpabilidad no son realidades enfermizas. Lo que pasa es que no es fácil administrar socialmente la culpabilidad cuando se la ha vivido de forma enfermiza.

La capacidad de culpa es un reconocimiento implícito de asumir una responsabilidad. Sólo la culpa comprendida o racionalizada es buena porque significa compromiso con una nueva vida que me es posible, si la quiero. Un compromiso no es pérdida de libertad sino su ejercicio. La culpabilidad es buena cuando permite caer en la cuenta de que necesito perdón, y lo pido, y lo acepto[25]. El arrepentimiento —al que a menudo acompaña un halo de culpa—, cuando es un pesar de haber hecho algo improcedente o de haber omitido algo debido por una promesa es la forma suprema de crecimiento personal y de compromiso responsable. El arrepentimiento es bueno en tanto que está uncido a la memoria de un error pasado, siempre superable: si no en la acción cometida, sí al menos en el pensamiento, en el sentimiento y en la formalización de un proyecto nuevo. En fin, un recuerdo que no puede ser traído al presente no merece más tiempo que el de saber que *con madera de recuerdos armamos la esperanza*, y solamente entonces el pasado es hermoso. Hace falta una inteligencia superior para domesticar los malos recuerdos que vienen a la memoria. Nuestro quehacer educativo y/o terapéutico podemos dirigirlo en el sentido de que el dolor y el error no siempre se pueden eliminar, pero sí iluminar.

El adolescente depresivo está cogido por un ideal confuso. Su tristeza procede de su dificultad para renunciar a su Yo idealizado que no pisa tierra. Podemos ayudarle a distinguir que el ideal habita dentro, mientras que la ideología, una idea con moldes totalitarios, viene de fuera y se reviste del dulce nombre de «**progreso».** Como decía Wittgenstein a propósito de los valores, «*son un asunto terrible. Al hablar de ellos, lo menos que puede hacerse es tartamudear*».

Se trata, por tanto, de que cada uno de los padres y educadores sepamos poner las buenas prohibiciones que permitan a los adolescentes cultivar buenos sentimientos de culpabilidad. Es ésta una tarea delicada en la que acechan al educador dos tentaciones: o de subestima, como hacen las vulgarizaciones de W. Reich[26], con lo que caería entonces en una permisividad alienante; o, por el contrario, de sobrevaloración de la violencia de los deseos* que transforma la prohibición «no desearás cualquier cosa, ni de cualquier manera» en la prohibición castradora «no desearás nunca», lo que desencadenaría desequilibrios en el adolescente. Así, en el caso que comentamos de Sergio, mandato y prohibición se administran sin rigor, pues sus padres son, cada vez menos, un ejemplo a seguir.

Quienes estamos llamados a educar a adolescentes y a jóvenes tendríamos que tener presente que todo sentimiento de culpa es putrefacción, bloqueo. Segrega duda y camina paralelamente con los sentimientos de impotencia o incapacidad, de **inferioridad**, de **pérdida** y de lejanía del ideal; impide reconocer lo bueno que cada uno tiene, que todos tenemos. El culpable es un acomplejado que ha entregado su imagen siniestra quedando a la intemperie: como soldado que planta una mina en el campo, todo culpable se siente extraviado porque ya no se atreve a pisar ese campo: ha perdido el campo y la mina[27].

Las prohibiciones éticas sanamente situadas, constituyen el paso obligado para la humanización[28]. Cuando explicamos los Derechos Humanos hay que tener presente una doble perspectiva, la positiva y la prohibitiva. Si no hay un orden interno habrá neurosis compulsiva u obsesiva: ambas son maneras de delirio de omnipotencia; y si no hay valores objetivos, el adolescente caerá en la depresión. Quien nunca está contento consigo mismo, verá de continuo defectos en los demás, y cualquiera puede ser su próxima víctima.

— **Renuncia, soledad, vejez, muerte.** Todo lo vivo, como el movimiento, el cambio, la relación social y la comunicación es arrebatado al depresivo y se le ofrece el polo opuesto a lo vivo: apatía, inmovilidad, soledad, pensamientos sobre la muerte. El conflicto radica en que se teme tanto a la vida como a la muerte. La vida activa trae consigo culpabilidad y responsabilidad y eso es lo que el depresivo quiere esquivar. Uno se ha quedado solo y no quiere vivir solo ni asumir solo cualquier responsabilidad; tiene miedo a la muerte y no reconoce las condiciones de la vida. Y es que la depresión nos da sinceridad: hace visible la incapacidad de vivir y la necesidad de morir.

4.3. La utopía del progreso

La utopía del progreso va menguando sus halos de soberbia. Y es que el progreso material (progresismo) no va unido necesariamente al progreso espiritual: en sentido espiritual y psicológico no hay progreso, el hombre va a ser el mismo; ante la realidad va a reaccionar a través de la historia de igual manera; siempre ocurrirá lo mismo, porque la Humanidad no aprende nunca. Como decía León Felipe, «*ya no hay locos, el mundo está terriblemente cuerdo*». Aprender exige dejar a un lado el orgullo. El adolescente suele vivir en medio del universo sin percatarse de ello: sombras, eso es lo que a menudo inserta en un diario vivir que titubea entre una familia ausente y una sociedad omnipresente.

Mas como el desarrollo que cunde y proponen las utopías actuales del progreso es perverso, si no repercute en la personalidad integral, entonces sobreviene la depresión. El depresivo no explota (hacia fuera), implota (hacia dentro). A falta de saber acudir a un ideal transcendente, busca en sí mismo su propio ideal, pues la sociedad es incapaz de suministrárselo: el drama de la sociedad depresiva comienza en su incapacidad de acceder a un humanismo común, habida cuenta de que se han eliminado las cuestiones de sentido. Sin embargo, son razones tangibles e inmediatas para vivir las que necesitamos: por eso, el verdadero humanismo no es el de las cosas del hombre, sino el del hombre de las cosas.

A ello se añade el fenómeno de rupturas en la sociedad y la atomización en los individuos: estamos desarraigados, desestructurados, rotos[29]. ¿Cómo devolver en este contexto un sentido del ideal del progreso y del progreso del ideal? Los medios de comunicación no dejan espacio a la interioridad. Ante la autonomía del *«sálvese quien*

pueda pero sea como deba» —eso diría Kant—, no cabe más que la claudicación y el desamparo. Nuestros **adolescentes** revientan de hinchazón de una supuesta autonomía de valores sin valor. El clima depresivo sostiene que la realidad, las leyes y la moral dependen solamente de uno mismo. Esa concepción de lo real cunde a través de modos y prácticas educativas que hacen creer que nada obliga. Convocan una huelga con la misma facilidad con que se beben un refresco o comen unas chuches; no saben para qué su reivindicación pero la votan, porque no hay «cole»; o piden al profesor de turno que les conceda 10 minutos de su clase para repasar el examen que tendrán con el profesor siguiente, pero emplean esos minutos en contar su última batallita. Por otro lado, los deberes y la culpa se anulan por decreto, como en aquel tristemente famoso «libro rojo del cole». Todo un quehacer en el aula a través de los contenidos oficialmente programados, por ejemplo, de la asignatura de Ética en 4º de ESO («Valores y normas morales») y de Filosofía I, en Bachillerato («Fundamentación de la Ética. Autonomía y heteronomía moral»).

Nunca lo diremos bastante: las ideas es lo que hace vivir o morir a los hombres, pero sólo unos privilegiados pueden sacar sus consecuencias. Quienes saben hacer ese trabajo son raramente escuchados. La no directividad no se puede confundir con la «manga ancha», el «todo vale» y la «promoción automática de curso». Ni profesores ni padres ni la sociedad entera pueden quedar toda la vida quejándose del fracaso palpable de los estudiantes en la ESO, en el Bachillerato, en la Universidad y, después, negarse a aceptar una ley de calidad que demanda un esfuerzo razonable, no principio sino efecto de una motivación y medios suficientes o acordes con el justo rigor presupuestario y la mejora del nivel de vida. ¿Qué papel quedaría si no a la educación en la escuela? ¿Ha de ser el profesor-formador, además, trabajador o asistente social y psicólogo de conflictos individuales y familiares, y…? No podemos dejar la «autoridad» en las manos ejecutivas de la Hacienda o de la Policía, porque se ha perdido en la familia y en la escuela: ¡a menos que a eso lo llamemos «progreso»!

Por tanto, la formación de la inteligencia de los adolescentes pasa por la adquisición del hábito de esfuerzo y por la provisión de ideales, gracias a la reflexión crítica y por medio de la historia de las ideas. Digámoslo de una vez por todas: la tarea de la razón no es sacar conclusiones a partir de unas premisas, sino el proyecto de pasar de las verdades privadas a las verdades universales. El uso racional de la inteligencia consiste en buscar evidencias intersubjetivas, no sólo privadas. El atenerse a razones de quienes dialogan entre sí, debaten y se rinden a las evidencias más fuertes, es lo mejor que ha inventado la inteligencia para conseguir la felicidad personal y la felicidad política: pues es preferible que combatan las ideas a que combatan los hombres[30]. Los conflictos se resuelven a través de la fuerza, la razón y los sentimientos. Descartada la primera solución, sólo nos quedan los otros dos. Nunca las autoridades educativas sabrán apreciar bastante el valor de una enseñanza filosófica impartida con rigor durante algunos años de la adolescencia para educar las cabezas y los corazones.

Pero, ¿cómo olvidar que no hay neutralidad total a la hora de adoptar unos valores ideales? Porque el bien y el mal existen por separado, la no directividad de ciertas teorías

psicológicas sólo puede ser un recurso para la toma de responsables decisiones personalizadas y no para un laxismo del estilo del «cúbrelo todo« o «ya vale». La educación no podemos orientarla ni por el exceso de prohibiciones ni por los abusos del estilo del «dejar hacer« o «dejar pasar», porque algunos adolescentes se encuentran con un vacío normativo que les coloca ante una doble puerta: angustia y agresividad. Todo lo que es agresión física, verbal o psicológica es violencia humana; sin embargo, el adolescente considera agresión solamente a la violencia física, los otros tipos de violencia los despacha con espantoso desprecio: «¿tú de qué vas, tío?». ¡Toda una utopía contradictoria, pues no hay lugar ni tiempo ni progreso donde plasmarla!

De manera que la **angustia** proviene de la aparente imposibilidad de abandonar lo irreal, ya que no quedan resortes para afinar la descripción del mundo real, pues lo irreal lo ha absorbido: ¿quiénes somos si el mundo no es más que un sueño dentro de otro? Queda, pues, construir la estructura psíquica del ideal necesario que anticipa la realización de los pensamientos del adolescente[31]. La creación de sus visiones globales y normativas ha cuajado más a través de la experimentación, sobre todo, de la grupal, que a través de la repetición crítica de lo transmitido por Iglesias, partidos, sindicatos y otras entidades. Necesitan, y ellos solos no son capaces, crear un sistema de valores potentes, estables y seguros.

Los adolescentes y los jóvenes consideran valores la **autonomía** fundante de lo bueno y de lo malo; el pluralismo, si bien les cuesta separar la tolerancia de la indiferencia; el presentismo, o sea, vivir el presente a tope, «hasta que el cuerpo aguante»: se aburren si no reciben una incitación creciente y ruidosa, es evidente su incapacidad de proyectarse hacia el futuro, pues les produce inseguridad, como al ave con el ala herida; concepción utilitarista y de inmediatez del trabajo y no como medio de realización personal: no saben distinguir entre valores finales y medios empleados. La satisfacción que produce a todos el incremento del voluntariado social y de las ONG puede quedar en el alero si fueran vías de escape de la frustración.

4.4. Familia. Autoestima. Enamoramiento

La **familia** va perdiendo su condición de entidad transmisora de valores: había sido sucesivamente para ellos, como diría Víctor Hugo, el huevo, el nido, la casa, la patria y el universo. A tener presente que en el Año Internacional de la Familia (1994), la ONU optó por no definir universalmente el concepto de familia para conseguir el consenso. ¿Qué hubiera pasado si en el Año Internacional del Medio Ambiente, la ONU declarara no saber qué significa exactamente «medio ambiente»? La crisis de la juventud es una crisis del sentido de familia. Y ella va desde la economía hasta la falta de asociacionismo familiar, la falta de trabajo, la irreemplazable ausencia de la madre por motivos laborales, el noviazgo —palabra que ha sido sustituida por «novieta» o «noviete», «piba» o «pibe»— como lugar de sexualidad indolora, —el noviazgo quiere ser

alternativa del matrimonio; tampoco hay esposos —etimológicamente significa peso, compromiso—, sino «amantes», «compañeros» (sentimentales, se entiende). Como la indisolubilidad es lo que permite que el ser humano no utilice su propia sexualidad para engañar o ser engañado, y ésta anda por los suelos, las consecuencias vienen solas y con un reguero colateral de podredumbre. Así que si no hay acoplamiento mínimo entre ideal y realidad, las rupturas, las anomias, las depresiones y los contravalores están servidos.

El adolescente, que por su educación ha podido recaudar dosis de **autoestima**, será incapaz de oponerse a esta tendencia, sobre todo si dispone de modelos adultos. La chica con buena autoestima, acaso pueda permitirse adquirir cualidades «masculinas» como la agresividad o el comportamiento intrépido: la imitación constituye el más sincero halago. Ello explica que esté mejor vista la imitación de los chicos por las chicas que a la inversa: siempre, claro está, que se compense con una actuación femenina en las relaciones románticas. Pero cuando la autoestima es baja, tanto ellos como ellas buscan refugio y aprobación, encarnando versiones exageradas de los roles asignados a sus respectivos sexos, con lo que se convierten en personas menos completas en la edad adulta. La inflexibilidad, el dogmatismo, la competitividad, la conducta agresiva, el distanciamiento de cualquier cualidad femenina, la fobia contra los semejantes, la crueldad y la violencia, son tradicionales máscaras del sexo que encubren baja autoestima entre los chicos. La sumisión, la dependencia, la necesidad de aprobación masculina, el temor a los conflictos, la autoacusación y la incapacidad para expresar el enfado y la ira son las tradicionales máscaras de sexo que encubren una baja autoestima entre las chicas[32].

En cuanto al **enamoramiento** romántico, manifestado en un yo titubeante, difícilmente se convierte en amor: una baja autovaloración de las personas enamoradas coincide con frecuencia y son los peores enemigos de cualquier vínculo duradero. Los **celos** tienen su origen en sentimientos de minusvaloración y carencia. La **envidia** es la tapadera de los celos: éstos son el miedo a no ser bastante amado. Cuanto más baja es la autoestima, más intensos son los celos. Cuanto más incompletos nos sentimos y cuanto más obsesivas son nuestras ansias de disponer de alguien sobre quien proyectar las cualidades que nos faltan, mayores serán los celos. Así es: los celos son ansia de derecho de propiedad en exclusiva, afición a algo sin posibilidad de compartir. El adolescente celoso hace del otro un objeto, no es para él una persona sino su «cosa»; mata en sí mismo la posibilidad de encontrar al otro como sujeto, como libertad capaz de abrirse a otras libertades y encuentros. Es como un bebé que no hubiera salido del redondel mamario del seno materno. ¿Resultado? Los celos del adolescente reducen al otro a mera materia y nos reducen a nosotros mismos a ser sólo esa materia en erupción cuya lava no deja tras de sí más que cenizas[33].

Los adolescentes suelen quedar marcados por el comentario del libro VII del diálogo *La República*, de Platón. La primera lección de filosofía aplicada se cumplió en la «caverna» de Platón, «*cuya entrada está abierta a la luz en toda su extensión*». Fue allí donde sus moradores vivieron en las peores condiciones de aprendizaje: *«¿Crees tú que en esta situación esos prisioneros hayan visto de sí mismos, o de sus vecinos, otra*

cosa que las sombras? «*Si pudieran conversar entre sí…»*. La salida *obligada y con esfuerzo* de uno de los moradores del aquel antro para subir *una empinada y escarpada cuesta*, le condujo al descubrimiento de otras posibilidades que resultarían tan dolorosas como luminosas. Así surge la oferta para quien se sintió acogido, atendido, escuchado. Logrado el propósito curativo, «*preferiría toda suerte de sufrimientos antes que volver a la vida de allí abajo»*[34]. ¡Todo un referente de valores!

4.5. Preguntamos por el remedio

Si algo podemos hacer los padres, los profesores, los tutores y los psicoterapeutas es ayudar al adolescente a usar el pensamiento, que no es un lujo ni un aburrimiento sino una necesidad. Escuchemos a Iciar (atención al subrayado):

> *Iciar tiene ahora 23 años, pero su drama empezó cuando quedó huérfana de padre y madre a los dos años. Recogida por una tía abuela, va sintiendo la soledad de niña huérfana, sin hermanos, con una mujer que le da todo, pero que ella lo recibe con un derecho sin contrapartida de deber alguno. Llegó hasta 3º de Bachillerato, pero no lo acabó. Reconoce que «fui y voy siempre por libre», en el sentido de que nunca ayudó en nada a la tía abuela. Tenía un desorden de horarios. ¡Un desmadre! Siempre la mesa puesta, la cama hecha, la ropa planchada… «Tengo conocidos para salir, pero no amigos». Dando tumbos entre unas manos y otras, se echó un novio con el que vive desde hace cuatro años en una buhardilla de alquiler. La gota de agua que le llevó a la consulta de psicoterapia consistió en que su pareja le dice «que se mueva», que él solo no puede pagar todo (alquiler, agua, luz, etc.). Cuando tiene 20 años se pone a trabajar en una cocina de restaurante y, por desavenencias con la jefa, marcha. Busca otro restaurante y la echan al mes del contrato. Insiste en un tercer restaurante de donde también la despiden al mes siguiente… Su desesperación es máxima. «Ya no puedo más.» «Mi destino está marcado.» Y, sobre todo, se cuestiona «si valdré para hacer algo»; «Soy una…»; «Estoy pensando en lo peor»…*

No sólo durante su infancia sino también en casi ocho años de su adolescencia Iciar ha caminado sin rumbo de una salida, sin dirección a ningún sitio. Literalmente, se ha dejado arrastrar. No hay que ser un lince para ver lo que Iciar no ve. Cero en habilidades y relaciones sociales. Ahora, cuando viene a verme porque «algo me pasa y no sé», «ya no puedo más», su nivel emocional está tapando su relación con la realidad (de dónde viene, qué ha hecho, qué compromisos ha tenido en su adolescencia, que oportunidades ha dejado, cómo buscar una salida, cómo adquirir habilidades sociales, cómo ensanchar sus relaciones), echando la culpa al destino, ese monstruo «alguien-

nada» al que ella y casi todos solemos acudir cuando no hemos aprendido a pensar, ese comodín que exonera de la culpa y tapa la salida a la responsabilidad. Hacer hablar de deseos y distinguirlos de necesidades, separar deseos de posibilidades, o de deseos y proyectos es una tarea psicopedagógica, como las de Ética y Filosofía. Ha sido el esquema de nuestro largo encuentro. Al despedirse de mí, inseguro como yo estaba de haber logrado algo, me dice: «Gracias. Ahora veo más claro. Usted me ha ayudado mucho. ¿Me deja que vuelva a verle?».

No hay que cambiar la realidad sino nuestra perspectiva sobre ella. Las ideas preconcebidas distorsionan la visión de la realidad. Es más fácil ver que mirar. El problema del adolescente está siempre en su sombra. Y el encarar la sombra y asimilarla progresivamente es asunto principal, tanto de la educación como de la entrevista en una *relación de ayuda*. El remedio empieza en la atención a la mente: en cada caso queda en el aire la duda de si, especialmente un adolescente, llega a conseguir ser sincero consigo mismo. ¡Incluso las personas que han dedicado la vida al trabajo intelectual suelen tener una sorprendente ceguera sobre sí mismos! Aparece la frustración, se aturullan los sentimientos. Pero si, por una parte, no hay que poner en la psicoterapia unas esperanzas exageradas, por otra, hay que ver que hoy en día es uno de los mejores medios a los que recurrir para hacer a los adolescentes más conscientes y más sinceros: la terapia pretende librarlos, tanto del encogimiento como de los juicios previos o de las supuestas autonomía y seguridad.

En resumen, no una u otra, sino las dos hipótesis —psicológica y sociológica— conjuntadas explicarían la situación de transición de la infancia a la adolescencia. Si la primera supone un énfasis de los elementos biológicos, en la segunda sobresalen los elementos psicológicos y sociales. Ahora bien, ¿no es el componente social una naturaleza en la naturaleza? Al menos aquí no entraremos en un debate más bien filosófico, pero nada impide que lo tengamos presente[35].

RESUMEN

Itinerario conceptual del capítulo

---

1. Un adolescente llama a un teléfono de emergencia psicológica

El caso de «Sergio« es real: responde a una llamada recibida, si bien con mayor extensión que la transcrita aquí.

2. ¿Por qué también los adolescentes pueden necesitar de ayuda psicológica? Estadísticas

— Repasando las estadísticas de llamadas de adolescentes comprendemos su configuración psicosocial.

— Las edades de los llamantes es la comprendida entre 12 y 23 años.

— Queremos destacar los problemas más frecuentemente presentados por adolescentes: los psicológicos y psiquiátricos y los relacionales y/o familiares.

3. Descripción del problematismo de los adolescentes

— Se inicia la fase de la adolescencia a partir de la autoconciencia y necesidad de autonomía.

— La adolescencia es la etapa más prometedora de la vida, pero también la más cargada de obstáculos.

— Sin embargo, «*quien pasa indemne la adolescencia nunca se convertirá de verdad en una persona mayor*».

— Es como un «*segundo proceso de individuación*», ya que el primero se completa hacia el final del tercer año de vida.

— Eso es la primera frontera de la adolescencia. ¿Cuál es su último paso? Hay que dirigir la mirada al desarrollo pleno: hacia los 20 años.

— La precocidad de las relaciones sexuales, las fuentes de información extrafamiliares, la televisión, la calle, los viajes al extranjero, los intercambios con motivo del aprendizaje de idiomas, las academias de recuperación de exámenes, los medios de locomoción individuales, etc., constituyen un arsenal que pone en un brete la edad fatídica.

— Merece la pena apuntar las manifestaciones detectadas en la escucha telefónica con Sergio.

3.1. Manifestaciones psicológicas detectables en la escucha

— En el ámbito de la sexualidad hemos constatado una cierta ambigüedad que hace frente a la polarización (heterosexualidad y homosexualidad).

— Para el adolescente, el amor se polariza en el sentimiento amoroso adornado de metáforas de mar, bosque y cielo estrellado, prendido de versos reiterativos hasta el agotamiento, pero olvida que el amor suscita reconocimiento de las diferencias (estatus, sexo, edad, estado civil) del otro.

— En el amor adolescente se da fácilmente la función del placer, mas no está ausente la función relacional que pide considerar al otro no sólo como objeto de placer.

— Las actitudes frente a la sexualidad de los jóvenes de hoy en relación con los de hace 30 años son diferentes en tres aspectos, que se anotarán más adelante.

El mundo inexplorado hasta ahora les resulta lleno de incógnitas que desean resolver con aventura. El resultado suele ser el placer sin compromisos.

— Aparecen celotipias, complejos, aislamiento, bloqueo afectivo y contradicciones.

— La libertad es adorada pero también temida, en la medida en que implica responsabilidad.

— Hay tres espejos sociales en los que se miran: en primer lugar, el valor del reconocimiento de la persona, respeto y diálogo; segundo, una total flexibilidad ante los deberes y las normas; y tercero, una exaltación del derecho a la diferencia como reclamo: «¿tú, de qué vas, tío?».

— Necesidad de hacer cosas por el simple hecho de hacerlas: para evitar el vacío emocional.

— La identidad personal (sexual, psicológica, social), la imagen del propio cuerpo y el concepto de sí constituyen el principal rasgo psicológico, pero también el más problematizado: procede de los cambios

fisiológicos y de la falta de valores o de modelos de apoyo a los que acudir. Están más desorientados que raros.

— Un período de transición comporta confusión, escasa autonomía, baja autoestima, crisis de interioridad, agresividad, negación del otro (en general) al que se pone siempre en cuestión.

— Anorexia y bulimia, depresión y neurosis, fobias e insomnio, drogas y sectas, delincuencia y aislamiento son otras tantas consecuencias de la carencia de referentes en la familia y en la sociedad.

— Las ideaciones suicidas asoman, más como llamada de atención y escapatoria que como solución al hastío o al vacío existencial.

— La enfermedad inesperada los hace más inermes por falta de recursos vivenciales y ausencia de una esperanza formulable en proyectos.

3.2. Manifestaciones sociales detectables en la escucha

Apuntamos una somera relación de manifestaciones sociales:

— Llamada de atención —por imitación y pobreza de juicio crítico— a través de la indumentaria, el lenguaje, el ocio, la violencia, la droga y la adhesión a sectas.

— Por otra parte, los padres de adolescentes pasan su propia —y tal vez, primera— crisis que repercute en los hijos.

— Lo que interesa a la mayoría de los padres es el éxito en los estudios. Lo urgente, tanto para los padres como para los alumnos, es acabar el Bachillerato «como sea» para hacer un módulo y lograr su ansiada independencia.

— Las dificultades en el aprendizaje, sobre todo la de concentración, proceden de la inexperiencia y de la condición psicobiológica de la propia adolescencia, pero también del ambiente familiar, del rechazo de la competitividad como enemigo pedagógico y de la indiscriminada educación mixta.

— El éxito académico no coincide siempre con una adecuada formación en valores humanos, sobre todo los de comprensión y cooperación.

— El fracaso escolar afecta no sólo al ámbito de lo estrictamente académico, que se centran en el aprendizaje de un ver y, con dificultad, de un juzgar —con el abandono de escolaridad de 1 de cada 4 adolescentes—, sino también al ámbito de lo formativo. Apenas se da relevancia al factor emocional y motivacional que impulsan a actuar.

— Si por nacimientos hay más chicas que chicos, en el porcentaje de éxito académico se incrementa notablemente: son más los chicos que abandonan, son más las chicas que consiguen acabar los estudios.

— Falta de interés por la vida política, por otra parte tan herida en su credibilidad: por su enervación, incoherencia moral y monotonía. El 79% y 84% de los adolescentes de un instituto de enseñanza Secundaria no sabía distinguir los mensajes de las campañas electorales, ni cómo se llamaban los partidos que concurrían. Casi la mitad de los universitarios declaraba desconfiar de la clase política.

— La información mediática la reciben sin selección crítica y se convierte en espectáculo de ocio. Captan la información como un «masaje», no como un «mensaje».

— El desembarco en las drogas y en la delincuencia obedece a la preponderante influencia de la pandilla y de la calle sobre la familia o la escuela.

— Al grito de «hacer lo que me da la gana» se une el ansia de «probarlo todo».

— La búsqueda de la religiosidad, principalmente a través de las sectas, se debe a su oferta de sensaciones y éxtasis, al vacío de afecto y de diálogo en el entorno familiar desintegrado, a la carestía de un seguimiento de la primera catequesis que la mayoría recibió con oferta de valores religiosos y humanos auténticos.

— El racismo y la xenofobia es la respuesta a mensajes culturales negativos recibidos de algunos padres pero, sobre todo, de una pandilla encerrada en sí misma.

3.3. Hipótesis explicativas: psicoanalítica y psicológica

Hipótesis psicoanalítica, que se ha centrado en el desarrollo psicosexual del adolescente, los factores psicológicos que subyacen a su dinámica y que le aparta del comportamiento o modos emocionales infantiles.

— Este enfoque adopta como punto de partida el brote de las pulsiones desde la pubertad.

— En la adolescencia el individuo tiene que renunciar a la figura interiorizada de los padres, a fin de desvincularse de ellos, logrando nuevos objetos amorosos en el mundo exterior.

— Da la sensación de que el «asunto gay» consiste en una guerra entre homosexuales y homófobos. No lo creo. El problema de identidad no es ser como me pide el cuerpo, sino permanecer en la esperanza de desarrollarla.

— La difusión de la identidad tiene cuatro componentes principales: el problema de la intimidad, la difusión de la perspectiva temporal, la difusión de la laboriosidad y la elección de una identidad negativa.

Hipótesis psicosociológica

— Esta hipótesis se diferencia de la anterior por una búsqueda de causas precipitantes: considera que las causas de los problemas de la transición de la infancia a la adolescencia residen en el entorno social del individuo, y centra su atención en la naturaleza de los papeles y su conflicto.

— La carencia de roles sociales definidos y de criterio sobre el «género» constituyen dos impedimentos con los que se encuentran los adolescentes.

4. Para comprender los problemas

— ¿Sociedad enferma o individuos enfermos?: no son pues factores internos y endógenos, como en la teoría psicoanalítica, sino externos o exógenos los que configuran la socialización.

— Aunque la adolescencia es una época de tensión, pero no está probado que exista en la población adolescente un nivel de trastornos psicológicos mayor que en otros grupos de edad sino un nivel diferente.

— Pero la esquizofrenia, los estados obsesivos-compulsivos y los conatos de suicidio son mayores en la adolescencia que en la infancia.

— Utopía del progreso: éste no va unido necesariamente al progreso espiritual: en sentido espiritual y psicológico no hay progreso, el hombre va a ser el mismo; ante la realidad va a reaccionar a través de la

historia de igual manera; siempre ocurrirá lo mismo, porque la Humanidad acumula sus miedos pero no aprende.

— Nunca lo diremos bastante: las ideas es lo que hace vivir o morir a los hombres, pero sólo unos privilegiados pueden sacar sus consecuencias.

— Por tanto, la formación de la inteligencia de los adolescentes pasa por la adquisición del hábito de esfuerzo y por la provisión de ideales.

— Pero, ¿cómo olvidar que no hay neutralidad total a la hora de adoptar unos valores ideales?

— La familia va perdiendo su condición de entidad transmisora de valores: había sido sucesivamente para ellos, como diría Víctor Hugo, el huevo, el nido, la casa, la patria y el universo.

— Así que si no hay acoplamiento mínimo entre ideal y realidad: las rupturas, las anomias, las depresiones y los contravalores están servidos.

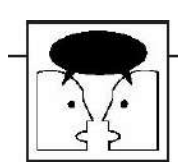
— La autoestima: cuando es baja, tanto ellos como ellas buscan refugio y aprobación encarnando versiones exageradas de los roles asignados a sus respectivos sexos, con lo que se convierten en personas menos completas en la edad adulta.

— El enamoramiento, manifestado en un yo titubeante, difícilmente se convierte en amor.

— Los celos tienen su origen en sentimientos de minusvaloración y carencia.

— La envidia es la tapadera de los celos, que son ansia de derecho de propiedad en exclusiva.

— En resumen, no una u otra, sino las dos hipótesis —psicológica y sociológica— conjuntadas explicarían la situación de transición de la infancia a la adolescencia.



Propuestas de ruta para favorecer el diálogo o discernir en grupo

Casos: Nicolai: p. 40; Iciar: p. 62.

Textos: Víctor Hugo, V. Aleixandre, Octavio Paz: p. 31; Rousseau: pp. 29 y 46; Simone de Beauvoir, Ortega y Gasset: pp. 48-50.

2

RAZONES DE LOS GRITOS DE LOS ADOLESCENTES

La adolescencia, canto y vuelo del mirlo que no despega sus alas…

1. EXPLICACIÓN DE LAS MANIFESTACIONES PSICOSOCIALES DETECTABLES EN LA ESCUCHA EN SERVICIOS EDUCATIVOS O DE EMERGENCIAS PSICOLÓGICAS

La juventud no comienza con la pubertad ni termina un día concreto, por ejemplo, cuando cumplimos 40 años o cualquier tarde de domingo a las seis. La juventud es una percepción singular de la vida, en absoluto tormentosa, que llega cuando menos lo esperamos, cuando no estamos preparados, ni siquiera avisados. Es un estado triste, puro y altruista (Márai, S.: *Confesiones de un burgués*. Salamandra, Barcelona, 2006, p. 290).

La distribución por edades según la psicología evolutiva de Occidente es como sigue: preadolescencia: 12-14 años; adolescencia: 15-17 años; juventud: 18-24 años; posjuventud: 25-29 años; juventud tardía: 30-35 años. Por otra parte, España es un país que envejece vertiginosamente (con el índice más bajo de natalidad del mundo: 1,3 por 1.000); la familia parental ha desaparecido: apenas si se dan relaciones con tíos, primos, etc. Según Elzo (2001)[36], se dan cinco tipos de jóvenes: el anti-institucional (5,06%), el altruista comprometido (12,22%), el retraído social (28,37%), el institucional ilustrado (29,67%) y el libre disfrutador (24,68%). Y unas posibles características de nuestros adolescentes serían, entre otras, las siguientes:

— Valorar por encima de todo lo próximo, lo local, la pequeña historia, en lugar del proyecto de futuro y de las grandes cuestiones sociales y políticas; como sus padres, han dejado de lado las ínfulas revolucionarias y las demandas de integración social; aunque muchos no tienen aún edad de votar, se les divisa alistados al ejército de los abstencionistas, apolíticos: no quieren otra revolución

que la diaria; no aceptan las injusticias, pero se implican a distancia en su evitación; son tantos los violentos como los violentados; con valores, más finalistas (libertad, solidaridad) que instrumentalistas (responsabilidad, abnegación, esfuerzo).

— Son cada vez más críticos con las formas de religión, sobre todo las más cercanas a ellos. El caso es que buscan el «hecho religioso» pero después de haberlo criticado, o lo critican sin haberlo experimentado en grupo.
— Con medios materiales como ninguna otra generación dicen sentirse libres, pero no son autónomos, ya no se plantean la pregunta por la felicidad, sino que buscan el hedonismo fácil y a corto plazo. El caso es que nunca adolescencia alguna había sido objeto de tantas atenciones como la actual ni los padres habían sido requeridos, solicitados, culpabilizados como ahora en lo referente a la educación de sus hijos. Digamos, sin embargo, que la socialización se suele llevar a cabo más por actitudes que por discursos ideológicos, y se defienden por el siguiente orden los valores: la familia (54%), el grupo de amigos (47%), los medios de comunicación social de tono banal y no ideológico (34%), los libros (20%), los centros de enseñanza (19%) y la Iglesia (3%).

1.1. Lo que podemos saber sobre los adolescentes

Los adolescentes *se consideran* brutalmente sinceros, lo que no quiere decir que lo sean siempre, ni por supuesto coherentes. Confunden verdad y sinceridad, sinceridad y coherencia, verdad y certeza, idea y creencia, fe y costumbre. Su criterio de verdad está muy unido al de justicia, pero ni uno ni otro lo tienen claro. Porque una cosa es pensar sinceramente y otra llevar la sinceridad a la vida práctica. En efecto, la sinceridad no es cualquier cosa, sino la participación consciente en todo lo que significa vivir. Por su situación de inseguridad, como la del perro guardián sin su cadena, no siempre pueden llegar a la autenticidad que ellos mismos desearan, como cantan los rondallistas, «*los de la tuna somos tunos, pero no engañamos a nadie*». ¿Sus enclaves de sinceridad?: los diarios íntimos, las consultas y el «chateo» de internet.

También los adolescentes adolecen de egoísmo. Seguramente tienen que serlo. ¿Por qué? Por su situación afectiva: ni son tan amados como quisieran ni saben amar o proyectarse como necesitan; no han madurado y poco pueden entregar. Eso les lleva a replegarse sobre sí mismos. Ese «no estar hechos» aún les pone en situación de recibir, de recoger de todos y en todo momento. Por otra parte, la adolescencia es la edad de los contrastes: pasa por fases de exaltación en las que desea entregar la triste realidad de la vida cotidiana, en la que el egoísmo vence hasta anular. El adolescente quiere ser hombre y trata de convencerse a sí mismo, primero, y después convencer al mundo que le rodea de que ya lo es. Como los adultos les conceden poca categoría, o una categoría equivocada que les asigna descontrol del tiempo y del gasto, entonces buscan los afianzamientos por caminos equivocados: en la coquetería, las poses, los adornos, los

tatuajes, los colgantes que taladran su piel, dejándola como un colador, los modelitos, el empeño en «probarlo todo», el lenguaje grosero, el tabaco o la copa de más.

El aumento de la vida pulsional altera el frágil equilibrio psíquico logrado a finales de la infancia, ocasionando una carga emocional fuerte y dando paso a una herible personalidad. ¿Cuál es el signo de pubertad en el muchacho? La primera polución. En Luis XIV fue comentada como «una sustancia podrida que se le escapa al rey». Se murmuraba: «el rey se muere».

A eso se asocia, por un lado, el despertar de la sexualidad que lleva a buscar objetos amorosos adecuados, fuera del medio familiar, rompiendo —ruptura de vínculos — la emoción* que les unía a los padres desde la niñez. Mientras el niño intenta separarse de la madre, la interioriza manteniendo dentro la figura que necesita. Según Blos (1962), en la adolescencia, sin embargo, el individuo tiene que renunciar a la figura interiorizada para desvincularse y lograr nuevos vínculos amorosos: «*hambre de objeto y de afecto*».

1.2. Lo que debemos saber para educar a los adolescentes. Amor y enamoramiento

Todo cuanto la psicología (cognitiva, conductista, psicoanalítica, por ejemplo) ofrece a los adolescentes y a los jóvenes tiene su trama en una psicopedagogía que concede relevancia a la afectividad, que reconoce que la inteligencia entiende las ideas si van teñidas de sentimientos. Pero una razón que se sabe usar sabrá distinguir entre amor y enamoramiento.

¿Cómo olvidar que el enamoramiento, por ejemplo, consiste en un arranque por convertir al otro en proyecto de la propia vida?[37]. Yo puedo amar a una persona de la cual no estoy enamorado. El amor a una persona hace que me proyecte hacia ella o me concentre en ella: el amor es lo único que crece cuando se reparte; amar no es mirarse uno al otro, sino mirar juntos en la misma dirección. Pero el que se siente enamorado piensa obsesivamente en esa persona: la lengua inglesa dice «caer en el amor» (*to full in the love*). Mas esa obsesión no debe ser enfermiza sino transformadora, al sentirse encantado y absorbido. El enamorado se siente entregado totalmente al que ama sin que sea preciso que la entrega corporal o espiritual se haya consumado forzadamente. La entrega radical no la hace el enamorado, sino que se efectúa más allá del plano de su voluntad: no es un querer entregarse sino un entregarse sin querer. Lo uno nace de lo otro. Eso no significa identidad, fusión ni posesión mutua de los amantes. Los enamorados no quieren nunca disolver ni absorber su personalidad sino al contrario: para el que está enamorado es delicia suprema la persona amada como tal, se complace en «su presencia y su figura», únicas que curan la dolencia de amor. Pero presencia y figura son lo contrario de absorción. El enamoramiento nos envuelve y nos proyecta en y con la persona, hace que cambie nuestra realidad. Pero la razón vendrá a iluminarnos para que

comprendamos el gran principio: el amor crece siempre con el amor, a veces con la súplica, nunca con la imposición.

A primera vista el hombre y la mujer se enamoran corporalmente porque viven corporalmente, porque es el cuerpo la ventana en que la persona se muestra y hace presente, allí donde la encontramos. Pero sería un error creer que los cuerpos se enamoran. Nos enamoramos de una persona, la cual es ciertamente corpórea; y entonces amamos su cuerpo porque es suyo. El cuerpo suscita amor cuando es un cuerpo personal. Lejos de consistir el amor en sexualidad, ésta es únicamente una fase de la realidad amorosa. Lo que se llama «posesión» no es en realidad posesión de la persona más que cuando es amorosa. La relación sexual sin amor nada tiene que ver con la fusión o con la posesión personal. La sexualidad, cuando es amorosa, tiene historia y significación personales. La madre se entrega al hijo, el amigo al amigo, pero no en virtud de la «ilusión», del «encanto»: lo hacen por un instinto radical de ternura, casi ajeno a su espiritualidad. El amigo se entrega por clara decisión de su voluntad: en él es lealtad, una virtud que posee una raíz reflexiva.

El amor, más que un instinto, es una creación; es el único bien que se gasta si no se usa. Nadie ama sin porqué o porque sí: amar es «creer» (sentir) que lo amado es amable por sí mismo, como pensar es creer que las cosas pueden ser según las estamos pensando. Es posible que en uno y otro caso padezcamos error, que ni lo amable sea según sentimos, ni real lo real según lo pensamos. Pero es el caso que amamos y pensamos en tanto que es esa nuestra convicción. «*Qué es amar. No es encerrarse en la misma casa, ni atufarse con las mismas palabras, ni asombrarse por la misma historia. No es llenar un vacío, ni borrar una distancia. Amar es tomar a su cargo la soledad del otro sin jamás pretender colmarla y ni siquiera conocerla.*»[38] Por tanto, es distinto el amor y el enamoramiento. Éste es una enajenación transitoria: su duración es, felizmente, corta, porque el cuerpo humano no resistiría su acción mucho tiempo. Enamorarse es encontrarse a sí mismo fuera de sí mismo, es un sentimiento compartido en exclusividad y sin tiempo. ¡Cuántas veces algunos proyectan casarse o emparejarse: lo tienen todo puesto con primoroso detalle, nada les falta, excepto el amor! El amor es operación más amplia y profunda, más productiva y proyectiva, menos alterada. Cierto, el amor transita por la zona frenética del enamoramiento, pero es principal y decisivamente una elección serena que se acompaña de seguridades. En el amor, dos soledades se aproximan y se protegen. Pero la pasión primera y esencial no es el amor, como para Bossuet, ni el deseo o querer ser (Spinoza), sino la admiración (Aristóteles y Descartes).

Un texto que da qué pensar (atención al subrayado):

> *«Si suponemos al <u>hombre como hombre</u> y a su relación con el mundo como una <u>relación humana,</u> sólo se puede cambiar amor por amor, confianza por confianza, etc. Si se quiere gozar del arte hasta ser un hombre artísticamente educado; si se quiere ejercer influjo sobre otro hombre, hay que ser un hombre que actúe sobre los otros de un modo realmente estimulante e incitante. Cada*

una de las relaciones con el hombre y con la naturaleza ha de ser una exteriorización determinada de la vida individual real, que se corresponda con el objeto de la voluntad. Si amas sin despertar amor; si tu amor en cuanto amor no produce amor recíproco; si mediante una exteriorización vital como hombre amante no te conviertes en hombre amado, tu amor es impotente, una desgracia» (Marx, K. *Manuscritos*, 1844).

Algunas preguntas que suscita:
— ¿Qué se entiende por «hombre como hombre» y por «relación humana»?
— La «naturaleza» y la «vida individual real», ¿se parecen, se deben parecer?
— Cuando no se da amor por amor y confianza por confianza, ¿vivimos como seres humanos?
— Sin embargo, ¿qué es lo que ves en el ambiente en que vives?
— ¿Se puede decir que los seres humanos hacemos lo que hacemos para que nos amen los demás?
— En la edad que cuentas, en la familia en que vives, en la pandilla que frecuentas, ¿conoces experiencias de amor, de enamoramiento, de celos?

Su inestabilidad emocional y afectiva conducen al adolescente y al joven a convertirse en inquisidores de su yo ideal y del de los otros, pues resulta difícil ser inquisidor de los padres y de los profesores, por ejemplo. A menudo los adolescentes viven la sexualidad bajo la consigna de liberación sexual. Un conformismo y una creencia quieren acreditar que la sexualidad contemporánea es más gozosa y de mejor calidad que la de las generaciones precedentes, lo que queda por demostrar. La liberación sexual habría sido un argumento para rechazar los sentimientos y aniquilar toda reflexión moral. De ahí una creciente necesidad de parecerse los dos sexos hasta el punto de escamotear sus diferencias: la homosexualidad es igual, se dice, que la heterosexualidad. Y se les otorga el mismo valor social, pero su función y objetivo son diferentes.

Actualmente —en opinión de la doctora Dolto (1990)— existe una feminización de los adolescentes. Las chicas, a los 12-13 años, atraviesan una fase de indeterminación que neutraliza la sexualidad. El problema es que no saben si deben inquietarse, angustiarse o culpabilizarse al no haber nadie que les diga: «Esta atracción no quiere decir que estés condenada a la homosexualidad». Pero hay chicas que no tienen nada de femenino y que lo viven muy bien. Se enorgullecen de no gustar como «objeto». Un adolescente de 16 años difícilmente puede decir con fundamento que es homosexual, aunque se aferre a esa seguridad. Cuando en cierta ocasión atendí por teléfono a un chico de 16 años que pedía orientación puntual sobre cómo hacer ante secuelas fisiológicas derivadas de una penetración anal por parte de alguien que le superaba en el doble de edad, no aceptaba mis puntualizaciones sobre su dudosa homosexualidad. Los argumentos que aducía en su defensa eran inconsistentes, propios de un niño que repite mensajes como de una grabadora.

Se dice que hay cada vez más homosexuales, pero eso no es seguro. Se creen

homosexuales y viven como tales después de haber ensayado con un primer contacto. Puede ser una conducta de búsqueda de lo fácil, una inhibición de compromisos. Hay quien ahora ve en la instrucción mixta —no en la coeducación— durante todas las etapas (infancia, pubertad, adolescencia y juventud) algo contraproducente, sobre todo para los varones, porque las chicas suelen tener un desarrollo más avanzado, tanto en lo físico como en lo mental. Por otra parte, el porcentaje superior de chicas sobre chicos matriculados puede resultar una dificultad añadida —¡aquí haría falta un plus de atención por parte de los educadores!— en la coeducación durante estas etapas: ¡se incrementa una moral de igualdad y se olvida una psicología diferencial! Es palpable que su manera de amar resulta de un sentimiento de infancia no transformado, en el que la sexualidad primaria del adolescente vacila entre homosexualidad, bisexualidad y heterosexualidad.

¿Cabría preguntarse sobre la nostalgia inconsciente de una adolescencia inacabada? Puede que haya algo de adolescencia no terminada en el homosexual, por su manera de amar lo absoluto y de no tolerar la traición. Se buscan para complementarse, acudiendo a lo más accesible. Los defectos de una(o) y otra(o) se equilibran, se neutralizan. Resulta tranquilizador ser dos. ¿No preferirán aparecer en público con su semejante en sexo para así superar su ansiedad?

Algunos descubrirán en sí mismos esta tendencia como algo congénito, y deben asumirse como tales, pero para la mayor parte se trata de una experiencia transitoria. Forma parte del tránsito. Es una experiencia narcisista, no homosexual. Se trata de uno mismo consigo mismo, de una relación epidérmica, de un rozamiento, no de un encuentro verdadero. ¿Será, tal vez, cierta timidez frente al otro sexo? Seguramente a estos chicos les faltó en la infancia complicidad con el padre, con la madre, con las hermanas. Al niño le faltó un *yo ideal* que le ayudara a poner el pie en el estribo para las relaciones del hombre con la vida; y lo mismo ocurre con las chicas, que viven una pseudo-homosexualidad. ¿El miedo al tamaño del pene procede de la narrativa de parte de mujeres ascendientes, o del deseo inconsciente de violación? El deseo destructor de violación pudiera representar un ingrediente que forma parte de lo que suscita en la chica el deseo frente al padre.

Durante la adolescencia se desea vivir un tiempo neutral. Es evidente que las adolescentes no quieren seducir a la manera de una mujer, ni ellos quieren conquistar a la manera de los hombres. Lo hacen para no desentonar con los demás, para experimentar más que para buscar intercambios de placer compartido. Al chico le preocupa más la sensación de potencia genital que el goce. Lo contrario que las chicas. La modificación del cuerpo de los varones se observa tanto como en las muchachas, pero de otro modo. En ellas es más bien cosa de belleza, y en ellos, de desarmonía. Por ejemplo, los chicos de hoy dan más importancia que las chicas a los zapatos, la ropa y el «look». Justamente por no ser todos iguales en el interior, adoptan ropa uniforme: pretenden ser iguales pero se sienten diferentes. Claro, la uniformidad les inyecta seguridad; aparentan ocuparse solamente de su aspecto físico y de la opinión de sus compañeros, cuando en realidad dependen de papá y mamá. El fragmento siguiente

procede del diario de una joven y explica todo el proceso que se inicia con fuerza desorganizada en las adolescentes:

> *«Esta cuestión femenina no es tan sencilla. A veces, al ver en la calle a una mujer bonita, elegante, cuidada, hiperfemenina, un poco tonta, siento vacilar mi equilibrio. Mi inteligencia, mis luchas conmigo misma, mi sufrimiento, me parecen algo así como un peso opresor, una cosa fea, antifemenina, y quisiera ser bella y tonta, una muñeca bonita deseada por un hombre. Cosa extraña, querer ser deseada así por un hombre, como si eso fuera la consagración suprema de nuestra condición de mujeres, cuando se trata de una necesidad muy primitiva. La amistad, la consideración, el amor que se nos da en cuan to seres humanos, es muy hermoso; pero todo lo que queremos, a fin de cuentas, ¿no es que un hombre nos desee como mujeres? Me parece todavía demasiado difícil anotar todo lo que quisiera decir sobre este tema… Quizá la verdadera, la auténtica emancipación femenina no haya empezado todavía. Aún no somos del todo seres humanos…, aún estamos atadas y trabadas por tradiciones seculares. Aún estamos por nacer a la humanidad verdadera. Hay en esto una tarea exaltante para la mujer»*[39] (4 de agosto de 1941, p. 73).

Algunas preguntas que suscita

— ¿Identificarías los términos —«hiperfemenina», «antifemenina», «tonta», «muñeca»— endilgados a cierto tipo de mujeres?

— ¿Puede una mujer bella ser otra cosa que «deseada», como el máximo de la condición de mujer?
¿Puedes aportar una información más completa sobre la mujer?

— ¿Crees que, al fin y al cabo, todo lo que busca una mujer, —incluso a través de la amistad—, es ser deseada por un hombre?

— ¿Podrías dar algunos indicios de que «no ha llegado la auténtica emancipación femenina»?

— ¿A qué se refiere la autora de este escrito con que «estamos trabadas por tradiciones seculares»? ¿Podrías poner ejemplos?

— ¿En qué puede consistir «la humanidad verdadera» de una mujer, hoy?

Una completa información a los adolescentes sobre sexualidad, tendrá presentes cuatro niveles: **biológico, psicológico, social y espiritual**. Digamos algo de cada uno de ellos:

Primero, en **cuanto al nivel biológico**, hay que tener presentes las vías neurológicas de la sexualidad, especialmente el hipotálamo, que recoge los mensajes sensoriales que desencadenan la excitación sexual, controla el funcionamiento de las hormonas sexuales, así como el comportamiento sexual de cópula y eyaculación. Por tanto, la conducta sexual no es aprendida, no necesita de experiencias —a pesar de la

ingente bibliografía circulante—, sino congénita. Y el sistema límbico, donde radica un centro tan importante de placer como es el orgasmo, considerado eficaz para compensar el sentimiento de angustia-ansiedad. Pero una mala educación del control de los sentimientos, una inmadurez afectiva que induce a dejarse llevar, una situación habitual de sufrimiento sin escapatoria, una falta de aceptación de sí mismo, una pobre vida de relación; los sentimientos de inferioridad están reclamando compensaciones placenteras: masturbación y orgasmo, comida y superstición son reacciones a una situación dolorosa. El impulso masturbatorio descontrolado se llama entonces masturbación compulsiva. El verdadero problema en tales casos no es el sexual propiamente hablando, sino el que desencadena ansiedad, frustración, complejos. Y es en ese ámbito donde hay que ayudar al adolescente para que se supere, para que descubra su problema de raíz y enseñarle a buscar satisfacciones suficientes: por ejemplo, despejar su capacidad de cooperación y creatividad.

Segundo, en cuanto al **nivel psicológico**, hay que trabajar con el adolescente sobre tres elementos de especial relevancia: la identidad del Yo, la identificación sexual y los modelos sexuales.

— **La identidad del Yo.** La búsqueda de identidad lo es de unanimidad en lo fundamental. Para desarrollar y mejorar la idea de identidad humana es tan importante conservar los valores universales como mantener la riqueza de las diferencias culturales. La solidaridad humana consiste y demanda el reconocimiento de la esencia humana en todos los seres humanos, pero sus diferentes culturas nos solicitan aprender a vivir con la inestable armonía que deriva de la alteridad y el pluriculturalismo o el multiculturalismo. La identidad del Yo *«no es objetiva ni subjetiva, sino una búsqueda compleja…, la conquista de lo común y genérico, que no es otra cosa que la humanidad… La humanidad no es un a priori… Los tres niveles de identidad… el de la humanidad toda, el de los diferentes grupos o comunidades y la identidad personal se adquieren y se van construyendo a lo largo de la vida… Pues se es alguien desde la integración en una sociedad y unos grupos que me reconocen como tal, que reconocen también mi identidad humana y que, a la vez, la buscan como ideal»*[40].

La identidad del Yo se configura en tres variables: la **conciencia de sí**, el **concepto de sí** y la **autoevaluación**. La identidad del Yo —conocimiento, valoración y aceptación de sí mismo— estructura la armonía y el equilibrio interno del individuo: es uno de los criterios fundamentales de salud mental, requiere agilidad de atletas. Supone una experiencia de globalidad y unidad personales integradas en un todo armónico: es la definición de la Organización Mundial de la Salud (OMS 1951) para quien la normalidad es un «*estado sometido a fluctuaciones que permite al individuo realizar una síntesis satisfactoria de sus propias tendencias instintivas potencialmente conflictivas; constituir y mantener armoniosas relaciones con otras personas, para participar en cambios constructivos dentro de su medio*». En otras palabras, un equilibrio inestable: ¡nada menos!

Así que no se trata de elaboraciones ideales, que responderían más a los deseos que a la realidad, sino que en la realización del yo y su superación en el otro radica el

sentido y la misión de la sexualidad fuera y dentro del matrimonio. Supone la aceptación de su sexo, masculino o femenino, por parte del niño y de su rol o papel asignado por la sociedad a las mujeres y a los varones. El papel de la mujer adulta en la cultura actual circula entre penumbras. Su lucha reivindicativa puede llevarlas a un punto sin retorno: peor para ellas, pésimo para todos.

— Para la **identificación sexual** conviene anotar lo siguiente. Las **actitudes** frente a la sexualidad de adolescentes y jóvenes de hoy en relación con los de hace 30 años son diferentes en tres aspectos: primero, se muestran más abiertos en cuestiones sexuales; segundo, consideran el comportamiento sexual como cuestión de moral privada; tercero, creciente sentimiento de importancia del sexo asociado a relaciones menos estables y a corto plazo. Desde luego, la información sexual ya no se limita al hecho biológico. Y de ese modo la masturbación, de remedio de su depresión se convierte en trampa, porque de este modo se descargan nerviosamente pero tienen mayor dificultad para afrontar la realidad, para vencer deficiencias más imaginarias que reales.

El problematismo, decía la doctora Dolto (1990), reside en la **primera experiencia sexual**, que es una cresta de ola en la vida del adolescente, o cierta necesidad de experimentar la muerte. Es decir, se trata de confrontación con el riesgo, el peligro y el no deseo de vivir. En nuestra sociedad, los jóvenes no reciben ayuda porque no tenemos el equivalente de los *ritos de iniciación* que antiguamente marcaba la época de ruptura. Por eso adoptan una conducta de atrevimiento, de llamada de atención que va desde el pendiente (en la oreja, en el labio inferior, en la lengua, en el ombligo, en el glande, en la vagina o en el pezón) al corte de pelo, a la indumentaria, al uso descontrolado de bebidas alcohólicas de alta graduación, al uso de «pastilla», a la droga dura o blanda, al acoplamiento sexual indiscriminado e intercambiable rápida y multiplicadamente, a la minusvaloración personal, a la desesperación por hallar un trabajo a su medida y, en fin, a la delincuencia variopinta.

— Los **modelos sexuales** y los símbolos que la sociedad impone por los «medios» de comunicación, que llenan excesivas horas del niño y del adolescente, representan a veces estereotipos falsos: los «famosos» los «fans», los modelos reales que los padres viven ahora. La menor presencia de los padres, sobre todo de la madre, en el hogar, comporta una ausencia añorada de referencias reales de comportamiento para los pequeños. ¿Quién osaría tildar de machista a quien defiende como buen referente de un niño a su vuelta del colegio los brazos abiertos de la madre? ¡Un día la sociedad echará de menos —y ya ha empezado— la falta de miramiento, de valoración y de pago del trabajo del ama de casa!

Tercero, en cuanto al **nivel social**, afecta a todo el proceso de identificación del adolescente, propio de su vida afectiva, como paso necesario para la maduración sexual. Incluye tres elementos a desarrollar: la necesidad del tú, el diálogo sexual y la orientación del deseo sexual.

Respecto a la **necesidad del tú**, porque es imposible realizarse en soledad. La comunicación es básicamente necesaria para la plenitud del ser humano. En la crisis de adolescencia subyace una crisis de soledad, que no se remedia sino que se agrava con la

videoconsola y el «chateo» por la red. Claro, es evidente para casi todo el mundo que el adolescente puede y debe afrontar su individualidad, porque la maduración de su sistema nervioso central le obliga a salvaguardar cierta autonomía y responsabilidad de sus propias decisiones y, sobre todo, a definirse ante su historia pasada, analizando críticamente el sistema de valores recibido y así acabar eligiendo el propio. La angustia de la separación es al mismo tiempo consecuencia y exigencia de originalidad personal y de libertad. Los mecanismos de compensación de este tipo de angustia aparecen en el adolescente en forma de posturas regresivas, es decir, de retorno a la simbiosis materna, tendencias al conformismo y a la destructividad como frutos del sentimiento de impotencia, a la evasión consumista, a la masturbación. Para rescatarle de ese atolladero no quedan sino la educación en la donación (¡aquí, sí, el gran valor del voluntariado para adolescentes y jóvenes!) y la confidencia.

Respecto al **diálogo sexual** como plenitud de amistad y abarcador de toda una vida. Es sabido que el desarrollo sexual es un proceso a través del cual la persona se va poniendo en condiciones de una entrega que se configura en oblatividad u ofrenda totalizadora de la vida. Dicha ofrenda inducirá un día a la pareja a pasar de un nosotros acotado a un vosotros social a través de la profesión. Sus quejas son concretas: «no creo en la amistad», «la amistad no existe», «cada uno va a lo suyo»; «yo le quería y él se estaba riendo de mí». Cuando se les habla de un nuevo amigo y no suelen interrogar sobre lo esencial (preferencias, aspiraciones, fracasos, etc.), ellos salen con la edad, trajes, lugares de diversión, ingresos de los padres, etc. Cuando viven insatisfechos del simple afecto familiar, o se sienten traicionados por los amigos y caminan a la deriva, creen que a esa altura de su edad la amistad se polariza en la mera simpatía física, hacen de ella una papelera donde arrojan todo su malestar y contradicciones, convierten al amigo en un «paquete» que echarse encima o una guarida donde refugiarse tras la persecución. ¡Pero se olvida tan fácilmente que la amistad es un alma que habita en dos cuerpos, que ni siquiera una pasión devoradora puede brindar tanta satisfacción como una amistad silenciosa y discreta, que no hay proceso anímico más triste y más desesperado que cuando se enfría una amistad entre dos adolescentes!

Respecto a la **orientación del deseo sexual,** ha de implicar motivaciones claras, sin falsas sublimaciones, así como la aceptación gratificante de la propia sexualidad y la aceptación de la sexualidad en las personas del mismo o distinto sexo.

Cuarto, en cuanto al **nivel espiritual:** porque el hombre, como ser religioso, lleva en sus redaños la necesidad del encuentro personal con el misterio sagrado. Lograr un encuentro adecuado con el misterio es camino seguro de realización personal. Si el ser humano ha de estar abierto a los demás, y esa abertura tiene su máxima expresión en el encuentro con la divinidad, cuanto más profundo y completo sea el encuentro con el otro, más certero será su encuentro pleno con lo divino. Es asunto de vocación. Toda vocación implica la presencia de un horizonte de valores que invitan a la acción. Ellos y ellas dicen a menudo: «no creo, pero quisiera creer», «claro, como tú tienes la fe», «la vida con fe es más fácil». Pero quieren razones, buscan pruebas tangibles de Dios. Reconocen como arduo dejar paso a la fe. Los pocos contenidos filosóficos con que se

encuentran a su paso por el Instituto les resultan convulsivos cuando no les son presentados con claridad, libertad y como oferta opcional. Que el adolescente esté abierto a lo sagrado, más que en cualquier otra etapa de su vida, lo demuestra el hecho de que sea presa fácil de las sectas.

2. EL PROBLEMATISMO DE LOS ADOLESCENTES EN SUS DIFERENTES ÁMBITOS

Nada nuevo. Una tableta de arcilla babilónica fechada en el año 1730 a. C. dice: «*La juventud de hoy está podrida hasta lo más profundo, es mala, irreligiosa y perezosa. No será jamás como la juventud del pasado y será incapaz de preservar nuestra civilización*». O lo que Sócrates, por boca de Platón, decía: «*Los jóvenes de hoy aman el lujo, están mal educados, desprecian la autoridad, no tienen ningún respeto por los mayores y charlan en lugar de trabajar*». Mala imagen, ¿verdad? Pero no todos son así. Lo que sí puede ocurrir a todos —y, a lo que se ve, de ello no escapan los adultos— es una situación tan complicada como esta:

«Ni miento ni me arrepiento,
ni digo ni me desdigo,
ni estoy triste ni contento,
ni reclamo ni consiento,
ni fío ni desconfío;
ni bien vivo ni bien muero,
ni soy ajeno ni mío,
ni me venzo ni porfío,
ni espero ni desespero.
Conmigo solo contiendo,
en una fuerte contienda,
y no hallo quien me entienda
ni yo tampoco me entiendo.
Entiendo y sé lo que quiero,
mas no entiendo lo que quiera
quien quiere siempre que muera
sin querer creer que muero»[41].

Es una *contienda* fuerte —la primera que los adolescentes viven conscientemente — consigo mismos, un desconcierto ante sí y ante los demás, porque no entienden **qué** les pasa y a veces no hallan a **quién** acudir.

2.1. Los adolescentes y sus padres

Había dicho Don Quijote (II parte): «Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer, o buenos o malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida… Y en lo que forzarles que estudien esta o aquella ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadirle no será dañoso».

Pero los adolescentes viven cada vez más en el seno de una **familia inestable** (por cada dos bodas que se celebran hay un matrimonio que se rompe; entre 1990-1997 las separaciones han aumentado en un 50%; reducción de espacios domésticos, de tiempos de relación[42] y de normatividad axiológica: es la crisis de la familia posmodernizada, donde el matrimonio es una institución frágil y cada vez más desinstitucionalizada). Cada cuatro minutos se produce en España un divorcio. El «post-hijo», como el «postalumno», no se obligan a nada, prueban y cambian, usan y tiran, invierten los valores finalistas (pacifismo, tolerancia, ecología, etc.), a la par que presentan grandes fallos en los valores instrumentales (esfuerzo, responsabilidad, compromiso, abnegación, trabajo bien hecho). En gran parte, los hijos de esta generación —y si no se remedia, de las generaciones que vienen— están menos educados aunque poseen más conocimientos hábiles o técnicos que la de sus padres. Pero no tienen un saber saboreado porque lo confían todo a la memoria RAM del ordenador, acuden cómodamente al «buscador presa de internet que les proporciona datos: ingurgitan conocimientos inmediatos pero no sabiduría para vivir con sentido.

Si los padres no han fraguado una relación acorde, exigente y crítica, los hijos no podrán guardar un sentido liberador. Cuando los padres de hoy, que conocieron todas las privaciones del mundo de ayer, se empeñan en que sus hijos no pasen ninguna necesidad[43]; cuando la madre está ausente del hogar por motivos laborales, o porque el hogar le resulta una losa; cuando los «media» hacen de abrumadora compañía silenciosa de los niños produciendo un refugio patógeno o disociador, entonces han de aparecer por fuerza síntomas de celotipias, complejos, aislamiento, agresividad, indiferencia, apatía, bloqueo afectivo. He ahí a toda una especie de apátridas, fruto de una Europa monetaria que al socaire del Estado del Bienestar —en ocasiones débilmente social y socialmente débil—, alumbra multitudes ávidas de una vida anclada en el éxito sin esfuerzo, en el triunfo fácil del «*hit money*» o dinero caliente del «tómalo y vete», en la renuncia de los «progres» al déficit cero y al creciente endeudamiento institucional. Han perdido toda exigencia y ambición individuales. ¿Respuesta?: «Vivimos muy bien —suelen decir los adolescentes—: sin Dios, ni padres, ni maestros, aunque tratamos de vivir con una conciencia humanitaria: nuestra bandera es la *antiglobalización*; incluso con aquellos a los que vamos a aplaudir y cuyos discos compramos, pero con los que no estamos del todo de acuerdo»[44].

He aquí un tiempo en el que muchos niños y adolescentes son huérfanos periódicos de padre o madre: uno u otra están ausentes, no por imperativo irremediable de muerte, sino por otras causas. El resultado es la afirmación de la autonomía absoluta frente al desamparo de la afectividad relativa, con lo que el rechazo de la condición filial se convierte para el adolescente en rechazo de un mundo vivido como extraño, peatón en noches de fuegos fatuos. Ya no hay idea de dependencia sino de libertad como

autonomía absoluta: la que niega al otro y se imbuye en la nada; de la «norma sin *autós«* al «*autós* sin norma» y, finalmente, al «no *autós* ni norma». Toda una filosofía de la libertad como negatividad y mala fe. De esa manera, quien pierde la esperanza es expulsado del mundo de los vivos, pero a quien la tiene, todo le sonríe y el mundo se le da como un regalo. Entre tanto, la multitud está del lado del mundo que termina, sólo una pequeña porción queda del lado del mundo que está por comenzar.

Las crisis de los padres

Los padres traspasan sus problemas a sus hijos, los hijos ven sus problemas en los padres. Éstos pasan **su propia crisis individual** y la transmiten. Tienen sus propias huidas: «Tenemos derecho a divertirnos», dicen. Pero eso puede significar cualquier cosa, por ejemplo, absentismo de responsabilidades con los hijos, añoranza de su época de adolescencia, melancolía de lo vivido. No saben comunicarse y no pueden enseñar a comunicar. Olvidan la definición que Oscar Wilde daba del matrimonio: «Un 97% de conversación». Tanto más grave si sucede entre la infancia y la adolescencia de los hijos, época en que el alma es más sensible al frío y al calor. Se ha dicho que, a veces, cierto tipo de retraso mental, la dislexia, el tartamudeo, etc. son la plasmación de una negativa situación afectiva incrustada en la infancia.

Un mal signo de los tiempos es que padres, maestros, tutores y educadores encuentran difícil la iniciación de los niños y de los adolescentes a la **vida social**. Los padres envían los hijos a la escuela, pero es la calle quien los educa. Está perdido de antemano un sistema educativo que tiene que apechar con la parte de responsabilidad que corresponde a la familia. Que sea pérdida o que sea falta de confianza, ambos son anverso y reverso de un mismo problema: el de la ausencia de idealidad, de valores, de referencias. Perdido el colectivismo que anestesiaba las iniciativas y el sentido de la responsabilidad personal en beneficio de la vida comunitarista e igualitarista, asoma el individualismo.

Pero el individuo no quiere soñar más en un mañana radiante. No hay futuro cuando el presente se empeña y se empaña. De ahí la falta de interés por la vida política. Pero dejar el uso simbólico de una bandera en manos extremistas es quemar la historia vivida de una Nación. Para colmo, la mediática que el Estado de Bienestar —hermoso ideal de la segunda generación de los Derechos Humanos— alimenta, llega a los adolescentes convertida en espectáculo[45], y así están prestos a despotricar contra él, pero reclaman todos sus derechos. Lo succionan como si el Estado de Bienestar fuera una vaca montañesa a la que casi todos se sienten con derecho a ordeñar pero se olvidan de alimentar. ¿Cómo no subir los impuestos —¡las promesas electorales son eso, promesas! — en el Estado de Bienestar si no se rebajan las apetencias consumistas y de plena cobertura de riesgos? Se les presenta como un Estado de beneficencia en un mundo de protestas y de cualificación de la protesta, pero a veces no es ahorrador sino despilfarrador y extremadamente burocrático; se desea ayudar a otros países pero no se

quiere hurgar en el propio nivel de bienestar. Su lema es la solidaridad como sentimiento, y su apoyo, el grito eufórico con megafonía. Suministra programas de televisión de dinero fácil, que forman más bien nada que poco, y frente a la que hay que estar prevenidos para no idiotizarnos. El Estado de Bienestar queda reducido durante las elecciones (municipales, autonómicas, legislativas) a promesas incontroladas, a reyertas lingüísticas atizadas de rencor subyacente, al tiempo que muestra la faz de la revancha y una porción degradante de la condición humana. ¿Cómo podrían dar crédito nuestros adolescentes a los mensajes de los políticos cuando se les oye parlamentar, patalear, embestir, ramonear?[46].

Con toda su carga, sin embargo, adolescentes y jóvenes vienen a hablar al profesor-educador, al psicólogo, acaso llaman a un TES pero no pueden o no saben expresarse cabalmente. Creen que hablan, aunque permanecen mudos y se van muy contentos después de las sesiones, o de la llamada telefónica porque consideran que lo han dicho todo, pero su lengua parece embotada como puerta con goznes enmohecidos. Por otra parte, les parece que no son escuchados por unos padres que tienen la sensación de no poder hablar ya con sus hijos: aunque lo intentan, no atinan. Los padres se lamentan: «ya está todo hecho», o ceden ante el esfuerzo: «hay que dejarles volar por su cuenta», o se culpabilizan: «¿pero qué hemos hecho nosotros para merecer estos hijos?». Muchos padres hablan, dan todo por supuesto. Aconsejan, mandan, pero no preguntan, no piden, no sugieren alternativas a sus hijos; en el mejor de los casos, encomiendan la situación al psicólogo, ¡el redentor del siglo XXI! Agreden o se inhiben, pero raramente dialogan. Acaso han desaparecido del hogar, si es que los hubo, momentos de coincidencia física, por ejemplo, comer y cenar juntos sin tener el televisor enchufado, viajar juntos, asistir a espectáculos juntos, hacer un cierto deporte juntos, asistir juntos a manifestaciones cívicas. Pero la ausencia de diálogo entre padres e hijos produce sobre éstos el efecto de una oruga sobre una manzana.

Desde luego, el adolescente, además de palabras, espera actos, empezando por la compañía de los padres. Si los adolescentes fueran alentados por sus padres y por la sociedad en vez de tratarlos como «no-hombres aún» y como estupendos clientes de consumo, otro gallo cantaría. ¿Por qué hay tantos padres que relegan a sus hijos hacia el futuro, como si el presente fuera una eterna época de paso? Más, ¿cómo pueden hablar los padres con los hijos si antes la pareja no ha aprendido a hablar entre sí? A menudo se levanta como un muro de silencio entre los esposos. Puede que ese silencio tenga la finalidad de no inquietar al compañero con una lastimosa confidencia. Que examine el que así procede si es un sincero deseo de ahorrar al otro una pena, o es miedo a aceptar la humillación que conlleva la declaración de un fracaso, o es desconfianza en el amor del otro. Y es que no se juzga ese amor lo bastante firme para aguantar una revelación penosa; que verifique, pues, la pareja si su silencio procede de un hondo cariño, o de una falta de inteligencia, de una soberbia secreta, o de una desestima del cónyuge. Un silencio prolongado hace cada día más torpes las facultades de expresión. Y cuando los sentimientos, las dudas, las quejas no se expresan a su tiempo, entonces crecerán como una pústula que guarece su propio usgo. Atención pues: el camino que separa la realidad

del deseo se llama sufrimiento, el que separa el poder y la voluntad se llama esperanza.

Algo en el fondo de la pareja se resiste a manifestarse ante la prole adolescente. Esa resistencia es amor propio, vergüenza. Se resiste a la transparencia, teme que les vean en la desnudez más cruel, la del alma: desnudo interior, verdadero, doloroso, franqueable, accesible a la simple mirada de la vida social que banaliza toda intimidad, la vende, la compra, la manipula, la infecta, la humoriza.

Podemos vencer toda resistencia y empezar a hablar: la pareja es el espejo en el que aprenden los hijos la valiosa y sanadora lección del diálogo. Callar las cosas insignificantes es prepararse innecesarias dificultades para cuando haya que declarar cosas de transcendencia. Cierto que hablar cuesta a veces esfuerzo. Supone nada menos que renunciar a toda defensa, hacerse vulnerable, ponerse a merced del otro. Sí, el otro puede, acaso sin miramiento, ser cruel, ensañarse en el desprecio. Peor para la pareja. No hay nada que separe tanto a los esposos, ni las más violentas discusiones, como ese secreto inexpresado que se alza para siempre entre los dos[47]. ¡Todo un milagro en suspensión!

Lo que nunca vale en el diálogo padres-hijos son exclamaciones y preguntas de este tono: «Demuéstrame que eres un buen chico», «Demuéstrame que eres mejor que tu amigo», «¿Qué contactos tienes?», «¡Siempre traes las peores notas!», «¡En nada te pareces a tu hermano!», «¡No descubras tus habilidades porque se aprovecharán de ti!», «¡Cuando dejes de rendir, ya no interesarás a nadie!», «¡No te fíes ni de tu padre!», «¡Eso es tu problema!», «¡Cada uno a lo suyo!», etc. Los resultados, en relación con ese estilo de padres, que extraje de mis entrevistas con los adolescentes y jóvenes, fueron siempre negativos por parte de éstos, tanto en cuanto a conductas como en cuanto a sentimientos de desprecio o de odio.

2.2. La inadaptación y el fracaso escolar

Orientador: ¿Qué quieres decirme con lo de «estoy hecho un lío»? ¿Mogollón quiere decir que tienes muchas cosas desordenadas en la cabeza? Entre tanto mogollón, como dices, seguro que habrá alguna más importante para ti…

Sergio: ¡Va! ¡Los exámenes! Tengo seis asignaturas suspensas y, encima, repito 2º de Bachillerato. Lo siento por el verano de mis padres. Bueno, ¡y el mío! El verano pasado fue un desastre en todos los sentidos…

Orientador: ¿En todos los sentidos?

Sergio: Sí, porque era la primera vez que suspendía… Yo ya lo veía venir durante el curso, pero es que hice amistad con dos compañeros nuevos en mi clase, que procedían de un centro privado, y también con una compañera —se llama Mónica— de otra clase que iba mal en los estudios lo mismo que yo y, además, coincidimos en que los dos teníamos casi los mismos problemas.

Orientador: Sí, pero tu Tutor o algún profesor estará al quite para echarte una mano.

Sergio: ¡Va, ellos van a lo suyo, entran en clase con cara de poco amigos; siempre tienen razón y, según les oigo en la cafetería, también tienen sus problemas! A veces, a ellos les oigo discutir y ponerse verdes. A nosotros nos entienden poco y, dado el caso, algunos nos animan a ir a la huelga que ni sabemos de qué va… Pero, ¿a quién no le va un día de «juerga», con lo que gusta la marcha…?

La adolescencia no es solamente crecimiento en edad y experiencia, sino también y ante todo en cambio y variedad; es como una veleta sensible a todos los vientos. Cuando alguien habla para intimidar o acusar o descalificar se pone al borde de ahogar una buena relación con el adolescente; cuando la comunicación entre ellos es deficiente o nula, cuando los padres abdican de una presencia efectiva en el hogar; cuando no se ha enseñado el sentido del trabajo, de la economía y de la necesaria austeridad; cuando no han incitado a los hijos al compromiso individual o social, cuando no han sembrado el espíritu crítico a través de un diálogo incondicionado y sin demoras, entonces y en tales casos asomarán en los hijos adolescentes los siguientes problemas: complejos de inferioridad, falta de seguridad en sí mismos, sentimiento de falta de utilidad inmediata de los estudios de cara a un trabajo remunerable que les proporcione independencia económica, agresividad, suicidio por miedo a amenazas parentales, bloqueo temático («siempre el mismo rollo», dicen), minusvaloración del profesorado y de las instituciones educativas.

Añádanse a ello el fenómeno de la depreciación de los contenidos humanísticos y la polarización de los gustos del alumno por las ramas del saber utilitarista, instrumental. ¿Cómo no recordar aquel «martes negro» en que la mayoría de nuestros diputados, por incomprensibles razones, derrotaron el «decreto de Humanidades»? ¿Resultado? Los adolescentes desean estudiar solamente lo que les «sirve» o «produce» de inmediato. Ahí tienen la optatividad —más formal que real— ofertada en la reforma de la Educación Secundaria Obligatoria. Y no sólo en los contenidos, sino también en la preparación de un profesorado al que no se le puede exigir especialización en todas las materias impartibles a fin de rellenar horarios lectivos vacíos: ¡así, no es que los profesores sepan más, pero a lo mejor enseñan!

Un problema derivado es el absentismo escolar, mucho mayor en las sesiones del Bachillerato nocturno, donde hay clases con 4-5 alumnos diferentes cada noche. ¿Se olvida que el hábito de asistencia ordena la atención y facilita la comprensión de los contenidos que los alumnos han de recibir? Si a ello se añade el sentimiento de monotonía que a menudo cunde en un profesorado conflictuado (¡25% de los profesores está aquejado por algún trastorno psíquico!), la falta de habilidad docente para la participación del alumno en el aula y, en la actualidad, la imposible atención personalizada (ni en lo académico ni en la evolución personal) al alumno, entonces la

sociedad no tiene derecho a exigir ni a lamentarse. El fracaso escolar es creciente y a los docentes se nos escapa de las manos. Se nos insiste en la atención a la diversificación y a la integración social. ¡Vale, es maravilloso! Pero, ¿por qué no canalizar y potenciar también a los alumnos más capacitados? «Un 24% de los profesores de enseñanza pública ha sido agredido por alumnos o padres. Denuncian indefensión ante la violencia en las aulas y el abandono de la tarea educativa por la familia», según encuesta del sindicato de enseñanza ANPE (9-5-2006). Por otra parte, los profesores están siendo reclamados por los padres mientras éstos renuncian en gran parte a su parcela y, en fin, la calle funciona como escuela paralela en negativo. Demasiadas teclas para un docente solo y para un solo docente. Se le amontonarán de golpe, como sin remedio, los siete noes de las *Coplas* de Jorge Manrique:

«Ni vale consejo ajeno, /
ni hay castigo ni enmienda, /
ni vale malo ni bueno, /
ni vale tirar del freno, /
ni vale darle rienda».

(Canción 42)

La sociedad culpa de todo a los profesores

La sociedad se siente cumplida con endilgar a la escuela el origen de su degradación. Así que el proceso de culpabilidad es rápido y venenoso: los padres culpan a los profesores, los niños a los profesores, la sociedad a los profesores. Hasta los grandes maestros de la didáctica escolar y empresarial lo espetan sin rubor: «*Todos los graves problemas actuales de la sociedad tienen su origen en el fracaso educativo*»[48]. Pero los profesores, a veces, tendrán que refugiarse en un rincón a la espera de la próxima advertencia del AMPA, del Consejo Escolar, de los jueces, del psiquiatra, o de la administración educativa. O, tal vez, dejar hacer, dejar pasar, prohibido prohibir, no hacerse notar, esquivar los golpes y «sálvese quien pueda». ¿Se ha valorado suficientemente la correlación porcentual entre fracaso escolar y absentismo laboral del profesorado? ¿Se ha olvidado que la sociedad no es omnisciente, la familia no es omnipotente y el profesorado se siente impotente?

Así que lo mismo la comunidad escolar que la no escolar exigen y se quejan, pero la política de partidos y los mismos sindicatos no han sido capaces de llegar a un pacto de Estado sobre un asunto que está ahogando la visión del pasado y un proyecto de futuro[49]. «He tenido noticia de que hay algunos maestros que intentan ganarse el beneplácito de sus discípulos insistiendo en que la adquisición de conocimiento puede resultar divertida. Ignoro de dónde han podido sacar tan peregrina y errónea idea. La verdad es que sólo puedo atribuirla o a la ignorancia de lo que significa realmente enseñar o al deseo de congraciarse con los alumnos para seguir cobrando los emolumentos de sus padres. Aprender es una de las actividades más nobles que pueden

experimentar los hijos de Adán. Los ángeles no cuentan con esa posibilidad y tampoco los animales a los que, como mucho, se puede amaestrar para que realicen labo res sencillas o trucos espectaculares. Precisamente por su carácter exclusiva mente humano y por los beneficios que reporta, el aprendizaje exige disciplina y esfuerzo. Porque si el aprendizaje de un juego o la condimentación de un plato exigen cuidado, atención, memoria y constancia, ¿cómo no iba a requerir al menos lo mismo el conocer un oficio o el dominar un arte? Por todo eso, hace ya tiempo que llegué a una conclusión tajante sobre la educación, la de que nadie que no esté dispuesto a pagar ese tributo debería acercarse nunca a la mesa de la sabiduría.»[50]

Cierto, los jóvenes pueden vencer más —si llegan a la Formación Profesional, a la Facultad o a la Escuela Técnica— que los adolescentes que se sienten desarmados. El desconcierto de los planes de estudio no es un bocado menor. Cada vez aumenta el número de los que jamás asisten a clase, que se les niega la evaluación pero siguen por los pasillos, por la cafetería, por el patio del Centro. Su inestabilidad para el aprendizaje es tal que si pide al profesor que les deje parte de su hora para repasar el examen que viene en la clase siguiente; cuando esto se les concede, a los cinco minutos, en lugar de repasar se les observará con los auriculares puestos para oír música en el casete o CDR portátiles, o hurgando en el móvil escondido, o comentando la «peli» del día anterior: generalmente, sin mensaje sino de intrigas, tiros, venganzas, saltos mortales de los protagonistas en coches de gran cilindrada, destrozos del medio y mobiliario urbanos, música de movimientos estrambóticos, lenguaje, gestos y ardides barriobajeros y amenazantes, o el último y enésimo programa chabacano de la televisión.

Muchos jóvenes cambian de carrera tras el primer curso de Facultad o de Escuela: sienten que «eso no era lo que buscaban»; otros hacen de la Universidad un lugar donde encontrarse con alguien en la cafetería o en el césped del «campus», pero no como sede de esfuerzo y de calidad. Se olvida que la odiada palabra «competitividad» (esfuerzo, superación) está inyectada en todo el sistema educativo: no por molestar sino por algo más inocente y principal, la necesidad de aprendizaje. Cuando aparece la desmotivación, procede no tanto del factor económico cuanto de la minusvalía en que está siendo situado el papel del profesor, la docencia, la educación en general. Parece que lo que importa a los padres es ante todo el éxito en los exámenes. Pero el éxito académico no corre parejo con el éxito en la formación.

Por otra parte, a la escuela se le endilgan todos los males de la sociedad. Cuando cierto tutor llamó a unos padres para informarles de que su hija no aparecía por clase, le dijeron: «¡Ah, no lo sabíamos!, pero de todas formas ya es mayor, es su problema, tendrá sus compromisos en otra parte». Así que pocas posibilidades ofrecían a la escuela. Pero reclamarán a buen seguro al Estado de Bienestar becas, material, reducido número de alumnos por aula. Recrece una escuela que funciona como mustio jardín de infancia donde se juega, se entretiene y se administra a cuentagotas el esfuerzo y en donde pronto nacerá un bosque de adolescentes vigilado por la comisaría aledaña.

La autoridad desarmada supura obediencias proscritas que ocultan debilidades, porque antes de mandar, la autoridad está ya cuestionada en su raíz. Pero la autoridad

reposa, ante todo, sobre una razón que se tiene y se usa. Si partimos del principio de que ninguna enseñanza es inofensiva, lo dramático del oficio del maestro es que no puede enseñar sin presión sobre el alumno. No enseñaremos lo conveniente si renunciamos al derecho de ejercer una autoridad: la nuestra y la que requiere nuestra asignatura. La primera toma de conciencia del profesor consiste en abandonar el sueño de que enseña inocentemente, sin mantener la responsabilidad de modelar. Ahora bien, responsabilidad, no opresión. Nuestro deber no es el de oprimir sino el de convencer, pero que el alumno comprenda por qué y asuma su porción de responsabilidad según edades. La escuela tiene como fin el de conseguir en el alumno la alegría de la obligación cumplida. Una cultura elaborada desde lo que el maestro sabe y desde lo que razonablemente el alumno espera, conduce al esfuerzo: impuesto desde arriba, aceptado desde abajo.

Atribuir a los gobernantes de hoy el desmantelamiento de la enseñanza pública es olvidar que la operación comenzó a ser aventada por los gobernantes de ayer: por sus inacabables «reformas» inacabadas[51], por la renuncia a toda selección en nombre del igualitarismo, por la demonización de la competitividad o de la selección, por el encomio de una comprensividad igualitarista, por el incremento de una legislación acuosa en la que a más reglamento menos cumplimiento. En consecuencia, circula una humanidad sin hombre, una utopía sin ucronía. ¡Ah, bueno, pero al menos disfrutamos de esos arquetipos lúdicos que, si no invitan al trabajo, están en todo y fomentan la fiesta interminable![52].

Hay seis aspectos que no figuraban en la LOGSE pero asumidos por gran parte de la opinión pública y que condicionan la aplicación de toda reforma educativa: primero, el concepto anacrónico de la escuela como instrumento privilegiado para el cambio social; segundo, la identificación de la igualdad de oportunidades con la igualdad de resultados; tercero, la identificación de la escolarización con la educación; cuarto, la identificación de la diferencia con la desigualdad; quinto, la asunción de la autonomía educativa que la ley reconoce por parte de las Comunidades Autónomas y no de los centros; sexto, la pretendida neutralidad axiológica de las instituciones educativas.

Y más. Hay innumerables cosas que la sociedad debe exigir y dar a sus profesores —si fuera consciente de la calidad de su labor—, porque a ella resultará perjudicial que logren un protagonismo tan escaso. Cuando la prensa se hace eco del profesorado, éste resulta vapuleado: con motivo de la «semana blanca», por las «innumerables vacaciones» de que gozan, por la discusión del horario de jornada partida. Mas he aquí una sociedad que desconoce o se ausenta de sus obligaciones educativas, porque el trabajo particular le excusa supuestamente de ellas. Entonces se las exigimos a los profesores. ¿Por qué los padres no se quejan con la misma pasión de las vacaciones de los profesores que del derecho a unos horarios que les permitan regresar antes a casa para ocuparse y convivir con sus hijos?[53]. En fin, en un mundo que cría hijos de padres separados, hijos de fin de semana, exigimos a los profesores que suplan también a los padres ausentes: ¡y no es que eso esté mal, sino algo más elemental y es que no es todo asunto de los profesores!

2.3. La búsqueda de identidad

¿Tienen los profesores bien encuadrada la foto mental y moral del grupo de clase? ¿Tienen derecho a explicar un tema sin conocer al alumnado? Es habitual entre adolescentes aliviarse dentro de la banda juvenil o del grupo de compañeros que llegan a sustituir a la familia. Coleccionan pósters de famosos, amuletos, tatuajes. Cuando no lo consiguen, están en un estado de regresión (idolatría de personajes famosos) o también puede sobrevenir la fusión (la sensación de estar fundido o embebido por ideas abstractas con otra persona, «estar en Babia»); o la ambivalencia (inestabilidad emocional, contradicciones en cuanto a pensamientos y sentimientos: la libertad, por ejemplo, puede ser ensalzada pero se rehuye en la medida en que exige responsabilidad; conformismo y rebelión; rechazan a los padres pero se reconocen dependientes de ellos). Sirviéndose de los *sprays* necesitan ir dejando una marca, un poco como ciertos animalitos, en paredes, puertas y mobiliario urbano. Dijimos antes que les es habitual la necesidad de hacer cosas por el simple hecho de hacerlas, para combatir el vacío emocional. Se alivian dentro de la banda juvenil o del grupo de compañeros que llegan a sustituir a la familia; se adornan con tatuajes esotéricos que cubren y perforan la piel. En ellos, no se trata de una identidad perdida, sino aún no lograda.

Los adolescentes necesitan significarse, identificarse, dar muestras de pertenencia al grupo, pero *«detrás de la máscara de la libertad se esconde frecuentemente la dejadez, el hastío, el deseo de no implicarse. Hay una frontera sutilísima; atravesarla o no atravesarla es asunto de un instante, de una decisión que se asume o se deja de asumir. De su importancia te das cuenta sólo cuando el instante ya ha pasado. Sólo entonces te arrepientes, sólo entonces comprendes que en aquel momento no tenía que haber libertad, sino intromisión: estabas presente, tenías conciencia de actuar… Yo había disfrazado mi cobardía y mi indolencia con los nobles ropajes de la libertad»*[54]. ¿Cómo hacerles transitar por la convicción de que hay una libertad que es entendida como libertinaje o esclavitud, y una sumisión que es entendida como libertad?

Durante la adolescencia empieza a formarse alrededor del cuerpo una coraza infranqueable que va aumentando en la juventud y que, si no se la desarma, se prolonga de manera insidiosa hasta la edad adulta y la tercera edad («viejos verdes», «viejos jóvenes»). Por otro lado, esa insidia da lugar al empleo de defensas psicológicas para enfrentarse a pulsiones o ansiedades. Defensas que suelen ser a veces obstacularizadoras de adaptación. La teoría psicoanalítica da importancia a la formación de identidad bajo la marca de turbulencia adolescente. ¿Cómo hacer comprender a los adolescentes que el compromiso nunca es pérdida de libertad sino su ejercicio, o que «el día en que nació la primera ley nació la libertad» (Montesquieu), o que la libertad es la voluntad de ser responsables frente a nosotros mismos, o que nada tiene que ver con el poder absoluto sino con la inteligencia, o que la libertad personal no es una donación de la naturaleza sino una capacidad que hay que aprender a cultivar, o que para ser libres hay que liberarse de la creencia de que no hay libertad y, en fin, que nada hay más maravilloso que el arte de ser libre pero, también, nada hay más duro que el aprendizaje de la

libertad? El ser humano nada puede desear si antes no ha comprendido que debe contar consigo, que todo es ejercicio de un pensamiento que se entreve con la realidad y que se desarrolla en sociedad. Y como todo ejercicio, se aprende y se merece, pues la libertad no nos es dada gratuitamente.

Acaso sea la **identidad** el rasgo psicológico más problematizado y producido por los cambios fisiológicos. En efecto: la noción de estar separado de los demás, ser diferente de ellos, así como el sentimiento de continuidad de sí y el conocimiento de cómo aparece uno ante el resto del mundo. Pero hay que procurar la verdadera identidad, no elaboraciones ideales del propio yo, que responden más a los deseos que a la realidad.

En la esfera de las emociones, donde reinan la sensación y el afecto, no es posible el entendimiento ni la verdadera comunicación sino únicamente el contagio afectivo. Por eso no se pueden comunicar ciertos pensamientos a los adolescentes, aun cuando estén familiarizados con las palabras precisas. Hay sólidas razones para considerar el significado de una palabra, no sólo como una unión de pensamiento y habla, sino también como unión de generalización y singularidad, de pensamiento y comunicación.

2.4. El concepto de sí mismo

Además de lo dicho, cabe añadir que a la lucha por encontrar la propia identidad está asociado el desarrollo del concepto de sí. Quienes tienen una imagen positiva de sí mismos, presentan puntuaciones más elevadas y menor inadaptación. Un bajo nivel de autoestima está relacionado con la depresión, la ansiedad, los malos resultados escolares, el sentimiento de incompetencia en las relaciones personales. Creen que los demás no les comprenden ni les respetan y que no merecen su confianza, o que ni siquiera sus padres se ocupan de sus asuntos: «no sé qué hago aquí», «a veces no sé quién soy». Cómo no tener presentes las quejas y abatimiento de **Jaime** (17 años, alumno de COU, de quien fui Tutor) —en las que se trasluce casi toda el problematismo de adolescentes normales que encontramos en la calle o en las aulas— cuando se expresa así (atención al subrayado):

> *«Mis padres me educaron en <u>baja autoestima.</u> He tenido <u>poca relación</u> con ellos en la infancia y en la adolescencia, ya que los dos trabajaban, y yo solía estar solo en el chalé, al volver de las clases. No había palabras, sentimientos ni proyectos que compartir. No tenía vecinos ni amigos…*
> *Hace unos meses mi madre me dijo que había oído hablar de mí a unos chicos en el autobús y que <u>decían de mí que era «un imbécil y un marica».</u> Yo dudo de eso, pero mi madre inventa formas de ofenderme y esa es una de ellas. No soy tan importante para que unos chicos, que ella no conoce, hablen de mí, y encima ella me lo suelta de sopetón.*
> *Mi madre miente mucho para <u>darse buena imagen. En el fondo es muy</u>*

insegura, no tiene tema de conversación y habla ofendiendo. El otro día la oí decir a alguien por teléfono que prefería que yo no hubiera nacido… Solía repetirme a menudo «tú cállate, siempre metes la pata».

Mi padre (53 años) es muy pesimista. Cuando está enfadado o las cosas no le van bien suele decir que quiere morirse, que deberíamos morirnos todos. Pero él es pasivo y complaciente. Mi madre (50 años) es pinchona. Nunca mis padres me han celebrado. Incluso cuando traigo buenas notas ellos no me valoran. No me siento aceptado por mis padres.

Y todo ese ambiente me lo he creído y eso me ha llenado de inseguridad. Intento ante todo caer bien, dar buena imagen, siempre vivo pendiente del qué dirán los demás. Cuando el profesor me saca en clase me veo juzgado por todos y casi me tambaleo. Siempre tengo la sensación de que voy a caer mal a los demás. El primer día de Instituto no me atreví a ir: de hecho en abril, mayo y junio pasados dejé de ir a clase con las consecuencias de aislamiento, miedos, y suspendí todo 1 º de Bachillerato, pero en septiembre me saqué todo el curso, excepto gimnasia, por no haber hecho un trabajo escrito.

Tengo problemas para relacionarme con chicas y sin embargo las deseo, incluso a los 15 años tuve mis primeras experiencias con ellas. Pero me siento rechazado por ellas, como si no me vieran inteligente y masculino. Tengo amigos, pero no siempre puedo contarles mis problemas, a las chicas, sí, pero estoy pendiente de hablarles de forma que les caiga bien.

He llegado a ir a un cirujano plástico para que me ponga mejor la parte del maxilar superior. Me preocupa también y mucho mi imagen física… Cada vez me exijo más, me analizo más.

Estuve hasta 4º de Secundaria en un colegio privado. Lo pasé mal. No castigaban físicamente, pero sí moralmente: sacaban a uno en medio de la clase y los compañeros tenían que escribir sobre el encerado los diez defectos más notables. Mis hobbies son el dibujo y la escultura. (Su madre es profesora de bellas artes en academia privada.) Me gusta jugar al tenis.

El otro día soñé que unos «skenheads» me daban un puñetazo y luego me decían: ¿no te da vergüenza quejarte por un puñetazo? No soy creyente. Soy evolucionista. Pero me gustaría creer porque tengo miedo a la muerte. Me pregunta usted, qué es lo que más me preocupa. Pues que no sé relacionarme y que estoy pendiente del qué dirán».

Como se trasluce en el caso de Jaime, **imagen del propio cuerpo, personalidad y trasfondo familiar** constituyen variables que afectan a cuanto el adolescente adquiere de sí mismo. A menudo se le exige que abandone su personalidad para seguir la que impone la familia, la sociedad. La **autoestima** se relaciona íntimamente con la adaptación social y con la estabilidad del concepto de sí mismo. Aunque, probablemente, la imagen de sí es más estable que la autoestima frente a un «no valgo nada», «soy un fraude de la naturaleza». Es extraña, también, esa especie de falta de gracia física que se apodera de

los adolescentes en el momento de la pubertad, más entre los varones que entre las chicas. El hecho de que todos vayan vestidos de la misma manera puede ser la paradoja de su diferencia. El culto al cuerpo estriba en un parecer, más que en un estar bien. Yo no sabría decir si verdaderamente desprecian, o envidian, a los que ellos llaman «gente pija» o «gente guapa». El caso es que consumen más en imagen que en salud. Por tanto, desconfianza de su imagen corporal*, de sus valores y de los mensajes recibidos. Todo lo cual conlleva la primera frustración existencial, problemas afectivos, crisis de madurez, miedo frecuente a síndromes depresivos ansiosos, componentes de culpabilidad. Y todo ello empalma con el miedo a la muerte.

2.5. Secuelas psicológicas

Anorexia

Como nos enseñan Dolto (1990), Anatrella (1988,1994), Erikson (1968) y Rutter (1977), la anorexia o renuncia al alimento e ingestión de laxantes, que suelen alternar con la bulimia o consumo intermitente y compulsivo de alimentos, distorsiona la propia imagen. Sobre todo la niña empieza a rehuir o interesarse por la cocina o el frigorífico, asocia el síndrome depresivo y la hiperactividad. Se explica por una imagen distorsionada de sí mismo en todos los aspectos, amén de trastornos afectivos y supervaloración de los estereotipos sexuales.

Frente a la anorexia no ha variado el tratamiento prescrito desde hace decenios. Pero las ideas del psicoanálisis han penetrado: se busca el deseo inconsciente. La negativa a alimentarse no apunta a la madre ni al padre. Es más profundo. Cierto, hay una relación con la madre, pero no se trata forzosamente de la madre real. La que está introyectada en la joven es la madre de una época de su vida. El psicoanálisis no puede mezclarse con la psiquiatría ni con la psicología. Éstas, en su trabajo con el individuo, pueden prepararlo para que vaya a ver a alguien que no se ocupará de su comportamiento sino de su sufrimiento, y que estudiará junto con él hasta dónde y cuándo se remonta. Por tanto, la imagen del propio cuerpo, la personalidad y el trasfondo familiar transpiran las variables que afectan al concepto que el adolescente tiene acerca de sí mismo.

Depresión

Bajo el nombre de depresión se designa un conjunto de síntomas (estado deprimido o de abatimiento, pérdida de impulso, aislamiento, mirada baja, ausencia de compromiso, inhibición motora y mental, ideas depresivas, y desórdenes somáticos definidos). Se ha llegado a humorizar con que, ahora, quien no está enfermo es porque está deprimido. Pero la real depresión es un asunto muy serio, y más en la adolescencia. La depresión

exógena es temporal o circunstancial y viene producida por un estado anormal de estrés, desorientación y frustración momentánea. La depresión *endógena* tiene una base genética, depende de la herencia y tiende a la enfermedad maníaco depresiva. Sus síntomas son la tristeza o melancolía sin fundamento pero hondamente sentida, ansiedad, excitación, ideas imaginarias o empobrecidas, pérdida de apetito y de peso así como desórdenes vegetativos. Suele presentar ideaciones suicidas o intentos de suicidio. La depresión neurótica se presenta por conflictos no resueltos del inconsciente y provenientes a menudo de la infancia.

Neurosis obsesiva

La neurosis obsesiva es la fijación y repetición de un tema, de una conducta. Los tics acompañan el desarrollo del adolescente, así como cierta torpeza corporal, sobre todo cuando hablan sin saber dónde meter las manos y contorneándose sobre las piernas. Lo observamos más entre adolescentes y jóvenes de ciudad que entre los del campo. Los de la ciudad se ven obligados a inhibir su motricidad.

Fobias

Las fobias se manifiestan como miedos a distintas cosas (lugares como espacios abiertos o cerrados, animales, sobre todo cucarachas, oscuridad, plantas, fechas) y llevan a conductas socialmente anormales, puntuales y relativas al objeto de la fobia. Las fobias se explican por experiencias traumáticas previas, inseguridad personal, trastornos orgánicos.

Insomnio

El insomnio patógeno se manifiesta en no poder dormir de noche sino de día, cansancio crónico, caminar inestable hacia ningún sitio, sentarse-levantarse, enchufar-desenchufar —cadena de música, televisor, ordenador—, alteración del carácter que se torna indomable, porque *«no es posible, o al menos no es fácil, cambiar a fuerza de razones lo que de mucho tiempo atrás está arraigado en el carácter»*[55]; lo que se ha aprendido de niño se va desarrollando al mismo tiempo que el alma, formando una sola cosa con ella. Se explica entonces como asociación a otros trastornos somáticos y por ingestión de fármacos específicos. Es donde tienen lugar las pesadillas en las que uno resulta muerto, o mata. Hay que escapar de ellos. Pero no se puede hacer de otro modo que mediante la verbalización y racionalización de las pesadillas. Cuando los adolescentes acuden al TES o a la consulta esperan algo más que simple prescripción de sedantes en los que, por otra parte, buscan un efecto rápido de solución.

Drogas

Los adolescentes dicen: «si me drogo hago daño a mi familia y a mí mismo, porque para vivir dependo de algo que no es necesario», «acabaría mal, porque la droga me afecta al cerebro», «al principio te lo puedes pasar bien pero luego te puedes enganchar y acabar sin estudios, trabajo y, a lo peor, sin casa», «una vez enganchado o me pongo en un centro de desintoxicación o me muero», «me haría mal, tanto fisiológico como psicológico, y mis problemas no se solucionarían», «si me drogo, tendría que hacerme el duro, o huir de mis problemas», «no sólo sería un problema para mí y para mis padres, sino también para la sociedad», «puede ser que me drogue con cosas que no dañen mucho la salud, pero puedo acabar dependiendo totalmente de la droga, robar para conseguirla y destrozar mi círculo de alrededor», «me arruinaría, pero sólo si me drogo todos los días con cosas fuertes, porque si sólo fumo porros no pasa nada», «al principio vería la vida maravillosa, pero todo gira en torno al dinero, y la droga va matando mis neuronas»[56].

¿Por qué la droga? Aunque no hay respuesta única —casi todos los que recurren a la droga tienen su respuesta particular—, sí que se da un denominador común en torno al vacío de afecto y la ausencia de caricias, que se traduce en inseguridad, miedo a afrontar dificultades, actitudes de descaro o poca responsabilidad, curiosidad por lo prohibido, búsqueda de situaciones de riesgo, hastío por la vida real, afán de sentirse correr detrás de lo que se lleva y que permite diferenciarse de los demás.

Aunque la droga puede llevar a la muerte, para muchos adolescentes resulta un placer que permite sobrevivir «por ahora». Morir lentamente no es lo mismo que suicidarse de golpe. Más entre los chicos que entre las chicas aparece una sensación de fatiga, se quejan de que su sueño no es reparador, sufren de astenia y apatía, se aburren y el aburrimiento segrega angustia. ¿Qué significa? Es la pesadez de un tiempo vivido, pasado sin sentido, que diría el poeta: «*Adolescentes veo en los jardines / ya como jubilados de la vida, / convirtiendo los sueños en un largo cansancio de deseos*... (Su) *mundo no gira ya, / resbala; / no sufre ya, / se cansa; no vive ya, / se aburre*»[57]. Se vislumbra, pues, toda una incapacidad de proyectos por la desconfianza de sus propias fuerzas. ¿Consecuencias de todo tipo? ¡Claro! Obnubilación, puntos amoratados por la inyección, agresividad, desnutrición, respiración dificultosa; su actitud inicial ante la droga es de rechazo, porque reconocen los riesgos, pero la consideran un medio para «sentirme bien», «huir de mis problemas» y, al menos, probarían el «porro». Sin embargo, no plantan ante la droga que usan los demás. Reducidos a sí mismos, a sus conflictos internos, los adolescentes se sienten vacíos, al límite de sus fuerzas. La energía se ejerce contra obstáculos exteriores. Las chicas se muestran menos depresivas que los chicos. Ellos expresan su angustia exteriorizando la agresividad, y ellas, anulando su funcionamiento fisiológico. Feminiza a los muchachos y masculiniza a las muchachas.

¿Cómo hacerles ver que el **aburrimiento** es lo contrario de la alegría? En él soy poseído por el tiempo en lugar de poseerlo yo a él. Por ejemplo, el jefe de empresa que

ve prosperar su fábrica está alegre porque el dinero que gana tiene una función. El dinero puede proporcionarle un placer, pero el sentimiento agradable de haber hecho nacer y prosperar una fábrica es lo que constituye la alegría. El aburrimiento, sin embargo, no debe considerarse como completamente perjudicial. En efecto, hay dos clases de aburrimiento: la una es provechosa y la otra embrutecedora. El aburrimiento provechoso procede de la ausencia de drogas, y el embrutecedor de la ausencia de actividades vitales. Una vida con demasiadas excitaciones es una vida agotadora, en la cual son necesarios estímulos cada vez mayores para producir la emoción, que es parte integrante del placer. El exceso de excitación, no sólo mina la salud, sino que insensibiliza el paladar para todo placer. Es, pues, esencial, para vivir felizmente, una cierta capacidad para soportar el aburrimiento. El largo tiempo libre de las vacaciones se vive como excitación, pero ésta es aburrimiento, agotamiento. Aburridos ellos, porque no saben qué hacer y se abandonan al seguidismo de los demás que tampoco saben qué hacer, excepto lo mismo de siempre, es decir, aburrirse. La inseguridad proporciona aburrimiento y éste agranda la inseguridad. De ahí que no sepan sino decir: «estamos bien juntos». ¿Qué quieren decir con «bien» y «juntos»?, ya es otro asunto.

Delincuencia

La delincuencia, sobre todo el robo, que empieza dentro de la propia familia, puede ser un recurso para «hacer algo»: o rebelión contra los padres, o deseo de satisfacer las demandas de imitación de la pandilla (la bebida, la cadena musical, la moto, las salidas a otras poblaciones o al extranjero), o búsqueda del riesgo y de dinero para droga y estupefacientes.

Sectas

Las sectas son un terreno propicio para gente sin rumbo. Anuncian remedios sublimes y copan las últimas esperanzas del adolescente, remedio para situaciones estereotipadas y de pérdida. Favorecen el estado de indefinición del adolescente proclive a «hacer» pero «dejándose hacer». Reclaman a gritos todo tipo de libertad, pero fácilmente se sienten encadenados. Una libertad que exigen pero no saben administrar. Sin embargo, tanto las encuestas oficiales (CIS) como de estudios privados («Jóvenes 2000 y Religión») nos dicen que la penetración y valoración de sectas es escasa entre nosotros. Lo que pasa es que la socialización religiosa de adolescentes y jóvenes es y ha sido muy poco ilustrada intelectualmente. Tres motivos aparecen como principales para creer: el convencimiento propio (29%), la bondad o utilidad de creer «en algo» sobrenatural frente al vacío que dejaría el no hacerlo (35%) y el haberlo recibido de otras personas, generalmente por vía familiar (28%).

Pero la ambigüedad de los adolescentes en este asunto es pasmosa. Por una parte

se defienden de las sectas: «Si yo acabara en una secta, me volverían loco», «Una vez metido en ella es difícil salir, tendría que cambiar de forma de vida, al ser destructiva me puede engañar y explotar, al principio puede servirme pero luego puede ser demasiado tarde para salirme de ella», «Me comen el coco; los líderes van únicamente a sacarte el dinero, acabas dependiendo de la secta por no saber manejarte sólo». Pero, por otra parte, vislumbran un refugio: «El tener *algo* me puede dar protección y ayudarme para seguir adelante», «¡No tengo otra forma de ser y acudo a una secta para que me digan lo que debo hacer, porque necesito apoyo, algo en que creer», «Si creo en ella y no molesto a nadie, y además es de las que dejan a uno hacer tu vida normal, no pasa absolutamente nada, puede que la secta me dé algo», «Probablemente acudiría por la necesidad de sentirme especial», «En todo caso acudiría a pedir consejo a mis padres y según eso obraría en consecuencia», «Como me decía mi padre, haz lo que te parezca, con tal de que asumas las consecuencias, pero ya ves dónde me encuentro», «De todas formas es un tanto difícil estar sin una religión: aunque uno no sea practicante, siempre estará influido por la religión del entorno».

A veces ellos y ellas dicen: «Me parece que he perdido la fe. Antes rezaba, pensaba en Dios y me sentía bien. Ahora no siento nada. Intento rezar y me pierdo. Y además, ¿para qué hablar con él si nunca contesta?». Como muchos creyentes, los adolescentes se quedan con una visión infantil o instintiva de Dios: ¿necesitamos algo? ¡Ya está: rezamos y solucionado!: «Algo debe haber, y acudo a *eso* cuando me siento perdido, o cuando me veo en apuros». Viven una religión sin fe, contractual, prefieren las grandes emociones: y para ello las sectas se lo pintan solas. Es, pues, imprescindible una acción que comporte tres aspectos: información, escucha y educación de la conciencia. ¡Nada más, y nada menos!

Cuando lleguen a la juventud, encauzarán sus impulsos enrolándose en movimientos **racistas**, nacionalismos exacerbados[58], xenofobia, y usarán ropas, calzado, peinado, incluso armas que los identifiquen como tales. No quieren dogmas (clásicos, claro) y son víctimas de sectas seductoras: allí donde la razón y el corazón no tienen cabida pero sí el imperativo categórico del gurú. Pasaron de la fe a la sumisión, de la creencia al entusiasmo: ¡a no olvidar que, etimológicamente, «entusiasmo» significa endiosamiento!

2.6. Factores favorables a la identificación de la personalidad

Los factores implicados en el proceso de identificación o de la personalidad son la conciencia de sí mismo, el concepto de sí mismo y la autoevaluación.

La conciencia de sí mismo viene representada por las aptitudes y aspiraciones, tipo de pensamientos, deseos, planes y proyectos, posibilidades reales de éxito y fracasos. Suelen ser causa avance en madurez personal, o también, de vacío, tensiones,

desencanto.

Sobre el **concepto de sí mismo,** recordemos que se forma a partir de las primeras experiencias del recién nacido. Cuidados, caricias, ambiente familiar y social, así como la valoración que ha percibido de padres y educadores, la imagen del propio cuerpo, las condiciones físicas de desarrollo, el tipo y modo de juegos, la escuela, el éxito en el estudio, los amigos y el otro sexo. En definitiva, la satisfacción o no de las necesidades básicas contribuyen a la formación del propio concepto, del que depende la seguridad o la inseguridad, la satisfacción o insatisfacción razonable del adolescente.

Por la **autoevaluación** intentaremos que analicen críticamente los propios sentimientos, actitudes y motivaciones. La libertad como compromiso responsable y como oferta de servicio es la clave para superar los condicionamientos negativos, a los que suelen acompañar los rasgos de carencia de interioridad, de tendencia a la autoagresión y de sexualidad infantil. Interioridad significa darse cuenta, reconocimiento, mirada interior, conciencia de sí (del propio espíritu y del cuerpo propio) y conciencia del otro, conciencia de deber y deber de conciencia. Pero el adolescente no posee en gran porción otra interioridad que la de su propio cuerpo, pues apenas ha llegado a una conciencia reflexiva. El ideal más fácil —y destructivo— es el de no tener ideal que comprometa. No entienden de verdades objetivas sino subjetivas: «me parece», «me han dicho», «lo he visto en la tele» y «me gusta» son sus referentes verbalizados. Se prefiere la aceptación afectiva de las ideas más que su reconocimiento racional. El rechazo masivo de los ideales ha provocado una parada del ideal del yo social en nombre del encumbramiento personal. Por tanto, emerge una crisis de interioridad en que cada uno está tentado de no ocuparse más que de sí, como en un angustioso frente a frente ante el espejo. Miedo y huida de sí han sido evocados por teólogos, filósofos, novelistas y psicólogos. Hacer ver al adolescente que vivir humanamente será siempre renunciar, y que la renuncia voluntaria y generosa no es lo mismo que la represión. Todo lo cual puede provenir de una sexualidad infantil no superada y la consiguiente frustración que a veces conduce a ideaciones suicidas.

Vergüenza de los orígenes

Se vislumbra a menudo en muchos adolescentes una vergüenza de los orígenes que se canjea por engaños de pasarela de modas. Una vergüenza uncida a la culpabilidad del individuo que se reprocha el no llegar a parecerse a un ideal. Sólo el instante cuenta, ya que el sentimiento de culpabilidad limita la posibilidad de concederse perspectivas de futuro. De ahí los fenómenos crecientes de ruptura con la tradición, con todo lo recibido, y que son la toxicomanía, el suicidio y la homosexualidad aprendida. Además, la diferencia de las generaciones ha sido reducida y transgredida hasta el punto de ver banalizarse conductas incestuosas, latentes o manifiestas. Los adultos, por su lado, no atinan a actuar como padres o educadores. Así que los adolescentes aman a los padres y les solicitan ante todo de qué alimentar su idealidad. Así se van deslizando sus años con

la rapidez de la sombra de un junco.

Si el adolescente no dispone de este ideal para amoldarse al mundo real y tener así una visión sobre la realidad, su narcisismo* le condenará a pulsiones que les conducirán muy a menudo a una sexualidad infantil de ver y tocar (masturbación, voyerismo, sadomasoquismo, pederastia, pedofilia, homosexualidad) en detrimento de una sexualidad *objetal* que es necesariamente relacional. A ello hay que añadir que el narcisismo provoca inhibiciones o pérdidas de deseo sexual bastantes frecuentes en personas de 30-45 años. Incluso si es exuberante y de contextura depresiva, nace una relación negativa con el otro basada en la mentira, el robo, la infidelidad, la eliminación del niño (aborto), o bien, ideas de muerte, que se aguantan pero deshumanizan.

No a las pedagogías de la espontaneidad

Podemos y debemos liberarnos de las pedagogías de la espontaneidad bajo el pretexto rousseauniano de que la sociedad influye malévolamente sobre el niño. ¡Claro, a él le resultó llevadero, con sus «ligues», y abandonando a sus hijos en un reformatorio! Pero es la mejor manera de fabricar personalidades de carácter neurótico, *borderline*, o psicótico, que se pierden en lo imaginario y rechazan madurar. Las pedagogías de la inteligencia han sido sustituidas por las del despertar. Baste recordar las películas *Le grand Bleu*, *Nikita, Atlantis*, *El club de los poetas muertos*, *Jane Eyre*, que exaltan los comportamientos a flor de piel, sin reflexión y sin referencia a principios de vida, es decir, que toleran como bien vistas unas conductas agresivas. Los fans —ellos y ellas— con las colas de días y noches para adquirir una entrada al espectáculo, con resultado de lipotimias, asfixias y asmas muestran conductas histéricas hacia el cantante de turno. ¡Y a veces con la aprobación o acompañamiento de los padres!

La subjetividad del adolescente no se desarrolla sino en la medida en que un material rico y variado le es propuesto para su ocupación. Son las emociones y las representaciones más arcaicas las que terminan por imponerse. Efectivamente, la interiorización se corresponde con la capacidad que posee el sujeto de mantener un debate en su interior, de reflexionar sobre su vida tomando en consideración las aportaciones del exterior y de establecer un encuadre simbólico a partir del cual puedan dar sentido a su vida impulsiva. Así pues, la formación de la inteligencia y de la conciencia son dos áreas por trabajar si se quiere afirmar el proceso de interiorización. Se ha impuesto el credo: «Yo me expreso con mi cuerpo porque mi cabeza no sabe ya pensar». Muchas terapias de expresión corporal son la excusa para no hablar: conducta histérica que muestra dificultad para utilizar la mente.

Agresividad frente a narcisismo

La agresividad, que no se concilia con un impulso de vida por medio de la educación

integradora de las pulsiones, se convierte en una fuerza frustrante que vagabundea en inquietud de pérdida de sí. Lo efímero es lo que predomina. Para el adolescente la vida suele encerrarse en una cadena de instantes inconexos. No han adquirido la madurez temporal, ya que su sentimiento de continuidad no está garantizado. Cuando se está privado de un yo social, quedan apostados en la minusvaloración personal y en el sentimiento de inutilidad. De pronto se percatan de que el paso del narcisista que dice «no hay más que yo» a la aceptación de la realidad que dice «la diferencia y los otros existen», no ha quedado hecho. Se muestran agresivos para darse notoriedad, irán a la residencia tutelada pero se escaparán a la primera oportunidad.

La mentalidad narcisista de la sociedad de consumo está dispuesta a legitimar todos los deseos. Con el consumismo se da la impresión de que el hombre busca sobrevivir más que vivir bien, lo cual es una transmutación engañosa. El consumista calcula, pero no piensa, se enrola en lo pasajero y se desengancha de lo duradero. Ya no es ir a comprar sino «ir de compras» de lo que sea: en el supermercado, la gran superficie o los «todo a cien». La pérdida de subjetividad deja sin ideal, lo que instala al adolescente en el riesgo de la depresión: la realidad y sus ideales se desmoronan, el sujeto no sabe en nombre de qué organizar su vida. En tal situación todas las conductas regresivas son posibles: sean las manías o las melancolías, la necesidad de actuar, de crear acontecimientos, de probar a través de modelos gratuitos, de ajetrearse, de cambiar, de pasar de una moda a otra, en resumen, de tantas actitudes maníacas por las que se trata de mostrar que uno está vivo.

Se separa la sexualidad del ámbito de la moralidad olvidando que en la reflexión entre el deseo y las reglas morales es donde se desarrollan la interioridad y el sentido del ideal que nos hacen libres. ¿Por qué? Los valores tradicionales han sido rechazados sin desdoro tras la fractura del francés «Mayo del 68», que no resultó un impulso sino una *decadencia*. La sexualidad tiene siempre mucho que ver con la violencia. Los impulsos sexuales están mezclados con los impulsos agresivos. Por tanto, es ingenuo creer que la expresión espontánea de los impulsos sexuales no puede menos que desembocar en el respeto al otro. Como veremos en el caso de Daniel, la represión tiene su lado criminal, vergonzante. A veces suceden actos de violencia con secuelas de muerte. La vida social comienza gracias a una regulación de los deseos por la ley. Es, por tanto, ilógico y deshumanizador no prohibir nunca, pues la permisividad se toma la revancha antes que después. La diferencia entre generaciones —entre padres e hijos— y la diferencia de sexos representan dos baluartes de una realidad humana naturalmente social y nos avisan de que la no regulación de los impulsos resulta espasmódica para la sociedad.

El ideal social no puede tener en cuenta y valorar si no es la sexualidad madura que es relacional, y que reposa sobre el sentimiento amoroso y la duración, que se traduce igualmente, en la medida de lo posible, en fecundidad. El problema de la relación con el otro está en el corazón de la sociedad: poseemos en nuestro bagaje cultural los ideales filosóficos y religiosos que fundan la relación altruista y los conocimientos psicológicos y sociológicos susceptibles de describir sus mecanismos; por el contrario, falta una voluntad para que sean verdaderamente un ideal en nuestras

representaciones sociales. «Lo humanitario» en manos de algunos *staffs* políticos y mediáticos es un flaco tributo que hay que pagar para hacerse perdonar el déficit afectivo del hombre moderno frente a los demás; peor aún, el sentido del otro anda escamoteado en esta mascarada de asistencia que explota en forma de sentimiento de culpabilidad.

La tendencia pederastia en la que el adulto se instala para gozar de su sexo como un niño, y del sexo del niño, es el hecho de una erotización precoz de su sexualidad que inconscientemente se ha detenido allí donde se fijó el primer placer. ¿No será también el transexualismo una parada en el desarrollo sexual? Una persona puede querer vivirse con el otro sexo. Lo que sucede, sin embargo, es que una mujer no llega en el fondo a ser un hombre ni a la inversa. Hay la sola excepción del hermafroditismo, que tiene los dos sexos a la vez, pudiendo intervenir a favor del sexo dominante: se trata ahí de un accidente biológico, mientras que en el caso del transexualismo se trataría de un problema psíquico ligado a dificultades de identificación en que el niño, hacia los cuatro años, descubre la diferencia y rechaza su sexo.

Caso Daniel (atención al subrayado):

> *Tiene Daniel 17 años, repite 1 º de Bachillerato. Tímido y encerrado en sí mismo, no tiene comportamientos externos que le delaten como delincuente ni revolucionario. Su padre, severo y autoritario, era un vicioso bebedor y maltrataba a su madre cuando llegaba borracho a casa. Daniel no escapaba a la violencia del padre cuando se interponía para evitar golpes a la madre. Así que se encerraba en su habitación a fin de reprimir sus deseos y necesidades, a fin de evitar lo peor… Un día, sin embargo, acabó hiriendo gravemente a su madre porque le negó la llave del coche, otro día puso una trampa casi mortal a un compañero en el gimnasio del Instituto. El juez le mandó a un centro de reclusión de menores*.

Unas aclaraciones se imponen: *a)* Los actos de paroxismo constituyen la expresión más aguda o intensa de un estado psíquico: se suele decir que quienes los cometen «han ido demasiado lejos» o «han perdido el control»: hay una brecha entre lo que queremos y lo que decidimos hacer; o sea, obrar o no obrar bajo el impulso de una emoción es quedar al albur de emociones desatadas. *b)* Además, la razón humana parece a veces poco eficaz para orientar la acción, cosa que está mejor garantizada por el instinto en los animales. *c)* Está claro que padres e hijo tienen necesidad de ayuda. *d)* El problematismo aparece en la programación oficial de la Ética en 4º de ESO (unidades didácticas sobre «problemas derivados del mundo personal», «autoridad y su legitimación», y «Éticas del deber) y en Filosofía I (unidades sobre «Naturaleza y cultura. Universalismo y relativismo»,«Reflexión filosófica sobre el ser humano» e «Interacción, estructura y cambio social»).

Un texto breve ayudaría a comprender mejor:

Lacan describe así la realidad del deseo humano:

> *«En ninguna parte aparece con tan gran nitidez que el deseo del hombre encuentra su sentido en el deseo del otro, no tanto porque el otro tenga las llaves del objeto deseado cuanto porque su primer objeto es el de ser reconocido por el otro»* (Conferencia «El estadio del espejo», 1936).

Así que la educación puede ser una fuente de libertad si el proceso de socialización al que somos sometidos desde niños nos permite cumplimentar nuestras necesidades afectivas fundamentales (no es, por desgracia, el caso de Daniel), de desarrollar armoniosamente nuestra personalidad hasta llegar a la edad adulta. De ahí que Freud afirmara en su «Ensayo sobre psicoanálisis aplicado» que el **yo** se forma a partir de las pulsiones del **ello** a la reacción de éste ante el mundo exterior: «*El Yo no es amo en su propia casa* (el alma). *Entra en ti mismo profundamente y aprende ante todo a conocerte, entonces comprenderás por qué puedes caer enfermo, y tal vez evites llegar a estarlo*». Así que el **Yo** es una lucha a través de la conciencia por adueñarse del **Ello**. Entrar en uno mismo es una tarea diaria, un esfuerzo del pensamiento por comprender y de la voluntad por aceptar, modificar o rechazar la realidad que nos rodea. ¡Desgraciado el que tenga unas ideas que no defienda o una moral que no le comprometa!

Preguntas para el diálogo

— ¿Conocemos verdaderamente la dinámica de nuestra conducta, las razones de nuestras elecciones?
— ¿Cómo pueden influir en nuestra vida las experiencias vividas en la infancia?
— ¿Crees que los comportamientos asociados a la enfermedad mental son síntomas o expresión de un problema afectivo profundo y latente?
— ¿Hasta qué punto las personas con problemas psicológicos pueden ser tenidas como responsables de sus actos?
— ¿Es Daniel responsable de sus actos, y si no, quién? Recuerda, también, que el orden psíquico podía influenciar, alterando, el orden biológico, y que algunos desórdenes biológicos delatan una vida psíquica que desborda el campo de la conciencia clara del sujeto.
— ¿Has encontrado a tu paso por el Instituto, o por otros centros de formación, algún caso como el de Daniel?
— ¿En qué aspectos o momentos de tu vida te consideras una persona reprimida?

2.7. Actitudes que se pueden desencadenar

Negación del otro

Tras los factores principales y coadyuvantes que hemos destacado, sería conveniente tener presentes algunas actitudes que aparecen en los adolescentes.

Primera, bloqueo pulsional en que el sexo es buscado por sí mismo sin ningún interés relacional; y segunda, rechazo del modelo paternal, subrayando la importancia de los sentimientos. Quienes no les comprenden, interpretan falsamente su reacción como signo de un «retorno de la moral». O dicho de otra manera: actitud de negación del otro. El movimiento de liberación sexual ha contribuido a rechazar en el sexo cuanto hay de más angustioso: la relación con el otro y el fantasma, es decir, el hecho de saber lo que conviene o no realizar con nuestros pensamientos.

Al decretar la anulación de tabúes o de prohibiciones sexuales, se les induce a no socializar su pulsión sexual. El sexo no es el amor y, para que lo sea, tiene que reunir condiciones psicológicas entre las que prima el saber comunicar con el otro. El sexo de la «liberación sexual» destruye el sentido de la comunicación y, si el otro es buscado, es para servir de sostén narcisista a sus fantasmas primitivos, o para legitimar su propia expresión pulsional sin que ello comprometa una verdadera relación. Ahora bien, ¿puede uno dar la parte más reservada de sí como un intercambio banal, sin que ello produzca efectos sobre el individuo y sobre la sociedad? El verdadero amor bebe más de la fuente de la amabilidad del ser amado que de la pulsión: ésta no conduce sino a exhibir ante el otro su propia incapacidad de amar. Pero eso representa un acto de magia, no de amor.

Rechazo de las diferencias o intolerancia

La negación del otro lleva implícito el rechazo de las diferencias o intolerancia**.** Cuando la relación con el otro se ve amenazada, no estamos lejos de cierta forma de racismo y xenofobia. Freud tenía razón: «*La intolerancia de las masas se expresa más, por extraño que parezca, cuando se atacan las pequeñas distinciones que cuando se atacan diferencias fundamentales*». Puede que los nacionalismos excluyentes encuentren ahí su peso. Los estudios faciales del lenguaje y los cinestésicos de los ademanes a través de los movimientos corporales, especialmente de las mandíbulas, son la foto oculta de las conductas de diversas formas de intolerancia.

Si nuestra sociedad llega a padecer ribetes de paranoia es en relación con una homosexualidad difusa que no logra aceptar psicológicamente las diferencias de sexos y progresar en el sentido de la alteridad. El nazismo, el marxismo, el fascismo y el capitalismo salvaje son ideologías con fuerte componente de unicidad sexual: su discurso, sus insignias, su carácter de vértigo y sus actividades lo denotan en grado elevado[59]. El mal radical consiste en la voluntad perversa de convertir a los hombres en superfluos. El hombre del totalitarismo pasado y latente hoy en los bajos de ciertas culturas destruye la vida humana colectiva tras haber abolido el sentido de la vida individual. Al privilegiar todo lo que es semejante, predica igualdad a ultranza, incluida la del consumo feroz, pero no suscita ni crea identificación de personalidad. Sin Dios, el Pueblo es nuestro Dios. Una embriaguez de tolerancia trae un vómito de dictadura[60].

Un texto que da qué pensar (atención al subrayado):

> *«Para vivir en tolerancia no sólo son precisas determinadas disposiciones institucionales, sino también ciertas virtudes privadas. Hay que asumir una relación con las propias creencias y opiniones que renuncia a la identificación en cuerpo y alma con ellas. Esto es muy importante a la hora de reclamar el «respeto» que a cada cual le es debido. En la sociedad tolerante lo respetado no son las ideas y creencias de las personas, sino las personas mismas, nunca identificadas del todo con sus ideas y creencias. Cada cual tiene derecho a pedir respeto para sí mismo, es decir, puede reclamar no ser encarcelado, maltratado, discriminado, etc., por su forma de ser o de pensar. Puede pedir, en una palabra, que no se le hiera por sus creencias, mas no que sus creencias mismas no sean heridas por quienes no las comparten. Y mucho menos tiene derecho a herir realmente (en su cuerpo o en sus bienes) a otros en nombre de sus creencias ofendidas. La importancia afectiva que para cada cual tienen sus creencias y los símbolos que las representan puede ser psicológicamente relevante, pero no impone ningún miramiento especial al resto de los ciudadanos, como no sean los siempre voluntarios que dicta la cortesía y la prudencia social. Y esto, porque la tolerancia admite que en muchos casos la oposición a las ideas sostenidas por algunos es la única forma de mejorar la vida colectiva y de aumentar el conocimiento»* (F. Savater. *La tolerancia. Claves*).

Un texto tan ocurrente reclama algunas preguntas. Por ejemplo:

— ¿Pertenece a la condición humana el tolerarlo todo?
— ¿Sabrías dar tu propia definición de tolerancia y de fanatismo a partir de lo aprendido en Ética?
— ¿Sabes en qué consiste la «tolerancia activa»?
— ¿Tolerarías a un intolerante?
— ¿Tener derecho a expresar una opinión es lo mismo que la verdad de esa opinión?
— ¿Conoces algún personaje perseguido por sus ideas o sus creencias?
— ¿Estás en contra de esa forma de tolerancia que defiende el autor de ese texto cuando habla de «apasionamiento por las ideas»?
— ¿Conoces algún fanático?
— ¿Crees que hay en ti algunos rasgos o comportamientos propios del fanático?

También cae sobre los adolescentes el peso de la mediática, que inculca sus propios valores: la educación igualitarista que coloca la igualdad como valor supremo, al par que la tolerancia es entendida como renuncia de principios. Pero entre los hombres, y por supuesto entre los adolescentes, se dan desigualdades de todo tipo. Y no todo se puede tolerar. La máxima igualdad sería la máxima injusticia. Por ejemplo, entre los

ciudadanos-diputados de un parlamento legislativo y el resto de los ciudadanos no hay igualdad, tampoco entre padres e hijos, profesores y alumnos. Por otra parte, la tolerancia no es como un vehículo todoterreno. Y lo mismo que en realidad —¡excepto para la publicidad comercial!— no hay vehículos todoterreno, tampoco todo está permitido. Hacer de la tolerancia un escape al abandono, a la dejadez, es revalidar la pereza como deserción de la existencia, como voz que duda y se impacienta por el futuro, prefiriendo la renuncia al porvenir y el regreso e instalación en una infancia eterna.

La timidez del adolescente se diluye en soledad social, que es su consecuencia. Una y otra proceden del temor al juicio y a la mirada del otro, lo que puede desatar al menos dos tipos de comportamientos opuestos: la necesidad imperiosa de ser amado —en el sentido de un reconocimiento vital que otorga confianza en el individuo— o, a la inversa, el rechazo de toda relación amorosa que aparece peligrosa para abandonarse en ella. Los cambios frecuentes de pareja, ¿no serían sino el síntoma de una angustia secreta para quienes no soportan la continuidad relacional con una misma persona, quedando el sentimiento amoroso confundido con la expresión sexual?

El sentimiento amoroso no es necesariamente auténtico por definición y, bajo el pretexto de su buena imagen —a cualquier sentimiento se la llama amor—, queda por analizar, para ser reconocido, tanto el contenido psicológico como el de su dirección y finalidad. Por otra parte, los adolescentes que creen amar al otro, ¿están verdaderamente en una relación objetiva, o simplemente en una relación placentera? ¿Cómo extrañarse de que la afectividad contemporánea integre su sentido del otro y acceda a una dimensión social tolerante que sea la traducción de un ideal común, cuando las leyes sobre las parejas de hecho, por ejemplo, en que éstas tienen ventajas y privilegios sociales o fiscales más enjundiosas que las casadas legalmente, se promulgan en sentido inverso del derecho civil? La sociedad no puede ser neutra cuando el comportamiento individual tiene repercusiones sociales. Si la familia es un asunto privado, entonces que se diga claramente y que se apuren o extraigan todas sus consecuencias. Está claro que en nuestros modelos sociales va calando confusión de significados y valores. Empiécese, pues, por ayudar a la familia y la escuela será más adecuada, la sociedad más habitable y todos más objetivamente tolerantes.

RESUMEN

Itinerario conceptual del capítulo

1. Explicación de las manifestaciones psicosociales detectables en la escucha en servicios educativos o de emergencia psicológica.

1.1. Lo que podemos saber sobre los adolescentes

— Los adolescentes se consideran brutalmente sinceros, lo que no quiere decir que lo sean siempre, ni por supuesto coherentes.

— Suelen adolecer de egoísmo, acaso tienen que serlo. El adolescente quiere ser hombre y trata de convencerse a sí mismo, primero, y después convencer al mundo que le rodea de que ya lo es.

— Como los adultos les conceden poca categoría, entonces buscan su afianzamiento por caminos equivocados: en la coquetería, las poses, los adornos, los tatuajes, los colgantes que taladran su piel, los modelitos, el empeño en «probarlo todo», el lenguaje grosero, el tabaco o la copa de más.

— El aumento de la vida pulsional altera el frágil equilibrio psíquico logrado a finales de la infancia, ocasionando una carga emocional fuerte y dando paso a una herible personalidad.

— En la adolescencia el individuo tiene que renunciar a la figura interiorizada para desvincularse y lograr nuevos vínculos amorosos: «hambre de objeto y de afecto».

1.2. Lo que podemos saber para educar a los adolescentes

— Amor y enamoramiento: todo cuanto la psicología ofrece a los adolescentes, también a los jóvenes, tiene su trama en la relevancia de la afectividad, que reconoce que la inteligencia entiende las ideas cuando van teñidas de sentimientos.

— El amor, más que un instinto, es una creación, el único bien que se gasta si no se usa.

— Amar es tomar a su cargo la soledad del otro sin jamás pretender colmarla y ni siquiera conocerla.

— Por tanto, es distinto el amor y el enamoramiento. El amor es operación más amplia y profunda, más productiva y proyectiva, menos alterada.

— Se dice que hay cada vez más homosexuales pero eso no es seguro.

— Durante la adolescencia se desea vivir un tiempo neutral: es evidente que las adolescentes no quieren seducir a la manera de una mujer, ni ellos quieren conquistar a la manera de los hombres. Lo hacen para no desentonar con los demás.

— Una información más completa a los adolescentes sobre sexualidad, tendrá presentes cuatro niveles: biológico, psicológico, social y espiritual.

2. El problematismo de los adolescentes en sus diferentes ámbitos

2.1. Los adolescentes y sus padres

— Los adolescentes viven cada vez más en el seno de una familia inestable.

— Si los padres no han fraguado una relación acorde, exigente y crítica, los hijos no podrán guardar un sentido liberador.

— «Vivimos muy bien —suelen decir los adolescentes—: sin Dios, ni padres, ni maestros, aunque tratamos de vivir con una conciencia humanitaria.»

— Las crisis de los padres. Los padres traspasan sus problemas a los hijos, los hijos ven sus problemas en los padres, que pasan su propia crisis individual y la transmiten. Tienen sus propias huidas.

— Un mal signo de los tiempos es que padres, maestros, tutores y educadores encuentran difícil la iniciación de los niños y de los adolescentes a la vida social. Los padres envían los hijos a la escuela, pero es la calle quien los educa.

— Perdido el colectivismo, asoma el individualismo.

— Pero el adolescente no quiere soñar más en un mañana radiante. No hay futuro cuando el presente se empeña y se empaña. De ahí la falta de interés por la vida política. Para colmo, la mediática que el Estado de Bienestar nutre, llega a los adolescentes convertida en espectáculo.

— Desde luego, el adolescente, además de palabras espera actos, empezando por la compañía de los padres.

— Podemos vencer toda resistencia y empezar a hablar: la pareja es el espejo en el que aprenden los hijos la valiosa lección del diálogo.

— Lo que nunca vale en el diálogo padres-hijos son exclamaciones y preguntas de este tono: «Demuéstrame que eres un buen chico», «Demuéstrame que eres mejor que tu amigo», «¡No descubras tus habilidades porque se aprovecharán de ti!», etc.

2.2. La inadaptación y el fracaso escolar

— La adolescencia no es solamente crecimiento en edad y experiencia, sino también y ante todo en cambio y variedad.

— Cuando alguien habla para intimidar o acusar o descalificar, se pone al borde de ahogar una buena relación con el adolescente.

— Añádanse a ello el fenómeno de la depreciación de los contenidos humanísticos y la polarización de los gustos del alumno por las ramas del saber técnico, utilitarista, instrumental.

— Un problema derivado es el absentismo escolar: el fracaso escolar es creciente y a los docentes se nos escapa de las manos.

— La sociedad culpa de todo a los profesores.

— Muchos jóvenes cambian de carrera tras el primer curso de Facultad o de Escuela técnica.

— Por otra parte, a la escuela se le endilgan todos los males de la sociedad.

— La autoridad desarmada supura obediencias que ocultan debilidades.

— Si partimos del principio de que ninguna enseñanza es inofensiva, lo dramático del oficio del maestro es que no puede enseñar sin presión sobre el alumno.

— La primera toma de conciencia del profesor consiste en abandonar el sueño de que enseña inocentemente, sin mantener la responsabilidad de modelar. Ahora bien, responsabilidad no es opresión.

— Atribuir a los gobernantes de hoy el desmantelamiento de la enseñanza pública es olvidar que la operación comenzó a ser aventada por los gobernantes de ayer: por sus inacabables «reformas» inacabadas

— Hay innumerables cosas que la sociedad debe exigir y dar a sus profesores —si fuera consciente de la

calidad de su labor—, porque a ella resultará perjudicial que logren un protagonismo tan escaso.

2.3. La búsqueda de identidad

— Acaso sea la identidad el rasgo psicológico más problematizado y producido por los cambios fisiológicos.

— Coleccionan pósters de famosos, amuletos, tatuajes. Cuando no lo consiguen, están en un estado de regresión, o también puede sobrevenir la fusión, o la ambivalencia.

— Los adolescentes necesitan significarse, identificarse, dar muestras de pertenencia al grupo.

— ¿Cómo hacerles transitar por la convicción de que hay una libertad que es entendida como libertinaje o esclavitud, y una sumisión que es entendida como libertad?

— En la esfera de las emociones, donde reinan la sensación y el afecto, no es posible el entendimiento ni la verdadera comunicación sino únicamente el contagio afectivo.

2.4. El concepto de sí mismo

— Quienes tenían una imagen negativa de sí mismos, presentaban puntuaciones más elevadas, así como inadaptación en diversos tests de personalidad.

— Un bajo nivel de autoestima está relacionado con la depresión, la ansiedad, los malos resultados escolares, el sentimiento de incompetencia en las relaciones personales.

2.5. Secuelas psicológicas

Anorexia. Depresión. Neurosis obsesiva. Fobias. Insomnio. Drogas. Delincuencia. Sectas.

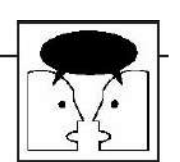
2.6. Factores favorables a la identificación de la personalidad

— Conciencia de sí mismo, concepto de sí mismo, autoevaluación, vergüenza de los orígenes.

— No a las pedagogías de la espontaneidad.

2.7. Actitudes que se pueden desencadenar

— Negación del otro, rechazo de las diferencias o intolerancia.



Propuestas de ruta para favorecer el diálogo o discernir en grupo

Casos: Jaime: pp. 98-100; Daniel: p. 112.
Textos: Marx: p. 74; Savater: pp. 115-116.

3
HACIA LA SOLUCIÓN DE LOS PROBLEMAS DE LOS ADOLESCENTES

***El «veranillo de las lunas»*[61]**
es el preámbulo de la primavera

1. SOLUCIONES PARA EL PROBLEMATISMO DE LOS ADOLESCENTES

Una vez que hemos descrito el problematismo de los adolescentes, sus hipótesis explicativas, los ámbitos en que se produce y las actitudes más relevantes a adoptar, los padres, los profesores, las instituciones educativas y los medios de información en general, podemos aportar algunas soluciones.

1.1. Salir de la sexualidad infantil

El hombre como persona es un ser único, irrepetible; tiene el poder de la libertad, cuyo objeto no es otro que ensamblar opciones y renuncias. La libertad y el amor es la misma cosa: somos libres cuando el egoísmo no mancilla el amor. Sólo en una vivencia profunda de comunicación el hombre se hace libre, no libertario. Tal proceso de identificación personal lo realiza el ser humano en cuatro niveles: biológico, psicológico, social y espiritual. En todos ellos hemos de aportar de manera permanente el elenco de preguntas esenciales que los adolescentes han de ir interiorizando. Por ejemplo: quién soy, qué sucede, por qué, para qué, cómo, cuándo, dónde, qué perspectivas, hasta dónde soy responsable de lo que ha sucedido.

Una mala educación del control de los sentimientos lleva, especialmente a los adolescentes, a dejarse ventear como plástico de invernadero. Lo mismo sucede en una

situación de sufrimiento sin salida aparente para la persona, o en una pobre integración personal, o en una falta de aceptación de sí mismo, o en una escasa vida de relación, o en los casos de sentimientos de inferioridad, de frustración, de culpabilidad, de mala integración sexual, de dificultades de relación con el otro sexo. Otra vía de compensación es el recurso a la comida, o su rechazo, tan frecuente en los adolescentes de nuestros días (bulimia y anorexia).

Mas en la mayoría de los casos el verdadero problema no es sexual sino el que provocan la ansiedad y la frustración. Es en ese nivel donde hay que alentar al adolescente para que se supere. Por una parte es necesario ayudarle a descubrir el problema raíz y a encontrar escapatoria. Por otra, es indispensable para su desarrollo armónico el enseñarle a buscar satisfacciones correctas y suficientes. ¿Caminos a seguir? Orientar al adolescente en el temperamento y las aptitudes más sobresalientes que posee, en una dirección de participación y creatividad, así como en estimular posibles hobbies[62].

Si bien asistimos en el niño al despertar de la pulsión sexual, hay que saber que ella no tiene aún las competencias biológicas, psicológicas y sociales para realizarse. El sexo del niño no es viable. Sí lo es en el adolescente, pero no lo es en lo psicológico ni en lo social. Una vida es específicamente humana y madura cuando es capaz de compartir y ser responsable. Por tanto la orientación sexual y el deseo en sentido psicológico no son innatos sino que son adquiridos según las experiencias que el adolescente habrá dado a los diferentes conflictos en los que va a encontrarse. ¿No quedarán así individualmente orientados al matrimonio, modo natural de existir como hombre y mujer o como lugar en el que procreación, educación y amor se anudan con la satisfacción del deseo?

Cuando aparece la culpabilidad se articula en una doble dirección: primero, pensar para darse placer en una mujer o en un hombre, lo que remite en voz baja al padre o a la madre, y segundo el de encontrarse solo en su imaginación sexual, siendo así que la pulsión sexual tiene la función de integrarse en la realidad del otro al que no acaba de encontrar. Cuando los adolescentes, los jóvenes y los adultos se culpabilizan con la masturbación van a la consulta, pero es para cambiar esas reliquias de sexualidad infantil y no por reglas morales. En la medida en que el adolescente —el adulto, también— llega a deshacerse de la dependencia de las imágenes parentales, deja de sentir la necesidad de masturbarse. Por eso, es lastimoso que la masturbación sea evocada en ciertas revistas alentándola, desdramatizándola o considerándola como necesaria para el desarrollo afectivo. Con ello demuestran un escaso conocimiento del funcionamiento psíquico y la salida de la sexualidad infantil queda bloqueada.

1.2. El sentido del amor humano no es innato

¿Habremos repetido bastante que enriquecer la sexualidad es integrarla en el sentido del

otro? Aceptar la presencia de los demás es pasar de una sexualidad soñadora y masturbatoria a una sexualidad relacional y de realidad. Al principio el niño necesita ser amado por sus padres, pero sin atarse a ellos; no es consciente de que sus padres tienen necesidad de saberse amados por él. No hay que confundir la atadura nutricia o las pulsiones de autoconservación (tipos de relaciones protectoras) con la relación de amor en la que el otro es reconocido por sí mismo renunciando a una parte de su narcisismo.

En la esfera afectiva no se producen libremente tristeza o alegría, lo mismo que en la esfera volitiva realizamos un acto de voluntad, ni se gobiernan los afectos como el movimiento de nuestros brazos, porque el sentimiento tiene sus razones que la voluntad no conoce. Por eso, entendimiento, voluntad y amor deben cooperar entre sí. El problema asoma cuando el corazón va más allá de su dominio y usurpa funciones que no le corresponden: cuando alguien quiere comprobar un hecho se limita a afirmar que su corazón le susurra lo que ha ocurrido abriendo la puerta de las ilusiones, produciendo un uso inadecuado del entendimiento. En el campo de los valores —y entre ellos, el principal es el amor— éstos se intuyen no sólo afectivamente, sino también racionalmente. La subjetividad no se borra, pero sí debe desaparecer el subjetivismo que desvirtúa la autenticidad de las vivencias. No se trata de preguntar si me siento feliz, sino si la situación objetiva es tal que resulta razonable ser feliz[63].

El adolescente puede y debe descubrir al otro. Freud ha definido el paso de la sexualidad infantil a la *objetal* por medio del hecho de que la pulsión se torna altruista. E iba más lejos: la pulsión se hace realmente altruista cuando el deseo de reproducción se integra en la sexualidad. El dilema del adolescente es este: «o yo o él». Desde tal punto de vista, la pubertad no es siempre la edad ideal para la coeducación, porque cada uno, durante dicho período, necesita construirse por su lado. Cuando este trabajo psíquico no ha podido hacerse durante la pubertad, o las relaciones han sido erotizadas antes de socializadas, sucede una distancia entre los dos sexos, quienes preferirán encontrarse por separado. Por eso, el amor humano no es sólo emoción ni sentimiento sino que se aprende con esfuerzo. Y la experiencia aportada por Sergio es una muestra de ello.

1.3. El síndrome de soledad

Sergio: Pero, ¿sabes lo que más me pesa…?

Orientador: ¿Más que todo lo que has contado?

Sergio: En cierta manera, sí. Hace un mes perdí a mi mejor amigo, Alejandro, murió de leucemia, tras un año de tratamiento. Creo que he perdido lo mejor que tenía. Era fenomenal. Siempre podía contar con él. Era saber que tenías a alguien siempre dispuesto a acompañarte, a divertirse. ¡Y lo que ha sufrido con el tratamiento! A veces pienso que desde que cayó enfermo, yo estoy más perdido que nunca. ¿Por qué una enfermedad así en un chico como

Alejandro? Es que todo es un asco, esto no tiene sentido, que te lo digo, tío…

Orientador: Verdaderamente has puesto sobre la mesa muchos asuntos: ¿hay alguno que te urja más?

Sergio: No sé, ¡con esta empanada que tengo! ¿Te parece poco? ¡No te quedes conmigo, tío! Me acordé —y guardé, por si acaso— de que en la agenda de mi madre le había visto una vez el número con el que ahora he llamado al TES, y al parecer reservado a ella: ¿qué le pasará? A lo mejor yo estoy más necesitado de tu ayuda que ella. ¿Qué podría yo hacer?

Si la convivencia laboral y escolar de sexos ha favorecido el trabajo entre hombres y mujeres, también ha complicado su vida afectiva: porque habían vivido su infancia en la desemejanza, faltándoles tiempo para reconocerse aprendiendo su respectiva identidad. En cuanto a los adolescentes, no les resulta tan sencillo el acceder a su identidad sexual en un contexto en que la diferencia de sexos es negada en nombre de una legítima igualdad social. La soledad afectiva en la que se mecen les induce a buscarse a sí mismos sin tomar conciencia de ello, o a una identificación con el compañero del mismo sexo. Los adolescentes no poseen siempre el sentido de los límites, necesitan aprender a elaborar sus deseos antes que realizar el primer envite que les pasa por la cabeza.

Se nos habla de la imposibilidad de realizarse en soledad y, sin embargo, mucha sabiduría y tranquilidad proceden de ella[64]. Pero la crisis de la adolescencia es una crisis de soledad. Ahora bien, deben afrontar su individualidad, pero sobre todo a definirse ante su pasado: analizando críticamente todo el sistema de valores en el que se les educó para terminar eligiendo el suyo propio. La incomunicación es la grieta por la que escaparía la formación de una personalidad autónoma, una identidad. El adolescente echa de menos, sin atreverse a reconocerlo, la familia acogedora, los amigos complementarios. Mas tal exigencia queda cada vez menos satisfecha, los círculos de amistad suelen ser menores en la gran urbe que en el medio rural. Si, encima, la inesperada enfermedad hace acto de presencia en el amigo o en el familiar queridos, entonces la soledad se agiganta, la angostura vital se acrecienta.

La muerte no es asunto para silenciar

Hay un tema que incluso los médicos y psicólogos clínicos de hospitales tienen reparo en sacar a la luz: el de la muerte. En todo caso se habla de la muerte con el enfermo, pero como un dato estadístico comparativo («¡ah, sí, en cánceres como el suyo —viene a decir el médico—, el 30% suele curarse…!»). Es todo. Pues bien, mucho más al adolescente le cuesta encontrarse con la reflexión sobre la muerte, que empieza a ver en familiares y amigos. Y, sin embargo, es urgente que esa reflexión se produzca sin

tardanza, porque verá con más serenidad el mundo de la vida y la vida del mundo. Cuando la soledad ante la muerte procede de la ausencia definitiva de un ser querido, asaltan los interrogantes: ¿es el hombre un ser para la muerte, o un ser para la eternidad? ¿Hay que ver en ella la primera verdad patente, o el supremo misterio insondable? El ser humano *conoce* que morirá. Pero no lo *sabe*. Sólo cuando el diagnóstico de una enfermedad ha puesto fecha estadística a la muerte es cuando ésta despliega su velo y emprende su recorrido. ¿A qué se debe? A que la perspectiva de futuro se borra automáticamente del horizonte.

Sin embargo, nunca hay un momento propicio para morir, ni siquiera para el suicida, quien antes ha merodeado ideas ambiguas sobre su final fatal. Y es que todas las personas viven prendidas de un quehacer, de asuntos pendientes: el niño o el adolescente con leucemia (tienen la vida por hacer), el joven con severos problemas hepáticos (quiere acabar sus estudios y formar una pareja), el adulto con destrozos de páncreas o de pulmón (tiene que sacar a los hijos adelante, «disfrutar un poco»), el anciano con protuberancia o magullamiento prostáticos (tiene que cuidar al otro de su pareja que se quedaría solo, o le gustaría conocer a sus nietos, o haber repartido la herencia y hecho el testamento al que nunca se decide): todos tienen miedo de que sus vidas no hayan quedado bien planteadas, de haber perdido el tiempo, de que lo mejor lo iban a empezar el año próximo. Cada uno a su manera considera que, más adelante, la muerte «sería más justa».

Todas las civilizaciones se han sentido esclavas de su miedo a la muerte[65]. A la certeza de morir se opone la incertidumbre del acontecimiento. Todo viviente se agarra a la vida sirviéndose de un impulso. La muerte, aunque se eluda su trato, es tema de actualidad; es natural, universal, cotidiana. ¿Paradójico? Siendo universal es única porque, una vez llegada nuestra hora, nadie nos remplazará. Y también, porque el morir perturba la afectividad: el que muere nos deja más solos. No basta reagrupar todos los saberes sobre la muerte para aprender a convivir con ella. Además, la muerte no está esencialmente en ningún sitio (es transición entre el ser vivo y el cadáver), y está por todas partes (el morir comienza con el nacimiento y se acelera con la edad hasta prolongarse más allá de la muerte clínica, si antes no llegó la enfermedad).

Por el riesgo de la muerte propia, cada uno llega a la auténtica conciencia de sí mismo. El pensamiento de la muerte traspasa el muro de nuestro lenguaje para llegar al nivel de los sentimientos. Con los seres humanos asoma la reflexión y, por consiguiente, la capacidad de observar sin utilidad inmediata, de comparar entre observaciones provisionalmente desinteresadas, de generalizar. No puede funcionar bien un mundo que se ríe de la única cosa segura que reconoce, la propia muerte. Y que se ríe, es evidente: mírese la parafernalia organizada para alejarse del cadáver. A la postre, la muerte es el punto ante el que toda ideología desfallece por establecer un límite más allá del cual sólo está el misterio. En todo caso, el secularismo reconoce la muerte personal, pero sin premio ni castigo. Sólo cree en el premio o castigo terreno, que se centran en la conservación, o en el olvido de la memoria del muerto. Así se normaliza la muerte y se levantan túmulos, mausoleos o losas donde guardar la memoria de hechos, de

descendencias y de herencias.

El hombre sabe que morirá, pero solamente cree en la muerte de los demás. La enfermedad real o posible es la única campanilla que avisa de nuestra limitación, fragilidad, proximidad de muerte, o de la esperanza de un alejamiento sin fecha. Amaga la enfermedad grave, esa que trata de tú por tú a la muerte. El miedo a la desaparición por la muerte queda postergado para muchos por el miedo a lo que precederá a la muerte, la enfermedad y el dolor que pueden acompañarla. Todos se acompasan con lo primero, pocos o ninguno, con lo segundo. ¿Cómo aceptaríamos que la enfermedad y la muerte forman parte de la condición limitada de la vida? Una vida tranquila, pero sin paralización de compromisos, sólo es posible por medio de una reconciliación con la muerte. Hasta el creyente acepta que la muerte es un enemigo a destruir, no un enigma a explicar. En el caso de Sergio, el pensamiento de la muerte le paraliza, mas no así en el caso de Alejandro.

Caso Alejandro (atención al subrayado):

> *Alejandro, de 18 años, había acabado COU cuando comienza a sentir dolores frecuentes en el abdomen, fiebres frecuentes, dormía poco y comía casi nada… Va al médico de familia y tras una minuciosa analítica, se despeja un diagnóstico que resultó fatal: leucemia. Inicia un largo periplo de tratamientos posibles con los consabidos rechazos y nuevas pruebas… Esta marcha es difícil de soportar en el plano emotivo. La imagen que Alejandro adquiere de sí mismo ha cambiado con la enfermedad… Pero tras las primeras semanas del choque inicial, empieza a <u>vivir con realismo y lucidez. A sus ojos,</u> enfermedad y muerte forman parte de ese ciclo de la vida del que nadie escapará. Para él, que no es creyente, la muerte no es sino el fin de la vida biológica y de la conciencia individual. <u>De nada sirve rechazar y negar la realidad.</u> Hay que sacar los mejores recursos de la medicina y seguir viviendo con la mejor calidad posible el día a día, <u>comprometerse al máximo con la vida</u> de que se dispone para succionar de ella las alegrías que todavía quedan. <u>La serenidad que manifiesta</u> no procede de una indiferencia emocional, sino de su <u>manera de ver</u> la vida y de <u>concebir</u> el ser humano. Por eso, se inscribe en el primer curso de Universidad…*

Unas preguntas para él diálogo

— Si Alejandro fuera uno de tus amigos, ¿qué actitud(es) adoptarías ante la noticia?

— ¿Con cuál(es) de estas afirmaciones estás de acuerdo o en desacuerdo?:

- Es injusto morir tan joven, no queda otro remedio que rebelarse y, tal vez, suicidarse.
- Tengo que aceptar la enfermedad y la muerte porque son parte integrante del proceso normal de la vida.

- No se trata de negar la enfermedad, sino de vivir dándose cuenta de los límites del organismo.
- La felicidad se encuentra en los placeres físicos e intelectuales y en la intensidad de las relaciones humanas.
- Es inútil buscar esperanza en un mundo mejor: hay que vivir el presente.
- La filosofía no es un vivir para la muerte, pero no puede olvidarla y la mira de tú por tú.
- La cultura moderna celebra la muerte, pero no la espera ni la prepara.

— ¿Tienen para ti el mismo valor las afirmaciones precedentes? ¿En qué basas tu respuesta?

— ¿En cuál(es) de las expresiones o palabras de Alejandro se encuentra la influencia de un pensamiento responsable?

— ¿Recuerdas algún momento del curso de Ética, FI o FII, en que se haya debatido el tema de la muerte? ¿Qué autores han salido a relucir? ¿Te han afectado de alguna manera? Explícate…

— Desde el principio, la filosofía se ha hecho eco del tema de la muerte: Filosofar, ¿es aprender a vivir bien o a bien morir?

— ¿Puede decirnos la razón si el hombre es un ser para la muerte o un ser para la eternidad? ¿Hemos de ver en la muerte la primera verdad o el supremo misterio insondable? En Filosofía se habla de «metafísicas materialistas y espiritualistas». La concepción naturalista del ser humano le hace naturaleza física (desde los átomos de Demócrito a buena parte de la Ilustración y hasta la «selección natural» de Darwin): ¿podrías ordenar brevemente sus puntos de vista y verificar o confrontar con el tuyo?

Unos textos breves en los que, latentes o patentes, asoman los problemas que ya se plantean los adolescentes. Algunos son conocidos por Alejandro y Sergio, a su paso, por ejemplo, por los cursos de Ética y de Filosofía: servirán de referencia para pensar y dialogar hasta extraer sus propias razonables consecuencias (atención al subrayado):

1. *«… <u>Todo ha evolucionado;</u> no hay hechos eternos, como no hay verdades eternas. Por eso es necesaria de hoy en adelante la filosofía histórica…» (…) «Como durante dilatados espacios de tiempo <u>el hombre ha creído que las ideas y los nombres de las cosas eran verdades eternas,</u> (…) creía realmente que el <u>lenguaje</u> equivalía al conocimiento del mundo. El <u>creador de palabras</u> no era lo bastante modesto como para comprender que no estaba haciendo más que dando nombres a las cosas, y, por el contrario, se figuraba que mediante las palabras expresaba la ciencia suprema de las cosas»* (F. Nietzsche. *Humano, demasiado humano*).
2. *«Y el hombre debería saber que sólo del cerebro proceden la alegría, la*

risa y las bromas, así como las penas, los pesares, el desaliento y las lamentaciones. Y así, de una forma especial, adquirimos conocimiento y sabiduría y vemos, oímos y conocemos lo que es malo y lo que es bueno, lo que es agradable y lo que es apetecible… Y por el mismo órgano nos volvemos locos y delirantes y nos asaltan miedos y temores…» (Hipócrates. s. V a. C.).

3. *«Las raíces de la psicología están en la fisiología del sistema nervioso y lo que denominamos operaciones de la mente son funciones del cerebro»* (Y. H. Huxley. *Religión sin revelación*).

4. *«Todo acontecer «puramente» psíquico es al mismo tiempo un acontecer neurofisiológico»* (K. Lorenz. *Psicología inductiva y teleológica*).

5. *«El hombre sabe al fin que está solo en la inmensidad indiferente del universo de donde ha emergido por azar. Igual que su destino, su deber no está escrito en ninguna parte (...). El sabe ahora que, como un zíngaro, está al margen del universo donde debe vivir. Universo sordo a su música, indiferente a sus esperanzas, a sus sufrimientos y a sus crímenes»* (J. Monod. *El azar y la necesidad*).

6. *«Atribuir a Dios aquellos atributos que hacen al hombre perfecto es tan impropio como si atribuyéramos al hombre aquellos que hacen más perfecto a un elefante o a un asno (...). Por tanto, en términos filosóficos, no se puede decir que Dios pide algo a alguien ni que algo le es molesto o agradable. Pues todos éstos son atributos humanos que no tienen lugar en Dios» (...) «Nosotros no intentamos, queremos, apetecemos ni deseamos algo porque lo juzguemos bueno, sino que, al contrario, juzgamos que algo es bueno porque lo intentamos, queremos, apetecemos y deseamos»* (Spinoza. *Ética geométricamente demostrada*).

7. *«Cuando afirmamos que esto o aquello tiene valor, estamos dando expresión a nuestras propias emociones, no a un hecho que seguiría siendo cierto, aunque nuestros sentimientos personales fueran diferentes»* (B. Russell).

8. *«… El sentido de belleza es evidente que depende de la naturaleza de la mente, que la juzga, con independencia de toda cualidad real en el objeto admirado…»* (Darwin. *El origen de las especies*).

9. *«Imagínese un universo absolutamente material que no contuviese sino fenómenos físicos y químicos, y que se desenvolviese eternamente en ausencia de un Dios y de todo espectador interesado en Él; el juicio por el que se declarase que tal estado fuese mejor que tal otro, ¿no estaría vacío de sentido? (...) Ciertamente no sería posible admitir en una naturaleza puramente inconsciente un estado que se pudiera calificar de bueno o malo. ¿Cómo un fenómeno físico, considerado simplemente como tal, podría ser «mejor» que otro? «Mejor» indica una relación mental»* (W. James. *Los moralistas y la vida moral*).

10. *«Es muy incómodo que Dios no exista, porque con Él desaparece toda posibilidad de encontrar valores en un cielo inteligible; ya no se puede tener al*

bien a priori, porque no hay más conciencia infinita y perfecta para pensarlo; no está escrito en ninguna parte que el bien exista, que haya que ser honrado, que no haya que mentir; puesto que precisamente estamos en un plano donde solamente hay hombres. (...) Si Dios no existe, no encontramos frente a nosotros valores u órdenes que legitimen nuestra conducta» (J. P. Sartre. *El existencialismo es un humanismo*).

11. *«En las cosas que pertenecen a la doctrina de la salvación y que no alcanzamos a comprender aún, pero que un día comprenderemos, la fe ha de preceder a la razón: ella purifica el corazón haciéndolo más capaz de recibir y soportar la luz de la máxima razón… Así habla el profeta Isaías: «Si no creéis, no comprenderéis». «Creer era difícil para aquellos que no veían ninguna de las cosas que nosotros vemos. Ahora ya no es tan loable el creer como reprobable el no creer. Que se despierten de una vez y se hagan curar aquellos que hasta ahora no querían ser curados. Crean, y verán. No sean tan estúpidos como para decirnos: "Antes quiero ver, y luego creeré". ¿Qué significa "Antes quiero ver"? ¿Acaso, quien ve, cree? Cree quien no ve. Una cosa es creer, y otra ver. Puesto que no ves, cree, de modo que creyendo lo que no ves, merezcas ver lo que crees. La fe hace que merezcamos ver. Y ver es la recompensa de la fe. ¿Por qué buscas la retribución antes del trabajo? Cree, pues, y camina en la fe: tu salvación está en la esperanza»* (San Agustín. *Sermones inéditos*. Biblioteca de Maguncia).

12. *«¡Conciencia, instinto divino, voz inmortal y celeste, guía segura de un ser ignorante y limitado, pero inteligente y libre, juez infalible del bien y del mal, sublime emanación de la sustancia eterna, que convierte al hombre en semejante a los dioses; eres tú la única que constituye la excelencia de mi propia naturaleza. Sin ti no siento nada en mí que me eleve por encima de las bestias, nada más que el triste privilegio de perderme de error en error, con la ayuda de un entendimiento sin regla y de una razón sin principio! Obligaos a hacer las cosas que os gusta ver hacer a los otros»* (Rousseau. *Cartas morales*. Carta 5ª). *«En fin, tenemos una guía segura en ese laberinto de los errores humanos, pero no es suficiente que exista, hay que saber conocerla y seguirla. Si habla a todos los corazones, Sofía, ¿entonces por qué lo entienden tan pocos? Porque habla el lenguaje de la Naturaleza que todo nos lo ha hecho olvidar. La conciencia es tímida y temerosa, busca la soledad; el mundo y el ruido la espantan, los prejuicios de los que sé que son obra suya, son sus enemigos más mortales, huye o se calla ante ellos, su voz abrasadora paga la suya y la impide hacerse entender. Finalmente, a fuerza de ser rechazada, se desanima, ya no habla, no nos responde más, y después de un desprecio tan largo cuesta tanto recordarla como costó exiliarla»* (Rousseau. *Cartas morales*. Carta 6ª).

Ahora se impone el diálogo a partir de las frases subrayadas en los textos, mejor si se pudieran formar dos o tres grupos y comentarlas hasta encontrar una idea mancomunada de los mismos.

1.4. Precaución y comprobación, no prejuicios

Ahora bien, hay que tener en cuenta los prejuicios que desmienten los estudios empíricos más recientes, a saber:

— Contrariamente a la creencia común, el papel desempeñado por los padres sobre los adolescentes parece ser tan influyente como en la primera infancia. La formación de la conciencia tiene raíces heterónomas. Posteriormente, se hace más autónoma aunque nunca del todo: se impone, pues, precaución.

— Contrariamente a las expectativas, los adolescentes tienen necesidad de que los adultos ejerzan su autoridad, siempre dentro de unos límites razonables, de manera que ellos puedan desempeñar un papel a la hora de decidir. La autoridad no se mantiene más que cuando la persona de donde emana es respetada. Los adultos deben asumir el papel que decide el adolescente y respetarlo. Las relaciones con los padres, se mostrarán así positivas y constructivas. No serán rechazados sistemáticamente todos los valores aceptados por los adultos. La dicotomía «padres-compañeros» es artificial, ya que para la mayoría unos y otros se refuerzan en vez de contradecirse. (Recuérdese el Caso de Jaime: ver cap. 2, pp. 98-100.)

— Aunque tienen su crisis de identidad, pero los hechos empíricos no lo avalan siempre. En cualquier caso, sentirse escuchados no es sólo un método terapéutico sino un excelente recurso pedagógico sin parangón.

— Es erróneo creer que el grupo sea una fuerza destructiva, ya que los compañeros ejercen efecto nocivo bajo determinadas condiciones que no son generalizables. Los temores sobre la promiscuidad no son confirmados por la investigación empírica.

— No se demuestra que durante la adolescencia exista un nivel más elevado de trastornos psicopatológicos que en otros períodos de la vida. En realidad, una mayoría de adolescentes se adapta razonablemente bien.

1.5. ¿No es el narcisismo uno de los riesgos de la adolescencia?

Narciso, hermoso joven de la mitología griega, hijo del dios fluvial Cefiso y de Leiríope, menospreció los amores de Eco, ninfa de los montes; Némesis o Afrodita le penalizaron al inclinarse a beber en una fuente y contemplar sobre el agua su propia imagen de la que

quedó enamorado; después fue resarcido al convertirse en la flor que lleva su nombre. Pues bien, la tentación de Narciso viene de que ya no quedan apenas ceremonias de tránsito de una edad a otra. Hay narcisismo porque hay cierto egoísmo en el amor: se ama sólo a uno mismo con la ilusión de que es a otro. Antes de la anti-concepción (píldora, preservativos, parches) los jóvenes se veían abocados a una situación de responsabilidad. Ahora, no: porque no tienen más responsabilidad que la de «gustar», sin que este gusto arrastre consecuencias. Es lo que hacen los adolescentes con una muchacha que les atrae. Algunos son como Narciso y se ven en una sexualidad de relleno, acaso proclives a una homosexualidad teórica: hablando de las muchachas los chicos se aman, hablando de los muchachos las chicas se aman. Es como si Narciso deseara hoy a Eco y ésta le respondiera: «Escucha, no te pido más que una caricia furtiva, sin compromisos».

Pero es sabido que en las relaciones sexuales, impropiamente denominadas «libres», los seres no se encuentran; los cuerpos no son nada si no hay proyectos, si el amor no transciende cuanto pasa en los cuerpos, con lo que se reduce a meras descargas nerviosas. El acto sexual es a veces decepcionante la primera vez, sobre todo con una pareja de su misma edad. Hay ansia de amistad, de amor, pero falta el sentido del deber con el otro. En la relación de pareja tienen que saber quién es quién y lo que quieren hacer de su vida, la cual no es sólo para procurar placer. El afán de sensación convierte el acto sexual en un sexo *kleenex* (¡usar y tirar!). Sin embargo, hay que permanecer uno mismo para entrar en relación con el otro. Aún no saben que el asunto primero de la vida conyugal es mantener la comunicación sin perder la propia identidad. ¡A menos que se rechace el yugo!

Las adolescentes y las jóvenes piensan a menudo que la mejor manera de guardar a un chico es hacer lo que él solicita a cada instante, a cualquier precio. ¡Pero, justo en ese momento, las chicas se desmoronan y entonces dejan de interesar a los chicos, que prefieren ante sí a «verdaderas» chicas! A la fase de idealización sigue la de desidealización. La decepción y la frustración no han hecho más que iniciar una cadena de castigo.

La cuestión está en distinguir entre la amistad y el amor, pues son percibidos de acuerdo con las diferencias psicológicas entre chicos y chicas. ¡Cuántos y cuántas adolescentes intrigados, fascinados, encelados por probarlo todo, confunden el amor con una escalada exultante y posesiva hacia del otro! Reconozcamos que para deshacer la madeja de sus primeras relaciones no tienen a su alcance demasiada ayuda. Pocas veces cuentan con padres de gran finura. Eso es todo. ¡Ah, pero si supieran al menos cómo «funcionan» una chica o un chico!

Cuando preguntamos a parejas de adolescentes enamoradizos, qué esperan el uno del otro, responden lacónicos: «Estamos a gusto juntos». ¿Será eso un sentimiento amoroso? En los adolescentes asoma una curiosa manera de entender que la pareja es para durar, en tanto que las pasiones son pasajeras. Pero, ¿no parece eso un conformismo? Acaso sirva para delatar que el estado conyugal es algo más que la pasión, pero no están preparados ni para la responsabilidad ni para el pleno disfrute. No

se dan, se prestan mutuamente sus cuerpos para no estar solos. Es una huida de su soledad hacia la edad de adulto joven. Sucede toda una ausencia de verdadero intercambio con las chicas en plena época de vida escolar. Será preciso advertir de lo contrario que cunde ahora: «*Lo serio y juicioso no lleva a la felicidad, sino a la desazón. La locura, la frivolidad son vida en estado puro. Todo esto puede ser discutible, pero ¿y si fuera cierto?*»[66]. ¿Y si no fuera cierto, que a buen seguro puede no serlo? Nadie mejor que la escuela y la familia podrían empezar por enseñarles —¡antes que los anticonceptivos o los preservativos!— la psicología particular de la mujer y del hombre en sus relaciones con el otro sexo.

Es sabido que hay Ayuntamientos que «se han tomado en serio» la recomendación de los preservativos que reparten gratuitamente a la salida de los Institutos de Enseñanza Secundaria, así como la píldora del día después para niñas de 13 años y con permiso de sus padres. Un gran salto, el de nada al todo y como sea. El peso argumental que proponen a los adolescentes y a los padres se cae por su peso: «mejor eso que abortar». Pero esos municipios, ignorantes de la antropología, no enseñan el amor sino el gusto. Así que ya los tenemos a gusto a todos por haberles dado el gusto…

Se ha olvidado que las emociones son siempre las mismas: hay que cultivarlas y hacerlas madurar en relación con el sentimiento de responsabilidad. No es casualidad que valoran como primera cualidad de su pareja la de la fidelidad que, por cierto, no consiste en la repetición de actos o de momentos de presencia sino en el intento cotidiano de la atención al otro. No es que a esta edad se firme el compromiso, sino que cada uno se dé cuenta de que posee contradicciones y que se puede encontrar una solución con sentido de la realidad. Acaso la mejor, la amistad: «*La amistad en sí no es otra cosa que una consonancia absoluta de pareceres sobre todas las cosas divinas y humanas, unida a una benevolencia y amor recíprocos; y no creo que, exceptuando la sabiduría, los dioses hayan hecho al hombre un don más precioso. Hay quienes prefieren las riquezas, otros la salud, éstos el poder, aquéllos los honores, muchos, incluso, los placeres. Esto último es realmente digno de bestias; por lo que hace a aquellos otros bienes son fugaces e inseguros y dependen no tanto de nuestra prudencia cuanto de los caprichos de la fortuna. Los que ponen al sumo bien en la virtud ningún reproche merecen; pero esta misma virtud engendra y alimenta la amistad, y sin virtud no hay amistad posible*»[67]. La hermosura de la amistad consiste en que hay como dos almas, y no una, que habitan sendos cuerpos: así Narciso no se queda solitario y encandilado ante su espejo.

1.6. Fomentar la autonomía

Los adolescentes recaen en la fase de latencia sin haber resuelto el complejo de Edipo, es decir, vuelven a sufrir fijación en la madre o la hermana, y la hostilidad frente al padre, además de una búsqueda inconsciente de dependencia de alguien que pueda desempeñar

el papel paterno. A veces establecen esta relación con un educador, profesor o tutor. A los 18 años, si están de acuerdo con el comportamiento de los homosexuales que manifiestan tal tendencia, la defienden a ultranza. Pero si no están de acuerdo con su «súper-yo» en la relación homosexual, entonces entran en una neurosis de rechazo de la sociedad y de los contenidos culturales adquiridos.

La noche como escapatoria

Lo que más compromete la autonomía del adolescente es la ansiedad del adulto. Expresan con la piel lo que no dicen: un eczema puede tener la significación de un deseo de cambio, el rechazo de algo, la vivencia de una carencia. La noche es eventualmente hermosa para muchos adolescentes: les ayuda a salir de sí, ampliar su círculo de amistad, etc. Pero la noche como lugar habitual de escapada les agota irremediablemente y no serán sólo ellos quienes sufran las consecuencias. Los hay que quieren vivir la noche, que tienen sus luchas siempre de noche: como la lechuza y el topo. Piden a sus «viejos» (los padres) la «pasta gansa» («la paga») y echan a correr como centellas —con la moto que le regalaron los Reyes o que compraron, echando horas los fines de semana o durante el verano en «Tele-comida»— para detenerse en los lugares comunes, principalmente bares de copas y discotecas; algunos, más «sueltos», se marchan al chalé que los padres tienen en la sierra o al apartamento de la playa y que utilizan como picadero. Muy pocos ahorran y, menos aún, contribuyen a los gastos domésticos de la familia. Vuelven a casa en la madrugada, molestan al resto de la familia (abren la puerta, jadean a la entrada de casa, tiran de la cisterna, abren el frigorífico, se duchan, etc.). Entiéndase que a menudo la noche es más libertinaje que autonomía. ¿Entonces?

Dar, pedir, aceptar, agradecer, negar y poner límites representan el quinteto educativo por antonomasia. Un adolescente debidamente gratificado necesita saber que tiene límites que aceptar. Por ejemplo, la convivencia (comida, vacaciones en familia, etc.), el horario (no sólo el de la escuela sino también el que marca la familia). El argumento de la noche como escapatoria es siempre que «mis amigos también salen de noche». La noche es la «movida», pero la «movida» les deja pasivos y acaba agotando: «ponerse al loro» no suele ser creativo. Muchos se reconocen —aunque no ante los amigos ni ante los padres— decepcionados. La pasividad verbal no es la pasividad del deseo. ¿Cómo escapar al encarcelamiento familiar? ¡Ah, la noche!

El adolescente no será autónomo mientras no se aclare sobre el valor de la norma. ¡Cuánto pueden contribuir a ello las clases de Ética! El papel de la ley es poner límites, y los antiguos jugaron a menudo con los vocablos *horos* (límite) y *nomos* (ley). Para encontrar su autonomía, al hombre le hacen falta límites; el niño y el adolescente a cuyos deseos sus padres no pusieran ciertos límites tendrán dificultades en reconocerse a sí mismos. Además, saben muy bien pedirnos esos «límites» cuando a fuerza de provocaciones nos llevan al extremo. El problema consiste en poner límites, en no cerrar ventanas al porvenir. Para evolucionar, necesitamos todos, más el adolescente, seguridad

y libertad, las cuales se enmarcan en puntos de referencia, leyes y fines que les otorguen seguridad y confianza para vivir mejor. Cuando esas referencias faltan, vendrá la explosión o el ahogo de quien no puede respirar y vivir[68]. Los defensores de los derechos de la familia no tienen en cuenta el derecho de cada individuo de escapar de su familia, cuando es inhibidora, alienante. Los adolescentes conflictivos aparecen en las familias que no tienen apenas relaciones sociales, replegadas sobre sí mismas, lo que es frecuente en nuestro alumnado de «integración social». Por eso, el dar espacios de libertad que aumenten autonomía y responsabilidad es tarea primordial de la educación: en la familia y en la escuela.

1.7. Homosexualidad y bisexualidad psíquicas

Sergio: ¡Si supieras!
Orientador: Imposible saberlo si no lo comentas.
Sergio: Mira, ¡tío!, es que hasta la otra noche…, con la pandilla de amigos de esa tía… (Mónica) salimos: me ofrecieron una «pastilla», me encontraba rarísimo, como nunca, oye; hasta uno me metió mano… y quería que yo… Yo les dije: no me vaciléis. Cuando llegué a mi casa no podía dormir. Ya no sabía qué me había gustado más…, a pesar de todo lo que ella me había enseñado. Y me puse a llorar, mordiendo la almohada para que nadie me oyera. Algún compañero del «Insti» me notó al día siguiente algo raro, también la profesora de Inglés me lo ha dicho… Una «pibe» me invitó a ir a unas reuniones cojonudas —no como las de los curas, ¿sabes?— en las afueras de Madrid. Dice que son unos tíos que se ocupan mucho de uno y te ofrecen lo mejor para ti. Pero a mí, eso me mosqueaba… ¡Va, para qué seguir!

La organización de la sexualidad humana reposa bastante sobre identificaciones adquiridas en la infancia[69]. A Sergio, su madre solía decirle: «tenías que haber nacido niña». En el nacimiento, el deseo sexual está por venir; va a depender de las primeras sensaciones y se moldeará sobre las experiencias afectivas vividas con el padre y la madre. Recordemos que la orientación sexual no es innata. El niño, y luego el adolescente, tienen necesidad de encontrar cerca de sí, en sus padres, un material psicológico masculino y femenino para inscribirse progresivamente en una identidad sexual según su sexo biológico.

Para el adolescente, las palabras ya no tienen el sentido que tenían antes. Amar no quiere decir nada. «Amar es jorobarme, los padres me aman y me fastidian, me vigilan, me persiguen». Amar es a menudo desear físicamente: «Es cochino porque es el culo de

la chica…». El adolescente fija estas imágenes: «Soy un *marica*… No sirvo para nada». Cuántos adolescentes se creen homosexuales, sobre todo si tienen una pequeña sensibilidad eréctil en medio de la multitud, cuando están apretados unos contra otros. No establecen ninguna diferencia entre la erección del pene y el deseo de excitación. Desgraciadamente no hay nadie ahí para tranquilizarles, para abordar tales cuestiones, desangustiarles, desculpabilizarles. Los adolescentes de la ESO y del Bachillerato no tienen mucho miedo al Sida: en realidad, sus relaciones eróticas se limitan a menudo a tocamientos, apenas conocen el coito, aunque cada vez es más frecuente por la disponibilidad del preservativo; aún así adoptan conductas de riesgo.

Frente a la homosexualidad orgánica (propia de personas con órganos sexuales imperfectamente diferenciados, o con falta de equilibrio en la producción de hormonas masculinas y femeninas), está la homosexualidad psíquica que deriva de que algo no funciona adecuadamente en los primeros años de vida, cuando el niño absorbe la realidad que le rodea sin capacidad de juicio ni de crítica. ¿Entonces? Un niño percibe a la madre como la persona importante, mientras que el padre le resulta poco relevante, ausente. En ese caso, el niño rechazaría inconscientemente el sexo viril de su cuerpo y se identifica con el sexo de la madre. Ocurre que personas, orgánicamente varones, son psicológicamente mujeres, y viceversa. Además de las actitudes del cuerpo, estas personas asumen también el estímulo sexual del sexo contrario. Así, un chico se sentirá atraído por otro y una chica por otra[70].

A partir de lo vivido sexualmente por sus padres, y luego, a través de lo vivido en la adolescencia, es como el niño despierta su propia pulsión: el niño no conoce la diferencia sexual más que cuando ha asimilado ese dato real. La bisexualidad psíquica es la expresión del inacabose sexual del individuo que le hace poseer tendencias hacia los dos sexos. La chica tiene tendencia a identificarse con el chico y busca en tener las mismas actividades que él porque, a menudo, ella acepta difícilmente su feminidad para integrar la imagen de su vientre en su vida psíquica. Se viste, habla, se comporta y actúa a veces como un chico. Hasta consideran una injusticia el no ser chico. Antes de aceptar su feminidad, las chicas son celosas y se identifican con los chicos. Lo inverso es menos frecuente. Los chicos tienen sobre todo necesidad de encontrarse entre ellos para asegurarse su virilidad, y en la pubertad, si se dirigen a las chicas es para provocar. El rechazo de la diferencia de sexos en nuestra sociedad puede ser fruto de haber pasado del rechazo del padre a su inexistencia.

Podemos preguntar con el doctor Anatrella (1988): ¿qué desea el homosexual? Para comprender la reacción homosexual hay que uncirla al barullo de nuestro tiempo. Hay que comprender las caricaturas de parejas que nuestra sociedad ha engendrado. Los homosexuales se sienten objeto de bromas y chistes. Un adolescente del «Mayo del 68» francés declaraba: «no tengo miedo de ser homosexual, sino que soy homosexual porque tengo miedo…»; están invadidos de angustia, ladeados hacia un problematismo complejo que neurotiza todas las relaciones. ¿De dónde procede esa angustia? ¿Ha perdido el homosexual el gusto de vivir debido a la represión social? ¿No será que se hace homosexual porque ha perdido o no ha conquistado el gusto de vivir? ¿No sería que

ha hecho de su homosexualidad un compromiso con la muerte, donde únicamente se siente vivir? No hablamos ahora del homosexual genético, sino del forjado por el ambiente familiar, escolar o social. Pero nos hemos pasado al otro extremo: hemos ensalzado la igualdad, hemos condenado la diferencia: ya, no sólo se pide comprensión y respeto a la homosexualidad, sino como que los heterosexuales hubieran de pedir excusas por serlo. Con esta confusión y difusión de ideas se encuentran los adolescentes, sin saber manejarlas suficientemente. A nosotros, educadores o psicoterapeutas, nos corresponde impregnar, ante todo, en los alumno(a)s homosexuales un respeto y aprecio a su dignidad humana.

A partir de ahí será más fácil declarar una guerra contra el racismo, el machismo, el feminismo, en vez de defender al hombre y a la mujer en su atracción y respeto mutuos. Nuestra civilización está centrada en el falo, pero al desprecio del hombre hacia la mujer se ha respondido con el desprecio de la mujer hacia el hombre. ¿Resultado? Una homosexualidad femenina, secundaria y reactiva. El feminismo —el que es fruto de una sociedad sin escuela, de una mujer sin hogar, del hijo sin padre ni madre permanentes— que quiere remplazar una dominación por otra, no es menos contradictorio. Más aún, el desprecio del hombre por parte de la mujer desemboca en un miedo a sí misma. ¿Y quién sabe si a la raíz del desbarajuste homosexual no se encontrará el rechazo coincidente de uno(a) mismo(a) y del otro[71].

Resulta indispensable ofrecer una educación a los adolescentes, cuyo crecimiento no ha terminado, y la vida sexual apenas nacida reclama una información sobre la ley ¿Por qué los educadores rechazan dar información sexual? Hay información, no educación, sobre la sexualidad. Lo que a menudo se enseña en la escuela son técnicas del sexo: ¿no se ha pasado de una educación asexuada a una educación genitalizada?

Cuando se interroga a los adolescentes: «¿Qué piensas de las relaciones homosexuales?», suelen responder sin gran convencimiento: «Si la otra persona me quiere y yo a ella, ¿por qué no?: me parece genial aunque sea del mismo sexo, pero tomando precauciones», «Me sentiría bien si la otra persona me quiere», «No sería nada malo: el amor no distingue ni razas ni sexos», «Quien las tuviera, tendría que olvidarse de los prejuicios, porque la sociedad es muy cruel», «Pues que te acercarías más a tu pareja y la querrías más, y disfrutarías también más», «No pasaría nada: es lo más normal del mundo, no pondría tabú a la hora de practicarlo», «Me da un cierto respeto sólo el pensarlo, pero, de tenerlas, no me pasaría nada, incluso tendría la ventaja de no quedar embarazada», «Yo no las tendría», «No comparto esta idea, y en mí ni me lo imagino», «Intentaría que la sociedad aceptase mi decisión».

Como se deduce de sus respuestas —aunque Sergio muestra un claro rechazo a los que intentan «meterle mano» con un «no me vaciles»—, resulta que, por un lado, los adolescentes no se dejan fascinar por el problema planteado, y por otro, simplifican la realidad (no distinguen entre el homosexual célibe y el casado, el que vive en pareja y el que vive en promiscuidad, el que se siente culpabilizado y el que la tiene asumida). Ellos hablan del «amor» como de un «gusto» indefinido, sin limitaciones. Y es que, además, no suelen atender a normas objetivas: como si en el terreno sexual no hubiera normas

fijas.

Acaso resulte que comparar éticamente la condición homosexual con la heterosexual es al fin y al cabo una defensa, una racionalización para protegerse de sus propios impulsos homosexuales todavía presentes en esta etapa de su vida; tampoco reconocen los límites de la homosexualidad (la imposibilidad de procrear, la inestabilidad afectiva favorecida por la presión social, que obliga a la clandestinidad, destruyendo así muchos intentos de fidelidad, con idealizaciones excesivas de su pareja, aun a sabiendas de que aquello no durará mucho tiempo: si el 40% de los homosexuales viven en pareja, la duración media de la relación es de cinco años); y, en fin, la compulsividad en las manifestaciones genitales que da la impresión de una falta de libertad ante los impulsos, ya que suelen decir: «Mis actos homosexuales no son verdaderamente libres, se trata de algo más fuerte que yo». O también: «Estoy inundado de angustia, invadido de problemas que obsesionan todas mis relaciones».

He aquí un texto que dará pie a un diálogo polémico pero, seguramente, clarificador y tranquilizador (atención al subrayado):

> *«Mas, ¿basta con cambiar las leyes, las instituciones, las costumbres, la opinión y todo el contexto social para que mujeres y hombres lleguen a ser verdaderamente iguales? “Las mujeres siempre serán mujeres”, dicen los escépticos. Y hay visionarios que profetizan que si se les despoja de su feminidad no conseguirán convertirse en hombres y se harán monstruos. Eso es admitir que la mujer de hoy es una creación de la naturaleza; pero hay que repetir, una vez más que en la colectividad humana nada es natural y que la mujer es uno de tantos productos elaborados por la civilización. Y que la intervención de los otros en su destino es algo originario; si tal intervención se dirigiera en otro sentido, el resultado sería distinto. La mujer no se define ni por las hormonas ni por ningún instinto misterioso, sino por el modo como, a través de conciencias extrañas a ella, capta su cuerpo y su relación con el mundo; el abismo que separa al adolescente de la adolescente ha sido construido por convenciones desde los primeros momentos de su infancia. Mas tarde es ya difícil evitar que la mujer no sea lo que ha sido hecha y siempre arrastrará su pasado tras ella; si se valora el peso de las convenciones, se comprende con evidencia que su destino no está fijado desde la eternidad. Por supuesto no hay que pensar, basta con modificar su condición económica para cambiar a la mujer; este factor ha sido y sigue siendo primordial en su evolución, pero en tanto no ha arrastrado las consecuencias morales, sociales y culturales, etc., que anuncia y que exige, no podrá surgir la mujer nueva. En este momento, no se han dado en ninguna parte, ni siquiera en la URSS más que en Francia o en los EE UU; y por eso es por lo que la mujer de hoy está escindida entre el pasado y el futuro; frecuentemente se muestra como una “verdadera mujer” disfrazada de hombre y se siente incómoda tanto en su carne de mujer como en su ropa masculina. Tiene que hacerse una nueva piel y cortar su propia ropa. Sólo lo podrá conseguir mediante una evolución*

colectiva. Ningún educador aislado puede modelar en este momento un "ser humano mujer" que sea el homólogo exacto del "ser humano varón"; si se la educa como un chico, la niña se siente excepcional y con eso sufre una nueva forma de especificación…». (SIMONE DE BEAUVOIR. *Le Deuxième sexe*. Vol. II. París. Gallimard, 1949, pp. 569-570. Traducc. Tere López Pardinas.)

Caso Elsa

Elsa tiene 19 años, hija única, estudia 2º de Bachillerato, su padre era borracho compulsivo, maltrataba a su madre, que «no se volvía loca por mí», según dice, y que decidió divorciarse. Dos años después, su madre se juntó con otro hombre que «a mí no me hace tilín, pero que se interesa por mis estudios y mi vida; es atento y respetuoso conmigo». Anduvo dando vueltas en su cabeza…, pero a partir de este momento decidió ir a hablar con el Tutor. Al finalizar las clases de la mañana la escuchó en el Departamento durante largo rato en el que no hacía sino dar vueltas en su cabeza y rodeos a su lenguaje, hasta que, finalmente, fue al grano:

> *«Mire, yo siento mucho cariño a una mujer que me lleva 20 años; es mi peluquera. Todo empezó allí en su salón, una tarde en que fui a cortarme el pelo… El caso es que ya, en dos ocasiones anteriores, me había hecho ciertas insinuaciones que a mí me pusieron nerviosa. Me iba a casa y trataba de olvidar. El caso es que cada vez más me interesaba su conversación y su afán de verme. Me siento a gusto con ella. Me invitó un sábado por la tarde a su casa, y así tuve mi primera experiencia con ella… Yo había hecho juegos amorosos en un par de ocasiones con algún amigo… Pero no había disfrutado tanto como con ella. Los hombres dejaron de interesarme por ese punto, incluso comencé a tenerles asco. Yo tenía amigas y compañeras con las que, aunque les ocultaba las faenas de mi padre y el ligue de mi madre, me iba bien, me divertía bastante con ellas, pero a partir de ese momento dejaron de interesarme. Todo, ahora, es ella… Ahora me interesaba ir bien vestida, no siempre de pantalón y de playeras… A veces pienso en la diferencia de edad, pero la veo como la pareja de mi vida. Pero, además, parece que mi conciencia, el qué dirán cuando cuente a mis amigos… La verdad es que no sé cómo he venido a contarle… Pero ya no podía más».*

Preguntas para el diálogo

— ¿No habrá buscado Elsa en la «mujer de su vida» una escapatoria a su problema vivido en la familia?
— ¿No será que no le gustan los hombres porque no le gusta su padre?
— ¿No sería que los hombres se aprovecharían de ella como su padre se aprovechó de su madre, y por eso no vuelve a interesarse por ellos?
— ¿No será que Elsa busca a «la mujer de su vida» con la ansiedad de abandono

que experimentó cuando su padre abandonó a su madre, y por eso desconfía?

— A la vista de lo contado por Elsa, ¿consideras que sabe distinguir entre sensación, sentimiento, emoción y pasión?
— ¿Tienen que ser los sentimientos de Elsa hacia «la mujer de su vida» como los que tiene hacia sus amigas? ¿En qué se diferencian?
— ¿Se siente realmente Elsa incapaz de enamorar a un chico?
— ¿Da Elsa ahora importancia a la ropa, y por qué?
— ¿Puede la conciencia tener algún papel en el caso de Elsa, según ella dice?

Hombre-Mujer: naturaleza y cultura son temas queridos para un debate ágil de parte de los adolescentes, y se puede concretar en una puesta en común sobre qué es lo específicamente «masculino» y lo «femenino». El texto siguiente puede dar pie al debate:

> *«Mi vida no es nada "subjetivo", por eso no se puede confundir mi vida como realidad radical con lo que se llama "vida psíquica", ni la metafísica con ninguna forma de psicología. Mi vida acontece fuera de mí; si se prefiere, es un dentro que se hace un fuera. Por esto es acontecimiento o drama... Mi vida es la organización real de la realidad»* (J. Marías. «Antropología metafísica». *Revista de Occidente*, 1973. p. 59). *«Significa lo mismo el sexo para el hombre y para la mujer, tiene el mismo sentido, es equiparable?... ¿Es que basta con que la naturaleza haya dotado al hombre de un sistema sexual masculino y a la mujer de otro femenino?... ¿Basta con la naturaleza? Es el equívoco del concepto aristotélico de naturaleza...»* (J. Ma rías. *La mujer en el siglo xx*. Alianza, 1980, p. 124).

Preguntas para el diálogo

— ¿Qué significan en el texto los términos «dentro» y «fuera»?
— ¿En qué sentido dice el autor que Aristóteles se equivoca?
— ¿Es lo mismo «tener sexo» que «ser sexuado»?
— ¿Sabrías distinguir en el sexo, aportando sendos ejemplos, su lado natural y su aspecto cultural?

1.8. La relación padres-hijos adolescentes no es un regalo sino una conquista

La queja de Balzac (1799-1850) es de actualidad: «La Revolución ha cortado la cabeza a todos los padres de familia. No hay nada más que individuos». La imagen y el papel de los padres se modifican. Hay que reconocer que no siempre para bien. Si en 1968 era de

un 6,4 el porcentaje de niños nacidos fuera del matrimonio, en 1990 se elevaba al 30%; si los divorcios arrojaban un porcentaje del 11,3, en 1990 se elevaba al 30,8%, y en el 75% de los casos el divorcio era iniciado por la mujer. Actualmente, dos millones de niños viven solamente con la madre, y el 54% de hijos de divorciados no ven al padre[72]. Y eso para no hablar de los «hijos de fin de semana». Algunas formas de feminismo reivindican a ultranza contrapartidas pero olvidan la «condición femenina», la crisis de la pareja, el paro, la general crisis de identidad y de valores que han asestado terrible golpe a la imagen del padre. Ni la madre se ha librado tampoco de una leve desorientación de su función materna: ¡claro que tienen derecho a desarrollar sus cualidades personales femeninas a través del trabajo!, pero eso se tiene que valorar si se quiere criar y educar. A ese respecto se da una triple escapada: «tengo derecho a desarrollar mi calificación profesional adquirida por medio de mis estudios»; por otra parte, «nos hemos metido en la compra de un piso y de un coche», finalmente, «queremos tener uno-dos hijos». A lo mejor, partidos políticos de diversos colores han presentado de un tiempo acá el trabajo de la mujer fuera de casa como la redención de su feminidad… ¿Entonces?: una absoluta falta de evaluación de prioridades por parte de la pareja y por parte de la mujer llamada a elegir. Cierto, nadie niega ya, excepto los «machistas» trasnochados, el derecho de la mujer a su promoción y contribución en la sociedad en general, aparte de la muy importante en el hogar. Pero no se puede negar una porción de inseguridad ante el futuro, desde la provisionalidad del matrimonio o de la convivencia de hecho como contribuyentes a la elección del trabajo fuera de casa.

Pero en ocasiones crecientes —lo digo como alerta, no como crítica— la mujer sale de casa, no sólo al trabajo o a la compra, sino a la diversión nocturna, pero la noche «divertida» como adicción va escorando otro deberes, incluso el amor de la pareja. También la casa va perdiendo el calificativo de hogar (*focus*, calor) para convertirse en lugar decorativo (*decus*, adorno).

Al reconocer el divorcio la sociedad ha producido confusión en la responsabilidad parental, comprometiendo la formación del ciudadano. Más allá de los 7-10 años del niño, a las parejas les cuesta más mantenerse juntas dentro de un mismo nivel de consideración amorosa de sus diferencias. La distancia en la pareja se agranda: quizá no han vivido suficientemente bien su adolescencia y sienten un larvado anhelo de otra adolescencia mejor, como una melancolía «en busca del tiempo perdido». Cuando el niño se ha hecho adulto y no conserva una imagen positiva del padre o de la madre, sus relaciones con los demás padecerá de inseguridad, y le costará trabajo confiar en ellos. También la dimensión religiosa del adolescente, hecho adulto, resultará morbosa. En fin, las relaciones conflictivas entre los padres pueden engendrar desviaciones (ver el Caso **Elsa**: cap. 3, pp. 147-148) y, desde luego, estarán proclives a repetir esos conflictos con su pareja.

Nada es mucho si no se empieza por poco.

A partir del momento en que el niño no tome a sus padres como absolutos, éstos se ven liberados de la obligación de ser un absoluto para sus hijos, y se encuentran de nuevo en el relativo de una adolescencia a recuperar. Por otra parte, es frecuente ver

sufrir a los adolescentes porque sus padres tratan de vivir a imagen de sus hijos y hacerles la competencia. Es el mundo al revés: los hombres tienen ahora amiguitas de la edad de sus hijos; y las mujeres gustan de agradar a los compañeros de sus hijos, porque ellas no vivieron su adolescencia. ¿Resultado? Están presos de la identificación con sus hijos. María Gripe nos muestra que los adolescentes conocen a sus padres pero sufren la impresión de que «*estar con los hombres* —diría St. Exupéry— *es igual que estar solos*». Igual sucede en las familias de hijo único, o cuando los hijos son dos pero separados por muchos años, lo que equivale a dos hijos únicos.

Si el adolescente, al contemplar a sus padres descubre un conflicto en la pareja, el problema repercute en él y agrava más su propia neurosis. Es un círculo vicioso. El adolescente, incluso algunos jóvenes, avivarán la división y al tiempo que son actores del drama resultan la víctima. Es un desplazamiento de la crisis edípica en un momento en que todos son adultos. El niño, que no había integrado la prohibición del incesto, es presa de un amor incendiario frente a la madre y la hermana. Pero es una regresión a la animosidad cuerpo a cuerpo contra el padre o contra los hermanos. Hace de verdugo de la familia. Si se convierte en el valor-refugio de la pareja o en el medio de ocultar sus problemas, tarde o temprano se presentará un peligro de deterioro de la trama familiar.

Existen padres que son víctimas de hijos-verdugos. Se dan casos de parejas que rompen porque hay niños: éstos sufren por ello, se sienten culpables. Querrían salvar siempre a su madre, y también a su padre, de manera que se han dejado coger en la trampa de la vida, y se dan cuenta de que se han equivocado: entonces se sienten culpables, se sumen en la depresión, y los deprimidos son violentos exteriormente o violentos contra sí. Adoptando una ayuda de ***escucha activa***, se rompe el aislamiento, si bien no es cierto que el niño tenga siempre necesidad de ser ayudado en lo que siente; todo, menos que los padres contemplen a sus hijos con un sentimiento equívoco de posesión: ello puede conducir erróneamente a dos conductas parentales igualmente rechazables, la de sobreprotección y la de violencia.

Desde luego, los adolescentes tienen una sensibilidad colectiva por los Derechos Humanos y hay algo que no ha cambiado: su preferencia por la amistad. Cuando un adolescente dice que no tiene ganas de nada, puede ser debido a que sus padres están divorciados, separados o en conflicto. Entonces no tiene confianza en sí mismo; necesita de la amistad sin decepciones, pues es la prueba más difícil de la adolescencia. Si los amigos le buscan para su propio interés, el adolescente dirá que los amigos le traicionan y entonces queda como desposeído, aislado, desvalido. Y ello va enlazado, cuando llegan a la juventud, al desconcierto latente de quienes se emparejan bajo el signo de la provisionalidad, «ver cómo nos va». Pero entonces, si los hijos vinieran al mundo, una relación de comunicación con sus padres —y de éstos con ellos— no será un regalo de la naturaleza, sino una conquista del esfuerzo: suave y apretado como arena de playa recién bañada por el mar. Los adolescentes precisan, cada vez más, de buscar un modelo de vida, y la relación parental es el primero y principal: si los padres no lo han elaborado suficientemente, no caerá de las nubes.

Caso Alberto y Manuel (atención al subrayado):

Por paradójico que parezca, a partir del miedo y de los prejuicios empieza a haber creatividad ética. La libertad y la dignidad son valores que se tienen cuando se merecen. La sociedad y la familia saben cada vez menos qué hacer con los alumnos, porque difícilmente se tienen de pie ellas mismas. Ni a menudo, tampoco nosotros, los profesores. Escucha y afectividad coadyuvan para una educación integral.

> *Alberto, 36 años, profesor y tutor de Manuel, de 16 años, que repite 4º de Secundaria. Ante los compañeros del Centro, Manuel aparece desde hace unas fechas especialmente tímido y encerrado en sí, pero sin comportamiento extraño ni nada parecido a delincuencia. Un día, el tutor recibe a sus padres, quienes dan la siguiente información: hace dos semanas, estando la madre fuera de casa, Manuel prendió fuego en el mobiliario mientras el padre estaba en el garaje haciendo bricolaje. Afortunadamente no ha habido víctimas pero los enseres han quedado inservibles. Alberto supo por Manuel, en sucesivos encuentros, que solía encerrarse en su habitación cuando su padre, algo represivo, poco dialogante y estimulador, le negaba sus deseos y necesidades, pensando siempre en lo peor. Por otra parte, Manuel sentía vergüenza de llevar a sus amigos a la casa. La tarde en que prendió fuego tenía una idea obsesiva: partir de cero. Evidentemente, hijo y padres necesitaban una ayuda… Los contenidos de la asignatura de Ética en 4º curso de Secundaria podrían ayudar a Manuel, así como a los padres…*

Preguntas para el diálogo

- ¿Puedes distinguir y resumir en una frase de una sola línea **lo que ha hecho** y **lo que sucede** a Manuel?
- Sería fácil señalar un culpable pero, ¿lleva la culpa a algún sitio, excepto a la comisaría, el juzgado y la cárcel?
- ¿Es lo mismo negar a alguien —a un hijo, por ejemplo—, «deseos» que negar «necesidades»?
- ¿Se debe desear todo?
- Si Manuel tenía amigos, ¿por qué «sentía vergüenza de llevarlos a casa»?
- ¿Qué se puede esperar de un padre, de una madre, de quien nos quiere, pero que «piensa siempre en lo peor»?
- ¿Es lo mismo **pensamiento** e **idea**? ¿No resulta contradictorio el tener una idea y que sea obsesiva?
- ¿Se puede partir de cero, destruyendo o destruyéndose?
- ¿Es lo mismo una idea obsesiva, prender fuego, y una dependencia, droga, por ejemplo?

1.9. Contra el fracaso escolar

La fragilidad, el fallo de los adolescentes en su **ruptura con los padres y con la escuela**, viene de que no existe un trabajo valorado para cada uno. Eso es lo que más vacilación produce. Claro que tienen razones para zozobrar, pero no existe el trabajo a través del cual podrían, de manera individual, recuperar la confianza en sí, simplemente ganando dinero. No es una pasión por trabajar sino por tener el dinero que les proporcione consumir. Un dinero «espiritualizado», invisible, es decir, lo penetra todo, casi independiente del poseedor, futuro porque se dispone hoy con cargo en la tarjeta «visa» al mes siguiente. Si ello no es posible, muchos adolescentes y jóvenes buscan medios a menudo dudosos para adquirirlo, aunque sea a costa de trabajos agotadores durante los fines de semana. Es la escapatoria en negativo, un signo de que han llegado a su fase de apertura al mundo: si se les tapona la salida, huyen encerrándose en sí mismos, o escapando del domicilio familiar.

Adolescentes y jóvenes se quejaban a principios de siglo de la falta de padres, en 1968 se extrañaban de la ausencia de profesores, en 1980 se duelen de la lejanía de la madre, en 1990 no sienten melancolía por la Naturaleza, la Patria ni por Dios. Les hemos dado el «consuelo» de la televisión, del ordenador y de la videoconsola. Cuando el niño pregunta o el adolescente se ausenta, los padres les remiten a la televisión o a las consolas de videojuego. ¿Es que no saben los padres la ingente presencia de delincuencia, sangre, sexo y división mental que circula por cualquier cadena de nuestra televisión, a través de programas, películas y anuncios? Toda publicidad, articulada en los desafueros de la psicología de masas, engendra consumo indefinido e indigerible: los adolescentes reciben pasivamente y, lo que es peor, perciben que no están dispuestos a vivir peor, tienden a comprar ocio lo mismo que sus padres compran la reducción de la jornada de trabajo. Las masas, con el agua maloliente del olvido organizado, mezclan individuos atomizados y sin esperanza, porque dejaron de usar el sentido común; han engendrado entre la derrota y la desgana un aluvión de pródigos mayores, seres que extravían el rumbo antes de tiempo, perdiendo cualquier oportunidad de volver a tomarlo, pues se acomodan a la ley del extravío y en ella se les desmorona la voluntad. Y resulta que la televisión y el videojuego suelen ser un crimen contra el cerebro infantil, contra la inteligencia y el corazón del adolescente. La teleadicción y videojuegoadicción son una enfermedad más, y de tanta preocupación como la droga[73]. Y el fracaso escolar es una de las secuelas derivadas de esos hábitos a la pantalla.

El antiguo paso —por «imperativo legal»— de un curso a otro de la ESO, con seis y más asignaturas pendientes de cursos anteriores, engendraba y engrosaba los grupos de «diversificación» y, en algunos casos, los de «garantía social»: son el edulcoramiento de la incapacidad de un derecho de igualdad igualitarista. En efecto, suelen ser chicos emocionalmente inestables. El profesor y el tutor no soportan ya más: el recurso a las amenazas reglamentarias de expulsión temporal del Centro no resulta en general beneficioso. Dicen sus compañeros: «Es que a fulano(a), con expulsarle, nada se consigue, lo que hace falta es motivarle». ¿Cómo motivar a alguien que está erradicado

de la familia? Dirección y Administración desean sobre todo que los alumnos asistan a clase, que se guarde la disciplina, con el profesor dentro del aula. Lo demás, que es lo enjundioso, está por ver. Querer aducir una sola prueba de todo ello sería debilitar la evidencia del problema[74]. Para colmo, las estadísticas de OCDE descubren y confirman un fracaso escolar en la ESO (Diciembre, 2001) y las Izquierdas políticas se apresuran a culpar a un Gobierno que no inventó la ESO ni la «comprensividad», ya puesta en solfa en la Europa más desarrollada. ¿No dan la impresión de que envidian la enseñanza privada y por eso despotrican contra ella, en vez de analizarla y criticar fallos, o reconocer aciertos y ofertar alternativas? ¡No se puede construir más alta una casa tirando la del vecino!

En la enseñanza, sobre todo en la pública, no hay tiempo para perder el tiempo y, sin embargo, se apunta a todas las huelgas y ausencias incontroladas sin excusa ni demostración de rigor: los bandazos legislativos siguen, los dineros también, pero las ideas magistrales, continuadas y perennes están ausentes. No hay grandeza de ideas sino pequeñez de ideologías o de exigencias que se equivocan de dirección. Mientras, se reclaman todas las becas, todas las facilidades sin revisión de méritos o sin control de esfuerzos. ¿Se ha olvidado que educar es formar individuos con cualidades que estimulen la cooperación o solidaridad y el vínculo social? ¿Se ha aprendido que la educación no es una profesión sino una vocación de forja de hombres? Donde antes ejercían su misión la familia, la escuela, la Iglesia y el libro, hoy son, a menudo, suplantados por la calle, la música «pop», la televisión y el ordenador. ¡Todo un canje siniestro que podemos evitar, todo un remedio contra el ataque a una sociedad indefensa ante el terrorismo! Un país, un orden mundial sin educación son carne de cañón de un desorden organizado y podrido.

Actitud ante el dinero y…

La actitud ante el dinero y la bien administrada dosis de austeridad por parte de los padres, el desprecio del dinero fácil y rápido, los incentivos centrados en el aprecio, la gratitud, la dosificación en el tiempo de televisión, la inculcación del hábito de lectura, la valoración de la cultura (cine, teatro, museos, exposiciones, visitas turísticas de cultura neta), el altruismo, la inserción en grupos de voluntariado, la convivencia en acampadas que el adolescente haya ido recibiendo desde la infancia y la pubertad son antídotos del fracaso escolar.

Seguridad de afectos

La seguridad afectiva que el niño encuentre en la familia será sin duda una de las mejores garantías contra los riesgos del fracaso escolar. Sin entrar en datos empíricos, no es arriesgado afirmar que un niño o un adolescente con problemas entre sus padres,

difícilmente puede tener éxito escolar[75]. Queda además pendiente de la implicación de los mismos padres en la comunidad escolar: buscan trabajo, el trabajo les quita todo su tiempo de formación permanente y de mínimo compromiso con la escuela.

… Y los profesores

También los **profesores** —¡ya no se les llama maestros!—, tienen mucho que ver. Ellos son los más cualificados para sustituir una pedagogía del fracaso por otra del éxito: valorando las buenas respuestas más que penalizando las malas, puntualizando los aciertos, pero primeramente el esfuerzo. El hecho de decir a unos jóvenes que pueden perfectamente ser competitivos trabajando a su propio ritmo, según su comportamiento individual, es ya una manera de dar la vuelta al fracaso escolar, de crear un clima de confianza. No sólo podemos premiar con puntos en la nota final, sino con palabras de reconocimiento durante el proceso de aprendizaje. El fracaso escolar sólo tiene sentido cuando el niño fracasa en sus relaciones sociales, pero si el fracaso escolar está acompañado de una habilidad innata, de un éxito musical, técnico, manual, etc., no estamos entonces ante un fracaso irremediable. El mal más grave es la pérdida del sentido del valor y dignidad de la vida, y el peor síntoma pedagógico es la tristeza y renuncia secreta que se adueña de tantos profesores, habida cuenta del menosprecio social que se cierne sobre la más alta de las tareas humanas.

1.10. Contra la desintegración familiar

En una encuesta para 300 alumnos, realizada en un Instituto de Enseñanza Secundaria, en diciembre de 1999, los valores mejor puntuados por los alumnos aparecían por el siguiente orden: familia (79%); estudio/profesión (14%), resto: dinero, tolerancia, libertad personal, sentido religioso, etc. (7%). De todos ellos, un 21% eran hijos de divorciados, separados o a punto de divorcio, con conflictos entre pareja: manifiestos y persistentes. ¿Sienten los niños y los adolescentes el problematismo familiar e incide en su rendimiento escolar? ¿Será por haber internalizado ese problema, por lo que otorgan mayor puntuación a la familia bien avenida?

Sergio: Sí, a mí me gusta «ser legal», hablar claro. Pero cuando hablo algo en casa, mi padre me dice: «¿Qué sabrás tú de la vida?», «¡Estás en las nubes!». Y mi madre, lo único que me dice es: «¿Pero qué haces? Eres el mayor. Y con tantos suspensos… Vas a salir a tu padre… Lo que no hagas por ti, ya ves…». Ella trata de llevarme a su molino contra mi padre. A veces me harta y hasta me dan ganas de arrearle un soplamocos… El caso es

que tengo una empanada mental…

La familia

La familia es el único ámbito donde se soportan las diferencias y se aguantan los agravios. Pero la desintegración familiar anula la escuela, pues ésta es prolongación de la familia. La inadaptación escolar se explica por problemas habidos durante la infancia y la pubertad con el padre o la madre. Acaso hubo falta de autovaloración, de visión de un futuro con salida convincente, basado en valores suficientes; acaso la lucha por la subsistencia no dejó tiempo a los padres para interesarse e interesar a los hijos en la cultura, cuya carestía o desinterés representa la más dolorosa pobreza. Claro que la contracultura es lo que prevalece: los medios televisivos adolecen de una penuria formativa tan ramplona como lacerante al ofrecernos un mundo color sepia, indefinido, lo que lleva al adulto —mucho más al adolescente— a tambalearse ante cualquier acontecimiento noticiable. Se ha hecho de los «media» el altar donde se sacrifica o se adora con el mismo incienso a la víctima y al mito, la zafiedad y la excelencia. Pero peor aún, cuando se eleva la zafiedad al rango de producto cultural y, además, se premia a sus inventores.

En el umbral de la adolescencia (13-14 años) comienza una segunda vida imaginaria: cuando los padres discrepan, el niño presenta dificultades para pensar por su cuenta, las cuales quedarán en silencio hasta los 11 años. A partir de ahí estallará el problema latente. ¡Y Harry Potter no resolverá el problema! En esta su segunda vida imaginaria, los problemas de los padres siguen siendo su doloroso referente silenciado: el padre al que no ama porque se ha divorciado de la madre, o la madre mal vista porque se ha divorciado y despotrica contra el padre, o la suegra que no quiere a la nuera o sigue protegiendo al hijo casado como si fuera un niño y tomando decisiones por él sin contar con la esposa del hijo, o la abuela que invade la casa de los hijos para hacerse cargo de los nietos. El niño cuenta con la familia propia como un valor-refugio, más que como papel esencial. Y cuando no lo tiene, entonces toda su energía se dirige al grupo de compañeros de clase, de deporte, de la pandilla.

Cuando el niño llega a la adolescencia, su mundo imaginario le provocará el que quiera ir a medir esa discriminación que ha hecho entre lo imaginario y la realidad, penetrando en grupos sobre los que había soñado muchas supuestas realidades, que acaso existen y se habla de ellas. En el momento difícil en que los adolescentes se sienten incómodos en la realidad de los adultos, por falta de confianza en sí mismos, su vida imaginaria les sostiene, si bien la familia sigue siendo un ideal.

Decía una adolescente: «¿En casa?, ¡fracaso total! Con mi padre no soy capaz de decir dos palabras seguidas y, cada vez que hablo con mi madre, me pone los nervios de punta». Tienen la sensación de ser como esas megafonías que nadie atiende en las grandes estaciones de ferrocarril. «No acierta —sigue diciendo— a entenderme ni a ser cariñosa conmigo. No saben más que decirme: ¡Pero si no te falta de nada! Yo a tu

edad… ¿Y a mí qué me importa su edad? Mis padres no se dan cuenta de que lo que menos me importa es la "pasta" y los "trapos"; que lo que me hace falta es un poco de cariño y comprensión…»[76]. Algún padre grita: «¡Yo soy tu padre, y mientras que tú estés comiendo a mi costa, sólo saldrás cuando a mí me dé la gana!». Manifiestamente eso no es una muestra de amor demasiado educativo. ¿Resultado? El autoritarismo pulula en el hogar, mientras el sentido de autoridad es nulo. Más aún, hay también el padre que, harto de resistir, cede de manera explosiva: «¡Vete donde quieras, sal con quien te dé la gana! Por mí, como si no vuelves. Uno se mata trabajando por los hijos y luego…».

Cuando llevo a cabo dinámicas de grupo con adolescentes, pregunto en la sesión del primer día: «¿Qué sientes cuando te acuerdas de tu madre?». Algunas respuestas son escalofriantes. Aún les pregunto: «¿Qué te solía decir tu padre cuando eras pequeño(a)», y expelen agriamente y sin pudor sus peores recuerdos. La separación de los padres motiva el 8% de todas las llamadas que se reciben en el Teléfono del Menor —900202019— (Fundación ANAR). Desde enero de 1998 a diciembre de 1999, el 73,9% de las llamadas fueron hechas por adultos que se iban a separar o se habían separado, y el 26,10% restante, por los menores afectados. De estos últimos, casi el 59% fueron efectuadas por niños con menos de 10 años, el 28% por niños de entre 10-13 años, y el 10% por adolescentes[77]. ¿Hasta dónde podría llegar la recomendación a los padres por parte del poeta y filósofo libanés, Kalil Gibran?: «*Tus hijos no son tus hijos… Vienen a través de ti, pero no de ti y, aunque están contigo, no te pertenecen. Puedes darles tu amor, pero no tus pensamientos, pues tienen los suyos propios. Puedes albergar sus cuerpos, pero no sus almas, pues sus almas habitan en la casa del mañana, que tú no puedes visitar, ni siquiera en sueños. Puedes esforzarte en ser como ellos, pero no intentes que sean como tú*».

Si se pregunta a los adolescentes «¿Qué pasa si tus padres se divorcian?», o «No se divorcian pero se llevan mal», o «Si ellos van a lo suyo y tú a lo tuyo», suelen responder: «Si se llevan mal, mejor que se divorcien; yo sé que me querrán igual o más», «Sería asqueroso, sería como estar solo y yo odio la soledad», «Lo pasaría mal y sufriría mucho, no puedo hacerme a la idea de ver a cada uno por su sitio haciendo vidas diferentes, iría todo muy mal si nadie se escucha en la familia: lo sé porque lo he vivido», «Sería un gran disgusto para mí, pero lo tendría que superar y tomármelo con filosofía», «Me iría a vivir con mi abuela, porque me sentiría de más con cualquiera de ellos», «Es que si yo me enfado con mis amigos y los dejo, pues el mismo derecho tendrían mis padres si se enfadan», «Si el divorcio es civilizado, no pasaría nada», «El mal trato psicológico me afectaría a mí más aún que a ellos», «Lo pasaría muy mal, pero para que haya una buena relación tiene que haber una buena comunicación», «Mi hermana se iría a vivir con uno y yo con otro, lo pasaría fatal».

Como se ve, el malestar por el miedo a la soledad, por la inseguridad afectiva, por la incomunicación proveniente de la ruptura entre los padres son las tres grietas por las que se escaparían la formación de una personalidad autónoma, una identidad, un buen concepto de sí mismo. Un individuo sale de la adolescencia cuando el conflicto entre sus

padres no le produce ningún efecto inhibidor. El adolescente echa de menos, sin atreverse a reconocerlo, una familia cálida y acogedora. Y esa exigencia no queda siempre satisfecha. Por una parte, los adolescentes rechazan un cariño demasiado maternal: «ya no somos niños», pero, por otra, si los padres reclaman su responsabilidad con un «¿qué pretendes?, ¿a dónde quieres llegar?», entonces huyen, se rebelan.

La función normativa de los padres establece pautas de convivencia, les obliga a saber decir «no» a los hijos y a tener la fortaleza de rechazar comportamientos disfuncionales, poniendo unos límites que los adolescentes deben aprender a imponerse. Los niveles de ausencia de función normativa paternal son alarmantes. No se digiere bien el *paidocentrismo* (niño, centro u ombligo del mundo) circulante. Si el autoritarismo ha perdido vigencia, hemos de encontrar un sustitutivo coherente. Muchos padres confiesan que buscan ser amigos de sus hijos: ¡como si no fuera bastante cumplir con el rol de padres! Por otra parte está la función nutricia, que no sólo consiste en procurar alimento suficiente a los hijos sino en transmitirles amor, ternura, cercanía y capacidad de ofrecer valores. Los hijos han alcanzado el estado adulto cuando son capaces de liberarse de la influencia paterna: «Mis padres son como son; no los cambiaría ni trataría de cambiarlos. Pero no me toman como soy; peor para ellos: los abandono». En una sociedad que ha dicho adiós al padre (en Francia, por ejemplo, 1.500.000 niños no conoce más que al padre de los domingos y 500.000 no conocen jamás a su padre: se les ha denominado «niños apátridas»), es lógico que se incrementen la delincuencia y el fracaso escolar. ¿Cómo comprenderían que delincuencia y fracaso escolar suelen ir unidos buscando un escape sin escapatoria? Por el contrario, el sentimiento de pertenencia o acogida en una familia integrada evita el fracaso escolar y representa el mejor recurso para formar una vida adulta sana.

¿Y la escuela?

También la escuela padece su propia crisis: en vez de inyectar valores, a menudo comparte el desencanto de la sociedad. Muchos profesores se limitan a la transmisión de contenidos temáticos y tienen a gala —según dicen— de enseñar neutralmente. Pero eso es imposible. Cualquier docente que se precie sabe que su «estar» en clase es ya una forma de vivir, de pensar y de arrastrar un reguero de valores. ¿Se contentarían los centros educativos con disponer de «Departamento de Orientación» donde se ofreciera a los chicos tres charlas en el último trimestre para ayudarles a escoger la carrera más adecuada, o a repartir el periódico *La gaceta universitaria* con las «notas de corte», o a una conferencia anual para los padres en el salón de actos donde se les hablará de lo que, en tanto que padres, intuyen? ¿Se puede hablar sin mayor aprecio a los alumnos de la asignatura de Ética? Puede que todo eso suceda. ¡Y, encima, se les llena la boca hablando de inculcar valores! Pero oír hablar de sus hijos desde una tribuna sigue teniendo misterio: o se aburre al personal o se le solivianta. ¿No servirá todo eso para una caza de ingenuos? ¿Quién no tendría la impresión de que los payasos dicen mejor las

verdades?

Añádase el amanecer que se divisa en el cercano horizonte de un alumno escolarizado. Por ejemplo, a un adolescente inmigrante en Francia, en España, en Alemania, en Italia, se le pregunta: «¿Qué te parece Francia, España, Alemania, Italia?». La respuesta: «A mí me da igual; la verdad es que me importa poco, quiero trabajo y libertad, y que me dejen en paz». Lo que puede traducirse por una forma sui generis de *globalización* de las fronteras y de los vitales intereses individuales. O sea, ya no resulta fundamental la cultura autóctona, ni tampoco la indígena; no hay patria ni *matria* ni nación ni Estado; se vive a la intemperie de unas pocas ideas; se prefieren los eslóganes a los argumentos: una legión de adolescentes se planta ante el internet para «chatear», pero les resulta difícil si tienen que seguir o poner el más somero argumento, prefieren las frases hechas; muerte a la competencia; anulación de toda jerarquía; lo que importa es trabajar, vivir en paz, libre circulación de hombres y mercancías. La abstención política electoral es abrumadora y traerá progresivas y graves consecuencias. Cualquier reverdecimiento espontáneo de nacionalismo resulta una pasión adolescente. Se pretende un Estado administrador, pero sin prédicas ideológicas ni carga de sentimientos ni memoria del pasado, con sus aciertos y errores. Todo es global: no sólo la economía sino también la cultura y las leyes. En cuanto a la lengua, el arte y la religión, al adolescente les empieza a resultar mero accidente sin arraigo justificable. ¿Pero a dónde llegaríamos con este «dejar hacer, dejar pasar» del que las asignaturas no evaluables son un caldo de cultivo, no por acción sino por omisión?

1.11. El suicidio no es liberación. La violencia que no cesa

Cada vez es más frecuente el suicidio en los adolescentes[78], más como búsqueda de explicación que como liberación. Los índices de violencia, contra sí (suicidio, drogadicción, ludopatía, divorcio, anorexia, abandono o fracaso escolar; ¡en el caso de suicidio de los jóvenes: somos el segundo país de Europa!) y contra los demás (homicidios, abortos, violaciones) están proliferando en España con estadísticas escalofriantes. La corriente mental pro aborto corre[79]. Y el aula no es ajena a las consecuencias que de todo ello se derivan.

Pero todos sabemos que matar es introducir un agente perturbador en la complejidad del orden. Sin embargo, lo que cunde como «científico« o progresista es el eufemismo de que «interrumpir el embarazo« no es matar, que el «feto no es humano«: algunas formas de feminismo saben de ello y tienen al respecto una nomenclatura especial. Y de tantas supuestas seguridades gélidas están llegando al delirio febril de negar la vida humana y, sin embargo, afirmar ecológica y jurídicamente la vida vegetal y animal. Estamos ante una desembocadura. Lo peor que sucede en el mundo humano es que sigue pasando lo peor: jugar a multiplicar la vida humana, después a cambiarla y, finalmente, a eliminarla. Se pretende cambiar la vida en vez de descubrirla. De nuevo el

«todo vale» se alza como el imperativo de una conciencia de piedra. Si jugamos tan atrevidamente con la vida, si decidimos sin reparos sobre la muerte, los alumnos sienten inexorablemente la incapacidad de la axiología. Cuando el adolescente ha crecido en una sociedad que menosprecia la vida, y en una familia en la que oyó decir a su madre, «tú no estabas programado», «lo tuve muy mal cuando te di a luz», «cuando naciste me sobrevino una depresión», «desde tu nacimiento, mi cuerpo no marcha igual», etc., entonces no tiene otra escapatoria: su propio desprecio, la violencia, el suicidio.

Orientador: ¿Ves, Sergio, como te explicas muy bien?
Sergio: No sé si me explicaré, pero a veces pienso que lo mejor sería quitarme de en medio. ¡He pasado ya tantos malos tratos! Total, o jugarme todo a una carta, y meterme en un grupo de por aquí cerca de mi Instituto, que dicen que esto lo tenemos que cambiar nosotros, que «la revolución es la palanca de la historia…». ¡Va, pudrirte en la cárcel y morir de otra manera, matando a otros, ya ves! ¡Total, veo que todo es un asco, tío!

Ha dicho A. Störr que:

«La violencia se parece en cierto modo a las malas palabras: es algo con lo que una persona como yo se ha criado, algo a lo que me acostumbré desde muy temprano como parte de la escena diaria de la infancia... No siento ninguna repugnancia ante la idea, como ustedes; no siento ninguna clase de aversión innata hacia ello. Hasta donde llegan mis recuerdos, siempre he visto el empleo de la violencia a mi alrededor: mi madre que pegaba a los niños; mis hermanos y mi hermana que golpeaban a nuestra madre o a los demás niños; el vecino de abajo que daba palizas a su mujer, etc.».

Abunda más en el asunto el psiquiatra L. Rojas Marcos:

«El origen del criminal violento no radica en los nuevos modelos familiares o en las familias monoparentales, sino en los hogares azotados por el abuso, la explotación, el abandono, la inseguridad y las humillaciones. En las familias vapuleadas por los malos tratos psicológicos y físicos, y por la carencia absoluta de adultos que sirvan de modelos positivos con quienes los pequeños se puedan identificar. Hay padres estresados que todo lo resuelven a golpes, y los más fáciles de infligir son los que se dan a los niños y adolescentes: ahí dominan todavía tanto el padre como la madre. Las criaturas que crecen en este ambiente opresor se vuelven emocionalmente insensibles a estos horrores. Asumen que la fuerza es el único camino para resolver hasta las más pequeñas

contrariedades o frustraciones de la vida diaria»[80].

Merodea un ambiente de muerte no aceptada, absurda, imprevista. La idea de un universo privado de perspectiva es el diseño de nuestras sociedades para las que se usan verbos como «explotar», «estar vacío», «estar agotado», «esto va a terminar mal». Tras la sociedad industrial, llegó la del ocio y, ahora, la depresiva, con incremento de enfermedades que requieren utilización masiva de anxiolíticos: proliferan progresivamente en adolescentes que, no sabiendo cómo abrirse a un sentido de su existencia, se revuelven contra ellos mismos.

Los porcentajes de suicidio son mayores en los chicos que en las chicas. En España son las segundas víctimas de suicidio, tras los ancianos. Es cierto: pocos pueden franquear la adolescencia sin tener ideas de muerte, ya que es preciso que muera a un modo de relaciones infantiles. Viven sus fantasías en forma metafórica de suicidio. Es entonces cuando tienen necesidad de alguien que les ayude a sublimar sus fantasmas dándoles representaciones con peso social. Hay que pensar la muerte del cuerpo para poder acceder a otro nivel, el del objeto de su deseo, que no es sólo cuerpo, sino corazón y mente: pero el adolescente lo ignora. Necesita hablar con un adulto que no sienta inquietud al abordar el tema de la muerte. Está dando gritos para que su adolescencia muera. Socorrer a los adolescentes es ayudarles a aceptar la muerte de su adolescencia, aun con el riesgo de salir malparados. En el fondo aspiran a luchar por sí solos sin estar constantemente socorridos.

La psicoanalista infantil doctora F. Dolto (1990) —acreditada autoridad en lo tratado— ha estudiado como pocos el problema del suicidio de adolescentes. El número de niños depresivos que quieren morir es más considerable de lo que se piensa y ellos jamás tienen ocasión de decirlo. Sólo pueden manifestarlo por la negativa a autoestimarse: el sujeto se desprecia, y desprecia a la persona que se ocupa de él, puesto que él es despreciable. Busca un explicación más que una liberación. Los adolescentes dicen: «Soy un asco, soy culpable, ¿qué he hecho?, ¿por qué os ocupáis de mí?». La madre cree que ha destruido a los suyos. Los hijos son estupendos. Pero ella los ve así de rotos. Tiene una visión negativa a través de una melancolía, de un sentimiento de inferioridad y de autoacusación. El adolescente, por su parte, ha recibido este mensaje de su madre: «¡Ah, este niño que hace esto y lo otro!». Pero en cuanto al niño, es la madre de antaño la que él trata de salvar, la madre de ahora ni siquiera la conoce. Es este lenguaje interior el que hay que enmendar.

Un ejemplo romántico, contradictorio: «Me gustaría vivir con los muertos», «Quiero morir viviendo», «Prefiero vivir muriendo».

Más de un adolescente se sinceraba en largos apartes en un Instituto: «No sé para qué vivir, esto es un asco, y encima…», «No dejo de pensar en lo peor, al fin acabaré mal». La doctora Dolto (1990) preguntaba a un adolescente: «¿Has pensado morir?». Y el adolescente dice: «¡Pero si no pienso más que en eso!». ¿Y qué te lo impide? Esta pregunta es la clave de todo. Él responde: «Es porque tengo miedo». Bien, cuéntame tu

miedo. «Tengo miedo de lo que hay después de la muerte». ¿Y qué te imaginas que podría haber? Se le hace hablar de sus fantasmas: de cine, de beaterías, de diabluras. Y cuando se hace decir a un adolescente su deseo de morir, eso lo cambia todo. Puede establecerse así el contacto: hace ya dos o tres veces que nos vemos, y me pregunto si tú no me estarás diciendo, a tu manera, que querrías morirte. Inmediatamente, nos mira al fondo de los ojos y sus labios tiemblan. ¿Qué hacer enseguida? «Si quieres seguir viéndome, yo no te impediré morir, pero estás en una casa en que esto no es posible. Hay barrotes en la ventana; no te puedes lanzar.» De repente mira hacia la ventana: «Ya lo has probado, has tenido un accidente en la escalera, y nadie supo que era porque querías morirte. Pues bien, ahora yo comprendo que tú querías lanzarte». Se esboza una ligera sonrisa. Finalmente, ha comprendido. «Bueno, no es tan malo querer morir; todo el mundo muere. Pero, puesto que estás vivo, más valdría que crecieras, para poder salir de la guardería infantil que te has construido. Entonces ya está, podrás matarte, porque serás libre». Gracias a esta comprensión del otro, el adolescente ya no está absolutamente solo, ya no se siente despreciado.

La prevención del suicidio debe plantearse mediante el diagnóstico y correcto tratamiento de los problemas mentales. Sin embargo, sólo uno de cada seis pacientes está bien diagnosticado. En muchos de ellos, la prevención empieza por una buena cercanía materna-paterna y una inserción escolar en la que se conjugan la exigencia académica con el desarrollo conciliatorio de las capacidades cognitivas y afectivas. Cuando leemos en clase la platónica *Apología* de Sócrates y los parámetros de la filosofía existencialista de Sartre, surgen preguntas sobre la muerte —con o sin sentido— o hacemos que surjan. El posible absurdo de la muerte, sobre todo en las circunstancias dramáticas de que tenemos noticia cada fin de semana, y por el que muchos adolescentes se sienten afectados, dan pie a un encuentro en el aula de textos filosóficos, literarios y periodísticos.

A los 16-18 años se tiene una aprensión de la muerte muy distinta de la que se posee a los 6-8 años. Se trata de una conducta de riesgo vinculada a la aventura. La muerte le es familiar al niño: la encuentra pero no la busca. El adolescente se relame con la idea de la muerte y con la emoción que va a causar a los que le echarán de menos; la vive como un luto de su infancia, de su manera de ser. Hay al mismo tiempo una nostalgia de lo que va a abandonar: si llegara a creer que nadie iba a quedar afectado por su desaparición, entonces puede pasar al acto al cabo de cierto tiempo de convivir con el fantasma del suicidio, que ni tan siquiera le reporta el placer de la nostalgia de la persona que le echaría de menos.

Pero no es bueno ni malo el pasar por esas fantasías, y si se le dice al adolescente, no solamente no le hace daño, sino que le da una energía extraordinaria: «Hiciste bien en nacer; fuiste más fuerte que mis deseos de muerte». Es formidable el coraje que eso le proporciona: «Fui más fuerte que mamá, sabía lo que quería. Sabía que mamá no quería mi muerte creyendo que no me amaba. Así pues, quiero vivir, contrariamente a lo que yo decía». De modo que, «dado que estás aquí y no has muerto —otros lo estarían—, es que eres mucho más fuerte que los demás. Has superado la angustia de tu madre, y das una

descendencia a tu padre, el cual no sabía que la quería». Aquellos a los que la madre habla de las maniobras abortivas que precedieron sin éxito a su nacimiento (pastillas, brevajes, brujería, ejercicios físicos extravagantes como saltar de una silla, etc.), se convierten en niños depresivos o inestables a causa de su excesiva angustia. Los hijos de madres que tuvieron un buen final de embarazo, que no temían el parto y cuyo hijo fue deseado y esperado, no padecen en absoluto una depresión anaclítica*.

Subsanar los riesgos de suicidio

En el caso de los riesgos de suicidio, se trata sólo de impedir que el enfermo dañe su integridad física. El deseo del paciente y las razones inconscientes que le empujan a ese comportamiento fatal expresan, a su modo, que debe morir a su infancia. Esto es interpretado como una tentativa de suicidio, pues no hay otra manera de decir: «Socorro, quiero nacer. Y como quiero nacer, es preciso que muera». Es la vida y la muerte que están estrechamente vinculadas. Para un niño que verbaliza poco, el psicodrama puede ser interesante, porque en este caso juega con su cuerpo, representa un papel, sale de sí mismo. El problema en nuestros días es que se banaliza la muerte y se está haciendo publicidad de los medios eutanásicos más eficaces, baratos y menos estridentes para los familiares.

Jacobs (1971) destaca cuatro estadios —aunque pocos adolescentes presentan una evolución tan claramente delimitada— del desarrollo del comportamiento suicida: **primero**, prolongados antecedentes de problemas; **segundo**, período de «escalada» de problemas; **tercero**, progresivo fracaso de las técnicas de enfrentamiento a viejos problemas, y aumento de los nuevos que conducen al adolescente al aislamiento social; **cuarto**, disolución o reacción en cadena a todo género de relaciones sociales significativas.

Es importante descubrir los acontecimientos tempranos traumatizantes. Conger (1977) señala cuatro signos de advertencia para alertar a cualquier adulto preocupado: **primero**, continua presencia de un estado de ánimo deprimido, de trastornos de la alimentación y del sueño así como una disminución del rendimiento escolar; **segundo**, gradual retraimiento o aislamiento social; **tercero**, ruptura en la comunicación con los padres u otras personas importantes en su vida; **cuarto**, antecedentes de tentativas de suicidio o de inmiscuirse en accidentes.

En resumen, si niño y adolescente han oído desde tiempo atrás en su casa que son un «descuido» de los padres, que «no estaba previsto su nacimiento», que «fracasaron los medios para evitarlos», entonces han nacido en ambiente de desconfianza, con la sensación de «estar de más». Para ellos, el aborto es algo «natural», el fin justifica los medios, todo lo incómodo puede ser indiscriminadamente eliminado. Así, el camino de la eutanasia quedará expedito. De manera que, ahora más que nunca, padres y profesores necesitamos formular mensajes positivos, propuestas sobre capacidades o posibilidades de los adolescentes, reconocimiento de sus aciertos y de que, en sus errores, no todo está

decidido del todo ni para siempre.

Una forma severa de violencia

Hemos dicho anteriormente que la cuarta causa de un malestar puede ser fruto de algo grave que ocurre en la vida presente. Por ejemplo, dilemas de orden ético o moral ante una decisión como el aborto, donde no hay naturaleza física o psicógena, ni hacen falta medicamentos, ni visitar al psiquiatra, ni, tal vez, al psicólogo. Es entonces cuando la pregunta y la escucha serían la ayuda más adecuada: la filosofía tiene ahí un puesto relevante y tanto que decir como la psicología. La mayor parte de la gente saca provecho de la psicología, pero la comprensión de las cosas no termina con ella. Un conflicto de comportamiento es síntoma de que las ideas no están claras, pero no es objetivamente un conflicto. A un adolescente le gustaría reflexionar y recabar una respuesta adecuada en un **caso** como el que sigue.

Caso Víctor y Sandra

> *Víctor y Sandra tienen 22 años, están muy enamorados, han aprobado sendos módulos profesionales, comparten puntos de vista, aficiones, y planifican un porvenir en común. Mas he aquí que, a pesar de las precauciones, Sandra está embarazada. ¿Qué hacer, se preguntan: llevar a buen fin el embarazo o abortar? La decisión no es fácil, habida cuenta de los medios económicos y de que, por el momento, sólo tienen un contrato de trabajo temporal… Por otra parte, tienen la convicción de que no poseen el derecho de interrumpir el desarrollo natural de una vida humana, que la consideran como un proceso continuo desde el momento de la concepción; máxime, siendo cristianos y por tanto creyentes en un Dios autor de la vida… Deciden seguir adelante, casarse para colaborar con la creación divina, dar cobijo al futuro hijo que ya ha modificado por adelantado algunos de sus proyectos a medio y largo plazo… Está claro que en su decisión han tenido que jugar el análisis sucinto de los contenidos aprendidos sobre las distintas concepciones filosóficas (racionalismos diversos, cristianismo, empirismo, marxismo, raciovitalismo, etc.) y no solamente una fe religiosa*.

Respondiendo a las siguientes preguntas, la ciencia y la religión proponen una manera de entender al ser humano, no siempre coincidentes, y de ahí su alcance existencial diferente. Así es que se imponen las preguntas:

— ¿Cuál es tu reacción espontánea ante la decisión de Víctor y Sandra? ¿Habrías pensado tú lo mismo?

— ¿Cuál o cuáles de las siguientes convicciones compartes?:

a) No hay que suprimir el desarrollo natural de la vida humana;

b) El feto debe ser respetado como alguien llamado a ser una persona;
c) La vida humana es obra de Dios;
d) El feto es un cuerpo, algo añadido, sin más;
e) Lo importante era el placer y no sus consecuencias;
f) Al menos, cuando el embarazo es fruto de una violación se puede admitir el aborto;
g) En el caso de nacer un bebé con síndrome de *Down*, etc., habría que abortarlo;
h) A quien no sea creyente, y por tanto no acepte la perspectiva sagrada de la vida humana, le está permitido abortar en todos los supuestos de embarazo no deseado, problemas económicos, etc.

— Lo que cuentan son los «hechos» duros y puros: la conciencia, la moralidad son sentimientos…, ¿entonces?
— Nadie puede oponerse a mi particular perspectiva, tan válida como otra… Así que…
— ¿En qué fundamentas tus convicciones?
— ¿Es coherente moralmente defender otros derechos antes que la vida?
— ¿Tienen sentido otros derechos sin la vida?

1.12. ¿Qué hacer ante la delincuencia, las drogas, las sectas, el racismo y la xenofobia?

La delincuencia, el robo, por ejemplo, es una conducta que combina un rechazo de la realidad con la búsqueda de la facilidad y de la provocación. Los pequeños robos —también en la escuela— se cometen sin pulsión criminal. Pero se pagan caro. La emoción o una necesidad erótica perentoria hacen olvidar por unos instantes el aburrimiento o el miedo de vivir. Alguno dice: «Cuando era adolescente consideraba que birlar algo era una especie de exploración de lo desconocido, un medio de superar ciertas cosas, de salir un poco de la propia piel, de afirmarse». Hacer hablar, pues, de deseos y distinguirlos de necesidades, separar deseos de posibilidades, o de deseos y proyectos es una tarea tan psicopedagógica como ética y filosófica.

Drogas

En cuanto a las drogas, los adolescentes son un terreno propicio. La ansiedad y la incomodidad física que caracterizan a esta edad, el aspecto ritual y mágico del empleo de las drogas, la presión social de los grupos de su edad, el esnobismo, la evasión o huida del mundo, la búsqueda de una identidad, etc., incitan a su consumo. Pero con la droga hacen de su vida una maroma de arena. Cuando les sobreviene la fatiga, se quejan de que

su sueño no es bastante, y aunque a menudo parecen adormilados, lo que sucede es que sufren de apatía, de tedio.

Todos los medios artificiales de placer, incluida la droga, proceden del hecho de que la satisfacción material de las necesidades se ha visto colmada por la tecnología. La gente ya no sabe qué hacer con su deseo; entonces, lo transforma en necesidad de algo repetitivo que le ocupe sin hacer nada, que le ocupe con representaciones mentales. El porro que trivializan es un goce generacional, pasivo, suyo, para no estar con los «viejos». Pero, ¿qué se les impone en sus ocios? La misma finalidad que en sus estudios: la competitividad. Los deportes, los juegos están muy institucionalizados. No se trata de divertirse, hay que ganar. Pero la diversión, el pasarlo bien, no se compra en la tienda, sino que es un quehacer de la persona. Se explica la drogadicción por esnobismo, mimetismo, huida del mundo, influencia social, costumbre, vicio. Si la publicidad hace «milagros», ¿por qué no inventará de una vez la imagen por la que los adolescentes aprendan que drogarse, fumar, beber alcohol no da *look*?

Sectas

Se reprocha a las sectas que raptan a las víctimas de la anorexia. ¿Pero no es acaso un rapto consentido? La dependencia de un menor frente a una secta se parece menos a un fenómeno de banda que a la tutela abusiva de un adulto extraño que sustituye a los padres o al maestro que hacían el papel de dominadores. Cuando los padres encuentran que el rastro de su hijo no tiene ningún asidero por donde cogerlo, es porque se sienten incapaces de promover un sentido de la vida. El político, por supuesto. Y el religioso, que tantos beneficios propicia, se le niega. Y ello, a pesar de que padres ateos, o cristianos no practicantes —incluidos muchos profesores de la enseñanza pública, así como políticos— ponen interés en enviar a sus hijos a centros confesionales.

Si los adolescentes son presa fácil de las sectas es, entre otras razones, porque las religiones monoteístas, especialmente la cristiana, han postergado la simbólica de la liturgia, han minusvalorado o soslayado el dogma, han caído en un contradictorio secularismo posmoderno que no deja salida ni a la razón ni a la fe. El adolescente, sin embargo, necesita de la disciplina, del compromiso, del sentido de la vida: «Quién soy yo», «¿Por qué estoy aquí?», «¿Por qué he de hacer el bien y no el mal?», «¿Por qué he de preocuparme del los demás y no sólo de mí?», «¿Habrá algo más allá, o todo acabará aquí?», «¿Será la respuesta religiosa fruto de la ignorancia y estará abocada a ser anulada por la ciencia?». Pero cuanto más se exige al adolescente, más da. Y también precisa más que nadie de un ideal vivido en grupo. Y a menudo tenemos miedo de dárselo. ¿Acaso porque padres y maestros lo habremos perdido? La mejor manera de quitar un obstáculo es negarlo. Así hemos negado dogma, liturgia, simbólica, fe. Al adolescente no le inquieta la búsqueda, la explicación de lo desconocido. ¿No será que, en el fondo, los adultos hemos tenido miedo de nosotros mismos? Como quiera que el hecho religioso no puede negarse, el adolescente acude a religiones salvajes o a las sectas, por

la seducción de sus ritos y de sus exigencias disciplinarias, aunque le mutilen su libertad. ¿No será siempre mejor una religión —bien entendida, no una secta— que ninguna?

Racismo, xenofobia…

Orientador: Siempre que se encuentra una nueva amistad, se suele estar de enhorabuena.

Sergio: Esa es otra. Los «pibes» no podían tragar a los negros, ni a los gitanos… Decían que nos estaban infectando y quitando el trabajo a los españoles. Qué sé yo. Empezaron a decirme que me fuera con ellos a…, no sé dónde, para darle una corrida a esa gentuza. Me dijeron entre risotadas: «Este fin de semana vamos de caza, ¿vienes?». Me enseñaron unas cadenas que llevaban en el bolsillo y se colocaban en unas botazas de punta y con hebillas que calzaban. Dos o tres tardes me invitaron a sus casas y allí empezaron a lavarme el coco con panfletos, con cintas de música rara. Pero ¡bastante lío tenía yo para columpiarme más!

Muchos adolescentes empiezan a vivir una actitud prestada en relación con los **inmigrantes**: olvidan que «*todos los seres humanos reaccionamos con extrañeza, recelo y hasta hostilidad frente a los distinto, lo diferente. El primer paso para convivir es aceptar esta realidad y combatirla con la razón. Un mayor contacto con los extranjeros genera xenofobia en ciertos sectores sociales que tienden a ver amenazados sus intereses, sus costumbres o, simplemente, su seguridad. Ejemplo de ello fue la reciente encuesta entre jóvenes universitarios madrileños, muchos de los cuales se confesaban racistas*»[81]. Piensan rápido y mal cuando cambian la dignidad humana por el valor económico, por el color de la piel (racismo), por el origen del país (xenofobia), por el derecho a la diferencia (integración social). Hombres y mujeres de otro color o de otro país son aceptados de mala manera y, sin embargo, reconocen que interesan económicamente como fuerza de trabajo, pero sus costumbres, ritos y folclore son considerados injerencias en nuestra cultura. ¿Cómo hacerles comprender que la dignidad humana no se casa con la discriminación?

Los adolescentes se nos escapan de las manos, no es seguro que les hayamos dado el medio de habérselas con la realidad, de usar un pensamiento inevitable, de acomodar conductas positivas, de suscitar una relación favorable. Resolver un problema no es sólo conocerlo sino practicar, poner en juego los tejemanejes del conocimiento. Así que un drogadicto, por ejemplo, conoce su problema pero no pone remedio, no practica su conocimiento del problema.

1.13. Contrapartida: la búsqueda de una buena causa, ideales, valores…

El hombre es un ser en proceso. Y si se considera a menudo llegado a una meta, hasta el punto de equipararse a un dios, es porque no alcanza a transformar su complejo paternal: incapaz de integrar dicha simbólica y de llegar a ser el igual de su padre, adopta una actitud defensiva que consiste en hacer como si dicho padre no existiera; como si fuera su propio principio de creación. Al hacer desaparecer una parte de la realidad, desarrolla como contrapartida una angustia por la existencia cuyas secuencias depresivas no le son ajenas. La función del ideal o la búsqueda del sentido de la vida consiste en instaurar en cada uno un debate interior sin que se convierta en agente de culpabilidad[82].

El sentido del ideal se empieza a formar hacia los 4-5 años: cuando el niño tome conciencia de que no puede bastarse a sí mismo, de que su padre, espejo donde se mira, no es perfecto; de que tiene necesidad de otra dimensión para elaborar su vida alrededor de ideales y de proyectos. En todo caso, la secta, por ejemplo, es para ellos su padre y su madre y sus hermanos. El rechazo de lo religioso se casa malamente con la búsqueda de una religiosidad canjeada por espiritualidad o interioridad, que es lo que proporciona la secta. Un error epistemológico ha confundido ideología y religión o, de otra manera, ha asociado la religión al integrismo y al fanatismo. Pero no se puede construir una nación sin Derecho, democracia, libertad, ni tampoco sin los valores espirituales e históricos constitutivos de su identidad[83].

La pérdida de valores no puede ser subsanada olvidando otros valores más radicales. Los adultos han enseñado a nuestros adolescentes a descubrir tres cosas: el poder, el dinero y la mujer del otro (no la propia). Sólo falta, y debería ser lo primero, que se descubran a sí mismos. Ha aparecido una nueva enfermedad psíquica, la inmadurez, en virtud de la cual se reclama libertad absoluta de hacer lo que gusta: se confunde la libertad absoluta con el absoluto de la libertad. Se reclama libertad «de» y se olvida la libertad «para». Pero resulta que no hace falta la libertad «para» porque no hay proyecto sino un presente rabioso. No se rechaza el mal sino que se le anula por decreto en nombre de que somos libres. Cuando los valores pesan, cuesta esfuerzo conseguirlos, entonces se increpan, se menosprecian. La civilización es el ejercicio del propio control. El mal dominante es una cultura privada de sentido, una cultura replegada sobre ella misma que no atina más que a producir audiencia en vez de reconocimiento o asombro. Pero una cultura sin tradición es imposible. «*Una cosa es divisar desde una cumbre agreste la patria de la paz y otra cosa es seguir el camino que conduce a ella*.[84]

Si las ideas han movido el mundo, hoy pulula el peligro de que sean las sensaciones brutas las que tomen su relevo, dejando la capacidad de pensar en el alero, llevando al paro todo análisis y crítica fundados en sólidas razones. A ello se añade un rechazo a la reflexión intelectual que deriva del marxismo, del existencialismo y del estructuralismo, así como de ciertas corrientes del psicoanálisis. El marxismo ha tomado ideas cristianas para funcionar al revés, cultivando de manera coercitiva un mesianismo

terrestre. Desde el punto de vista psicopatológico es el resultado de un cristianismo tocado de una psicosis paranoica en que dormitan como lirones la desconfianza y la sospecha.

Cuando los valores humanos están ausentes, la persona cae en la sospecha de su dignidad. Una dignidad centrada en el poder económico, en el poder político y en el poder sexual acaba defenestrando la personalidad humana para canjearla por el valor económico total (globalización a ultranza), por el color de la piel (racismo), por el origen del país (xenofobia), por la desnaturalización de la vida (aborto, eutanasia), por el contra-derecho a la diferencia (integración social). Hombres y mujeres de otro color o de otro país son aceptados cuando interesan económicamente como fuerza de trabajo y para un trabajo forzado. ¿Quiénes luchan contra el racismo y la xenofobia? ¿Quiénes los defienden? Quienes se asientan en el escaño de la teoría, en la comodidad de su situación económica, en la tranquilidad del «dejar vivir». Sergio, el llamante de la entrevista modelo que expusimos al principio, rechaza la macabra oferta de sus compañeros de Instituto, pero tampoco siente el derecho y la defensa del más débil; no siente la necesidad de implicarse en lo que podía ser un quehacer honroso que diera sentido a su vida. El antirracismo auténtico debe partir de una laboriosa tarea de conversión en las ideas (la tierra está al servicio de todos), actitudes (no al prejuicio, la desconfianza, el sentido de superioridad: se asumen en la familia y en la escuela) y opciones de vida (compromiso con los más débiles y necesitados a través de algunas ONG de probada solvencia).

Texto

He aquí un texto antiguo que da la mano a nuestro tiempo:

> *«El alma recta, buena, grande, puede encontrarse tanto en un caballero romano, o en un liberto, como en un esclavo. ¿Qué son, en efecto, caballero, liberto, siervo? Nombres dados por la ambición o por la injusticia. Pero desde cualquier ángulo es posible lanzarse hacia el cielo. El camino de la virtud no se halla vedado a nadie; está abierto para todos»* (Epicteto. *De los beneficios*).

Algunas preguntas nos salen al paso. Por ejemplo:

— ¿Qué es un ideal?
— ¿Se puede vivir sin ideales?
— ¿Tienes algún ideal?
— ¿Te parecen convincentes las razones que aporta el autor del texto contra la desigualdad?
— ¿Podrías aportar casos de desigualdad en el entorno en que te mueves?
— ¿Se puede aceptar el dicho «la máxima igualdad es la máxima injusticia»?
— ¿Qué interpretación darías a lo dicho por Epicteto, «El camino de la virtud no se halla vedado a nadie; está abierto para todos»?

Caso Mikel (atención al subrayado):

Mikel no acabó el Bachillerato. Cansado de repetir curso y desconfiando de sus capacidades, ha rehusado matricularse en 2º a sabiendas de que <u>*ello le va a aislar de su grupo de compañeros de Instituto.*</u> *Así que opta por dar bandazos… hasta que encuentra a la salida del Metro a un grupo de jóvenes marginados, concretamente skinheads, que le invitan a pasar la tarde-noche… Acaba por adoptar* <u>*las costumbres, la indumentaria y las ideas del grupo,*</u> *por ejemplo, su militancia en favor de la supremacía de la «raza blanca».* <u>*Su primer compromiso*</u> *ha sido pintar pancartas, también en las paredes, y repartir octavillas… Consideran a los inmigrantes negros, judíos y árabes como inferiores, y los culpan de los problemas sociales, especialmente de la criminalidad y del paro. Al mismo tiempo, y su grupo preconizan la represión de la homosexualidad que, según ellos, pervierte las relaciones tradicionales entre hombres y mujeres y amenaza la integridad de los valores masculinos. De manera* <u>*que el orden y la disciplina que postulan han de ser impuestos*</u> *a todo el mundo, aun por la violencia. La fuerza del grupo empuja a asentar sus ideas y a obrar en consecuencia…*

Preguntas que podrían ayudar a la reflexión y al compromiso:

— ¿Cuál es tu reacción espontánea a la vista del comportamiento de Mikel ?
— ¿Es fácil a un adolescente el censurar el seguidismo de…?
— ¿Qué relación puedes encontrar entre fracaso escolar y alistamiento en pandillas anómicas?
— A partir de tus conocimientos de la vida social de la juventud en la antigua Grecia y en la Roma imperial, ¿se pueden comparar su conducta y diversiones con la de los amigos improvisados de Mikel?
— Las afirmaciones que vienen más adelante caracterizan la actitud o las ideas de Mikel. ¿Con cuáles estás de acuerdo y con cuáles en desacuerdo?:

a) Todo el mundo tiene necesidad de un grupo de pertenencia.
b) Los roles sexuales tradicionales deben ser mantenidos.
c) La raza blanca es superior a las otras razas.
d) Hay que mantener el orden en la sociedad.
e) El paro y la criminalidad son causados por los inmigrantes.
f) Es normal usar la violencia para defender nuestras ideas.
g) Cada uno tiene el derecho de expresar sus opiniones.
h) Hemos estudiado y dialogado sobre Derechos Humanos en las clases de Ética y Filosofía.
i) Está bien saber para aprobar, luego, la vida es otra cosa…

El hombre nace libre pero se halla en deuda con su conciencia. Si el adolescente intenta ser libre, se forma una recta conciencia con la que llegar a ser dueño de sí. Porque el adolescente es libre de elegir pero los acontecimientos le comprometen en las consecuencias de su elección. Es curioso que los valores elegidos como guía universal por el hombre de hoy chocan con un número determinado de prohibiciones absolutas que

hacen la sociedad ordenada. Por ejemplo, no matar, respetar los Derechos Humanos, decir siempre la verdad.

He aquí un texto reciente (atiende al subrayado):

> *«El punto de vista de que la ética es siempre relativo a una sociedad determinada, tiene las consecuencias más inverosímiles. Si nuestra sociedad desaprueba la esclavitud, en tanto que otra sociedad la aprueba, no contamos con base alguna para elegir entre estas dos opiniones contradictorias. De hecho, para un análisis relativista la contradicción no existe: al decir que la esclavitud es mala, lo único que en realidad estoy diciendo es que mi sociedad la desaprueba… Peor aún: el relativista no puede dar razón satisfactoria del no conformista. Si la "esclavitud es mala", sólo significa "mi sociedad desaprueba la esclavitud", entonces si alguien que vive en una sociedad que no la desaprueba afirma que la esclavitud es mala, está cometiendo un simple error de hecho… Los aspirantes a reformadores se encuentran, por consiguiente, equivocados; sólo cuando consigan ganar para sus opiniones a la mayor parte de la sociedad llegarán a ser buenas tales opiniones. Estas dificultades bastan para devaluar el relativismo ético»* (Singer, P. *Ética práctica*).

¿Quién no se ha percatado de que el relativismo ético domina gran parte del pensamiento y la conducta occidentales desde hace casi un siglo? Se cree sin aspavientos que es la mejor manera de interpretar el mundo, convirtiéndolo en pensamiento absoluto. Mas, como el cónyuge infiel, adolece de contradicciones. Y si no, que pregunten al relativismo por asuntos como el robo, el asesinato, la esclavitud, la violación, etc. Se tiene derecho al aborto indiscriminado, a la píldora indiscriminada del «día después», a la eutanasia indiscriminada, a la inmigración indiscriminada, a la diversión indiscriminada. La no discriminación acaba discriminando y cunde como combustible del relativismo. Así que en modo alguno las aceptaría; sólo cabrían en los casos en que no atentaran a la libertad y a los derechos de los demás: lo que quiere decir que el relativismo es ferozmente relativo, y esto sí que es un absoluto sin miramientos. En realidad el relativismo no se lo cree nadie. Pero el caso es que, para el relativismo, el igualitarismo es igual que la igualdad y el hombre es la medida de todas las cosas, excepto de las que le miden a él.

Unas preguntas por contestar a partir de dicho texto:

— ¿Las palabras «bueno» y «malo» se deben a la sociedad solamente, o hay algo bueno o malo, independientemente del punto de vista que adopte dicha sociedad? En caso afirmativo, ¿cuál sería la referencia última para calificar algo de «bueno» o de «malo»?

— El relativismo es la doctrina que produce más ansiedad en el adolescente: ¿a qué crees que es debido?

— ¿Se puede aceptar sin más el dicho francés del «Mayo del 68», «prohibido prohibir»?
— ¿Son buenas las leyes porque están mandadas, o están mandadas porque son buenas?

Y es que «*el criterio ético fundamental sería que el hombre no puede ser inhumano, puramente instintivo o animal, sino que ha de vivir de una forma humana, verdaderamente humana, humanamente racional. Moralmente bueno sería, pues, lo que, tanto en su dimensión individual como social, permite y posibilita a largo plano una vida auténticamente humana: lo que posibilita un desarrollo óptimo del hombre en todos sus aspectos y en todas sus dimensiones*»[85]. Ellos y ellas, adolescentes y jóvenes son el ramillete de esperanza que enarbolaba el poeta Miguel Hernández:

Sangre que no se desborda,
juventud que no se atreve:
ni es sangre, ni es juventud,
ni reluce, ni florece.
Cuerpos que nacen vencidos,
vencidos y grises, mueren;
vienen con la edad de un siglo
y son viejos cuando vienen.
La juventud siempre empuja.
La juventud siempre vence,
y la salvación de España
de su juventud depende.

RESUMEN

Itinerario conceptual del capítulo

1.1. Salir de la sexualidad infantil

— Una mala educación del control de los sentimientos lleva, especialmente a los adolescentes, a dejarse ventear como plástico de invernadero.

— Lo mismo sucede en una situación de sufrimiento sin salida aparente para la persona, o en una pobre integración personal, o en una falta de aceptación de sí mismo, o en una escasa vida de relación, etc.

— Si bien asistimos en el niño al despertar de la pulsión sexual, hay que saber que ella no tiene aún las competencias biológicas, psicológicas y sociales para realizarse.

1.2. El sentido del amor humano no es innato

— Enriquecer la sexualidad es integrarla en el sentido del otro.

— En la esfera afectiva no se producen libremente tristeza o alegría, lo mismo que en la esfera volitiva realizamos un acto de voluntad.

— Por eso, entendimiento, voluntad y amor deben cooperar entre sí.

1.3. El síndrome de soledad

— Se nos habla de la imposibilidad de realizarse en soledad y, sin embargo, mucha sabiduría y tranquilidad proceden de ella.

— Pero la crisis de la adolescencia es una crisis de soledad.

— El adolescente echa de menos, sin atreverse a reconocerlo, la familia acogedora, los amigos complementarios.

— La muerte no es asunto a silenciar.

— Una vida tranquila, pero sin paralización de compromisos, sólo es posible por medio de una reconciliación con la muerte.

1.4. Precaución y comprobación, no prejuicios

— Contrariamente a la creencia común, el papel desempeñado por los padres sobre los adolescentes parece ser tan influyente como en la primera infancia.

— La formación de la conciencia tiene raíces sociales.

— Contrariamente a las expectativas, los adolescentes tienen necesidad de que los adultos ejerzan su autoridad, siempre dentro de unos límites razonables.

— La autoridad no se mantiene más que cuando la persona de donde emana es respetada.

— Los adultos deben asumir el papel que decide el adolescente y respetarlo.

— Aunque tienen su crisis de identidad, pero los hechos empíricos no lo avalan siempre.

— Sentirse escuchados no es sólo un método terapéutico sino un excelente recurso pedagógico.

1.5. ¿No es el narcisismo uno de los riesgos de la adolescencia?

— Hay narcisismo porque se ama sólo a uno mismo con la ilusión de que es a otro.

— Antes de la anticoncepción (píldora, preservativos, parches), los jóvenes se veían abocados a una situación de responsabilidad.

— Ahora, no: porque no tienen más responsabilidad que la de «gustar», sin que este gusto arrastre consecuencias.

— Hablando de las muchachas los chicos se aman, hablando de los muchachos las chicas se aman.

— Las adolescentes y las jóvenes piensan a menudo que la mejor manera de guardar a un chico es hacer lo que él solicita a cada instante, a cualquier precio.

— La cuestión está en distinguir entre la amistad y el amor.

— Nadie mejor que la escuela y la familia podrían empezar por enseñarles —¡antes que los anticonceptivos o los preservativos!— la psicología particular de la mujer y del hombre en sus relaciones con el otro sexo.

1.6. Fomentar la autonomía

— Los adolescentes recaen en la fase de latencia sin haber resuelto el complejo de Edipo.

— A veces establecen esta relación con un educador, profesor o tutor.

— A los 18 años, si están de acuerdo con el comportamiento de los homosexuales que manifiestan tal tendencia, la defienden a ultranza.

— Pero si no están de acuerdo con su «súper yo« en la relación homosexual, entonces entran en una neurosis de rechazo de la sociedad y de los contenidos culturales adquiridos.

— La noche como escapatoria les agota irremediablemente y no serán sólo ellos quienes sufran las consecuencias.

— Dar, recibir, agradecer y poner límites representan el cuarteto educativo por antonomasia.

— El adolescente no será autónomo mientras no se aclare sobre el valor de la norma.

1.7. Homosexualidad y bisexualidad psíquicas

— La organización de la sexualidad humana reposa bastante sobre identificaciones adquiridas en la infancia.

— A partir de lo vivido sexualmente por sus padres, y luego, a través de lo vivido en la adolescencia, es como el niño despierta su propia pulsión.

— A nosotros, educadores o psicoterapeutas, nos corresponde impregnar, ante todo, en los alumno(a)s homosexuales un respeto y aprecio a su dignidad humana.

— Nuestra civilización está centrada en el falo, pero al desprecio del hombre hacia la mujer se ha respondido con el desprecio de la mujer hacia el hombre.

1.8. La relación padres-hijos adolescentes no es un regalo sino una conquista

— La imagen y el papel de los padres se modifican.

— La distancia en la pareja se agranda.

— Cuando el niño se ha hecho adulto y no conserva una imagen positiva del padre o de la madre, sus relaciones con los demás padecerá de inseguridad.

— A partir del momento en que el niño no tome a sus padres como absolutos, éstos se ven liberados de la obligación de ser un absoluto para sus hijos.

— Si el adolescente, al contemplar a sus padres descubre un conflicto en la pareja, el problema repercute en él y agrava más su propia neurosis.

— Existen padres que son víctimas de hijos-verdugos.

— Los adolescentes precisan, cada vez más, de buscar un modelo de vida, y la relación parental es el primero y principal.

1.9. Contra el fracaso escolar

— También la escuela padece su propia crisis: en vez de inyectar valores, a menudo comparte el desencanto de la sociedad.

— Muchos profesores se limitan a la transmisión de contenidos temáticos y tienen a gala —según dicen— enseñar neutralmente. Pero eso es imposible.

— La fragilidad de los adolescentes en su ruptura con los padres y con la escuela, viene de que no existe un trabajo valorado para cada uno.

— No es una pasión por trabajar, sino por tener el dinero que les proporcione consumir.

— Si ello no es posible, muchos adolescentes y jóvenes buscan sus propios medios.

— Les hemos dado el «consuelo» de la televisión, del ordenador y de la videoconsola.

— Y resulta que la televisión y el videojuego son frecuentemente un crimen contra el cerebro infantil, contra la inteligencia y el corazón del adolescente.

— Actitud ante el dinero, desprecio del dinero fácil y rápido.

— Por el contrario, fomentar el altruismo, la inserción en grupos de voluntariado, la convivencia en acampadas son antídotos de la relativización del dinero.

— Seguridad de afectos: la seguridad afectiva que el niño encuentre en la familia será el mejor antídoto contra el fracaso escolar.

— Queda pendiente la implicación de los mismos padres en la comunidad escolar.

— Los profesores son los más cualificados para sustituir una pedagogía del fracaso por otra del éxito.

— El peor síntoma pedagógico es la tristeza y renuncia secreta de tantos profesores, habida cuenta del menosprecio social que se cierne sobre la más alta de las tareas humanas.

1.10. Contra la desintegración familiar

— Los valores puntuados por alumnos encuestados: familia, estudio/profesión, dinero, tolerancia, libertad personal y, en último lugar, sentido religioso.

— De todos ellos, un 21% eran hijos de divorciados, separados o a punto de divorcio, con conflictos entre pareja.

— ¿Sienten los niños y los adolescentes el problematismo familiar e incide en su rendimiento escolar?

— La familia es el único ámbito donde se soportan las diferencias y se aguantan los agravios.

— En el momento difícil en que los adolescentes se sienten incómodos en la realidad de los adultos, su vida imaginaria les sostiene, si bien la familia sigue siendo un ideal.

— La función normativa de los padres establece pautas de convivencia, les obliga a saber decir «no» a poner límites que los adolescentes deben aprender a imponerse.

— Pero los niveles de ausencia de función normativa paternal son progresivamente alarmantes.

1.11. El suicidio no es liberación. La violencia que no cesa

— Cada vez es más frecuente el suicidio en los adolescentes: «acoso escolar», por ejemplo.

— Los índices de violencia, contra sí y contra los demás están proliferando en España con estadísticas escalofriantes.

— Cuando el adolescente ha crecido en una sociedad que menosprecia la vida, y en una familia en la que oyó decir a su madre, «tú no estabas programado», etc., entonces no tiene otra escapatoria: su propio desprecio, la violencia propia, el suicidio.

— Los porcentajes de suicidio son mayores en los chicos que en las chicas. En España son las segundas víctimas de suicidio, tras los ancianos.

— En muchos de ellos la prevención empieza por una buena cercanía materna-paterna.

— Subsanar los riesgos de suicidio: para un niño que verbaliza poco, el psicodrama puede ser interesante.

— Un problema de nuestros días es que se banaliza la muerte.

— Es importante descubrir los acontecimientos tempranos traumáticos.

— Ahora más que nunca, padres y profesores necesitamos formular mensajes positivos, reconocimiento de sus aciertos y de que, en sus errores, no todo está decidido del todo ni para siempre.

— Una forma severa de violencia: un conflicto de comportamiento es síntoma de que las ideas no están claras, pero puede no ser objetivamente un conflicto.

1.12. ¿Qué hacer ante la delincuencia, las drogas, las sectas, el racismo y la xenofobia?

— La delincuencia, el robo, por ejemplo, es una conducta que combina un rechazo de la realidad con la búsqueda de la facilidad y de la provocación.

— Hacer hablar de deseos y distinguirlos de necesidades, separar deseos de posibilidades.

— Drogas: todos los medios artificiales de placer, incluida la droga, proceden del hecho de que la satisfacción material de las necesidades se ha visto colmada por la tecnología.

— El adolescentes no sabe qué hacer con su deseo; entonces, lo transforma en necesidad de algo repetitivo que

le ocupe sin hacer nada.

— El porro que trivializan es un goce generacional, pasivo, suyo, para no estar con «los viejos».

— Sectas: se reprocha a las sectas que raptan a las víctimas de la anorexia. ¿Pero no es acaso un rapto consentido?

— Si los adolescentes son presa fácil de las sectas es porque las religiones monoteístas han postergado la simbólica de la liturgia, minusvalorado o soslayado el dogma sin dejar salida a la razón ni a la fe.

— El adolescente, sin embargo, necesita de la disciplina, del sentido de la vida.

— Precisa, más que nadie, de un ideal vivido en grupo.

— Como quiera que el hecho religioso no puede negarse, el adolescente es seducido por los ritos y sus exigencias disciplinarias, aunque le mutilen su libertad.

— Racismo, xenofobia…: muchos adolescentes empiezan a vivir una actitud prestada en relación con los inmigrantes.

— Piensan rápido y mal cuando cambian la dignidad humana por el valor económico, por el color de la piel, por el origen del país, por el derecho a la diferencia.

— Así que un drogadicto, un racista, un xenófobo, por ejemplo, conocen su problema, pero no practican su conocimiento del problema.

1.13. Contrapartida: la búsqueda de una buena causa, de ideales o valores…

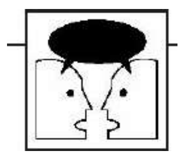
— La función del ideal o la búsqueda del sentido de la vida consiste en instaurar en cada uno un debate interior sin que se convierta en agente de culpabilidad.

— Ha aparecido una nueva enfermedad psíquica, la inmadurez: se confunde la libertad absoluta con el absoluto de la libertad.

— No se rechaza el mal sino que se le anula por decreto en nombre de que somos libres.

— Cuando los valores pesan, cuesta esfuerzo conseguirlos, entonces se menosprecian.

— Cuando los valores humanos están ausentes, la persona cae en la sospecha de su dignidad.



Propuestas de ruta para favorecer el diálogo o discernir en grupo

Casos: Alejandro: pp. 130-131; Elsa: pp. 147-148; Alberto y Manuel: pp. 152-153; Víctor y Sandra: p. 170; Mikel: p. 178.

Textos: doce textos clásicos breves, a seleccionar, en pp. 132-135; Cicerón: p. 139; Simone de Beauvoir: pp. 146-147; J. Marías: p. 149; Epicteto: p. 177; Singer: p. 179; Küng: p. 180.

4
ACTITUDES Y ESTRATEGIAS DE AYUDA

Nada sucede irremediablemente si el adolescente domestica su querer

1. ACTITUDES Y ESTRATEGIAS DE AYUDA AL ADOLESCENTE

Las preguntas y la escucha son las matrices de ayuda al adolescente. Mas no la pregunta áspera que excita la ira, sino la palabra amable que aumenta la persuasión. Así, si se pudiese disponer de una plantilla que reflejara circunstancias, sentimientos y hechos, ayudaría a encuadrar las actitudes más relevantes presentadas por los adolescentes. Por ejemplo:

a) **Confusionismo:** El adolescente no sabe **qué** decir, aunque tiene mucho. El adulto no sabe **cómo** decir. Su estado de transición le columpia entre ambivalencia, ausencia de valores, regresión, contradicciones, inconformismo y sensibilidad ante unos derechos adquiridos. Un confusionismo en el que parece como si quisiera implicar al Orientador, en el caso de Sergio, cuando empieza justificando que son los mismos problemas de Mónica, no siendo verdad, ni sus mismos problemas «en todos los sentidos», del verano anterior. Confusionismo entre pensamientos, sentimientos y conducta entre lo sucedido y lo que debe suceder, entre el ideal y la realidad.

b) **Agresividad.** Sergio, en la «llamada-tipo» de nuestro caso se devanea entre la conflictividad diluida de sus padres, el ataque verbal, e incluso físico a su madre, al tiempo que se defiende de ellos y quisiera tomar su independencia o autonomía.

c) **Dependencia.** Sergio tiene una manifiesta dependencia sexual de Mónica. Y eso, de manera obsesivo-compulsiva: la necesita («me veo colgado de ella») y le defrauda al mismo tiempo («esta tía iba a por mi»). Conjuga penosamente los niveles emocionales más primarios («una sensación nueva, un cosquilleo») con las ansias de abandonarla por dos motivos: porque se ha sentido engañado en

sus sentimientos por parte de Mónica, y porque Mónica le ha tratado de «naíf». Por otra parte, siente una gran dependencia de sus padres: teme su divorcio pero también su abandono y el de su hermano.

d) **Ambigüedad.** En cuanto a la imagen corporal, porque el cuerpo vivido y el cuerpo sentido por él, a causa del comportamiento de Mónica, le desorienta. ¿Busca su cuerpo o el cuerpo que le diseña Mónica: «melena», «adelgazar»? Por otra parte, aparece la extrañeza y el rechazo de la homosexualidad, la secta-religión, la incitación y rechazo de la droga, del racismo, de la xenofobia. Y, desde luego, su no querer aparecer ante el Orientador o Tutor como naíf, la manifiesta desorientación ante el abandono de los padres y la instrumentalización que de él hace Mónica.

f) **Ambivalencia.** Porque recuerda aspectos positivos y no entiende el cambio a peor entre sus padres. Quiere salir del atolladero «él-padres-Mónica» pero no sabe «cómo». Los adultos no suelen saber «si lo hay». Espera y desea que el Orientador pregunte y al mismo tiempo se extraña de algunas preguntas.

g) **Inseguridad.** Sobre todo inseguridad verbal, incapacidad de una expresión, reducida por falta de experiencias que le sirvan de referencia comparativa. Eso le lleva a un sistema de comunicación pasivo, dejándose ver, pero esperando determinaciones de alguien que le pueda orientar. Tiene miedo a enfrentarse a su situación primaria y confusa.

g) **Manipulación o chantaje.** A partir de ahí, Sergio trata de manipular, a su manera, al Orientador, sugiriéndole salidas espectaculares —modo casi agresivo de comunicación— que, por otra parte, no ve próximas: suicidio, dejar pasar el fracaso escolar, mandar a sus padres a paseo, refugiarse en la cadena de música, dejar de lado su aparente interés por los dos hermanos menores, evasión en la panda de amigos **de** y **con** Mónica. Además —dice—, «Me veo perdido», «No sé para qué te cuento esto». Tampoco está de acuerdo con los escarceos de su amiga, pero entra en el juego dejándose arrastrar: se trata de su «primera experiencia». ¿Busca un arreglo o una justificación?

Sergio se torna «sabeor» frente al Orientador: «¡Si supieras, tío… La otra noche…!». Quiere dejarle impactado frente al no va más de las indefiniciones de homosexualidad que ha experimentado. A pesar de que, según dice, «todo eso es que me da vómito». Finalmente, apunta los vericuetos de comunicación impersonal que se dejan traslucir cuando usa palabras abstractas, monótonas, argot juvenil. Las palabras se tragan las ideas y así crece su inestabilidad. Las ideas apisonan los sentimientos, sobre todo, escabulléndose al final en el interrogante por su madre.

Algún que otro compañero del «Insti» le ha notado algo, incluso le invitan a ir a reuniones (posiblemente alguna secta, por los datos someros que Sergio apuntó), si bien él se presenta como algo que no le concierne, que eso pertenece a otra galaxia. La forma suprema de chantaje es el conato de abandonar la conversación antes de su clarificación: «¡Total, veo que todo es un asco!», «No sé por qué llamo ahí… Con los problemones que…» Renuncia a «todo» pero sin haber hecho nada, salvo llamar al teléfono u oír al

Tutor.

2. POSIBLES ERRORES O TRAMPAS AL ABORDAR LOS PROBLEMAS DEL ADOLESCENTE

Sería lamentable, por parte del Orientador (también, de padres, tutores y profesores), adoptar actitudes facilonas de atención a Sergio, a cualquier adolescente. Ello encubriría al fin y al cabo una hábil salida, una connivencia con el adolescente en crisis, pero nada resolvería, salvo el tapar los problemas que más tarde pasarían factura. Así sucedería con las siguientes trampas-errores:

a) **Banalizar.** Quitar importancia al caso presentado por Sergio, insinuándole que «en los tiempos que estamos, eso le pasa a cualquiera de tu edad…»; «¿Quién no piensa a tu edad en pasárselo "dabuten"?».

b) **Dramatizar.** Llevando la situación de Sergio a extremos irrecuperables: «¡En buen lío estás metido, chico; a lo mejor, hasta la tal Mónica te ha contaminado el Sida… Yo no me fiaría de los preservativos, ya sabes. Por otro lado, como no se arreglen tus padres, te veo perdido»; «¿Qué has hecho?».

c) **Dar por supuesto.** «Cuando descolgué y oí tu respiración jadeante, me lo supuse: este trae problemas sexuales o líos de esos.» O también: «Verás cómo tus padres acabarán arreglándose; por lo que me cuentas parece que pasan una mala racha»; «Mira, a esa tal Mónica, parece que la estoy viendo: es una furcia barata».

d) **Recetar. Aconsejar.** «Atiende, escúchame bien, mi larga experiencia en el TES —¡si habré oído ya casos como el tuyo!—, lo mejor que debes hacer es lo siguiente: primero…, segundo… Y tercero. Con eso, verás cómo acaba todo bien. Hazme caso. Mira que nosotros, aquí, sabemos mucho. No le des más vueltas. Haz lo que te digo, te alegrarás, ¿qué puede uno como yo, que trabaja aquí sin cobrar, querer para ti? Si la gente como tú llamara a tiempo al TES otro gallo cantaría en la sociedad.»

e) **Culpabilizar, moralizar.** «Oye, joven: me da pena tu situación: te veo destrozado, como si no hubiera por dónde cogerte. Has caído en el hondo del pozo: ¡siento una lástima por jóvenes como tú! Se ve que no has sido precavido, a pesar de ser ya todo un estudiante, aunque repitas 2º de Bachillerato. Todo un hombre y qué bajo has caído. ¿Es que tú consentiste lo de los cosquilleos esos? Espero que no del todo. Es que en la vida no debes juntarte con cualquiera, ¡también en los Institutos hay cada pieza! Te portas como un niño, pero ya no eres un niño. ¿No puedes hacer algo por tus pobres padres? ¿No te das cuenta de que eres el hermano mayor y si tú no arreglas la situación de ellos, a lo mejor todo se va al garete?»

f) **Locuacidad** y términos técnicos en el entramado de la conversación con Sergio

(fobia, neurosis, compulsión, anorexia, etc.). «Déjame que yo te hable, porque a tu edad te viene bien una información casi completa de cómo es el psiquismo humano del adolescente. Ya sé que en los centros de Bachillerato no hay una información exhaustiva y eso es imperdonable. Verás… Pero aguanta un poco, ahora no me interrumpas… Todo lo vas a comprender. Y te va a desaparecer todo ese mogollón de que me hablabas con tanto lío…»

g) **Generalizar.** «Verás, Sergio: todos los chicos de tu edad se encuentran, antes o después, en una situación tan embarazosa como la tuya. Es normal. Derrocháis vitalidad por los cuatro costados y… todos vais a parar a lo mismo: el sexo, la droga, la discoteca, la panda, en fin… A veces me pregunto, sentado como estoy aquí tantas horas escuchando a otros como tú, si no será inevitable que a todos os suceda así. Pero, de todas formas, una buena formación es siempre necesaria. No en todas partes se da. Por otro lado, todos los padres suelen tener un mal momento. También hay chicas para todo. Esos vómitos de que me hablas los sienten todos los chicos cuando se les presenta una descabellada ocasión de homosexualidad… En el fondo todas las situaciones son parecidas, por no decir iguales… Un joven se parece a otro como dos gotas de agua… No hay nada nuevo bajo el sol.»

h) **Comparar.** «Sergio, me estás recordando un caso idéntico al tuyo, aunque aquel chico de que te hablo fue más hábil porque cortó por lo sano. Pero en cuanto al problema de sus padres, hermanos, droga, chica, homosexualidad, etc., pareces idéntico. Bueno, aquél fue más decidido y radical, sin andarse por las ramas.» O también: «Conocí otro caso que me llamó precisamente ayer y ese sí que no había por dónde cogerle. Tú, al menos, estás receptivo, eso es lo que pienso, ¿no es verdad? Verás lo que él me decía… Como ves, tú sales mejor parado a través de cuanto me has contado»; «por otra parte, a todos los jóvenes de tu edad les gusta acicalarse, dar el pego con la ropa de marca o el peinado chuli».

i) **Prejuzgar.** «No sé por qué, chico, pero cuando descolgué el auricular, me dije: ¿joven?, luego hay líos de sexo, o de droga, o de…, todo eso que me has contado. Es que la experiencia de uno escuchando todos los días…»; «ya sé por qué te refugias en la cadena de música y sobre todo por la noche. Claro que así no puedes dormir». O también: «De todas formas poco puedes esperar de unos padres que se quieren ya tan poco»; «esa Mónica está perdida para siempre… y en cuanto a la pandilla, ni qué decir».

j) **Tonos del lenguaje** sarcástico, irónico, aburrido, eufórico, contundente. «¡Vaya cogorcia mental que tienes, tío!»; «Oye, macho, estás en lo mejor de tu vida: a eso me apuntaría yo»; «¡Vaya, vaya! ¡Qué tiempos tan difíciles os ha tocado vivir a chicos como tú»; «¡Nada, joven, todo tu mogollón se va a terminar en un periquete: vamos al grano, verás cómo todo queda resuelto y sanseacabó»; «¿Con que me llamas para aclararte y tomar una solución, y acabas hablándome del suicidio o de echarte a la cuneta? Ya te veía venir: ahí te he pillado».

k) **Fingir comprensión.** «Mira, Sergio, he captado perfectamente todo tu

problematismo, que no es moco de pavo, cuenta conmigo, yo comprendo a chicos de tu edad: yo mismo he sido un joven que, no te escandalices, ha pasado por esos trances y, ya ves, ahora, aquí, ayudándote a ti»; «Voy a hacer lo que te gusta, voy a hablarte como tú querrías que te hablara, con tu mismo lenguaje»; «Estás en la peor edad de la vida. Si no tuvieras ideas suicidas, no serías un adolescente».

l) **Repetir como un loro.** «¿Tienes seis asignaturas pendientes y, además, repites curso?»; «¿Tu verano pasado fue un desastre en todos los sentidos?»; «¿Tus padres se llevaban tan mal que hablaban de divorciarse?»; «¿Tu amiga (Mónica) también?»; «¿Te dolió que te llamara naíf?»; «Pero el caso es que te ves colgado de ella».

m) **Dirigir, mandar, chantajear, soltar el rollo.** «Has tenido suerte, Sergio: has acudido al TES, sitio ideal para estos asuntos. Ahora sólo te falta decisión para hacerme caso en cuanto te voy a ir indicando… Desde luego no se conquistó Zamora en una hora, pero si sigues, aunque sea un poco, lo que te voy a decir… Espero de tu nobleza de joven que quieras salir sinceramente de tu atolladero… No tengas pánico… Eso sí, si no tienes en cuenta este diálogo, puede que vayas a peor y… no digo que me lavo las manos, pero casi. Yo, por mi parte, empiezo por rogarte que prestes atención y no te me pierdas cuanto te voy a decir…»

n) **Interpretar.** «Entonces, Sergio, ¿aquella chica, lo que quería era aprovecharse de ti y punto?»; «¿Y los de la panda, meterte mano?»; «Seguramente tus padres lo que buscan es divorciarse porque se han aburrido»; «¿Es que en el fondo, querido, lo que pretendes es chutarte y comerte una rosca: ¿sí o no?»; «Desde luego tu padre tiene razón cuando te dice "tú no sabes nada de la vida": los padres, ya sabes, tienen un sexto sentido».

o) **Insultar. Ridiculizar.** «¡Jopé, macho: qué "leche" te has pegado… Ya sabes que esos polvos traen estos lodos. Bien puedes sentir vergüenza. Pareces un muñeco de trapo… Vaya lo que me has traído… Eres un puro naíf: ¡qué razón tiene esa tipa, Mónica, y, además, con droga y, para colmo, con tendencias homosexuales: ¡lo que te faltaba, tío!».

p) **Simular que se está de acuerdo.** «En principio, Sergio, creo que llevas toda la razón del mundo en cuanto a tus reservas con tus padres, con Mónica y con la pandilla de que me hablas. Debo reconocer que, aunque lo tuyo es un episodio, el primero de tu vida, pero un episodio más, a menudo no hay más salida que la que tú propones por dolorosa que parezca, pero…»

¿**Resultado**? Que no he comprendido a Sergio. Y como no le he comprendido, no dialogo, impongo mis ideas sin intercambiarlas con él, y como no le he escuchado, no he aprendido nada: y como no he aprendido, nada le he aportado. Las palabras no dejaron pasar los sentimientos, la inteligencia anuló los recursos de la mente, la teoría no propició la comprensión. Una vez más: ¡saber no es sólo comprender!

3. ESTRATEGIAS TERAPÉUTICAS. CLAVES DE INTERVENCIÓN

Una gran ayuda de la educación: la pregunta bien hecha

Todos los esfuerzos con los adolescentes por parte de las Tutorías y Departamentos de Orientación se ven mermados por el silencio de una relación mal encauzada, debido a la ausencia de clarificación de «sus» vidas y consiguiente penuria de estímulos. Sus preguntas son su mirada: ¡vienen al «Insti» con tantas nebulosas! Necesitan aprender a usar el pensamiento, pero al mismo tiempo, encauzar su afectividad. Un alumno vino un día al Departamento: «¡Quíteme la posibilidad de pensar —dijo— y así poder vivir en paz, porque mi cabeza es como una jaula de grillos!». A él como a tantos otros, ¿no les vendrán a pelo los ya citados versos de Jorge Manrique?: «*Conmigo solo contiendo, / en una fuerte contienda, / y no hallo quien me entienda / ni yo tampoco me entiendo*». No podemos sacar al alumno de la contienda de la edad y del alma sin las preguntas. Y eso es un terreno por sembrar. Sobre todo, si se logra trabajar su problematismo en pequeños grupos, entre lúdicos y psicoterapéuticos, dentro del mismo centro escolar, aunque sea fuera del horario académico.

En la primera edad de la vida la pregunta del niño busca el *nombre* de las cosas sirviéndose del «¿qué es eso?»; en la segunda edad —entre los 9-11 años— predomina el «¿por qué?», tiene afán de jugar e instruirse. En la pubertad las preguntas se orientan a la *búsqueda de valoración y medida*. En la adolescencia o «edad metafísica» persisten las preguntas del «qué» y «por qué», pero adentrándose en la *pregunta por el sentido*, porque el adolescente siente o experimenta un desequilibrio en su manera de entender el mundo. Son, por tanto, preguntas que están al servicio del cambio mental, de la innovación y de la creatividad del espíritu[86].

El adolescente reconoce que sin un poso de pensamiento bien usado andaría desarmado y desalmado. Quiero decir: sin autodefensa mental y moral. El pensamiento forcejea por un encuentro con esa realidad radical que es «mi vida», la de cada cual: que puede ser tranquila o agotadora, bien o mal ganada, de hacer o padecer, de existencia o resistencia; se torna así exploración o mirada humana sobre la realidad o el entorno: no es pensar en el vacío sino mirar el vivir personal dándole un sentido.

La técnica de la pregunta estará siempre en el punto de mira para una adecuada *escucha constructiva*. De tejas abajo, la verdad está en la pregunta, y eso no lo hemos dicho casi nunca a los alumnos. Sin embargo, «*al ser interrogados los hombres, si se les hace la pregunta bien, responden de por sí todo tal y como es*»[87]. Unas pocas preguntas servirán de ayuda, no sólo del lado académico o en el aula, sino del lado de la madurez o crecimiento personal a través de la relación social:

¿Qué quieres decir con eso?
¿Por qué dices eso?
¿Cómo lo sabes?

¿Cómo lo dices?
¿En qué se basa tu opinión?
¿Es así, o piensas que es así?
¿Puedes ofrecerme una prueba?
¿Puedes ponerme un ejemplo?
¿Piensas que estamos discutiendo o más bien dialogando?
¿Crees que lo que dices está claro para casi todos?
¿Qué conclusión debo sacar de lo que dices?

Frente a la afirmación rotunda del adulto se hallan los interrogantes que el adolescente adormece en el silencio. ¿Olvidamos que la adolescencia se prolonga según las interpretaciones que ellos reciben de los adultos?: «Siempre te portas como un niño, pero ya no eres un niño». Ese es un lenguaje culpabilizador, si bien el adolescente no le presta mayor atención, salvo que se lo dijeran sus compañeros, no sus padres, cuando han dejado de ser valores absolutos de referencia. Pero han sido alimentados por frases inoportunas de las madres, como por ejemplo: «No llegarás a ser nada; ¿cómo quieres gustar a una chica, si siempre vas tan desaseado?». Ni hace falta que yo halague a Sergio diciéndole: «Voy a hacer lo que te gusta, voy a hablarte como tú querrías que te hablara, voy a usar tu manera de hablar». Aunque quisiera, no lo conseguiría jamás.

Como nos recuerdan los psicoanalistas F. Dolto (1988; 1990) y A. Anatrella (1991; 1994), parece terrible tener que hablar a adolescentes de los medios anticonceptivos, cuando jamás, en la escuela, se les ha hablado de la nobleza de la concepción. Parece ser que las chicas de 14-15 años sienten curiosidad por conocer las reacciones de los muchachos, se interesan por los procesos de la reproducción. Pero al mismo tiempo manifiestan cierto desafecto respecto de la sexualidad como tal. Los chicos se preocupan más de los aspectos sociales del intercambio con el otro sexo y, por supuesto, de su potencia genital: por un lado, les sirve de tema de interminable conversación pero, por otro, temen la sexualidad. Se preocupan del efecto que causan, en lugar de ocuparse de su percepción personal y de su no saber qué hacer. El interés del chico por atraer y seducir es una búsqueda histérica.

«¿Qué has hecho, Sergio?», no es una pregunta que se deba plantear a un adolescente. No hay que preguntar directamente lo que hacen. La tendencia homosexual en el adolescente es frecuente. Cuando son pequeños, la madre gusta de consultar a un profesional. Cuando son adolescentes, continúan viendo al mismo médico: eso es bueno para las adolescentes, pero malo para los adolescentes: la imagen del médico es un poco represiva, prolongan el miedo a la policía o al coco.

El pensamiento del suicidio

Es difícil pronosticar riesgos, pues a partir del momento en que el médico de familia habla, se acabó la conversación. Cuantos más medicamentos se le administra, más se dirigirá el adolescente al suicidio si temporalmente deja de estar medicado. La

prescripción de farmacopea dramatiza la situación. El medicamento tiene mala prensa entre adolescentes y jóvenes: «basura», «esto no sirve para nada». Saben a duras penas que su cuerpo no está enfermo sino en mutación. No cabe decir: «Estás en la peor edad de la vida. Si no tuvieras ideas suicidas, no serías un adolescente».

Por otra parte, no es seguro en absoluto que se les ayude, adormeciendo con fármacos o no queriendo nombrar lo que les produce sufrimiento, dejándoles vivir con ese secreto. Porque algún día eso saldrá a la luz de modo dramático. Por el contrario, hay que mencionar aquello que se reprime. De la misma manera que las madres tienen miedo de decir que no querían a este niño, también lo tienen de hablar del deseo de muerte; temen que el simple hecho de pronunciar la palabra «suicidio» sea de incitación. Si es la madre la que habla de ello hay un gran porcentaje de posibilidades de que no lo sea. Pero puede ser una persona más alejada: abuelos, etc., en quienes el adolescente suele confiar que guarden su secreto. En todo caso, hay que abordar directa o indirectamente la cuestión de la muerte. Quizá se sentirían mejor comprendidos.

Respecto a la violencia, el racismo, la xenofobia…

Fomentar una actitud de interpelación reflexiva ante la violencia, el racismo, la xenofobia: «¡Atención, fulano quiere provocar un incendio!», o «Ese va a quemar los contenedores y papeleras de la calle», o «Vamos a limpiarnos esta noche a unos cuantos “maricas”», etc. Eso sería salir de su mundo que es el mundo del deseo, no el de la realización. Se trata de poner al día el origen del deseo o no-deseo que anima al adolescente interlocutor. Si el declara al especialista: «Quiero incendiarlo todo», le dirá solamente: «¿Cuándo has llegado a la decisión de incendiarlo todo como única solución para escapar?», «¿Qué es lo que odias en los “maricas” para querer lincharlos por la noche?».

En cuanto a la droga

El discurso que el adulto ofrece al adolescente ante la droga es a veces sinuoso: «Presta atención, la frontera entre droga blanda y droga dura está abierta, hay resbalones. Los proveedores te meterán en el engranaje», no produce efecto en los jóvenes. Estas afirmaciones, como dicen los estudiantes, son moralizadoras, «completamente falsas». Usar las palabras del llamante para asegurarle que se le ha comprendido; ir no sólo a las palabras sino también a los sentimientos. Incluso a las consecuencias en su conducta.

La droga neutraliza el camino de la libido hacia la creatividad y la procreación. Empiezan a ver en muchos jóvenes una ruta especial, la «ruta del bakalao»; y las noches empiezan a ser misteriosas: «trasnochar es vivir», «estar al loro», entrar en la «movida» lo atisban como una garantía de ingreso en la juventud. Pero nosotros, padres y educadores, no estamos aquí para ponerles trabas sino para insinuarles el resultado que

les aguarda. Dicen algunos padres, entre incapaces y condescendientes: «¡Qué les vamos a hacer, tienen 16 años, tienen que vivir, además no van mal en los estudios!». Cuando en cualquier clase —más en Ética y Filosofía— se les habla de la libertad como responsabilidad de sí y de los demás (¡libres, luego responsables!), los adolescentes se sienten turbados. Eso ya es positivo. La vida no es lo que les viene sino lo que hacen con ella. Por tanto, el debilitamiento ante la vida, ante el obstáculo, ante el esfuerzo les vuelve vulnerables a toda invasión. Así es como las civilizaciones se destruyen[88].

Hay que decirles que la droga les torna pasivos frente a los obstáculos, alimenta su apatía e indiferencia. El hachís puede volverlos violentos o dejados, negligentes. La droga les hace regresar al «bebé atiborrado». El lenguaje que se debe tener no es de aprobación, pero tampoco de represión penal o de condena moral. Es el de la elección lúcida: «Os hemos escuchado. La sociedad da mal ejemplo o propone otros derivados». Es derecho vuestro preferir los placeres pasivos. Pero sabed que llegaréis a la edad adulta sin haber hecho vuestras experiencias. Lo pagaréis con el peligro de vagabundear». Pero es preferible ser más concretos: «Cierto que podrías prescindir de una cura de desintoxicación, mas no puedes decir que no inhibes tu voluntad de vivir y que no te disuades de enfrentarte con tus responsabilidades. Mientras fumes el "porro" o tomes la "patilla", no haces otra cosa, ni te quedarán ganas de salir». El cigarrillo corriente no provoca esta actitud de total indiferencia. El tabaquismo no ha impedido jamás a la gente llevar una vida social, pero predispone a muchos tipos de cánceres.

Respecto a la sexualidad

Las actitudes frente a la sexualidad no pueden ser ni moralizadoras ni culpabilizadoras, sino informadoras y responsables. Desde luego, la información sexual ya no se limita al hecho biológico. Lo mismo debo hacer al hablar de la relación de Sergio con Mónica. Moralizamos o culpabilizamos a Sergio, pero nadie le dice: «No te desalientes después de esta experiencia. Te preparas para otro encuentro más duradero, con un ser que tendrá fe en ti»; «Ya sabes, lo fácil es frágil, la fuerza nace de una debilidad aceptada». Entre las adolescentes sucede lo mismo ante un primer fracaso sentimental, el cual provoca una especie de recaída en una homosexualidad prepúber ocasional: se sienten como navegando en alta mar dentro de chirriantes pateras.

Los jóvenes que llamaren a un TES, que acudieren al Tutor o a una consulta médica, solicitarán implícitamente algo más que un consejo o una prescripción de sedantes. Una buena pregunta a los chicos: «Las chicas: ¿son ellas las que te plantan o eres tú que abandonas y las dejas?» O bien: «¿Tienes compañeros que van aún con chicos, o que han estado ya con muchachas?». Mejor sería preguntar a Sergio: «¿Tienes algún amigo que salga con chicas en plan íntimo?». Que quede claro: «Digas lo que digas, yo no se lo contaré a nadie; quedará entre nosotros». Ante todo, establecer la confianza. Es la máxima prioridad. La adolescencia se prepara con un alejamiento de los padres: de una manera controlada, sin cortar el vínculo que les une con su familia a la

que no le desagrada ver cómo se alejan con tal de que comuniquen sus noticias. Los jóvenes que permanecen en casa suelen dar valor a la familia, a la fidelidad, al amor, a la salud. Son los post-adolescentes.

Ni los padres de Sergio, ni los profesores del «Insti», podemos empezar por discursos sino por comportarnos de acuerdo con los valores que pretendemos defender sinceramente. Para ello es preciso que asumamos nuestras propias contradicciones. La buena solución es alimentar un sueño que se realice día a día. Asoman mil terapias que alimentan los síntomas en vez de desenmascararlos y diagnosticarlos. Son falsas terapias: hay un gurú en cada bocacalle. Y ese mal inunda no sólo el psiquismo sino también lo social, lo cultural y lo espiritual. Pululan neurosis de elección de vida, y no es que el adolescente depresivo no se interese por la realidad, sino que no llega a hacerse con ella.

En cualquier caso, la terapia conductista, la terapia familiar (si los padres pasan por una crisis entre ellos, pero que no son conflictivos), el «couseling» y la vía filosófica son ayudas propicias para los trastornos de la adolescencia. Hay que hacer ver que este período transicional supone para ellos una carga especial, un reto y una oportunidad. Precisamente la ausencia de toda clase de perturbaciones es un mal pronóstico y algo que forzosamente les impedirá desarrollar un crecimiento personal. Tienen que establecer la confianza en sí mismos y en sus propias capacidades, liberarse de anteriores vínculos paternales.

Escucha, esfuerzo y esperanza

Y aunque la ausencia de toda clase de perturbaciones es un mal pronóstico, sin embargo la adolescencia es un período de grandes ventajas si se la deja pronto asumir todas sus responsabilidades. Habría que darles un presupuesto de ropa para que ellos se la compren. No coartarles quiere decir dar la aprobación. En todo caso, se pueden rechazar sus actos pero no sus personas. En las desavenencias, acordar juntos un buen desacuerdo. Hay que cortar por lo sano para que el adolescente prolongado se libere finalmente de los lazos familiares. Se impone la escucha y la paciencia. Ellos saben que no tienen un céntimo y, si son normales, les cuesta pedir «pasta» a los padres. Si el adolescente tiene un proyecto, incluso a largo plazo, está salvado. Es lo que le hace soportable el purgatorio de su dependencia económica, sin olvidar que unos padres pueden ayudar a saber lo que quieren sus hijos a fuerza de hacerles evaluar pros y contras. El objetivo es establecer una buena dosis de confianza en sí mismos. Así se vislumbra en el caso siguiente.

Caso Palmira (atención al subrayado):

Decía Ortega y Gasset que «*cada vida es un punto de vista sobre el universo*». El diálogo hace crecer la conciencia, único estado mental que nos abre posibilidades.

Palmira tiene 15 años; es la mayor de dos hermanos. Vienen sus padres (ellos tienen unas relaciones frías, distantes entre sí; el marido viene como arrastrado por la esposa) a ver al tutor, quedando Palmira presente. Extremadamente tímida y acomplejada. Algo de retraso mental, también tuvo dislexia, contesta con monosílabos, problemas de relación con la gente de su edad, no tiene ninguna amiga en el IES ni en el barrio, sólo habla a veces con una chica de «integración». No sale de casa, su tiempo libre lo dedica a «ver televisión». Los fines de semana está más animada, porque no tiene que ir a clase. Le gusta la clase de Ética, porque allí «aprendo cómo debiera ser la gente, y si la gente fuera así, a mí no me darían de lado y yo no estaría así». Su madre la define como «muy infantil». El hermano pequeño, con el que se hacen reiteradas comparaciones, dice la madre que es «muy listo y activo». El padre no habla nada, está todo el día fuera de casa trabajando. La madre, casi llora, porque dice que lleva todo el peso de la casa.

Cuestiones para fomentar el diálogo:

— Intenta resumir en modelo telegráfico el «caso Palmira».
— Muchas cosas afectan a Palmira. ¿Puedes enumerarlas?
— Se ha dicho que cierto tipo de «retraso mental», la dislexia, tartamudeo, etc., son la plasmación de una negativa situación afectiva incrustada en la infancia: ¿crees que se puede aplicar al «caso Palmira»? (Repara el caso: «relaciones frías y distantes entre los padres», «el padre no habla nada»).
— ¿Se puede decir que la madre comunica con los dos hijos, o más bien los «etiqueta»? Explícate.
— ¿A qué se parece y a qué se opone lógicamente la «etiqueta»?
— «Ver televisión», como hace Palmira, ¿es un modo inteligente de diversión?
— La Ética/Moral nos enseña cómo debemos obrar. Palmira encuentra satisfacción en esa clase, ¿pero habla de cómo debe ser la gente, de cómo debe hacer ella?
— Palmira «sólo habla a veces con una chica de **integración**», ¿puedes escribir una reflexión en diez líneas sobre ese hecho?

4. ¿QUÉ DECIR A MADRES Y PADRES QUE DECLARAN TENER MIEDO FÍSICO DEL HIJO O HIJA AMENAZADORES?

Orientador: Ahora sí hablas, y sin rodeos…
Sergio: Sí, a mí me gusta «ser legal», hablar claro. Pero cuando hablo algo en casa mi padre me dice: «¿Qué sabrás tú de la vida?», «¡Estás en las nubes!». Y mi madre, lo único que me dice es: «¿Pero qué haces? Eres el mayor. Y con

tantos suspensos… Vas a salir a tu padre… Lo que no hagas por ti, ya ves…». Ella trata de llevarme a su molino contra mi padre. A veces me harta y hasta me dan ganas de arrearle un soplamocos… El caso es que tengo una empanada mental…

Sólo cabe la actitud de decir al hijo la verdad (Dolto, 1990): «Ya no estoy a tu altura, me das miedo. Tú quieres que yo reaccione. Se acabó. Aquí ya no puedes encontrar ayuda». Cuando una madre dice: «Estoy inquieta por el comportamiento de mi hijo, que no hace otra cosa que jugar con cuchillos y navajas que se compra con el poco dinero que tiene, pues yo soy pobre y no puedo proporcionárselo». «¿Cree usted —pregunta— que escenas del cine o de la televisión pueden incitarle a agredirme o a agredir a una persona que venga a verle?» Se le respondió: «¿Y usted qué hace?». «No le permito que lo haga y trato de que me escuche.» Se le apuntó: «Eso no es muy inteligente que digamos». «Sí, claro, dice la madre, pero está fuera de sí y yo estoy muy inquieta; tengo miedo por mi vida, porque lanza unas extrañas miradas cuando hace eso.» En el fondo subyace un fantasma erótico de hijo sin padre. Su madre no le había comprendido. Finalmente, ella le dijo: «Si te doy la lata para que no juegues con los cuchillos, es porque me molesta ver que haces gestos que no pareces controlar, y que pueden ser dañinos para tu cuerpo o para el cuerpo de alguien: el mío, por ejemplo; el otro día me heriste (en efecto, la había herido) y eso ni siquiera te importó porque estabas enfrascado en tu juego. Por suerte, no fue grave. Pero me preocupa verte tan enfrascado en un juego haciendo cosas que pueden ser perjudiciales. Estoy segura de que me quieres, pero ¡estarás aviado si realmente me haces daño, o te lo haces a ti!»[89].

Esa madre confesó después que todo había terminado bien: «Ha vuelto a ser el niño que era antes». Creo que le produjo un cambio al decirle: «Pero tú no te das cuenta». La madre puso coto; mientras que cuando le culpabilizaba, le inhibía cada vez más, con lo cual enfrentaba al chico con ella. También podía la madre haber derivado las ventajas de un cuchillo si lo lanzaba en un jardín cerrado donde a nadie dañara; o, incluso, si le comprara ella misma un cuchillo labrado, con valor histórico, por ejemplo… Es una manera de sublimar el fantasma del joven. Los padres dramatizan, en lugar de decir: «Está bien, escucha música con un casco… Escucha el programa de radio». El padre de Sergio le dice: «¿Qué sabrás tú?», «estás en las nubes». Pocos padres conocen la respuesta que el día 9 de marzo del año 2000 dio el Gabinete del Defensor del Pueblo a unos padres acosados por su hijo:

1. *Todos los hijos, mientras son menores de edad, tienen derecho a que sus padres les proporcionen techo, alimentación, cuidados y educación.*

2A. *De estos mismos derechos podrán disfrutar los hijos, a partir de la mayoría de edad, siempre y cuando los padres así lo deseen y los hijos tengan un comportamiento adecuado de respeto hacia ellos y de colaboración en la*

convivencia familiar.

2B. *Si los padres solicitasen a los hijos, mayores de edad, ayuda económica para gastos de vivienda y manutención, los hijos deberán aportar la ayuda solicitada, compartiendo los gastos familiares, pudiendo ser desahuciados del domicilio familiar si no aportasen dicha ayuda.*

3. *Si los padres no desean que sus hijos, mayores de edad, sigan viviendo en el domicilio familiar, los hijos tendrán obligación de buscar otro domicilio en cuanto los padres lo consideren necesario.*

4. *En el caso de que los hijos no se comporten de acuerdo a ese respeto y colaboración con los padres, dando muestras de mal comportamiento, malos tratos hacia los padres (físicos y/o psicológicos), escándalos de cualquier tipo, o situaciones de alcoholismo y/o drogadicción del tipo que fuese, los padres tienen el derecho de impedir a los hijos el acceso a la vivienda fa miliar en la forma en que consideren conveniente.*

5. *Si el mal comportamiento de los hijos o las problemáticas mencionadas se produjeran con frecuencia, los padres tienen derecho a interponer ante la Policía las correspondientes denuncias, y a solicitar ayuda en los siguientes teléfonos: Servicio afectados alcoholismo: 91/532.27.00; Servicio antidrogadicción: 91/596.16.36*

Verdaderamente la desgracia alienta la compasión y hace más viva la memoria: cuando la mala conciencia del pasado remueve el día a día del adolescente, le suscita una amarga idea de culpabilidad. Repárese en que el arrepentimiento nunca deshace el bochorno por la fechoría; hay en los años de la adolescencia emociones poco definidas o contradictorias de las que no se da conciencia cabal ni una mínima justificación, y que son como esa ráfaga del instinto que ilumina la pieza de caza[90].

Padres y profesores olvidamos a menudo que educar a un adolescente es enfrentarse con un mundo en donde la relación con el cuerpo y con el tiempo no es la misma que la de ellos, donde la sexualidad y la violencia se viven de manera distinta, donde las referencias culturales y artísticas son a menudo desconcertantes para los adultos, donde la manera de concebir el trabajo y el éxito social está en ruptura con la de su generación.

El adulto suele aguantar mal las diferencias entre él y el adolescente, hasta el punto de que intenta negarlas de muchas maneras. Puede, por ejemplo —como haría un mal Tutor—, poner tono de voz de haber comprendido bien al adolescente: «¡Claro, yo también fui joven!». Lo que pasa es que se olvida de que su juventud la vivió de manera diferente. Pero otras veces, padres y tutores intentan la tranquilidad identificándose neciamente con el adolescente, y hacen suyos de manera artificial sus gustos o preferencias.

Es necesario que el Tutor soporte el posible silencio que media con un adolescente en apuros: «¿Te ha resultado agradable esta sesión?», «Al acabar este encuentro, ¿te sientes más tranquilo?», «¿Sientes que has dicho todo lo que tenías que decir?». ¿Sí? Y no obstante, no ha dicho nada. Las palabras no tienen demasiado sentido para el

adolescente. La relación estable con alguien, que se limita a tratar un punto concreto y que le tome a uno por lo que es, sin juzgarle, es propicia. Un niño abandonado, de cada dos, ha nacido de madre adolescente. Se ha utilizado la represión en lugar de la educación, que es ayudar para honrarse a uno mismo y a los demás. La educación significa educación en el amor, en el respeto al otro y en el respeto a uno mismo.

Por extraño que parezca, digamos sin rodeos que suprimir todos los riesgos es debilitador. Suspender una asignatura, «hacer pellas», hacerse el gracioso, portarse descaradamente en clase, o con los padres, etc., son riesgos a los que nos enfrentamos. Corresponde, a cada cual en su propio nivel, el preguntarse: ¿de qué sociedad quiero formar parte: de la que hay o de la que sueño? Sería necesario que cada uno descubriera su porción de marginalidad y que descubriera a los demás marginados: «¿Adónde va el mundo?», «¿Está todo podrido?». Con su pobreza de vocabulario, los adolescentes caen en un solipsismo somero o en un cruel conformismo. Desde su más tierna edad, los niños son debilitados por una protección y ayuda excesivas: el bebé «no debe llorar», y se le administra calmantes para dormirlo. A veces, los padres no estamos preparados para tolerar la menor fiebre o indisposición. Se oculta la muerte, la enfermedad, la vejez; la angustia se cura con medicamentos en lugar de ser tratada mediante la palabra y el intercambio social. El umbral de sensibilidad es muy variable según los individuos, pero se observa que son los niños más protegidos los que se sienten más inadaptados a las eventuales tragedias del mundo. ¿No será que el porro recuerda inconscientemente al adolescente aquel sedante prescrito por el pediatra en su primera infancia?

Lo que le falta a muchos adolescentes es enfrentarse con responsabilidades. Ellos dicen: «La casa no es asunto nuestro. Yo no hago daño a nadie. Me toca a mí decidir el usar mi tiempo como me guste». Bien, y a los padres corresponde replicar: «No quiero saber lo que haces con tu tiempo. Lo que quiero saber es lo que haces con nosotros aquí. Haz algo, si no, te marcharás. Pones los pies sobre la mesa, y el resto del tiempo lo pierdes arriesgando tu salud. ¡No! Al menos úsala para hacer algún trabajo para la familia». Invitarle a la autenticidad es ofrecerle la posibilidad de que tome en serio su posibilidad de error, su forma exagerada de exigir de los demás y de tachar sus defectos, que perciba los condicionamientos familiares, que reconozca que no es omnipotente, que acaso sea un ser solitario, pero que no vive sólo en la casa, en la escuela, en la sociedad.

Muchos adolescentes sufren ausencia de deseo. Razón de más para abrirlos a actividades nuevas que les obliguen a enfrentarse a las cosas, que se familiaricen con el esfuerzo. Sucede que los padres no podemos ya mantener el ritmo de necesidades de sus hijos, pero sí podemos inyectarles deseos: allí donde no hay ética ni ideales, no caben valores morales. La adolescencia y la juventud actuales sufren de excesivas facilidades de vivir a costa de los demás, y de falta de motivaciones. Echan los bofes por nada. Les afecta la ausencia de contacto con los profesores, el desprecio que en general se tiene por su edad y por sus opiniones. Lo cierto es que cuando el adolescente ha vivido en un hogar, una escuela o una pandilla no conflictivas, él mismo no lo será: no amenazará ni atacará.

5. UNA POSIBLE PROFUNDIZACIÓN EN LA AYUDA PSICOLÓGICA

Es frecuente, tras una conversación bien llevada, que se produzca empatía entre los interlocutores. El adolescente que pide ayuda muestra deseos de prolongar y ampliar en otra ocasión la conversación. En el caso del departamento de orientación, o de conversación con los padres, o en el TES, se le ofrece la posibilidad de continuar esa ayuda inicial. En ese caso, se puede ofrecer un esquema de *escucha activa*, con cinco asuntos a profundizar: «Pensamiento-realidad», «Yo», «Comunicación», «Soledad» y «Sentido de la vida»; o bien, con los siguientes pasos a través de cinco eventuales sesiones de encuentro con todos los Sergio:

Primera sesión: Acoger. *¿Estás bien, Sergio?*

1. *Cuidar la acogida a fin de configurar un buen encuentro:*
   a) lograr la distensión fisiológica y psíquica;
   b) abrir a la posibilidad de una solución.
2. *Indagar el motivo manifiesto de la consulta:*
   a) ¿Por qué solicitas ayuda, hoy, precisamente?
   b) Averiguar la palabra «código» o comodín en que Sergio se apoya durante la entrevista.
   c) ¿Cómo le llaman familiarmente: en casa, en el «Insti», los amigos; cuando era pequeño; ahora, los vecinos o en el barrio en que vive? Que manifieste el posible mote.
   d) Seguramente has tenido que vencer la imagen que en la calle o entre familiares existe sobre una consulta de orientación psicopedagógica, y más aún sobre un TES. Celebrarle la superación de ese obstáculo.
3. *¿Que esperas de este encuentro, Sergio?* (que verbalice sus expectativas):
   a) Puedes decir todo, no omitir nada de cuanto te venga al pensamiento.
   b) Al venir a visitar el departamento de orientación del Centro Escolar, Sergio manifestaría su voluntad inicial de poner en orden «sus cosas»: pero debajo se ocultan sin querer asuntos, maneras de ser con los que no está de acuerdo, pero que no alcanza a decir del todo, y mucho menos a reconocer.
4. *Esto que te está pasando, ¿qué es? Pon un nombre a lo que está pasando por tu cuerpo y tu alma*.
5. *Esto a lo que has puesto el nombre ¿_______?, ¿no te servirá para algo: quizá como un aviso o un síntoma dentro del conjunto de tu vida? Porque en tu vida, a no dudarlo, hay aspectos positivos, ¿verdad? ¿Cuáles*? (Tratamos ahora de reflejar el contenido y el sentimiento.)
6. *Si no fuera por «eso», todo lo demás está bien en ti, ¿no es verdad?* (Centrarse en el problema principal.)

Segunda sesión: Clarificar. *¿Podrías decir de otra manera lo que te está pasando, Sergio?*

1. *Buscar el motivo latente de su consulta: explorar y dejar exponer el problema; adoptar y responder a las demandas implícitas*:
   a) «Eso» que te pasa y que llamaste la semana anterior con el nombre de ____, ¿es así realmente o «piensas» que es así? ¿Estás seguro? ¿Todo lo que piensas «es como lo piensas»? ¿Tu comportamiento concreto y tu estado de ánimo son cosas premeditadas? ¿Sabes marcar distancia entre lo que piensas o sientes y la realidad?
   b) Sondear áreas: pensamiento (mente), sentimiento (cuerpo) y acción (conducta).
   c) Repasar los ciclos vitales (recuerdos mejores y peores), entrada en la ESO, en el Bachillerato…
2. *Resumir en la forma de mensaje que convenga a su problematismo concreto a fin de que se lo repita a menudo hasta la próxima sesión*.

Tercera sesión. Afrontar I. *¿Qué quieres cambiar, Sergio?*

1. *Servirse eventualmente de las ideas irracionales para detectar los aprendizajes negativos. Focalizando los problemas y haciendo uso de la definición* (definir lo que las cosas son es empezar a dominarlas), *hacerlos pasar delante, como en una galería de arte, tomando distancia de los mismos*.
   Cuando Sergio ha aventado su problema, cuando sabe poner un nombre a **lo que** le pasa, entonces se halla preparado para iniciar un cambio concreto. (Ortega y Gasset decía que no sabemos lo que nos pasa y ese es el problema.)

Cuarta sesión: Afrontar II. *Ya veo que quieres cambiar, Sergio, pero **¿cómo?***

1. *Repasar en forma de mensajes resumidos los pasos anteriores. Ver si quiere destacar algo especial, nuevo, que haya ocurrido en los días inmediatos*.
2. *Posibles **perspectivas diferentes** sobre el problema. ¿Podrías **cambiar** una columna por otra sin dificultad?:*

Yo tengo…	Yo soy…
Tengo que	Puedo
Necesito	Quiero
No puedo	No quiero
Las cosas son así	Parece que las cosas son así
Me es imprescindible	Me gustaría
Yo represento	Yo soy
Tengo la culpa de…	Soy responsable de…
Me resigno a…	Acepto que…

3. *Resumen de este paso en forma de mensaje que repetirá hasta el próximo encuentro*.

Quinta sesión: Programación de la acción. *¿Cuándo y dónde vas a cambiar, Sergio?*

1. *Repasar la sesión anterior: mensaje, contenido, sentimientos. Ver si quiere destacar algo especial, nuevo, que haya ocurrido en los pasados días inmediatos.*
2. ***Programación** de la acción de Sergio (frente a padres, Mónica, fracaso escolar, sectas, droga, invitación que la pandilla le hace a ser violento, racista, xenófobo, y, en general, el control de sus emociones fuertes y primerizas):*
   a) Metas realistas, concretas, observables, cuantificables y localizables.
   b) Tiempos de realización (plazos).
   c) Instrumentos o medios: amistades, compañeros, tutor, etc.
   d) Evaluar los avances o retrocesos: resultados.
3. *Resumen de este paso en forma de mensaje que pueda repetir durante la semana, o de por vida. Se podría buscar una frase que aunara las cinco sesiones.*
4. *Ofrecer la **posibilidad de volver** a un próximo encuentro, no sólo cuando se sienta mal, sino cuando se sienta bien: a fin de reforzar el aprendizaje.*

RESUMEN
Itinerario conceptual del capítulo

Nada sucede irremediablemente si el adolescente domestica su querer.

1. Las preguntas y la escucha son las matrices de ayuda al adolescente.

— Alerta para evitar las siguientes actitudes: a) Confusionismo. b) Agresividad. c) Dependencia. d) Ambigüedad. f) Ambivalencia. g) Inseguridad. h) Manipulación o chantaje.

2. Posibles errores o trampas al abordar los problemas del adolescente.

a) Banalizar. b) Dramatizar. c) Dar por supuesto. d) Recetar. Aconsejar. e) Culpabilizar, moralizar. f) Locuacidad. g) Generalizar. h) Comparar. i) Prejuzgar. j) Tonos del lenguaje: sarcástico, irónico, aburrido, eufórico, contundente. k) Fingir comprensión. l) Repetir como un loro. m) Dirigir, mandar, chantajear, soltar el rollo. n) Interpretar. o) Insultar, ridiculizar. p) Simular que se está de acuerdo.

¿Resultado? Que no hemos comprendido al adolescente.

3. Estrategias. Claves de intervención.

— Todos los esfuerzos de las Tutorías y Departamentos de Orientación se ven mermados por el silencio de una relación mal encauzada.

— No podemos sacar al alumno de la contienda de la edad y del alma sin las preguntas.

— El pensamiento del suicidio: es difícil pronosticar riesgos, pues a partir del momento en que el médico de familia habla, se acabó la conversación.

— Temen que el simple hecho de pronunciar la palabra «suicidio» sea de incitación. Si es la madre la que habla de ello, hay un gran porcentaje de posibilidades de que no lo sea.

— En todo caso, hay que abordar directa o indirectamente la cuestión de la muerte: quizá se sentirían mejor comprendidos.

— Respecto a la violencia, el racismo, la xenofobia: fomentar una actitud de interpelación reflexiva.

— Eso sería salir de su mundo que es el del deseo, no el de la realización.

— En cuanto a la droga: el discurso que el adulto ofrece al adolescente ante la droga es a veces sinuoso.

— Ir no sólo a las palabras sino también a los sentimientos.

— La droga neutraliza el camino de la libido hacia la creatividad y la procreación.

— Respecto a la sexualidad: no actitudes moralizadoras ni culpabilizadoras, sino informadoras y responsables.

— Desde luego, la información sexual ya no se limita al hecho biológico.

— Hacer ver que este período transicional supone para ellos un reto y una oportunidad: la ausencia de toda clase de perturbaciones es un mal.

— Establecer la confianza en sus propias capacidades.

— Escucha, esfuerzo y esperanza: aunque la ausencia de toda clase de perturbaciones es un mal pronóstico, es un período de grandes ventajas si se la deja pronto asumir sus responsabilidades.

— En todo caso, se pueden rechazar sus actos, pero no sus personas.

— Si el adolescente tiene un proyecto, incluso a largo plazo, está salvado.

— El objetivo es establecer una buena dosis de confianza en sí mismos.

4. ¿Qué decir a madres y padres que declaran tener miedo físico del hijo o hija amenazadores?

— El adulto suele aguantar mal las diferencias entre él y el adolescente, hasta el punto de que intenta negarlas de muchas maneras.

— Es necesario que el Tutor soporte el posible silencio que media con un adolescente en apuros.

— La educación significa educación en el amor, en el respeto al otro y en el respeto a uno mismo.

— Por extraño que parezca, digamos sin rodeos que suprimir todos los riesgos es debilitador.

— Sería necesario que cada uno descubriera su porción de marginalidad y que descubriera a los demás marginados.

— Con su pobreza de vocabulario, los adolescentes caen en un solipsismo o en un cruel conformismo.

— Desde su más tierna edad, los niños son debilitados por una protección y ayuda excesivas: el bebé «no debe llorar», y se le administra calmantes para dormirlo.

— Se oculta la muerte, la enfermedad, la vejez; la angustia no se cura tanto con medicamentos como con la

palabra y el intercambio social.

— Lo que le falta a muchos adolescentes es enfrentarse con responsabilidades.

— Muchos adolescentes sufren ausencia de deseo: razón de más para abrirlos a actividades nuevas que les obliguen a enfrentarse a las cosas, que se familiaricen con el esfuerzo.

— Lo cierto es que cuando el adolescente ha vivido en un hogar, una escuela o una pandilla no conflictivas, él mismo no lo será: no amenazará ni atacará.

5. Una posible profundización en la ayuda psicológica

— Primera sesión: Acoger. *¿Estás bien?*

— Segunda sesión: Clarificar. *¿Podrías decir de otra manera lo que te está pasando?*

— Tercera sesión. Afrontar I. *¿Qué quieres cambiar?*

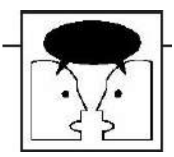
— Cuarta sesión: Afrontar II. *Ya veo que quieres cambiar, pero cómo*.

— Quinta sesión: Programación de la acción. *¿Cuándo y dónde vas a cambiar?*

— Por tanto, uno de los objetivos: ubicar el problematismo de los adolescentes: quien pasa indemne la adolescencia nunca se convertirá de verdad en una persona mayor.

— Los adolescentes gritan sus necesidades a su manera, manifiestan sus deseos según las turbulencias del alma.

— Si gritan, luego esperan: ser escuchados en sus preguntas, tenidos en cuenta en sus devaneos, no sentenciados para siempre por sus errores, queridos en sus ilusiones.



Propuestas de ruta para favorecer el diálogo o discernir en grupo

Caso: Palmira: pp. 202-203.
Texto: Documento del Gabinete del Defensor del Pueblo: pp. 205-206.

Resumen

En la introducción nos proponíamos como uno de los **objetivos** el de ubicar el problematismo de los adolescentes. Hemos partido de una llamada real («Sergio») que nos ha servido de itinerario-guía. En Víctor Hugo aparece por primera vez el término «adolescente»: «*La adolescencia, los dos crepúsculos mezclados, el comienzo de una mujer en el final de una niña*». Rousseau lo denomina «segundo nacimiento» del hombre. La adolescencia es la edad que sucede a la infancia. Cronológicamente, la edad entre los 12-13 años hasta los 16-18. Es la etapa más prometedora de la vida, pero también la más cargada de obstáculos. Sin embargo, quien pasa indemne la adolescencia nunca se convertirá de verdad en una persona mayor. La adolescencia es como esa pena que jamás se disuelve, esa alegría que estalla como caja de cristal…

Las manifestaciones psicológicas y sociales hacen de la adolescencia una etapa tormentosa y digna de consideración especial. Las estadísticas aportadas sobre algunos períodos de la adolescencia resultan una mirada retroproyectiva de saludable recuerdo. Se presentan dos hipótesis explicativas, la psicoanalítica y la psicosocial. Como ámbitos conflictivos de los adolescentes y jóvenes de primera juventud podemos señalar, entre otros, la relación con los padres, el fracaso escolar, la búsqueda de identidad y el concepto de sí mismo. Todo un bagaje que les lleva a un elenco de actitudes que podemos encauzar para evitar riesgos, y cambiarlas, si fuera preciso, para hacerlos dueños de su destino. Hay que tener presente la necesidad de salir de una sexualidad infantil, procurando que lo comprendan. Por ejemplo, que el amor humano no es innato, que la soledad acecha por doquier, que los prejuicios son autodestructivos, que la homosexualidad no puede quedar en un juego mal visto, que el fracaso escolar tiene remedio, que el suicidio no es liberación, que la delincuencia es un escape sin escapatoria, pero que donde está el peligro crece también lo que salva.

Nada sucede irremediablemente si la adolescencia domestica su querer. El

«veranillo de lunas» de la adolescencia es un preámbulo de la vida. En fin, algunos textos seleccionados, así como los casos reales —solamente cambian los nombres— de adolescentes y jóvenes, merodean por todo el libro.

Después de cuanto aquí decimos, ¿quedará aún esa *«tercera clase de hombres que, en el umbral de la adolescencia, o, tras haber sido sacudidos, larga y gravemente, ven algunas señales…, en medio del oleaje…, dejando pasar la oportunidad de una excelente navegación, y siguen errantes por mucho tiempo con peligro de su vida*»*?*[91].

Conclusión

Despotricar, castigar, detestar, menospreciar y renunciar suelen ser actitudes fáciles: representan la respuesta de las vísceras pero falta emplear la cabeza y el corazón. Actitudes a fomentar, errores a evitar, estrategias a emplear: he ahí el triángulo de la ayuda que podemos ofrecer a nuestros hijos, a nuestros alumnos (adolescentes y jóvenes) desde una vía psicológica basada en la responsabilidad ética, moral y filosófica. También la posible ayuda en la acogida de los propios padres viene proporcionada a través de nuestras páginas, y sobre todo, esquivando los errores o trampas que pueden colarse en el abordaje. Evitar igualmente los errores en que puede caer cualquier profesor, orientador, padre de familia, tutor, etc., al abordar el problematismo: porque, una vez más, ¡comprender no es saber, ni explicar es justificar! Su grito, a menudo silenciado, es un lazo entre la edad y el alma que los cobija. Los adolescentes gritan sus necesidades a su manera, manifiestan sus deseos según las turbulencias del alma. Si gritan, luego esperan: ser escuchados en sus preguntas, tenidos en cuenta en sus devaneos, no sentenciados para siempre por sus errores, queridos en sus ilusiones.

Vocabulario mínimo

Adolescencia. Período de la vida humana que comprende entre los 12-13 hasta los 16-18 años. Se caracteriza, en cuanto a lo psíquico y espiritual, por ser una edad de especiales tensiones, rupturas, búsqueda de identidad; en cuanto a lo fisiológico, por ser una edad de transformación total del cuerpo y la configuración definitiva de los rasgos adultos.

Anaclítica. Se refiere a la depresión que padecen, por alteración del desarrollo afectivo, niños privados de madre o de sustituto materno. Los afectados muestran un comportamiento depresivo caracterizado por falta de sonrisa, introversión y retraso general del desarrollo.

Anorexia. Síndrome de inapetencia, renuncia al alimento e ingestión de laxantes, que distorsiona la propia imagen. Es un síntoma neurótico, psicosomático, frecuente en las adolescentes, aunque también se da como reacción en los jóvenes. Sobre todo las niñas, empiezan a rehuir la cocina o el frigorífico. Se asocia al síndrome depresivo y la hiperactividad. Se explica por una imagen distorsionada de sí en todos los aspectos, amén de trastornos afectivos y supervaloración de los estereotipos sexuales.

Autoevaluación. Es el análisis crítico de los propios sentimientos, actitudes y motivaciones, de una parte, y la ejecución práctica de la acción derivada de ellos y como signo visible de su realidad, de otra.

Bisexualidad. Explicación psicoanalítica según la cual cada uno lleva en sí un componente homosexual que puede activarse si las circunstancias son favorables, y, por lo tanto, practicar la sexualidad indistintamente con los dos sexos.

Bulimia. Es un síntoma neurótico o psicosomático, especialmente en las adolescentes y jóvenes, caracterizado por el exceso de apetito o ingestión intermitente y compulsiva de alimentos. Se explica por una imagen distorsionada de sí en todos

los aspectos. Sus causas pueden ser psicológicas o fisiológicas.

Compulsivo. Individuo que no puede dominar con su voluntad una serie de ideas, impulsos, sentimientos o actos que se adueñan de su mente y condicionan su conducta.

Concepto de sí. Es la ordenación de objetos y de sucesos sobre la base de rasgos y relaciones que, o bien son comunes con el objeto percibido, o bien son juzgados así por el individuo.

Conflicto. En general, la presencia o acción simultánea de dos tendencias de conducta que son opuestas y de la misma intensidad. O también, la lucha de tendencias o de intereses entre dos fuerzas equivalentes que al parecer insoluble genera trastornos neuróticos. Los más frecuentes: padres-hijos, marido-mujer, jefe-súbdito, educadores-alumnos, Gobierno-Oposición.

Dependencia. Término usado para referirse a la relación que demanda un individuo respecto de otro o de la sociedad porque necesita apoyo, ayuda, asesoramiento, sin lo que le sería imposible vivir o conservar su estatus en el grupo.

Depresión. Se utiliza para designar un conjunto de síntomas (estado deprimido o abatido, pérdida de impulso, inhibición motora o mental, ideas depresivas, desórdenes somáticos indefinidos). La depresión *exógena* es temporal o circunstancial y viene producida por un estado anormal de estrés, desorientación y frustración momentánea. La depresión *endógena* tiene una base genética y tiende a la enfermedad maníaco depresiva. Sus síntomas son tristeza, melancolía sin fundamento, ansiedad, excitación inespecífica, pérdida de apetito y peso así como desórdenes vegetativos. Suele presentar ideaciones suicidas o intentos de suicidio.

Deseo. El hombre llega a ser consciente de sí por medio del deseo. El deseo (etimológicamente proviene del latín *sidus-sideris* que significa estrella; recuerda un poco la nostalgia de algo o de alguien) es la tensión hacia un fin u objeto imaginado como fuente de satisfacción. No tiene solamente un sentido negativo, es decir, de ausencia, sino también positivo, es decir, la posibilidad de un bien que colmará de satisfacción. Generalmente deseamos lo que no es necesario para la supervivencia. La necesidad se suele fundar en la supervivencia, el deseo se funda en el ideal o en la ilusión.

Edipo-Rey (complejo de). Según Freud, consiste en una reacción de los niños durante la fase fálica (de dos a seis años, aproximadamente) que se caracteriza por un sentimiento amoroso hacia la madre y, al mismo tiempo, por un rechazo de la figura paterna, la cual inspira miedo y sentimiento de culpa. Algunos autores denominan complejo de Electra al equivalente en las niñas.

Emoción. Alteración o agitación repentina del ánimo como consecuencia de un estímulo sensorial activado o de recuerdos e ideas. O sensación de un placer o de una pena actual, que impide la reflexión. Las emociones pueden ser gratificantes o dolorosas.

Escucha activa. Método psicoterapéutico que busca la solución de problemas psicológicos a partir de la atención de un diálogo que incita al cambio en la

persona, contando con sus propios recursos.

Fobia. Intenso temor irracional, desproporcionado a las circunstancias, que aparece en enfermos neuróticos ante situaciones y objetos. Por tanto, hay múltiples clases de fobias. En los casos más graves se convierten en miedos obsesivos que impiden la actuación y el desarrollo normal de la personalidad. Casos más frecuentes son los de agorafobia (ansiedad en espacios abiertos) y claustrofobia (ansiedad en espacios cerrados).

Genitalidad. Condición de funcionamiento de los órganos genitales o zona genital. Se ejerce en una relación sexual con otra persona, prevaleciendo el placer que ella le producirá, o también en un acto solitario masturbatorio.

Heterosexualidad. Práctica de la sexualidad con personas de distinto sexo.

Homosexualidad. Apetencia de elección, o de preferencia, por las personas del mismo sexo. Sus causas pueden ser biológicas, psicológicas o sociales. La causa biológica es un cambio de funcionamiento glandular que produce un excedente de hormonas femeninas en el hombre y masculinas en la mujer. La causa psicológica es explicada por el método psicoanalítico a través de la teoría de la bisexualidad, es decir, cada uno lleva en sí un componente homosexual que puede activarse si las circunstancias son propicias. La causa social se explica a través de la tendencia de algunos homosexuales al proselitismo.

Identidad personal. La búsqueda de identidad es especialmente urgente en la adolescencia de resultas de numerosos factores, entre los cuales, el cambio biológico-social y la necesidad de adoptar decisiones. La identidad personal (sexual, psicológica, social), así como la imagen del propio cuerpo y el concepto de sí mismo constituyen el principal rasgo psicológico, pero también el más problematizado.

Imagen corporal. Es la idea espacial del propio cuerpo, que oscila de acuerdo con la información que recibe el niño y el adolescente acerca de su cuerpo y del ambiente. Opera en el nivel subconsciente y se utiliza como modelo según el cual todos los movimientos, posiciones y percepciones del cuerpo se comparan ante la más leve reacción.

Interioridad. Conciencia reflexiva en cuanto a pensamientos y conductas. El adolescente no posee por lo general otra interioridad que la de su propio cuerpo. No ha llegado medianamente a una conciencia reflexiva. El rechazo masivo de los ideales provoca una crisis de interioridad. A falta de interioridad, queda la escapatoria hacia el activismo.

Masturbación. Es la búsqueda del placer sexual mediante la estimulación solitaria de los propios órganos genitales o de las zonas erógenas. Para quien considera la sexualidad exclusivamente como una sensación placentera, la masturbación es un bien; para quien considera la sexualidad como fuerza natural de apertura a los demás, la masturbación es un empobrecimiento personal que, en algunos casos, puede conducir a secuelas psicológicas negativas.

Narcisismo. Característica de la persona que concede un valor demasiado grande a sus

propias acciones y atributos físicos, tomándose a sí mismo como objeto de amor. O exageración del curso normal de los roles y acontecimientos. El término deriva de la leyenda griega de Narciso quien, despreciando a Eco, se enamoró de su propia imagen reflejada en el agua y se convirtió en una flor ribereña, admirándose a sí mismo perpetuamente.

Neurosis. Trastorno mental, cuya causa reside, predominantemente, en las condiciones del medio y no en alteraciones orgánico-patológicas, condicionando el comportamiento normal de la personalidad. Hay varias clases de neurosis: de angustia, obsesiva, compulsiva, fobia e histeria. Los síntomas del estado neurótico son: ansiedad, malestar afectivo, actitudes suicidas, insomnio, trastornos de la sexualidad.

Paranoia. Los paranoicos son personas que se caracterizan por un espíritu de contradicción, debido éste principalmente al orgullo. No admiten que otra persona pueda tener razón. Al mismo tiempo se consideran víctimas de un prejuicio, de una persecución constante, y reclaman una compensación afectiva continua para sobreponerse al sentimiento de inferioridad que les domina.

Placer (principio de). Con ese término se refería Freud a las tendencias innatas del organismo a eliminar las tensiones producidas por una excitación. Se trata de buscar la satisfacción completa e inmediata de nuestras tendencias egoístas. Su forma de proceder consiste en descargar la libido (instinto de placer) en objetos que provoquen satisfacción.

Pubertad. Período de la vida humana, de corto espacio de tiempo (3-4 años), que se extiende desde la salida de la infancia (0-9 años) hasta la entrada en la adolescencia (12-18 años), aproximadamente.

Pulsión. Freud la designaba con el nombre de «libido». Término que reemplaza al concepto de instinto; concepto límite entre lo psíquico y lo somático. También, proceso que consiste en una inclinación que tiene su fuente en una excitación corporal, cuya finalidad es suprimir el estado de tensión por el placer y encuentra finalmente su satisfacción en diferentes objetos.

Racismo. Exacerbación del sentido racial de un grupo étnico por comparación con otro y, en ocasiones, el sentimiento derivado de dicha exacerbación, que conduce a la persecución o eliminación del grupo injustamente considerado inferior.

Realidad (principio de). Está relacionado con el «principio de placer». Funciona como regulador de la actividad psíquica, ya que ajusta los impulsos biológicos a las condiciones externas, imponiéndoles un control hasta que puedan satisfacerse según las condiciones de la realidad social circundante.

Sentimiento. Es una respuesta consciente que la persona percibe ante una estimulación externa o interna. Suele tener el mismo significado que objetivo motivacional, con el cual se pueden satisfacer varios motivos (el Yo, los padres, la pareja, la propia profesión, etc.). La confusa pero persistente creencia de que los sentimientos son una realidad incontrolable, oscura, irracional, innata, provocó desinterés por la educación de la afectividad. No es así: los sentimientos son influenciables,

moldeables, y si la educación no se encarga de la tarea, otras instancias sociales lo harán. Cada cultura crea un sistema sentimental que influye en la vida social.

Sexualidad. Dimensión masculina o femenina de que está informada toda la realidad ambivalente del individuo desde el primer momento de la concepción. Es una realidad mucho más amplia que el mero funcionamiento placentero de los órganos genitales y afecta a toda relación humana. Pero ninguna relación humana se reduce solamente a sexualidad.

Xenofobia. Odio, repugnancia u hostilidad contra los extranjeros, así como contra sus manifestaciones culturales y producciones materiales.

Bibliografía

AA.VV. *Educar para la paz y la resolución de conflictos*. CISS-Praxis, Barcelona, 2000.

ASOCIACIÓN DE EDUCACIÓN DEMOCRÁTICA. *Menores en riesgo*. Madrid, 1993.

ALFONSO SANJUÁN, M. e IBÁÑEZ LÓPEZ, P. *Drogas y toxicomanías*. Narcea, Madrid, 1988.

ÁLVAREZ, Ramiro J. *Recuperar el alma. Hacia la psicología de los valores*. Sal Terrae, Santander, 2003.

ANATRELLA. T. *Interminables Adolescentes (les 12/30 ans)*. Le Cerf/Cujas, París, 1988. (Todo un libro antológico y repleto de vivencias en la consulta clínica.)

ANATRELLA. T. *Adolescences au fil des jours*. Le Cerf, París, 1991. (Un clásico reciente sobre el tema en lengua francesa.)

ANATRELLA, T. *Non à la société dépressive*. Flammarion, París. 1994. (Ya no son los individuos sino la sociedad la que está afectada por el síndrome depresivo. ¿Se puede gritar a nuestra sociedad «no», más fuerte que en esta obra?

ARANGUREN GONZALO, L. *Reinventar la solidaridad*. PPC, Madrid, 1998. (Propuesta práctica al alcance de cuantos caminan comprometidos, o lo buscan, con el mundo de hoy.)

AYLLÓN, José Ramón. *Desfile de modelos. Análisis de la conducta ética*. Rialp, Madrid, 1998. (Este libro fue Premio Anagrama de Ensayo 1996 y se explican en ocho capítulos breves y amenos los resortes fundamentales de la conducta ética: inteligencia, libertad, placer, deber, amistad, sentimientos, amor, felicidad, tolerancia, pluralismo, utopías políticas.)

BADINTER, E. *La identidad masculina*. Alianza. Madrid, 1993. (El interés del tema no es tratado con igual objetividad en todos los capítulos.)

BARRAGÁN, F. y otros. *XY. La dualidad masculina*. Alianza, Madrid, 1999. (Aporta algunas novedades sobre las cuestiones de «género».)

BAUDELOT, Ch y ESTABLET, R. *Allez les filles!* Seuil, París, 1992. (Sugestivo, animador, didáctico, bien documentado.)

BERNANOS, G. *El mañana sois vosotros*. 1970. (Bernanos combate en este escrito el proceso de la civilización moderna en cuanto contraria a la calidad de vida y a la civilización sin sentido.)

BLOS. P. *On adolescence*. Collier-Macmillan, Londres, 1962.

BLOS. P. *The second individuation process of adolescence. Psychoanalytic study of the Child*. 22. Londres, 1967 (sobre todo, pp. 162-186).

BOSWELL, J. *Cristianismo, tolerancia social y homosexualidad*. Biblioteca Atejo, Barcelona, 1998. (El lector quedará tranquilizado al contemplar las actitudes ante la homosexualidad a partir de un estudio histórico, desde los orígenes hasta la Edad Media, por parte de la Iglesia cristiana.)

BREZINKA, W. *La educación en una sociedad en crisis*. Narcea, Madrid, 1990. (A retener los caps. 1 y 3 que tratan de la crisis de valores y de cómo asimilar también los nuevos.)

CALVO BUEZAS, T. *Crece el racismo, también la solidaridad*. Tecnos, Madrid, 1995. (Para lectura y reflexión: temor y esperanza.)

CANFIELD. J. Hausen, M. V. Kirberger, K. *Sopa de pollo para el alma de los adolescentes*. (De la serie inspiracional más vendida del mundo. Historias de verdad y de mentira para animar a los adolescentes.) Ediciones B. Barcelona, 1999.

CÁNOVAS, G. *Sexualidad y SIDA en la adolescencia*. Mensajero, Bilbao, 1999.

CÁNOVAS, G. *Adolescentes y alcohol*. Mensajero, Bilbao, 1994.

CARRERAS, LL. y otros. *Cómo educar en valores*. Narcea, Madrid, 1995. (Se trata de un manual de ejercicios dinámicos para la práctica y asimilación de los valores.)

COLECCIÓN ANGULAR, de la editorial SM, merecen ser leídos por adolescentes y jóvenes, los siguientes títulos: *Pupila de águila* (problemas psicológicos, de familia y de amistad), *La balada del siglo XXI* (problemas psicológicos, sociopolíticos, familia y amistad), *Así es la vida, Carlota* (problemas psicológicos, familia y amistad), *Retorno a la libertad* (problemas psicológicos, aventuras, problemas sociopolíticos, familia, amistad, policíaco), *¡Ni una hora más!* (problemas psicológicos, sociopolíticos, familiares, amigos), *El guardián del paraíso* (problemas psicológicos, familia, amistad, policiaco, amor), *Noche de alacranes* (amor de adolescentes, en medio de la persecución a los «maquis»).

COLEMAN. J. C. *Psicología de la adolescencia* (1980). Morata. Madrid, 1985 y 2003. (Sobre todo los caps. 1.2.4.5.6.7.8. son traídos a nuestro texto frecuentemente.)

COLLADOS ZORRAQUINO, J. *La depresión en niños y adolescentes*. San Pablo, Madrid, 2003.

CONGER, J. J. *Adolescence and Youth* (2ª edic). Harper & Row, N. York, 1979.

CORBELLA ROIG. J. y VALLS LLOBET. C. *Ante una edad difícil. Psicología y biología del adolescente*. Folio. Barcelona. 26 edic. 1993. (Sobre todo los caps. 8: «Vida afectiva del adolescente y proyectos de futuro»; 14: «Problemas de

personalidad en el adolescente»; 19: «Búsqueda de identidad personal»; 20: «Educar en la autonomía personal»).

DAVIDSON, A. *En la edad del «pavo»*. Ediciones B, Barcelona, 1995. (Ensayo sobre problemas de la adolescencia.)

DÍAZ HERNÁNDEZ, Carlos. *Diez palabras claves para educar en valores*. Fundación Emmanuel Mounier, Madrid, 8ª edic. 2000. (Estas son, para el autor, las claves: saber, bien querer, intentar, deber, poder, esperar, orar, alabar, hacer, descansar.)

DOLTO, Françoise. *La causa de los adolescentes. El verdadero lenguaje para hablar con los jóvenes* (1988). Seix Barral, Barcelona, 1990. (Sobre todo los caps. 1 al 14, que son citados aquí frecuentemente.)

DOSTOIEVSKI, F. M. *El adolescente* (1875). Una de las novelas que le han hecho inmortal.

DOUGEAS. A. Rund & JEFFERY C. Hutzler. *Psiquiatría en casos de urgencia*. Noriega Editores, México, 1988. (Sobre todo los caps. 5.9.10.12.)

DURKHEIM, E. *La educación moral*. Edición, introducción y versión de J. Taberner y A. Bolívar. Trotta, Madrid. (Conjunto de conferencias dirigidas a los profesores de Secundaria y maestros, en que se propone uno de los planteamientos clásicos fundacionales de la educación moral en la escuela pública.)

ELZO, J. *Los jóvenes y la felicidad. ¿Dónde la buscan? ¿Dónde la encuentran?* PPC, Madrid, 2006. (Estudio, principalmente sociológico y de investigación, a partir de encuestas a jóvenes sobre lugares, formas, modos, lenguaje que ellos usan para buscar y expresar la felicidad o sus retazos.)

ERIKSON, E. H. *Sociedad y adolescencia*. Siglo XXI, México, 1973.

ERIKSON, E. H. *Identidad, juventud y crisis*. Taurus, Barcelona, 1990. Publicada en Frankfurt en 1966. (Esta obra describe las sucesivas etapas por las que atraviesan el adolescente y el joven, los rasgos y problemas de cada una de ellas, las condiciones para lograr un sentimiento de autonomía, independencia y autoestimas, y qué hacer cuando sobrevienen las crisis.)

EYRE, Linda & EYRE, Richard. *Hablemos de sexo. Una guía dirigida a padres y educadores de niños y jóvenes*. Amat. Barcelona. 2000. Sobre todo, caps. 4 («Conversaciones con adolescentes entre 11-15 años acerca del comportamiento con adultos») y 5 («Conversaciones sobre perspectivas y normas personales con adolescentes y jóvenes entre 15-19 años»).

FERNÁNDEZ-VILLORIA, Dr. E. y otros. *Tiene 18 años. ¿Qué le pasa, doctor?* Planeta, Barcelona, 2003.

FERRERÓ, Mª Luisa. *Pórtate bien. El método a medida para entender y educar a tus hijos*. Madrid, 2003.

FISHlAN, Ch. *Tratamiento de adolescentes con problemas. Un enfoque de terapia familiar*. Paidós, Barcelona, 1990.

GALE, J. *La sexualidad del adolescente. Guía para padres*. Temas de hoy. Madrid,1993. (Sobre todo los caps. 13: «Homosexualidad: temores y realidades», y 19: «El adolescente homosexual».)

GERVILLA CASTILLO, E. *Valores del cuerpo educando*. Herder, Barcelona, 2002. (Sobre todo los caps. VI, «El cuerpo postmoderno« y XI, «El cuerpo en la educación formal: la Logse».)
GILMORE, D. D. *Hacerse hombre. Concepciones culturales*. Paidós, Barcelona, 1994. (Interesante y ameno en los cc. centrales, cuando trata la disparidad de las culturas pasadas, apunta pronósticos.)
GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O. *Educación y educadores, el primer problema moral de España*. PPC. Madrid, 2004. (Un libro, no sólo de diagnóstico sino de remedios de la educación en toda su dimensión humana).
GRANDES, Almudena. *Estaciones de paso*. Tusquets, Barcelona, 2005. (Se recogen cinco historias a partir de pretextos como el fútbol, los toros, la política, la cocina o la música de adolescentes aturdidos, desorientados y empeñados en salir adelante.)
GRIMALTOS, T. *El juego de pensar*. Algar, Alzira, 200. (Una deliciosa lectura para entrenar a lo(a)s adolescentes el valor de la reflexión y una reflexión sobre los valores.)
GREGORIO, Abilio de; ELZO, Javier; FEREIRÓS Pilar; LAGHI Pío; PÉREZ JUSTE, Ramón. *La educación en valores*. PPC, Madrid.
GUYOT, C. *El fracaso escolar se cura*. Privat, Toulouse, 1985. (El autor se pregunta si el fracaso escolar no es un síntoma de una enfermedad, y en qué medida puede ser objeto de cuidados de especialistas.)
IBÁÑEZ CUBILLO, T. Ricardo. *Directo al corazón. Parábolas originales para educar en valores*. Ediciones Religión y cultura, Madrid, 1997. (Sobre todo en el apartado «¿Te conoces?».)
JACOBS. *Adolescent suicide*. Wiley, N. York, 1971. (Un clásico sobre el suicidio de los adolescentes, y que hemos tenido presente.)
JIMÉNEZ RUIZ, José Mª. *Vivir en familia*. *Un mapa para caminar en pareja y convivir*. Acento, Madrid, 2003. (Su amena y documentada lectura nos introduce en las dificultades de la comunicación en la familia, y nos ofrece un camino diáfano para conseguirla.)
LACROIX, J. *Timidez y adolescencia*. 1936. Fontanella, Barcelona, 1967. (Obra de su primera hora de filósofo y escritor, una auténtica joya, de una lectura fácil y agradable.)
LACROIX, J. *El deseo y los deseos*. PUF, París, 1975. (Claridad, rigor y amenidad para comprender la dinámica de los deseos.)
LACROIX, J. *Filosofía de la culpabilidad*. PUF, París, 1977. (El remordimiento se convierte en arrepentimiento, el presente reasume el pasado, busca repararlo o, al menos, no repetirlo.)
LAHUERTA, A. y otros. *Drogas: síntomas y signos*. Octaedro, Barcelona,1994. (Para lectura y reflexión.)
LASCONI, T. *Adolescentes como tú*. Editorial CCS, Madrid, 1992. (Una obra para poner en manos de los adolescentes.)

LÓPEZ, F. y OROZ, A. *Para comprender la vida sexual del adolescente*. Verbo Divino, Estella (Navarra), 1999 (sobre todo los caps. 1: «La adolescencia: una crisis evolutiva y una crisis cultural», y 6: «Para una ética sexual y de las relaciones sexuales».)

LÓPEZ QUINTÁS, A. *Descubrir la grandeza de la vida*. EVD, Estella, 2003. (Exposición teórica y práctica, a través de doce descubrimientos, la experiencia de crecimiento personal, sobre todo a partir de la libertad creativa o el éxtasis frete a la libertad de manejo o de vértigo.)

MANGLANO, J. P. *Vivir con sentido. Respuestas al alcance de todos*. Martínez-Roca, Barcelona, 2001.

MARINA, J. A. *El laberinto sentimental*. Anagrama, Barcelona, 1996. (Ver, sobre todo, los caps. 7, «Jornada cuarta: la evaluación del yo», y 9, «Jornada sexta: crítica del mundo afectivo».)

MARINA, J. A. y LÓPEZ, Visitación. *Diccionario de los sentimientos*. Anagrama, Barcelona, 1999. (Ver, sobre todo, la introducción y los caps. VI, «Historias del amor» y XVIII, «Historias de la culpa».)

MARTÍN MASOT, R. *La luna eclipsada*. Roca, Barcelona, 2006. (Bella historia de una mujer frustrada y contada por un adolescente, autor que no escribe sobre magos y dragones sino sobre la vida cotidiana observada por él. Hay adolescentes que merecen un monumento.)

MARTÍNEZ BELTRÁN, J. M. *El educador y su función orientadora*. Inst. Pont. San Pío X, Madrid, 1980.

MIEDZION, M. *Chicos son, hombres serán*. Horas y Horas Editor, 1995. (Cómo romper los lazos entre masculinidad y violencia.)

MOYA RAMÍREZ, C. y DUFAUR, L. E. *La teleadicción. Una amenaza acecha a nuestros hijos*. Madrid, 1997. (Sobre todo los apéndices 1 y 2.)

OLIVEIRA, Mercedes. *La educación sentimental. Una propuesta para adolescentes*. Icarias-Antrazyt, Barcelona, 1998. (Programa adecuado de educación en todos los espacios de la afectividad de los adolescentes.)

ORTEGA CAMPOS, P. *Curar con el pensamiento*. Ediciones del Laberinto, Madrid, 2003. (Sobre todo los caps. 2.1.: «¿Por qué sufren los sufridores? El no saber por qué: he ahí la causa»; 3.3.1.: «Tensión entre realidad e ideal»; 5.3.6.1.: «La reforma de la manera de pensar».)

ORTEGA CAMPOS, P. *Educar preguntando. La ayuda filosófica en el aula y en la vida*. PPC, Madrid, 2005. (Manual para entrenar sin abrumar en la compleja habilidad de convertir la interlocución en diálogo. Sobre todo el cap. IV: «Comunicar bien para vivir mejor».)

PORRO, B. *La resolución de conflictos en el aula*. Paidós, Barcelona, 1999. (Ejemplos prácticos de cómo afrontar los conflictos.)

REINER, R. *Cuenta conmigo* (Película producida en 1986 sobre amistad y sinceridad).

REYMOND-RIVIER, B. *Developpement social de l«enfant et de l«adolescent*. Berthe, Lyon, 1967.

RODRÍGUEZ, Nora. *Guerra en las aulas*. Temas de hoy, Madrid, 2004. (Sobre todo el cap. 4. «Lo que todo adulto debe saber sobre la agresividad infantil y adolescente».)

ROZALÉN MEDINA, José L. *La apasionante aventura de la educación*. PPC, Madrid, 2004. (Un hermoso repaso a los problemas de la educación actual, así como un esbozo de esperanza elaborado por un especialista apasionado de la educación impartida, y desgraciadamente menoscabada, de nuestra Institución Libre de Enseñanza.)

SCHELER, M. *El resentimiento en la moral*. Caparrós, Madrid, 1992. (Obra de estudio, que merece ser tenida en cuenta a la hora de la formación de los adolescentes en la creación y de valores.)

SAVATER, F. *La infancia recuperada*. Alianza, Madrid.

SAVATER, F. *Ética para Amador*. Ariel, Barcelona, 1991.

SARRAMONA i LÓPEZ, Jaume. *La educación en la familia y en la escuela*. PPC, Madrid, 2000. (Un manual imprescindible de orientaciones y vivencias, un mano a mano insoslayable en la duradera educación.)

STEINEM, Gloria. *Revolución desde dentro. Un libro sobre la autoestima*. Anagrama, Barcelona, 1995.

THÉVENOT, X. *Pautas éticas para un mundo nuevo*. Verbo Divino, Estella, 1988. (Sobre todo el cap. 11: «Impulsos, sociedad, culpabilidad».)

TORRALBA, Francesc. *Pedagogía del sentido*. PPC, Madrid.

URRA, J. *El pequeño dictador*. La Esfera, Madrid, 2006. (Su experiencia durante varios años como defensor del menor queda transmitida hermosamente. Los padres de hoy se lo agradecen; los de mañana, también.)

VILLAPALOS, G. y LÓPEZ QUINTÁS, A. *El libro de los valores*. Planeta, Barcelona, 1996. (Todo un vademécum imprescindible para la escuela de hoy.)

VOPEL, W. Klaus. *Juegos de interacción para adolescentes y jóvenes*. Vols. 1, 2, 3, 4. Editorial CCS, Madrid, 1996.

[1] Unamuno, Víctor de: *Arabesco pedagógico*, 1913.

[2] Unamuno: *Vida de Don Quijote y Sancho* (1905). Espasa-Calpe, Madrid, 17ª edic., 1981, c. XI.

[3] Unamuno. Ibíd. c. XXI.

[4] Unamuno. Ibíd. c. LVIII.

[5] El **Orientador** es el nombre general con que se denomina al voluntario que, tras minuciosa preparación, atiende las llamadas en los Teléfonos de la Esperanza.

[6] Nos referimos a la Asociación Española de Teléfonos de la Esperanza en España. Cfr. AA.VV.: *Crisis del tiempo Nuevo*. Asetes, Madrid, 2002.

[7] Diccionario de la Real Academia Española.

[8] Tamaro, S.: *Donde el corazón te lleve*. 1994, Booket, 1997, p.18.

[9] Blos: 1962.1967. Ver en Bibliografía, al final.

[10] Rousseau, J. J.: *Emilio*. V. (1762). Cfr. Segovia de Arana, J. Mª En Rev. *Ciencia y Sociedad*. Fundación Banco Central-Hispano. Nobel. Asturias, 1998, pp. 267-283.

[11] Erikson. E. H.: *Identidad, juventud y crisis*. Taurus, Barcelona, 1990, p. 22.

[12] De sugerente lectura al respecto, GERVILLA CASTILLO, E.: *Valores del cuerpo educando*. Herder, Barcelona, 2002. (Sobre todo los caps. VI, El cuerpo postmoderno, y XI, El cuerpo en la educación formal: la Logse).

[13] Cfr. Conclusiones de la XXXVIII Semana Social de España. Valencia, septiembre, 1998.

[14] Ortega Campos, P.: «Didáctica de Filosofía moral y política, en general, y de elecciones, en particular». En Rev. *Cátedra Nova*. Núm. 16, diciembre, 2003.

[15] Resultados de una encuesta de la Fundación BBVA (*ABC*.16-10-2003).

[16] Ortega Campos, P.: «Cómo hablar de los medios de comunicación a los jóvenes». Paideia. *Revista de filosofía y didáctica filosófica*. Núm. 55. Madrid, eneromarzo 2001.

[17] Steinem, Gloria: *Revolución desde dentro. Un libro sobre la autoestima*. Anagrama, Barcelona, 1965, pp. 337-338.

[18] Se exponen en la obras citadas en la Bibiliografía, al final, por los ya citados doctores Dolto (1990) y Anatrella (1988, 1991, 1994), entre otros.

[19] Merece su lectura la novela de Luis G. Martín: *El alma del erizo* (Alfaguara. Madrid, 2002), donde el tema sexual es tratado como un lado oscuro de las personas, pero no de manera negativa sino como tratamiento de perturbaciones o perversiones que hay detrás de los sentimientos. No se distingue bien por el común de la gente entre instinto y emotividad, lo que se presta a rechazos o amenazas indiscriminados por no coincidir con lo «políticamente correcto». Lo que sí es cierto es que los problemas no desaparecen por el griterío acompasado con la música, la danza y el chiste.

[20] Con motivo de la publicación, por un Departamento de la UNED, del libro *Pedagogía social*, algunos colectivos lo desautorizan por intolerante, cuando lo que sostiene, sin más, es que la homosexualidad es corregible, en los casos que responde al ambiente y no a la constitución genética, con una oportuna educación (cfr. Diario A*BC:* 8-1-2002. p. 36, 9-1-2002. p. 36, 10-1-2002: pp. 10 y 13).

[21] Así se expresaba ante 19 millones de telespectadores M. Baudry, responsable del movimiento homosexual «Arcadia», que ha recibido millares de confidencias de homosexuales. Citado por X. Thévenot: *Pautas éticas para un mundo nuevo*. Verbo Divino, 1988, p. 118.

[22] Del método cartesiano dice con burla: «*Este método capacita para hablar de todo, para brillar en un círculo; hace sabios…, charlatanes, discutidores, felices a juicio de aquellos que escuchan, desdichados tan pronto como están solos*». Ibíd. p. 94.

[23] Cfr. Sarró, B. y De la Cruz, D.: *Los suicidios*, Martínez-Roca, Barcelona, 1991.

[24] Los españoles, según el Ministerio de Sanidad (diciembre, 2004), han triplicado en 10 años (1992-2002) el consumo de antidepresivos y doblan el de tranquilizantes.

[25] Jankélévitcht. V.: *El perdón*, Seix Barral, Barcelona, 1999.

[26] Reich, W.: *La revolución sexual*. Cosmos, Valencia, 1978.

[27] Nowen, Henri J. M.: *El regreso del hijo pródigo. Meditaciones ante un cuadro de Rembrandt*. PPC. Madrid, 1997 (18ª edición).

[28] Thévenot, X.: *Pautas éticas para un mundo nuevo*. O. c., pp. 142-150.

[29] Jelloun, B.*: El hombre roto* (1993). Anagrama, Barcelona, 1995.

[30] Marina, J. A.*: Dictamen sobre Dios*. Anagrama, Barcelona, 2001, pp. 117 y 121.

[31] Es el tema de la novela de Ariel Dorfmann: *Terapia*. Seix Barral, Barcelona, 2001. Dorfmann nos sitúa en una de las encrucijadas de nuestro tiempo: la de enfrentarnos a nuevos dilemas morales para que nuestra búsqueda de la autenticidad no sea una voz acallada por el mundo de la empresa, por ejemplo.

[32] Steinem, Gloria: *Revolución desde dentro. Un libro sobre la autoestima*. Anagrama, Barcelona, 1965, pp. 337-339.

[33] Leloup, J.-Y.: *El evangelio de María. Myriam de Magdala*. Herder, Barcelona, 1997, p. 165.

[34] Platón: *República*. Lib. VII.

[35]. Savater, F.*: Las preguntas de la vida*. Ariel, Barcelona, 1999. Sobre todo el cap. 7: «Artificiales por naturaleza». Cfr. Murillo, I.: «El enigma de la naturaleza humana», en Rev. *Diálogo filosófico*, núm. 15. Colmenar Viejo, sept.-dic. 1989.

[36] Elzo, J.*: El silencio de los adolescentes: lo que no cuentan a los padres*. Temas de hoy, Madrid, 2001.

[37] Marías, J.: *Antropología metafísica*. Revista de Occidente, Madrid, 1970, c. 23. Cfr. Ortega y Gasset, J.: *Estudios sobre el amor*. Salvat y Alianza, Madrid, 1971, c. I.

[38] Bobin, Ch.: *La merveille et l'obscur*. PUF, París, 1996, p. 15.

[39] Lebeau, P.: *Etty Hillesum. Un itinerario espiritual. Amsterdam 1941-Auschwitz 1943*. Sal Terrae, Santander, 2000, p. 44.

[40] Camps, V.: *Virtudes públicas*. Espasa, Madrid, 1990, pp. 180-188. Ver también: Jáuregui, J. A.*: La identidad humana*. Martínez-Roca, Barcelona, 2001.

[41] Manrique, J.: *Coplas*. Canción, 36.

[42] El tiempo de los padres y el de los hijos se divide en dos: de lunes a viernes y de viernes-noche a lunes. El primero es el tiempo diurno del esfuerzo laboral de los padres o estudiantil de los hijos; el segundo es el tiempo nocturno de la evasión de los padres o de la descarga «a tope» de los hijos-alumnos (Díaz, C.: «La familia actual». En revista *Acontecimiento*. Núm. 61. 2001/4. pp. 33-37).

[43] López Martínez, J.: «La organización de los centros escolares. La dirección y los problemas de convivencia». En AA.VV.: *Educación de calidad. Una alternativa progresista*. Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 2001, p. 34.

[44] Ni Dios, ni padres, ni maestros. Ahora, también, sin naturaleza: no existe. Lo natural exige «dejar hacer, dejar pasar». Desde la Ilustración (s. XVIII) se ha desechado la «naturaleza». Sólo se guarda la «lógica» y el «consenso»: esa es toda la esperanza social.

[45] Ortega Campos, P.: *Notas para una filosofía de la ilusión*. Encuentro, Madrid, 1982. Sobre todo en I,7: «Ilusión y espectáculo», pp. 45-48.

[46] Puede que el Estado de Bienestar nos haya conducido al sistema laboral y sindical más injusto y disfuncional del mundo desarrollado, lo que ha retrasado en varios años nuestra convergencia real con la renta media de la Unión Europea (C. Bustelo, en el diario *ABC:* 2-6-2002).

[47] Cabodevilla, J. Mª. *Hombre y mujer*. BAC, Madrid, 1980, pp. 225-226.

[48] Novak, J. D.: *Conocimiento y aprendizaje*. Alianza, Madrid, 1998, p. 18.

[49] El desplante a la Ley Orgánica de la Universidad —LOU— (Octubre-Diciembre 2001) por parte del

profesorado y de sindicatos y, en fin, por buena parte de alumnos que —manifestándose vestidos o desnudos, pero con un primer trimestre académicamente nulo— confesaron no saber por qué iban a la huelga, muestra a las claras que lo que importa no es la mejora y el esfuerzo sino la dependencia de un Estado de Bienestar mal entendido. El 11-12-2001 la prensa informa de que algunos rectores de universidad, o sus consejos de gobierno, opuestos a la LOU «convocaron diez mil nuevas plazas docentes me parece de juzgado de guardia, pues nace del intento de evitar la futura prueba de habilitación» (J. A. Marina. En *Paideia. Revista de filosofía y didáctica filosófica*. núm. 60. Abril-Junio, 2002, p. 249). Al parecer, los huelguistas profesores, en un insólito privilegio, no se han visto perjudicados en sus sueldos. «La situación de la universidad es indecente…, las protestas de estudiantes son el colmo del disparate» (J. A. Marina, ibíd.). El 7-3-2002 los estudiantes de IES hacen huelga en contra de una posible ley de calidad aún no elaborada; les acompaña en cabecera un secretario general de partido político. Omitimos el comentario y nos quedamos con la pena…

50 César Vidal: *El médico de Sefarad*. Debolsillo, Barcelona, 2005, p. 22

51 ¿Es beneficiosa la intromisión sindical en los planes académicos, en baremaciones de oposiciones, en horarios lectivos?

52 A veces, leyendo a san Pablo (2 Tes 3,10b-13), nos viene a la memoria el quehacer de algunos sindicalistas.

53 Casanova, Olga: «Herederos». En *El País*: 4-1-2000, p. 14. Cfr. Erikson, E. H.*: Identidad, juventud y crisis*. Taurus, Barcelona, 1990.

54 Tamaro, S.: *Donde el corazón te lleve*. o. c.: p. 58. Cfr. Ortega Campos, P.: *Cómo hablar de la libertad a los jóvenes*. En Rev. *Alfa*. Núm. 7. Granada, enero-junio 2000.

55 Aristóteles: *Ética a Nicómaco*, 1179b-30. Cfr. Mounier, E.: *Tratado del carácter*. Ob. Comp. II. 1946. Y aunque Le Senne afirma la importancia del carácter como lo congénito e inmodificable del individuo, salva sin embargo la fundamental libertad del hombre, de cuyo mundo el carácter es sólo uno de los elementos.

56 Alcántara, M.: «Con diez porros por banda»: «Y a toda vela. Así van muchos adolescentes… Parece que están cansados de la vida antes de empezar a vivir… El Gobierno prepara un plan contra las drogas en las cercanías de los colegios… Quien dice porros, dice más cosas… Policías y guardias civiles… vigilarán las inmediaciones de los centros educativos… A los escolares les es muy fácil adquirir hachís o cocaína y se inician con 14-15 años. Se las venden a precios muy moderados, ya que el objetivo es hacer clientes… La adolescencia no es una edad feliz… Lo normal es que (esa etapa de la vida) entre a destiempo y se vaya a regañadientes». Y, por si fuera poco, la noticia es increíble pero cierta: «Educadoras detenidas —en Algeciras— por vender drogas» (*Diario Montañés*. 25-10-2005, p. 32).

57 Martín Descalzo, J. L. (1930-1991): «¡Asesinad, palomas, pero no bostecéis!».

58 Un nacionalismo extremo se parece a una enfermedad de inflamación patógena de la condición nacional; significa una variante cuasirreligiosa (suele darse en regiones con antecedentes religiosos muy marcados por la nostalgia colectiva de la madre —*humus*— y del hogar —*focus*—, donde se cobijan las narraciones magnificadas de los antepasados) que lleva al hombre a conectarse, en forma de seminconsciente colectivo, con un pasado mitificado y con un futuro imaginario de su pueblo («nación»), cuya defensa de consuno corresponde a los extremos de ideologías políticas; a la postre, reafirma a quienes se sienten angustiados por la falta de identidad personal, debido a una dolencia de proyecto sugestivo y viable de nación; pervive generalmente en pueblos ricos, con PIB más elevado que la media de su entorno.

59 Arendt, H.: *Los orígenes del totalitarismo*. Obra concebida entre 1945 y 1949, fue publicada en lengua inglesa. NY en 1951. Harcourt, Brace and World. Ediciones posteriores: 1958, 1966 y 1968.

60 Cfr. Ortega Campos, P.: «Cómo hablar a jóvenes, y no tanto, sobre la tolerancia (diálogo marginario)». En Rev. *Alfa*. núm. 18, julio, 2006.

61 Así se denomina a esos 3-4 días que, tras las lluvias y fríos invernales, preludian dicha estación del año.

62 Eyre, Linda & Eyre Richard. *Hablemos de sexo. Una guía dirigida a padres y educadores de niños y jóvenes*. Amat, Barcelona, 2000. Sobre todo, cap. 4 («Conversaciones con adolescentes entre 11-15 años acerca del comportamiento con adultos») y 5 («Conversaciones sobre perspectivas y normas personales con adolescentes y jóvenes entre 15-19 años»). Ayllón, J. R., *Desfiles de modelos. Análisis de la conducta ética*. Rialp, Madrid, Cifuentes, L. Mª y otros: *¿Qué es el hedonismo?* PPU, Barcelona, 1987.

[63] Díaz, C.: *Treinta nombres propios. (Las figuras del personalismo)*. Fundación E. Mounier, Madrid, 2002. (Sobre todo el cap. 8. dedicado a M. Scheler. pp. 47-48.)

[64] «En los comienzos del *Diálogo de la dignidad del hombre* de Pérez de Oliva, el interlocutor, Antonio, sale de la ciudad para habitar en la soledad de un «lugar ameno» renacentista, y a la pregunta de Aurelio de «por qué los hombres aman la soledad, y tanto más cuanto son más sabios», responde Antonio: «Porque cuando a ella venimos alterados de las conversaciones de los hombres, donde nos encendimos en vanas voluntades, o perdimos el tino de la razón, ella nos sosiega el pecho, y nos abre las puertas de la sabiduría». Y añade después: «Ninguno hay que viva bien en compañía de los otros hombres, si muchas veces no está solo (…) y así lo sabios antes de que obren, han de pensar primero qué hechos han de hacer, y qué razón han de seguir» (Ver en Prieto, A., *La poesía española del siglo XVI*. II. Cátedra, Madrid, 1998, pp. 308 ss.).

[65] En la Biblia, ver la Carta a los Hebreos: 2,14-15. Cfr. Sánchez Turrado, S.: *La pasión de morir. Preguntas y respuestas desde la vida*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2001. García Sabell, D.: *Paseo alrededor de la muerte*. Alianza, Madrid, 1999; Sádaba, J.: *Saber morir*. Edics. Libertarias, Madrid, 1991. Wuland,S. B.: *Cómo morimos: reflexiones*. Alianza, Madrid, 1995; Kübler-Ross,E.: *Los niños y la muerte*. Luciérnaga, Barcelona, 1992. También, aunque en otro estilo, argumento y de menos satisfacción, pero a tener en cuenta: Elíade, M.: *El mito del eterno retorno*. Taurus, Madrid, 1974.

[66] *Summum*, revista que se lanzó en noviembre de 2001 con el lema «La revista que eleva su calidad de vida», nos obliga a dudar.

[67] Cicerón. M.T. *De amicitia*, 20.VI.

[68] Leloup, J-Y.: *El evangelio de María. Myriam de Magdala…* O.c., pp. 97-98.

[69] Los biólogos-genetistas y los psiquiatras no se ponen de acuerdo, porque aún no está científicamente descubierto, en qué proporción la homosexualidad se debe a factores genéticos o a factores educativos y sociales: se llega desde un 2-6% atribuido a los genes hasta el 99% genetista: Carlos San Román. Para el Dr. López-Ibor, «los intentos por cambiar la inclinación sexual de personas homosexuales han sido, en términos generales, fallidos» (ABC. 4-2-2002. p. 38).

[70] Lasconi, T.: *Adolescentes como tú*. Editorial CCS, Madrid, 1992, p. 98.

[71] Lacroix, J.: *Le désir et les désirs*. PUF. París, 1975, pp. 137-138.

[72] Datos referidos a Francia: cfr. Revista *Panorama*. Abril, 1996, p. 16.

[73] Moya Ramírez, C. y Luis Eduardo Dufaur: *La teleadicción. Una amenaza acecha a nuestros hijos*. Madrid, 1997. «Los jóvenes utilizan la droga como contra/alineación rápida en una situación antiespiritual, objetivada y despersonalizada que no sabrían definir, ante el escándalo del mismo sistema que ha puesto así las cosas» («Cándido»: Diario *ABC*: 7-3-2002).

[74] Todo un montaje de pruebas a favor y en contra de la escuela puede verse, respectivamente, en: Robert Ballion, *Les consommateurs d'école*. Stock/Laurence Pernoud, París, 1982. Catherine Baker. *Insoumission à l'école obligatoire*. Bernard Barrault, París, 1985.

[75] Contreras, José Mª. *Hablar con los hijos. Cómo educar a los hijos en el amor, en el compromiso y en el respeto*. Martínez-Roca, Barcelona, 2002.

[76] Lasconi, T.: *Adolescentes como tú*. Editorial CCS, Madrid, 1992, p. 6.

[77] Lasconi, T., ob. cit., p. 28.

[78] En España y en Europa es la segunda causa de muerte de adolescentes-jóvenes entre 15-35 años. Cada año consuman el suicidio en el mundo un millón de personas y entre 20-30 millones lo intentan. En los últimos cinco años, esta conducta se ha incrementado de tres-cuatro veces en el sexo masculino (Dr. John Mann, Presidente del Consejo científico norteamericano para la prevención del suicidio. Conferencia en Madrid: 4-3-2002. Diario *El País*: 5-3-2002). La comuna de Gällivare, norte de Suecia, se estremece bajo una ola de suicidios. En pocos meses 14 jóvenes, todos amigos, se han quitado la vida de forma violenta. Las autoridades, que califican esas muertes de «epidemia trágica», han adjudicado un millón doscientos dos mil euros (diez millones de coronas) para que se instituya un centro de prevención y estudio del suicidio entre jóvenes suecos. Agnes Hultén, psiquiatra especialista en depresiones y suicidios, asegura que podemos hablar de contagios y de «epidemia» en relación con los suicidios ocurridos en su región: «la muerte repentina de un amigo siempre es un trauma. Si esa muerte, además, sucede por decisión voluntaria del fallecido, ejercerá un efecto negativo en la psicología del grupo. Algunos jóvenes, para quienes los amigos son tan vitales como sus propios padres, querrán seguir el ejemplo de

sus «bästis» (íntimo) quitándose también la vida. Sobre todo si el muerto era uno de los cabecillas de la pandilla o alguien muy popular. Las actitudes mentales negativas son tan contagiosas como la euforia o la alegría». Algunos lo atribuyen a la escasa luz natural en aquella geografía. Y hasta algunos centros especializados se hacen terapias de toma de luz natural (*ABC*. 6-1-1996). No es el caso de Madrid, por ejemplo, pero cuando había un suicidio en el Viaducto, pronto se repetía la experiencia…

79 Piénsese en el salto mental que hay en el tiempo entre el aborto como crimen indiscutible en cualquier supuesto, excepto en el de la salud de la madre, y, por tanto, perseguible por ley (año 1976) al aborto libre o su eufemístico«'interrupción del embarazo» como derecho indiscutible en todos los supuestos. Y ese paso, al menos en términos de oferta electoral, ya se ha dado (IU, asociado a PSOE para las elecciones del 12-3-2000): *Telesur*: 6-2-2000.

80 Rojas Marcos, L., *Las semillas del crimen*. En el diario *El País*: 15-9-1994.

81 Dr. Alonso Fernández, F.: Entrevista en *ABC* (8-1-2000).

82 Tamaro, Susana: *Más fuego. Más viento. El sentir de la vida*. Seix Barral, Barcelona, 2003.

83 Clavel, Maurice: *Éloge du gran public*. Flammarion, París,1990.

84 San Agustín: *Confesiones*. VII, XXI.

85 Küng, H.: *Proyecto de una ética mundial*, 1993, pp. 116-117.

86 Tejedor, C.: *Didáctica de la filosofía. Perspectivas y materiales*. SM. Madrid, 1984, p. 36.

87 Platón: *Fedón*, 73a-73.

88 Un chico que participó en la fiesta nocturna del pabellón municipal de Málaga, donde se repartieron pastillas de «éxtasis» (2-3-2002), con el resultado de dos jóvenes muertos, declaraba a la radio: «Tengo que vivir, aprovechar la juventud y morir pronto».

89 Dolto, F.*: La causa de los adolescentes. El verdadero lenguaje para hablar con los jóvenes* (1988). Seix Barral, Barcelona, 1990,

90 Mateo Díez, L.: *El diablo meridiano*. Santillana, Madrid, 2001.

91 San Agustín: *Acerca de la vida feliz*. I,2.

Índice